



NERON





DG285  
. 3  
C34  
v. 2

006578



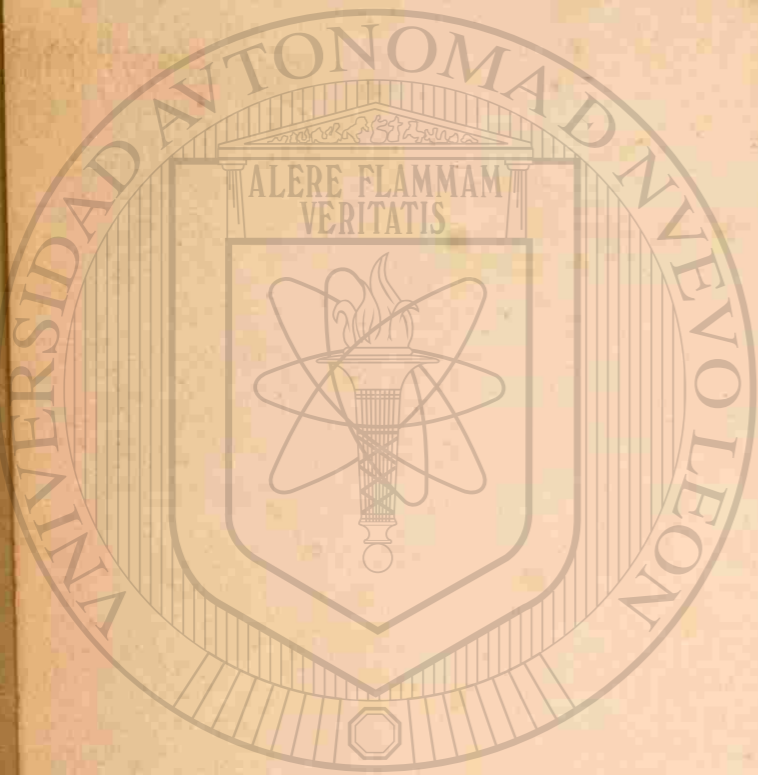
EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



1080017022



NERÓN  
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



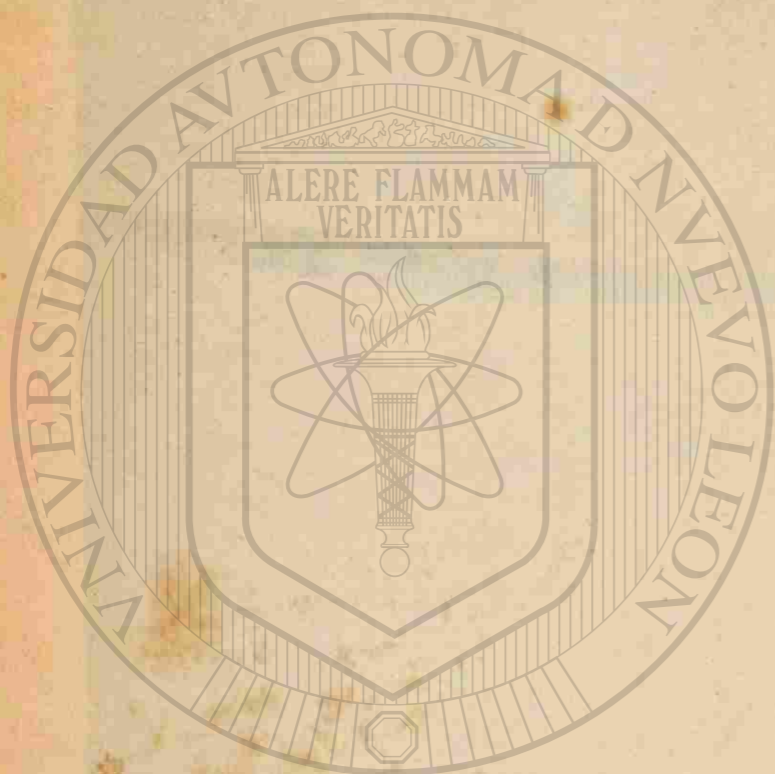


PÁTERA DE ORO MACIZO  
de la época de los emperadores

JANU

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

SISTEMA DE BIBLIOTECAS



# NERÓN

ESTUDIO HISTÓRICO

POR DON EMILIO CASTELAR

EDICIÓN ILUSTRADA

TOMO SEGUNDO



Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARCELONA

MONTANER Y SIMON, EDITORES

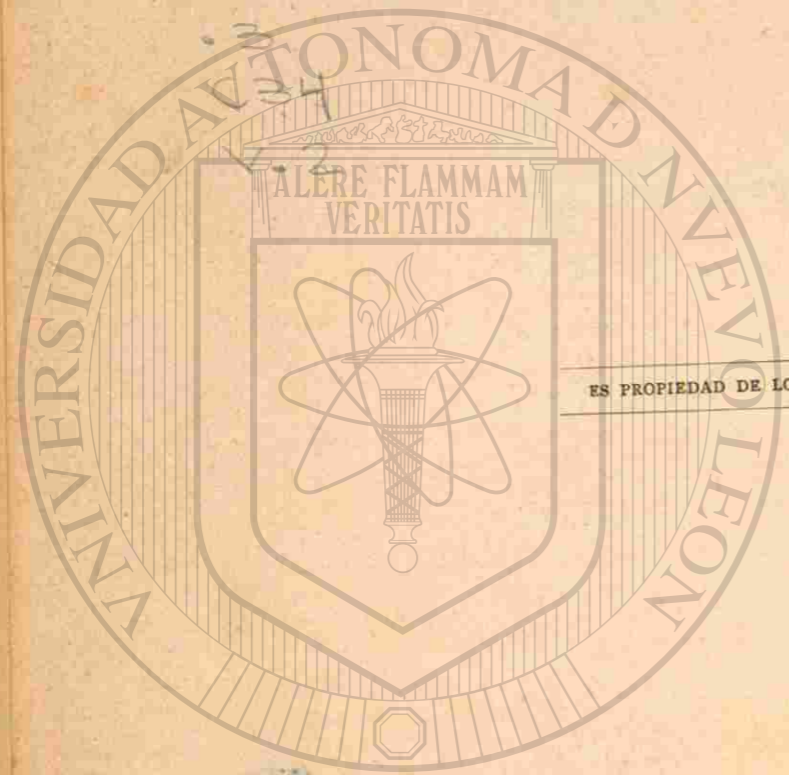
CALLE DE ARAGON, NUMS. 309 Y 311

1892

43522

V  
923  
N

DG 285



ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ



Navíos cargados de tropas y botín de guerra.

## CAPÍTULO PRIMERO

### LOS DOS HERMANOS

Británico bajo el poder de Mesalina era el polluelo bajo la zorra, el cordero bajo la loba, el palomo bajo el águila. Este hijo de Claudio, engendrado en pleno matrimonio legítimo, proyectaba demasiada obscuridad sobre la cabeza y la corona de Agripina, para que pudiera vivir y morir en paz. Así los favores de la emperatriz llovían sobre la frente del hijo, de Nerón, por quien podía reinar perdurablemente, y los golpes sobre la cabeza del hijastro, de Británico, por quien acaso podía no reinar tras la muerte de Claudio. Así, encerró al infeliz entenado en un apartamiento del palacio, donde pudiera con seguridad vigilarlo; y se consagró á husmear con sus narices perdigueras y á atisbar con sus ojos de ave nocturna en la noche moral suya el momento propicio á su plan de perderlo y matarlo. Con su habilidad y destreza consumadas no le fué á mano Agripina de ningún modo, ni en sus amistades ni en sus conversaciones al hijastro, dejándole decir impunemente lo que le pedía el gusto y congregar amigos, á quienes por esta fingida tolerancia conocer con profunda ciencia y designar en sus tablillas de proscripción al esbirro y en sus tablillas de muerte

006578



al verdugo. Dejábale, pues, al cuitado espaciarse con el infeliz liberto Narciso, ya por divertir de sus proyectos al imbécil Claudio, ya para buscar un justificativo á las enormes crueldades y venganzas propias. El príncipe y el esclavo se abrazaban uno á otro, como dos náufragos asidos á la misma roca por los hervores del mar tormentoso azotada y en esos hervideros próxima sin remedio á hundirse y disolverse. Pasaban las horas juntos, como dos reos á la misma cadena ceñidos, como dos gladiadores ó dos condenados á muerte que deben agonizar y desaparecer juntos. Narciso estaba todavía más desesperado que su compañero de infortunio, por saetearle á cada minuto un remordimiento con el recuerdo tristísimo de Mesalina, inmólada por su propia mano en observancia de deberes ineludibles, impuestos á su fidelidad por sus deudas de agradecimiento con Claudio, cuando la desatentada mujer se unió en fingido matrimonio á otro, dispuesta en su locura irremediable á desalojar su legítimo esposo, no ya del tálamo y del trono, sino del mundo. El dolor de Narciso, al experimentar los furores de Agripina, se agravaba siempre que traía el cuitado á las mientes la seguridad con que auguró cuánto debía pasarle casi por necesidad: la sustitución de Mesalina por la madre de Nerón y su muerte violenta decretada por la nueva mujer y el nuevo hijo. Fiel Narciso, como un perro, á Claudio, no demandaba ni menos exigía el sacrificio de Agripina con tanta insistencia como había demandado y hasta exigido el sacrificio de la otra. Desatábase la última esposa de Claudio entonces únicamente contra el misérrimo liberto, contra su persona y su vida, en tanto que la predecesora de Agripina se desataba contra la vida y la autoridad y la honra de Claudio, de su redentor. Luego comprendió, por cuanto le había sucedido para poder arrancarle la presa de Mesalina, un escándalo tan patente como el por ésta dado, un matrimonio tan criminal como el suyo, una conspiración tan al descubierto, lo que necesitaría sucederle al emperador para lograr lo mismo respecto de Agripina, y él no lo intentaba por imposible, ó lo intentaba de vez en cuando con poca insistencia y fortuna. Los dos temperamentos obedecían á sus sendas respectivas inclinaciones capitales; y mientras Mesalina, sensual, corriendo tras el placer, lo maquinaba y lo hacía todo con escándalo, su heredera y sucesora en el tálamo y el trono buscaba la

coyuntura propicia con traición, á escondidas, á la callada, desliziéndose taimadísima entre sombras, con la resolución de dar un salto y un zarpazo únicamente sobre la víctima descuidada y á su merced enteramente. Y con una mujer así, más engañado cuanto mayor y más grave resolución concebía y tomaba en su interior á desconcertarla y perderla. Narciso estaba reducido, pues, al oficio de confidente y protector del príncipe Británico; sendos oficios desempeñados más por fidelidad al Emperador que por esperanza de salvar al hijo, preso en las dobles mallas del odio de su madrastra y del carácter de su padre. Todos los días á la misma hora se presentaba el protector en el cuarto de su protegido y consumía larguísimo tiempo á su lado, sin más ocupación ó entretenimiento que lamentaciones continuas. Así nada más propio, dada tal respectiva situación de los dos interlocutores, que el siguiente diálogo:

— ¡No te han confinado, Británico, á mal camaranchón!

— Qué quieres, Narciso. Así lo ha dispuesto Agripina.

— Los caballos de sus cuadras, los bueyes de sus establos, las fieras de sus jaulas tienen mejor alojamiento en el palacio de Claudio que el propio hijo de éste, natural heredero ilustre del poder y de la corona imperiales.

— ¡El palacio de Claudio! Aquí todo pertenece á la madrastra. Ni este palacio puede llamarse ya de Claudio, ni este hijo suyo habrá jamás el imperio.

— Anímate, confía y espera en los dioses.

— ¿Animarme? A bien morir. De los dioses nada espero; aquí todo pende ya de los pretorianos. Vale más contar con cuatro centuriones que con cien divinidades.

— ¡Oh rabia!

— Mi pobre madre, mejor cien veces que Agripina, tuvo innumerables enemigos.

— ¡Ay! — suspiró Narciso, bajando con tristeza y rubor la vista, que fijaba en el suelo, por no poder aguantar la silenciosa reconvencción de Británico.

— Cuando quiere algo la doble y pérfida, no lo pide por sí misma ella, como hacen todas las mujeres con todos los maridos; impele, para que por ella lo pidan, al Senado en toda su majestad, al

pueblo en todo su poder, al ejército en toda su fuerza — dijo el pobre príncipe.

— Cierto. Y con tal proceder consigue que no crea Claudio en su doméstica esclavitud y se ufane con reinar en el imperio como Catón de Utica ó Marco Bruto gobernarían en la República.

— Bien puede asegurarse la existencia de dos emperadores — observó Británico, — nominal el uno, Claudio; efectivo el otro, Agripina.

— Bien lo podía conocer el pueblo romano — añadió Narciso — si recobrase la vista que ha perdido, pues la emperatriz no se contenta con el gobierno real y cierto; necesita de las apariencias. Vanidosa, como buena mujer, le place tanto el brillo exterior como el poder último de su monarquía. Por todas partes va diciendo á gritos y con escándalo como reina y gobierna bajo la increíble advocación de su esposo, quien se calla como los dioses en el oráculo, y deja por completo á ella, sólo á ella, palabra y acción, como los dioses á las pitonisas.

— Cierto — añadió con profunda tristeza el príncipe.

— No pueden contarse los lictores que le abren paso; los patricios más ó menos honorarios que corren, echando los bofes, alrededor de su litera; los libertos de todos los uniformes imaginables, cargados de ofrendas, que se tropiezan unos con otros en torno suyo; los sacerdotes dispuestos á quemarle incienso y mirra; los oradores senatoriales, cuyas arengas elocuentísimas le regalan el oído con loas inacabables; los pretorianos, en cuyas armas reverberan aquellos ojos, según dicen los poetas cortesanos, echando chispas comparables á las del sol en verano únicamente; las universales adulaciones apestosas, como cualquier epidemia, y difusas en el romano aire, donde se ha vuelto sierva de Agripina y de su hijo hasta la justicia en sus magistrados y representantes. ¡Cuál asco! El estómago no puede parar en la Ciudad Eterna.

— De todo tiene mi padre la culpa — dijo el príncipe con tristeza.

— ¡Cierto, cierto! La silla suya está en el mismo nivel y resplandece con los mismos adornos que la silla de Claudio. ¡Cuál afrenta para Claudio! Y no hay remedio á este mal, no lo hay en el mundo. Yo la he visto, Británico, recibiendo los embajadores en el palacio y contestando á sus fórmulas, sin volver ni aun los ojos adonde

su marido se hallaba, especie de honorario ídolo conservado allí para explotarlo á sus anchas y gobernar en su nombre perfectamente. Los pueblos bárbaros creen que reina una mujer en Roma, especie de sacerdotisa secular, semejante á la que obedecen y veneran los celtas. Desde que prendió á su

dedo la tumbaga nupcial, que la desposó con Claudio, nadie sino ella escribe á los caudillos en representación y nombre de la diosa Roma, hoy prostituída sin rubor á esa infame prostituta, tercera de los amores del hijo, si no su propia mujer y amante ya, en esta sirte de adulterios é incestos, en esta corrupción universal y profunda. Además no descansa en la demostración de su dominio eminente sobre todo. Me han asegurado cierta especie, quizás ignorada por ti; me han asegurado que al sucio lodazal del Rhin, donde sobre un lecho militar la engendró su padre, hale puesto por nombre Colonia Agripiana, como si deseara perpetuar en perdurable y vergonzoso monumento su tiranía propia y nuestra increíble deshonra.

— No hay medio de vivir así. Hanme negado la toga viril, que



Británico vestido de toga  
(estatua en bronce del museo de Nápoles)

ciñe mi hermanastro ya; pero cree que si el cuerpo no puede ceñirla y vestírsela, no obstante de prevenirlo y mandarlo así las leyes, hala ceñido el alma, curtida, como si fuera de un viejo, en el dolor y en la desgracia.

— No tienes que jurármelo. En cualquiera de estas noches encanecería el cabello de un rapaz, en cualquiera. El dolor desgasta la vida más robusta, y lleva en sus cancerosas entrañas, como podrido fruto, la muerte.

— Pues ella pareceme una diosa de bondad en comparación y paralelo con el cachorro, á quien generara en sus amores de hiena con el infame Domicio, digno padre de Nerón.

— Hijo de tales genitores — añadió Narciso, — lo han educado, para mayor ignominia, una tía chocha, un bailarín asiático y un barbero locuaz. Así pasa la vida vistiéndose y desnudándose como los farsantes en el teatro. De sus pelucas no puede llevarse cuenta. Las tiene de dios y de manceba. Lo mismo se pone la decretada por nuestras liturgias al divino Apolo, que la decretada por nuestras costumbres á las mujeres infames y perdidas. Unas veces sale vestido de sacerdote y otras veces de hetaira. El placer ha de penetrarle por los poros cual un baño, y en este placer no mira ni sexo ni edad ni condición ni género ni especie. Así, en su concupiscencia, le importa poco mezclar su sangre con la sangre de todas las bestias y brutalmente cohabitar con todos los seres, aun los más inmundos.

— ¡Y decir, Narciso, que este monstruo de grosería y sensualidad habrá de reinar en Roma!

— Y todo está preparado para ello, todo.

— Los dragones que se vieron bajo su cuna demuestran y auguran lo que sería su reinado sobre la tierra.

— Pero hay una compensación.

— ¿Cuál?

— Una muy consoladora.

— Dila, Británico.

— Que los astrólogos anuncian como matará pronto á su madre, Narciso.

— Pues había que premiarlo si tal hiciese.

— Ya la madre mate al hijo, ya el hijo á la madre, nos libertan

de una monstruosidad incompatible con la paz del mundo y con la libertad del hombre.

— No tengas cuidado: el hijo matará de seguro á la madre, no la madre al hijo. Si acaba con su cachorro, imposible que reine Agripina, mientras Nerón reinará en cuanto acabe con Agripina. Útil seguramente la vida de él, é inútil á ella la muerte de su hijo, ten por cierto que matará primero quien reporte del crimen mejor utilidad — dijo Narciso.

— Desde que mi padre adoptó á Nerón todo podía temerse y no era cosa de aguardar obra sensata en su vida.

— Como que ningún mortal entró jamás por adopción en la familia de los Claudios.

— Y ha hecho de Nerón su hijo, y tras de adoptarlo como á tal, para que todo sea imposible de suyo en esto, lo acaba de hacer su yerno, desposándolo con mi hermana Octavia.

— ¡Nerón sobrino, Nerón hijo, Nerón yerno de Claudio! ¡Cuál espantosa confusión!

— ¡Ah! Donde todos nos confundiremos será en el orco, pues la muerte va muy de prisa entre nosotros.

— El día mismo de su matrimonio acabó Agripina con Silano, el novio de Octavia, para poder desposar la hijastra con el hijo. Lo peor es que lo persiguió con calumnias, lo acosó con dardos, lo acorraló como una fiera, lo eliminó del Senado, tan indispensable á un patricio como su propio cuerpo, lo despojó de la cuestura con que comenzaba la carrera de sus dignidades, lo acusó de incesto con su propia hermana; es decir, le chupó la sangre, le comió la medula; y cuando ya estaba exhausto de cuerpo, le quitó la honra, para que, no sabiendo cómo proceder ni qué hacerse, diera con la tapa de los sesos en la losa de su tumba el infeliz y pasara por suicida entre los hombres aquella víctima de ajenas ambiciones y mártir del propio apellido y de la propia estirpe. Ahora no conviene nacer en lugar muy alto; solamente la humildad preserva del asesinato. Agripina pondría de grado á cada hijo de Roma un espía; pero necesiándose para esto centuplicar la población, porque á cada noble le suelta tres ó cuatro esbirros, que van como envueltos en su som-



Moneda de Octavia y Nerón

bra, deja libres todos aquellos que no puede atar personalmente á su carro.

— Como que Fauro ha recibido triste golpe por tener una quinta que placía mucho á la emperatriz — observó el príncipe; — Calpurnia, por agradar á Claudio; Lépida, por haberse presentado en candidatura de imperial esposa; Lolia, por haber heredado muchos millones de sestercios: que todo cuanto puede molestar á mi madrastra es motivo de suplicio en Roma sierva.

— ¿Y no habrá medio de libertarnos?

— Uno queda.

— ¿Cuál?

— Ver qué cara pone Claudio á Séneca, en cuanto el filósofo entre por sus habitaciones. Todavía éste puede traernos la discordia entre los cónyuges — observó Narciso.

— Parece imposible; pero la única repugnancia de César es tolerar al falso estoico — añadió Británico.

— ¡Él, tan sufrido en todo!

— ¡Qué quieres! No le perdona ciertas bromas.

— No lo designaba por su nombre nunca; decíale buenamente «Calabaza.» Y después de llamarle así, heríale, muy ensañado, en su fama como escritor y en su honra de César y de hombre.

— Séneca sólo puede hoy enemistar á Claudio con Agripina.

— Y si los enemista, ¿quién crees tú que vencerá en la demanda?

— No hay que dudarle: Agripina.

— Claudio es incapaz de matar á su mujer, mientras su mujer es muy capaz de concluir con Claudio.

— ¡Quién habla de creer que Séneca estaba destinado á vivir tanto tiempo, dada su débil complexión y su precaria salud!

— Pues vivirá lo bastante con sus palpitations de corazón y con sus epilepsias por todo el cuerpo, bastante para ver la muerte de su enemigo.

— ¿Crees tú que Agripina concluirá con la vida de mi padre?

— Lo creo profundamente.

— ¡Oh rabia! ¡Y no poder evitarlo!

— Me siento todos los días ante la mesa y no como; en la cama, por costumbre, me acuesto y no duermo.

— Lo creo, Narciso.

— Y de mis largas meditaciones he deducido que para vivir necesita estar Claudio inmóvil, como si de parálisis padecieran la voluntad y el pensamiento suyos.

— ¿De veras?

— ¡Y tan de veras!

— Explícate; amplía tu pensamiento.

— Muy sencillo: mientras Claudio no presente señal ninguna de vida, la emperatriz jamás soñará con deshacerse de su persona; lo tendrá por el oro de su diadema imperial, por el mármol de su alta sede, por la rienda puesta sobre Roma, por algo material é inerte, destinado á facilitarle su mando é imperio. Por consecuencia, lejos de matarle, prosperará su vida y le cuidará como á sí misma, no tan segura de su hijo como de su esposo. Pero al menor asomo de propio pensamiento en la inteligencia suya y al menor impulso de la voluntad soberana, Claudio desaparecerá de la tierra.

— Hasme leído en verdad el horóscopo de mi padre.

— Los hechos confirmarán por desgracia las profecías.

— ¿Y cómo entonces me aconsejas que luche?

— Te lo aconsejo, porque á todos importa y conviene á todos no dejarse abrumar con pesadumbre abrumadora por la fatalidad externa. Te lo aconsejo, porque debemos revolvernos contra el destino y contrastarlo en lo posible, hasta el agotamiento de nuestras fuerzas, para que sepan todos, y entre todos nuestra íntima conciencia, cómo caímos al poder de golpes fatales y no por nuestra dejadez ó nuestra incuria.

— Malos combates aquellos en que vamos á pelear con seguridad y certeza de una completa derrota.

— ¡Oh! Ahora mismo se nos presenta ocasión de hacer algo.

— Pero ¿qué hacer, cuando tú aseveras que morirá mi padre infeliz en cuanto muestre la menor propensión á valerse de su voluntad ó de su inteligencia propias?

— Cuando menos lo piensas los hechos humanos suelen determinarse por circunstancias independientes de nuestra voluntad, y sin embargo favorables á nuestro ser y vida. Hemos comenzado el coloquio sin descubrir asomo ninguno de consoladora esperanza, y ahora caemos en la cuenta de que Séneca y su presencia nos

ofrecen algún resquicio de luz y nos presentan algún asidero de próxima salvación.

— Sí, Narciso: el emperador, mi padre, pasará con suma dificultad por la vuelta y dominio de Séneca, siquier en ello la omnipotente Agripina, tan tenaz, haga mucho hincapié. Enamorado Claudio del bien práctico, no perdonará á los que predicán mucho filosofía humanitaria con sus lenguas y no hacen absolutamente nada por nuestra pobre humanidad con sus acciones. Una buena sentencia jurídica en los tribunales parecele superior de toda superioridad á las sentencias abstractas en los libros. De tal contradicción en los temperamentos, nacia una contradicción en las creencias, y de tal contradicción en las creencias otra contradicción en las palabras. Así una perdurable guerra entre ambos; de tal guerra salía victoriosísimo Séneca. Muy retórico, granjeábale su arte medios de combatir vedados á mi padre. Por tanto, éste decidió desquitarse con actos de César de las palabras del filósofo, y lo despidió desterrado á Córcega. En la proscripción ha tenido alternativas de humillación y soberbia. Cuando le asaltaba ésta, mi padre tomaba sus vanidades á risa; y cuando aquélla, mi padre las veía y las apreciaba con verdaderas náuseas. No sentía compasión por sus desgracias, ni emociones de ningún género por sus serviles complacencias. Repugnábale mucho aquel sabido empeño de Séneca en separar y dividir el ser humano, enamorando al entendimiento con la virtud y pervirtiendo á la voluntad con el vicio. La moral en un discurso le importa menos á Claudio que en una buena obra. Séneca se vengaba de Claudio saeteándole á gracias más ó menos donosas y á dardos más ó menos agudos, acribillándole de continuo el cuerpo y el alma. Todo esto jamás le será perdonado. Agripina podrá sacar un decreto favorable para el filósofo á la mano de Claudio; no le arrancará un perdón á su alma. En la corte, cuando se creía seguro, lo caricaturaba; en el destierro, cuando se veía perdido, lo adulaba. Con ira Claudio respondió siempre á los insultos, con asco á las adulaciones. Imposible una reconciliación entre los dos, aunque Agripina la quiera. Luego el emperador cree á Séneca de todas las buenas predicaciones posibles capaz, como el retórico primero del mundo, é incapaz de toda buena acción, como un ser indiferente y frío. Si al preparar la boda le hubiera impuesto tal

regreso Agripina por condición á Claudio, de seguro la rechaza éste al primer empeño y rehusa casarse. Hoy hará el miedo lo que antes no hubiera hecho el amor. Agripina no se ha desposado, se ha esposado con Claudio, y en la pesada cadena del matrimonio no pueden separarse sino por la muerte.

— Y el marido ¡ah! no matará, no, á la mujer; mientras de seguro matará la mujer al marido.

— ¿Qué hacer? — preguntaba con anhelo Británico al desorientado liberto.

— Aguardar y no desesperarse.

— ¿Cómo no me desesperaré, cuando aseveras con tu ciencia y con tu experiencia indudable nuestra ruina?

— Te lo digo para mover tu desesperación á desesperadísimos actos.

— Está uno en la peor edad de la vida.

— La desgracia le ha dado á uno la ciencia del dolor; pero no aquellos respetos y consideraciones, únicamente aqúistables por los años; demasiado joven para la ancianidad, los viejos nada quieren con uno; demasiado viejo para la niñez, nada quieren con uno los niños. La niñez sin inocencia, la juventud sin placer, la edad madura sin respeto, la vejez sin escarmientos, un pasado asaz corto á la espalda, un horizonte de martirio á los ojos, el mal cierto, muerta la esperanza; en todo la siniestra Euménide, la horrible Agripina: he ahí mi suerte.

— Pero aún te quedan valedores y amigos, aún te quedan.

— ¿Dónde?



Busto de Séneca (Herculano)

— Pues en los cuarteles.  
 — ¿Crees tú eso de buena fe?  
 — ¡Vaya si lo creo!  
 — ¿No has visto cómo proceden respecto de mí en el palacio imperial de los mayores, que generaron mi vida?

— Vaya si lo he visto.  
 — Pues habiéndolo visto, nota cuál soledad me rodea. Mis maestros más queridos, mis libertos más útiles, mis compañeros más constantes han desaparecido, como si la tierra se los hubiera tragado voraz y silenciosa. Te permiten a ti entrar en la horrible solitaria estancia, porque tú morirás conmigo. Estamos como los gladiadores que aguardan la señal de combate próximo en el Circo, y como las reses que aguardan la hora de su degüello en la carnicería.

— Pues aún tienes amigos donde menos debieras esperarlo, repito.

— ¿Quiénes son?

— Los pretorianos.

— ¿Qué me dices?

— Como lo oyes.

— ¿Podrás nombrarme alguno?

— Más de dos.

— Habla.

— ¿Quién dispone hoy de los soldados?

— Pues disponen Lulio Seta y Rufio Crispino.

— ¡Bien conoces sus nombres!

— Vaya si los conozco.

— Pues acuérdate de que César no hubiera vencido a Pompeyo sin los soldados, ni a Bruto Marco Antonio, ni a Marco Antonio Augusto, ni a éste lo hubiera Tiberio heredado, ni a Tiberio Calígula, ni a Calígula tu padre mismo.

— ¿Pero los crees a mí tan obligados que pudieran contra la emperatriz favorecerme?

— Todo lo debes a tu casa y familia.

— Pues lo sabe mucho mejor que tú eso Agripina, y tratará de recompensar con la muerte crimen tan espantoso como la fidelidad a mí.

— ¡Quién sabe!  
 — Más perdidos no podemos estar.  
 — Seguro.  
 — Así es que siente uno gana de arrojarse al sario, cubrirse la cabeza y decir que vengan pronto los dioses que quieran enviarnos.  
 — ¡Oh! No piensa resistirse.  
 — De nada nos servirá.



Soldados romanos

— Sin embargo, esperemos.  
 — Esperemos, ya que así lo quieres.  
 — La vuelta de Séneca nos ofrece ocasión propicia de indisponer a Claudio con Agripina.

— Mas no aguardes — dijo el príncipe, clavando la mirada en los ojos de Narciso, — no aguardes repetir con mi madrastra lo mismo que hiciste con mi madre.

Dichas tales palabras, convirtió Narciso de nuevo los ojos a tierra y se quedó petrificado. Su conciencia decía cómo perdiendo a Mesalina, en realidad había salvado por aquel momento a Claudio; pero cómo también reemplazada la muerta por Agripina, Claudio, Británico, él mismo, se hablan todos a una perdido sin remedio. No estaba completamente arrepentido; mas como quiera que todo peligro pasado parezca muy pequeño en comparación del peligro presente, el natural perverso de la predecesora se perdía, ó se amenguaba por lo menos, en el horror inspirado por la terrible

reemplazante. Mientras el mozo Británico se daba por completo á su desesperación, en el deseo de vivir y en el fundado recelo de una muerte próxima, Narciso rodaba en su mente despierta y viva recursos con que perder á la emperatriz y salvar al emperador. Así el disgusto causado á éste con la vuelta de Séneca y la propia influencia en pretorianos y esclavos le alentaban y le permitían, sin dejar de tener en las palabras igual desesperación que Británico, á tener alguna mayor esperanza en los actos. Y mientras discurría con prontitud, como quien se ahoga y en los espasmos de su asfixia se ase á un clavo ardiendo, Narciso pensaba en los pretorianos y se apercibía con anhelo á empujarlos hacia una desesperada rebelión, así como á los siervos también, á todos cuantos pudieran perturbar el quieto y omnímodo imperio de la feroz Agripina.

Mientras á tales ideas se daba Narciso y á los correspondientes afectos Británico, una grande algazara y una orquesta concertadísima y un coro armonioso y una tronada de aplausos resonaban por las galerías del palacio cesáreo y repercutían en el sacro monte palatino. Liberto y príncipe se miraron tristemente y se sonrieron á una con sonrisa de moribundos; porque aquella grande algazara quería decir tanto como nueva humillación para ellos, y para Nerón y Agripina nueva desatentadísima victoria. En efecto, Nerón bajaba, rodeado de su corte y de su cohorte, al jardín del Palatino, en que solía holgar con demasiada frecuencia. El soldado le servía con las armas, el mimo con los gestos, el poeta con los hexámetros, el compositor con las sinfonías, el retórico con las frases, el sacerdote con las ofrendas y holocaustos que podía sugerirles el afán de agradar al tirano incipiente y la necesidad en que se hallaban de arrastrarse sus almas reptiles. Nunca uno de aquellos dioses primitivos del Asia prehistórica encontró el culto encontrado en la Roma de Bruto y de Catón por un joven grosero y sensual comido de todos los vicios; iba en una procesión continua y á diario. Así es que quien se oponía de algún modo al culto general ó se quedaba fuera de la informe procesión adulatora, pasaba por completo á reo de muerte y veía al esbirro prolongándose á sus espaldas como una sombra y sobre su cabeza el cetro imperial fulgurando y fulminando como una centella de nube tonante por los aires encendidos y tormentosos. Sin embargo, las dos víctimas designadas al verdugo

en los proyectos de la emperatriz dudaron si en el cortejo procesional de Nerón ingresarían ó no, pues la propia dignidad les vedaba unirse á los cortesanos de sus enemigos, y el temor á la muerte les impellía y empujaba. Sin embargo, no tuvieron que vacilar, pues bien pronto un esclavo de Nerón apareció en la puerta y les dijo que saliesen inmediatamente á las galerías y se juntasen solícitos con los cortesanos del hijo mayor de su César. Al oír esto Británico, intentó desmentir al bellaco, diciéndole que allí no había otro hijo de Claudio que él; pero se contuvo á mandatos imperiosos del instinto de conservación, tan tiranizador del organismo nuestro. Sin embargo, comprendiendo que deseaban molestarle adrede al poner frente á su propia desnudez las preseas de Nerón, frente á su soledad el cortejo de éste, frente á su miseria el esplendor arrebatado á él mismo, se mordió los labios, se agitó como á una herida mortal, se quedó ciego de ira; mas todo instantáneamente, pues concluyó por sobre sus estribos de nuevo colocar el maltratado cuerpo, y sobrepujar con una estoica indiferencia la enorme y acerbísima contrariedad. En efecto, había por qué y para qué. Llevaban á Nerón en andas, aunque vestido de actor, cual contratado para la escena. Brazos nervudos de gimnastas, cazole-tillas humeantes de los tradicionales ritos, palmas debidas tan sólo á los vencedores, coronas de roble guardadas para los fuertes, guir-naldas de laurel dignas del profeta ó del vate, cuerdas resonantes de áureas liras, trompetas de plata, víctimas de sacrificios; todo cuanto puede sugerir á un mortal el falso concepto de haber llegado á inmortal, todo se veía reunido en torno de aquel nuevo dios, agregado á los muchos que la victoria y la dominación habían depositado bajo el cielo y sobre la tierra de Roma. Entretanto, el personificador verdadero de los Claudios, el hijo legítimo y natural del César, parecía un esclavo é iba vestido cual si á la más humilde clase perteneciese, ó estuviera en vil condición de triste servidumbre. ¡Cuál triste para Claudio este paralelo! ¿Mas á qué tal aparato? ¿Por cuál motivo Nerón salía de semejante manera? ¿Qué particular causa determinaba tamaño regocijo? ¿Qué significaba la procesión de tantas gentes, el concurso de tanta corte, las ofrendas de tal número de sacerdotes, los himnos que subían á las alturas, el incienso que perfumaba los aires y las loas que todo lo henchían de

adulaciones y de lisonjas sin término? Británico y el triste liberto de su padre, apoyado uno en otro, miraban con ojos avizores y espantadísimos aquel espectáculo. Cualquiera los hubiera creído, al verlos cabizbajos y temblorosos, dos extranjeros al concurso, dos vencidos ó dos reos de los que muestran con su presencia tristísima en los triunfos, por los necesarios contrastes artísticos, la gloria y el poder de los soberbios vencedores. Aunque Nerón vivía en el fausto, prolongaba las fiestas, distribuía honras entre las gentes, celebraba procesiones sin número, pensaba que la vida toda debía reducirse á un festejo perdurable; aquella festividad ostentaba demasiadas particularidades originales para que no interrogasen su sentido los dos hombres, parecidos á dos espectros, que miraban á todas partes con ojos muy avizores y no descubrían doquier se convirtieran cosa ninguna, como si estuvieran proscritos de aquella sociedad. Por fin se acercaron á un grupo de siervos palatinos, los más enterados en las festividades varias de aquella imperial familia, y les dirigieron varias preguntas para esclarecer su increíble ignorancia.

— ¿Qué sucede? — preguntó Narciso.

— ¿Pues no lo sabes? — le dijeron los criados.

— Si lo supiera no lo preguntara.

— ¿Cómo tan desorientado tú, dueño en otro tiempo del albedrío de Claudio?

— Ahí veréis, ahí veréis — exclamó Narciso meneando la cabeza tristemente al considerar las vueltas que dan en este mundo los destinos todos, colocados sobre máquina tan móvil cual la rueda de una diosa tan ciega como la inconstante Fortuna.

— Bien es verdad — añadió en seguida otro interlocutor, — que no debe maravillarnos mucho ver á Narciso así, privado del César, cuando vemos triste y abandonado al hijo de sus entrañas, á Germánico en persona.

— ¡Chist! ¡chist! — prorrumpieron algunos interrumpiendo.

— Las paredes oyen aquí.

— La muerte bosteza por todas partes y á todo el mundo se traga.

— Pero ¿qué hay? — volvió á preguntar Germánico.

— Pues hay que Agripina se propone subir al Capitolio en carroza.

— ¿Cómo eso?

— Porque diz necesita pedir á Júpiter Capitolino un rayo de luz para la cabeza de su esposo.

— ¡No debe haber dioses — exclamó Británico, — cuando no le mandan un rayo fulminante y asolador sobre la cabeza!

— ¡Chist! ¡chist! — volvieron á decir los siervos á una, igualmente aterrados del atrevimiento que mostraba quien, herido de muerte por silenciosos y superiores decretos, podía matar á muchos en aquella especie de anarquía donde todos luchaban en las sombras, exponiéndose á recibir y dar heridas mortales sin saber á quien las daban ó de quien las recibían, según el vértigo universal consiguiendo á tan universal desorden.

— Algo pasa muy extraño aquí — añadió Narciso, divirtiendo el interés y atención del grupo de las terribles palabras dichas por Británico, tan receloso, en un momento de súbita desesperación, explicable por todo cuanto alrededor suyo sucedía.

— Pues no pasa más — dijo algún otro esclavo, cauto de suyo quizá ó quizás partidario de Agripina, — sino que la emperatriz va poseyendo cada día más el ánimo de su esposo y va gobernando con acierto mayor este pícaro mundo, tan débil, y tan menesteroso por débil de dirección y de gobierno.

— Pero verdaderamente ¿crees tú que Agripina gobierna bien á Roma? — le preguntaron al esclavo imperialista el príncipe y el liberto sin poder contenerse.

— ¡Chist! ¡chist! — volvieron á decir los esclavos, interrumpiendo con perseverancia la temeraria pregunta dirigida por los dos desgraciados en su desesperación.

— Siempre hubo en Roma oposición — observó el esclavo devoto de la emperatriz entonces reinante.

— Pero dejemos estas cosas y vamos á lo esencial. ¿Qué sucede, qué pasa?

— Pues pasa — dijo uno de los esclavos, apercibiéndose á contar con los labios el objeto de todo cuanto veían los ojos y escuchaban los oídos, — pues pasa que sube Agripina en carro triunfal, como una divinidad, al Capitolio, deseosa de sacrificar en las divinas aras cual un pontífice.

— ¿Pasa eso? — preguntó Británico fuera de sí.



- Como te lo cuento — añadió el esclavo.
- ¿Y los dioses resultan ya tan viles como los cortesanos de Agripina, puesto que lo consienten?
- El *chist* perdurable que acompañaba diversos atrevimientos de lenguaje, volvió á resonar en el aire.
- ¿Y dónde va Nerón?
- Pues á realzar la procesión que se verifica y celebra en honra de su madre desde nuestro monte Palatino al monte que soporta el Capitolio.
- Pero supongo que mi padre no acompaña, no, á....
- ¡A tu madre! — dijo un esclavo.
- ¡Mi madre no — replicó Británico, — mi terrible y siniestra madrastra!
- ¿Pero acompaña ó no Claudio á su mujer? — preguntó con impaciencia Narciso.
- ¡Pues cómo ha de acompañarla — dijo uno del grupo, — si ella quiere presentarse completamente sola, como si fuera el César, el emperador, el general, el pontífice y llevara juntas las dignidades todas de Roma en su cuerpo de hembra!
- ¿Luego mi padre se halla en sus estancias?
- En sus estancias — dijeron á una todos los domésticos.
- ¿Y sólo?
- Enteramente solo.
- Pues aprovechemos la ocasión — exclamó Británico.
- Aprovechadla — exclamaron á una todos los domésticos.
- Vosotros, que sabéis de palacio tanto cuanto ignoro yo, ¿queréis decirme cuál objeto requiere Agripina con esta ceremonia inusitada y esta inaudita presentación al Capitolio? — preguntó Narciso.
- Nosotros no podemos á ciencia cierta saberlo — dijo el esclavo único que allí parecía partidario de Agripina, — pero podemos referir lo que se cuenta y murmura.
- ¿Qué se cuenta, qué se murmura? — preguntó Británico.
- Dicen las gentes — repuso el esclavo imperialista — que Agripina se aproxima de tal suerte á Júpiter Capitolino para pedirle con esta embajada, verdaderamente aparatosa, persuada el ánimo de Claudio á recibir en la presidencia y cabeza de su consejo, como primer ministro, al filósofo Séneca.

- ¿Al filó... so... fo... Sé... ne... ca...? — preguntó Británico, que ahogado por el hipo de la cólera, no podía decir cuatro sílabas seguidas de sus frases.
- Sí.
- ¿Primer ministro de Claudio?
- Primer ministro.
- ¡Hasta dónde llega la paciencia de los dioses y el descaro de los hombres!
- No, no puede ser — decía Narciso repitiendo la frase un millar de veces. — No puede pasar Claudio por tal cosa.
- Vamos á verle... Hablemos con mi padre. Sígueme, Narciso.
- Y los dos, rápida, violentamente, como quien se arroja de un precipicio á un abismo, lánzanse de cabeza en el cuarto imperial, donde se hallaba Claudio.
- ¡Padre, padre! — gritaba el muchacho.
- ¡Señor, señor! — á su vez gritaba Narciso.
- ¿Qué traéis aquí? — les preguntaba Claudio.
- Lloros, que no puedes menos de oír — decía el muchacho.
- Lágrimas, que no pueden menos de ablandarte — añadía sollozando Narciso.
- ¿Cómo estáis aquí?
- ¿Pues dónde habíamos de estar? — preguntaron á consuno los dos.
- En la procesión.
- ¡En la procesión! ¡Ah! No, allí se trama tu muerte — replicaba Británico.
- ¡Allí donde se pregona tu deshonor! — añadía con acento de reconvención y de queja también el desdichado Narciso.
- ¡Callad, por los dioses, callad!
- A nadie debe temer el César — aseveró Británico.
- A todo y á todos — respondió Claudio.
- Ten voluntad — le gritó con todos sus pulmones el arriesgado liberto.
- ¡Voluntad! No me falta, pero la voluntad nada puede contra el destino adverso.
- Dame tu sello y no vuelven hijo y madre del Capitolio, que profanan los dos con odiosísimas ceremonias — replicó Narciso.

—¡Callad! No llegaréis á la noche.

—Ellos, los dos, sí que no llegaran aquí, de querer tú.

—¡Odiosa pretensión la vuelta de un filosofastro indigno que ha tratado, el infame, de oscurecer tu nombre sacro y deshonorarte ante la posteridad! — exclamó Británico.

—¿Quién os lo contara todo? — preguntó Claudio aterrado.

—No hemos necesitado que nadie nos contara cosa ninguna; lo adivinamos todo.

—Moriréis, infelices, sin remedio esta noche misma. Os matará de seguro Agripina.

—Que me mate. Impórtame poco, si en el día de mañana presencia tu deshonra. Venga la muerte; de no venir, iré yo á buscarla.

—Hijo mío, te reconozco; reconozco la sangre de los Claudios, mis abuelos, en esas palabras de firmeza y elevación incomparables! ¡Ven á mis brazos!

—En ellos me quedara eternamente, ¡padre, padre, padre mío! — gritaba Británico abrazando á Claudio.

—Estos abrazos te ahogarán, como si te abrazara la muerte.

—Pero nunca tan justificada como ahora — exclamó Británico insistiendo en sus arriesgadas temeridades.

—¡Chist! ¡chist! — volvieron á murmurar los asustadizos esclavos, temerosos de que les costase un pan la torta de aquellas atrevidas conversaciones.

—No me importa, con tal que me sorprenda en tu regazo. Yo no quiero apartarme de tu sombra; yo, huérfano de madre, y que solamente de ti puedo ya en el mundo fiarme, acosado como estoy de fieras, las cuales jamás perdonarán á mi persona el honor de haberte debido la vida.

—¡Padre, madre, amor, imperio, esposa, hijos! — decía maquinalmente Claudio como si en aquel momento soñara.

—¡Sálvanos! — gritábale Narciso con más angustia que en la noche trágica del suplicio de Mesalina.

—¿Y quién, quién, quién me salva, por Hércules, á mí? — preguntó sollozando Claudio, con sollozos tales, que parecían mugidos de toro alanceado.

—Préstame un momento las riendas del imperio, y verás, Claudio, cómo aplasto á tus dos tiranos.

—Las tiene Agripina y no ha consentido en dejarme ni el sello imperial siquiera. En el día de ayer mismo empeñamos una riña casi mortal por un propósito increíble: por el propósito de colocar junto á la mía su firma en una sentencia; cosa indiferente cuando se trata de negocios políticos, pero grave, muy grave, tratándose de asuntos jurídicos. No penséis en indisponeros con esa mujer ni el uno ni el otro: vale más indisponerse con todos los buenos dioses del Olimpo y con todos los genios malos del averno.

—El Capitolio acaba de ser profanado — exclamó Narciso, arengando al emperador como en el día de su traída desde su palacio en las riberas del Mediterráneo para sacrificar á Mesalina.

—¡Y tan profanado! Mas ¿cómo remediarlo?

—Como se levanta ese faro de la gente romana entre los espacios del Campo de Marte y los espacios del Foro de Roma, todos han visto la profanación, ciudadanos y milites, por lo cual todos maldicen juntos de Agripina que la perpetra y de Claudio que la consiente — dijo el temerario liberto, arriesgándose á la muerte ya.

—¿Qué quieres, Narciso!

—¿Cómo habrán tomado los sacerdotes de Júpiter tal insania? ¿Qué cara no habrán puesto las sacerdotisas de Juno viendo una especie de pontífice femenino, con escándalo de nuestras costumbres y violación de nuestras leyes?

—Les he dicho todo, caro liberto mío, todo esto y mucho más; pero no han querido escucharme. Se lo he dicho, liberto mío, les he asegurado que las grullas sagradas iban á gritarles como si fueran galos, y no me han oído. Inútilmente les aconsejo lo más racional y los persuado á lo más útil: no me hacen caso. Lo peor es que muchas veces prefiero el desprecio de lo aseverado por mí al aprecio. El desprecio me salva; una grande apreciación por su parte de mis dichos ó de mis hechos, acabaría con mi persona bien pronto. No le queda ningún otro remedio á uno más que hacerse con muchísimo recato el tonto, si queréis, el tontiloco. Yo he vivido tanto tiempo en este palacio, donde reina la muerte, y he sobrevivido á tantas gentes devoradas por nuestras discordias, á fuerza de parecer imbécil. Si aparento enterarme de todo aquello que pasa, profesar ideas propias, ocurrir á necesidades del Estado, enderezar tanto y tanto entuerto como hay aquí por doquier, me calumnian primero y me

asesinan después sin conmiseración alguna. Que hagan cuanto quieran mientras me dejen vivir á mí años y años. Interpuesto en las vías de sus caprichos, me rematan como á las fieras en el circo y lo perdemos todo. ¡A vivir, á vivir!

— No erigió la vieja Roma en el Capitolio aquellos arcos triunfales; no facilitó el acceso á su cumbre por escaleras dignas de ídolos; no lo coronó con el templo de Júpiter Capitolino, tan amplio como un templo egipcio, y con la Ciudadela, rival de la sublime Acrópolis ateniense; no lo adornó con surtidores de manantiales corrientes entre los jaspes y los mármoles; no ideó los pórticos inacabables, de proporciones parecidas por sus ritmos á una epopeya en granito; no colgó las ofrendas forjadas con el hierro arrancado á los samnitas; no colocó en la celda de oro la estatua en marfil de Júpiter, para que una mujer caprichosa y violenta se arrogara la obra de los siglos y lo convirtiera todo en palacio colosal de sus voluntariedades y de sus caprichos.

— ¡Ah! — dijo Británico para reforzar los argumentos del elocuente liberto. — Padre mío, tú me has enseñado la historia del Capitolio leyéndome, puesto de niño sobre tus rodillas, narraciones trazadas por tu propia mano, referentes al viejo romano tiempo. Allí está consagrada la victoria de Rómulo sobre los cenniates. Allí se depositan desde tiempo inmemorial aquellos despojos de las legiones rotas, que llamamos opimos por su excelencia incontestable. Allí vemos la cuna de Roma, indicativa del tiempo en que lactaban á nuestros padres las lobas. Allí se recuerda el día en que, sitiados los patrios héroes, arrojaban los pocos panes que tenían por las murallas, indicando al sitiador abundancia de víveres. Allí el dictador Camilo, rompiendo un tratado deshonesto en que Roma quería pagar á precio material su rescate, dijo estas memorables palabras: «Con hierro, y no con oro, salvaremos á nuestra patria.»

— Sabe historia este hijo mío — exclamó Claudio, olvidando todas las penas de su corazón como César, ante una tan grande satisfacción de su vanidad como literato.

— Pues bien — dijo Británico, — pues bien: por lo mismo que sé historia, Claudio, por lo mismo, imposible consentir tu deshonor histórica. Y resultará en la posteridad tal deshonor perdurable si consientes en designar como tu primer ministro al filósofo que ha

querido mofarse de ti con toda su venenosa ironía y ofrecerte infamado á la posteridad.

— Cierto, cierto.

— No consientas, padre mío, tal afrenta. No pases bajo tal caudina horca, pues la diadema se caerá de tu cabeza y se disipará la vida de tu cuerpo y se desvanecerá la gloria de tu renombre, y en vez de transmitir á tus hijos pura fama, les transmitirás impura infamia.

— Séneca — exclamó el sabio liberto, corroborando las aseveraciones de Británico, — Séneca, que predica la sobriedad, es el mayor borracho de tu imperio; Séneca, que predica la templanza, es el mayor glotón; Séneca, que predica la pobreza, es el mayor usurero; Séneca, que predica la castidad, es el primer amante de Agripina.

— ¡Narciso, Narciso, no te mato porque los dioses no quieren! La hija de mi hermano Germánico ha heredado de su madre la fidelidad en el matrimonio.

— Vale más que así lo creas, Claudio, si no para tu honra, para tu felicidad.

— Mas no se trata de tal cosa; de lo que se trata, padre mío, es de impedir que cedas tu diadema, esa diadema de tus hijos también, al enemigo mayor de nuestro nombre y fama. Ya puedes hacer de mí cuanto quieras: me diste la vida, puedes quitármela, si bien te pareciese. Tuyas mis carnes, tuya mi sangre, tuyo mi nombre, tuyo mi espíritu, con mis deberes para contigo y con tus derechos sobre mí, yo resulto menos que tus esclavos en presencia de tan grande autoridad. Pero tú no puedes obligarme, no, á que obedezca y me sujete á tu difamador y á tu enemigo, el cual es reo de crimen más abominable que un asesinato, reo de terribles calumnias, con las que ha querido el infame aniquilar nuestro nombre y alma. No lo consentiré. Revivirá en mí el alma de nuestros predecesores. Moriré á manos de Séneca ó mataré á Séneca. Yo me declaro en rebelión permanente. Yo no le obedeceré jamás; yo jamás en él reconoceré á tu primer ministro. Ya puedes hacer de mí todo aquello que quieras, menos forzarme á sonreír al que maquina tu muerte como ha maquinado tu deshonor. Este puñalillo me han dejado tan sólo — y sacó uno que á la cintura llevaba; — con él me basta para partirle su vil corazón en cien pedazos. ¡Padre, padre, padre, tu hijo, aunque mozo é imberbe, te vengará del ofensor!

— Ven á mis brazos; reconozco en tus palabras la sangre y el valor de mis padres, hijo mío.

Británico se lanzó en brazos de su padre con regocijo, mientras el liberto, de rodillas, plegadas las manos, extáticos los ojos, decía: — ¡Sálvate, sálvanos!

Pero no faltaba quien lo atisbase todo. El grupo de los tres, abandonado á sus afectos propios, no vió que Vitelio, el consejero de Agripina, entreabría una puerta con sigilo y exclamaba para sus adentros:

— ¿Esas tenemos? ¿Abrazos, efusiones? ¡Lo sabrá la emperatriz, morirán todos!



## CAPÍTULO II

### EL IDEAL Y LA REALIDAD

Por lo mismo que liberto como Narciso y entonado como Británico se habían opuesto al regreso de Séneca, obtúvolo Agripina de Claudio, no sin agotar para ello todos los esfuerzos gigantescos de su voluntad y todas las argucias infinitas de su ingenio. El método de dominación sobre Claudio, empleado por Agripina, tenía tantas espirales y vueltas y revueltas como el camino de una serpiente. No se lanzaba de golpe, cual un águila, ó de salto, cual una leona, sobre la presa; discurría mucho tiempo alrededor suyo en círculos más ó menos concéntricos, y anudábala en sofocantes anillos que parecían brazos, rindiéndola por fin á unas caricias que parecían efectos inmediatos de intensísimos y continuos afectos cariñosos. Agripina dijo ceder, lejos de triunfar, en su pleito á favor del filósofo, y del sentir mismo suyo fué Claudio. Había pedido la taimada en primer término el regreso, y con el regreso su exaltación á primer ministro, segura de que su esposo, negando la gran dignidad reclamada por ella para su consejero, se creería vencedor hasta dejarlo venir, con tal de no dejarlo ministrar. Esto, que no ministrase, deseaba la intrigante, pues para primer ministro bastaba y aun

— Ven á mis brazos; reconozco en tus palabras la sangre y el valor de mis padres, hijo mío.

Británico se lanzó en brazos de su padre con regocijo, mientras el liberto, de rodillas, plegadas las manos, extáticos los ojos, decía: — ¡Sálvate, sálvanos!

Pero no faltaba quien lo atisbase todo. El grupo de los tres, abandonado á sus afectos propios, no vió que Vitelio, el consejero de Agripina, entreabría una puerta con sigilo y exclamaba para sus adentros:

— ¿Esas tenemos? ¿Abrazos, efusiones? ¡Lo sabrá la emperatriz, morirán todos!



## CAPÍTULO II

### EL IDEAL Y LA REALIDAD

Por lo mismo que liberto como Narciso y entonado como Británico se habían opuesto al regreso de Séneca, obtúvolo Agripina de Claudio, no sin agotar para ello todos los esfuerzos gigantescos de su voluntad y todas las argucias infinitas de su ingenio. El método de dominación sobre Claudio, empleado por Agripina, tenía tantas espirales y vueltas y revueltas como el camino de una serpiente. No se lanzaba de golpe, cual un águila, ó de salto, cual una leona, sobre la presa; discurría mucho tiempo alrededor suyo en círculos más ó menos concéntricos, y anudábala en sofocantes anillos que parecían brazos, rindiéndola por fin á unas caricias que parecían efectos inmediatos de intensísimos y continuos afectos cariñosos. Agripina dijo ceder, lejos de triunfar, en su pleito á favor del filósofo, y del sentir mismo suyo fué Claudio. Había pedido la taimada en primer término el regreso, y con el regreso su exaltación á primer ministro, segura de que su esposo, negando la gran dignidad reclamada por ella para su consejero, se creería vencedor hasta dejarlo venir, con tal de no dejarlo ministrar. Esto, que no ministrase, deseaba la intrigante, pues para primer ministro bastaba y aun

sobraba ella, sino que viniese y viniese pronto á fin de romper el haz formado por sus dos enemigos en la corte y tener junto á sí una inteligencia tan penetrante como la inteligencia de Séneca y entre sus instrumentos de dominación una palabra de autoridad tal como la palabra del filósofo, que convirtiera en arte retórica la santa filosofía. Segundogénito el filósofo de un inspirado declamador andaluz, continuó por herencia y por atavismo en la paterna declamación, pero sujetándola por completo al servicio de la ciencia. Flaco y enteco, de músculos rugosos, de huesos frágiles, de nervios desarreglados aquejábanle unos tan bruscos y violentos cambios en la salud, que iba desde una languidez vecina de la muerte á una exaltación rayana con la epilepsia y con la fiebre. Todo en Séneca era débil, todo, menos el corazón, que parecía horadarle con sus golpes las costillas, y el seso, que no le cabía dentro de la cabeza. Así pasaba su vida entre lo que llaman desarreglos cardíacos ahora los sabios y vértigos perdurables. De altura y elevación en pensar, no medía tanto en el proceder, yéndose por un lado sus ideas con sus palabras y por otro lado muy opuesto sus sentimientos con sus acciones. El recuerdo santísimo de la República muerta doraba su alma como el día extinto en los valles dora tras el ocaso la montaña, y el eco de la elocuencia inmolada en Cicerón hendía los sepulcros y resonaba de nuevo en sus labios. Pero la tiranía victoriosa, representada en aquel instante por Calígula, temió de tal modo esta resurrección, que pensó perderlo é inmolarlo, como á sus antecesores ilustres: horrible riesgo, evitado con su conversión á penitente y asceta, como podía permitirle el sensualismo connatural á las antiguas civilizaciones clásicas, muy propensas de suyo al goce y al placer. Reducido á la elocuencia jurídica, por no consentir el tiempo y el despotismo la elocuencia política, puesto que aun al seno mismo de los tribunales había ido la tiranía y selládole con amenazas los labios, refugióse dentro de su pensamiento, á su vez reducido en silencio, que sólo interrumpían filosóficas sentencias de una extensísima generalidad, encerrada en los ritmos de una muy artificiosa retórica. Así creyó que, tomando al clínico las vestiduras desarregladas, al estoico el silencio profundo, al pitagórico la comida vegetal, y convertido por estas imitaciones en una especie de abstracción,

pasaría sin ser visto por las inaccesibles alturas de la ciencia, á guisa y manera de abstracto pensamiento. Mas un proceder tal, si cedía en su pro, cedía en contra de la familia. El padre, que necesitaba de su hijo para prosperar la propia fortuna, le disuadió con ruegos primeramente, y después con mandatos, de tal abstracción, y le devolvió al foro, á fin de verlo granjearse para sí como para los suyos en la política y en la abogacía los favores y los lucros del poder público. Pero en vez de granjear los favores, aguardados por aquella su familia y gente, atrájose mortal y súbita centella de irremediable desgracia, fulminada desde las alturas. A pesar de la prudencia, impuesta por sus cadenas á los oprimidos, alguna palabra ó frase aceradísima debió soltar contra la competencia jurídica, oratoria, histórica de Claudio, cuando éste, pagado de su propia maestría en la ciencia y en las letras, lo desterró de su corte, necesitada siempre del ornato que á todo poder presta un altísimo nombre. Pero si el recato natural de su complexión enfermiza y el miedo á los opresores consiguiente con la opresión y la necesidad absoluta de favores y medras le obligaron á callarse respecto de las tiranías en público, no fué tal silencio con tanta fidelidad observado en casa, cuando sus enemigos le infligieran un destierro, prolonga-



Estatua en mármol de Séneca, encontrada en Tusculum

do meses y meses, á pesar de sus elegías en prosa, tan plañideras como las elegías en verso del infeliz Ovidio, y de sus ruegos insistentes al emperador Claudio. Si no pone Agripina pies en pared y no trae á Séneca, lo hubiera Claudio dejado allá en el destierro al escozor de ofensas anteriores y posteriores á su exaltación al Imperio. Este despego del emperador al filósofo no desplazaba de modo ninguno á la emperatriz, deseosa de soltarlo contra su marido, siempre á él contrario por lo incurables que se le hacían las heridas en el amor propio, y de tenerle á su servicio sujeto con la cadena del agradecimiento. Así que Séneca llegó á Roma, personóse con solicitud en casa de Agripina; y así que se personó en casa de Agripina, le comunicó ésta las causas de haberlo traído, en cuyo número entraban tanto factores de cariño al filósofo cual factores de propio provecho. Nada en verdad tan indispensable á su propio poder como el ascendiente sobre un emperador, ya que las malditas leyes romanas oprimían á la mujer con una perpetua tutela; y nada tan indispensable para conservar el ascendiente sobre un emperador como señorearse primero del alma de Claudio para luego señorearse del alma de Nerón, transmitiendo éste bajo la corona imperial el clavo de la servidumbre con que había de hallarse pendiente, por toda su vida y todo su reinado, del capricho de su madre. Pero dejemos hablar á los interlocutores.

- Bien venido, Séneca.
- Bien hallada, en verdad, Agripina.
- ¡Cuánto me ha costado tu regreso!
- ¡Y cómo he padecido en el destierro!
- Ya puedes respirar.
- Si hay respiración posible allí donde se halla tu marido.
- Calla.
- Déjame un minuto de necesario desahogo.
- Aconséjame, aconséjame.
- Lo primero que te aconsejo es el casamiento de tu hijo con tu entenada Octavia.
- ¡Séneca!
- Claudio tiene muchos devotos por lo mismo que hay en el mundo muchos imbéciles.
- Ya lo creo.

- Y como tiene muchos devotos, necesitas de su real sanción para granjear la corona imperial á tu hijo.
- Ya lo veo.
- Pues, viéndolo, apresúrate á realizar este casamiento, apresúrate.
- ¡Si hice todo cuanto pude por prosperar á Nerón!
- ¿Qué hiciste? Cuéntame...
- Hele obtenido la toga viril antes de tiempo.
- Bien.
- Hele dado el paso en todas las ceremonias sobre su rival Británico.
- Bien.



Nerón, cónsul designado y príncipe de la juventud (moneda de plata)



Denario de Nerón

- Con un título retumbante hehe rodeado de los jóvenes, acudidos al engañoso reclamo.
- ¿Con qué título?
- Con el título de príncipe de la juventud.
- Perfectamente.
- Fuera de Roma es procónsul honorario en todas las provincias.
- Honores que darán poderes, como fructifican en estío las florescencias primaverales.
- Amén de esto, que, cual ves, no vale poco, agreguéle á cuatro pontificados.
- No está de más. La religión sirve mucho á la política.
- He mandado batir monedas con su busto y púestole al pie la denominación de César.
- Ya se irán los romanos haciendo así á ver cómo habrá de tener Nerón el Imperio, que le penetrará por los ojos antes de que haya llegado á realizarse.

- Bien hecho, bien hecho.
- Además voile quitando de delante obstáculos.
- ¿Cuáles?
- ¿Te parecen flojos los dos prefectos del pretorio?
- ¿Geta y Rufo?
- Sí, Geta y Rufo.
- ¿Qué has hecho?
- Pues los he despedido.
- ¿Sin resistencia de Claudio?
- Con suma resistencia.
- No extraña, pues eran sus predilectos amigos.
- Y tanto.
- ¿Cómo te las has compuesto para imperar así sobre tu esposo?
- Unas veces me valgo de amenazas y otras veces de caricias, con arreglo al estado de su ánimo y á la salud de su cuerpo.
- ¿Qué sucesores has escogido para cargos tan importantes?
- No he querido procurarme sucesores, sino sucesor.
- ¿Qué dices?
- Pues como lo digo es.
- ¿Y has concentrado en una sola mano las dos prefecturas?
- En una sola mano.
- Pues trabajo te habrá costado.
- Y retórica.
- Cuéntame.
- Dije á Claudio que los dos prefectos en el pretorio se parecían á los dos reyes de Lacedemonia.
- Feliz ocurrencia.
- Pintéle cómo el uno y el otro se anulaban mutuamente.
- Pensado á perfección.
- Aunque aseveraba Claudio necesitarlos dobles, porque uno solo podía echárselas de César y anular el derecho de la familia cesárea con las espadas de los pretorianos, yo le persuadí á fundar la unidad completa de mando para que sobre tal unidad se fundase á su vez la unidad imperial. Tener dos prefectos en el pretorio, decíale yo, es como tener en el combate dos espadas, una en cada mano. Imposible retener las dos, imposible.

- Buena comparación.
- Apenas podría contarte las industrias de que habré debido valerme para mantener mi autoridad é influjo contra la mayoría de los príncipes y contra la mayoría de los libertos.
- Cuéntalas.
- Son innumerables.
- Necesito, Agripina, estar industriado en tus industrias.
- Pues bien: te presentaré una como ejemplo.
- Habla.
- He producido un hambre artificial.
- ¿De veras?
- Cuantas provisiones de trigo venían para las atenciones nuestras de las provincias frumentarias, helas devuelto al origen y procedencia para que los romanos careciesen de pan.
- ¿Con qué objeto?
- Con dos.
- ¡Cuánto recurso!
- Con el objeto de que la mano de Nerón trajese de nuevo el necesario pan como una providencia de Roma, y la presencia de Nerón calmase los motines al hambre consigüentes como una especie de sobrenatural pacificador.
- No es mal golpe.
- Con efecto, salió como lo había pensado.
- ¿De veras?
- De veras.
- Te felicito, Agripina.
- Una sedición en términos tales conturbó la ciudad, que parecía venirse abajo el cielo.
- Vamos; te sales con todo aquello que te propones. El día que quieras, como has hecho un motín, harás una tempestad.
- Escucha.
- Sigue; soy todo oídos.
- Cuando más descuidado estaba Claudio en su tribunal, entra en tropel una turba de hambrientos.
- Buena cara pondría el emperador *Buey*.
- ¡Séneca!
- He ofendido á los bueyes.



- ¿Quieres volver á tu destierro?
- Le llamaremos el emperador *Calabaza*. Estas no se ofenden.
- ¿Quieres perderte y perderme?
- Callo.
- Aquí palabras pocas y acción mucha.
- Concluye lo que contabas.
- No quiero decirte cómo le insultarían.
- Tampoco me digas cómo él se asustaría.
- Cuantos adjetivos infames hay en la lengua nuestra, otros tantos le arrojaron al rostro.
- Y de seguro se defendería él en griego.
- Ya iban á maltratarlo, quizás á herirlo.
- Véolo con el cuerpo echado atrás y los brazos puestos en defensa y preservación de la cara.
- Cuando llegó el momento crítico, al asestar uno de los amotinados el certero golpe, apareció Nerón.
- ¿Como en un teatro?
- Como en un teatro.
- Fué, pues, aquel dios de Horacio que desata y disuelve los argumentos.
- El mismo en persona.
- Y como estaba por tí todo tan bien preparado, apenas apareciera tu hijo cuando cesara el motín.
- Justamente.
- Como á la inteligencia de Claudio se le oculta siempre la relación entre los efectos y las causas, atribuyó al autor mismo del motín la terminación del motín.
- En efecto: yo lo hice y lo deshice yo.
- Más para Claudio todo lo desharia Nerón.
- No sabes cuál actor es el hijo mío.
- ¡No he de saberlo!
- Representó con tal verdad su papel, que pareció espontáneo y de la ocasión aquella, no aprendido y ensayado. Fué una verdadera maravilla Nerón en el desempeño de su importante cometido. Tras aquel acto vinieron los barcos repletos de trigo y tras la venida de los barcos el cariño romano á nosotros.
- Y estoy viendo lo que sucedió.

- No puede ocultarse á tu conocimiento de la humanidad y de los hombres.
- Un día que salió Claudio con su entenado, el pueblo-rey les aclamó con fervor, especialmente al muchacho.
- Así fué.
- Y tan diestra tú en aparejar motines como triunfos, Claudio, que salió tonto de tu casa, por un favor del cielo volvería loco.
- ¡Por los dioses, calla, Séneca; por los dioses, calla!
- Callar ante tal majadero.
- No deshagas mi obra y no vuelvas al destierro. Si antes los dichos tuyos te quitaron no más la ciudad, hoy podrían cortarte la cabeza.
- Con lo cual me quedaría como Claudio, sin cabeza.
- Mira que Británico se promete mucho de nuestras imprudencias, mientras Narciso atisba con sus ojos todo cuanto hacemos, husmea con sus narices todo cuanto pensamos y escucha con sus dos orejas de galgo perdiguero todo cuanto decimos.
- Vamos; aquí nadie gobierna más que tú, Agripina, y por consecuencia de nadie sino de ti debemos curarnos.
- Pero ya sabes que gobierno ahora por mediación de Claudio; y como se halle viejo éste y achacoso, necesito gobernar mañana por medio de Nerón.
- Vaya en gracia.
- Y necesito tu auxilio.
- ¿En qué puedo yo auxiliarte? Dímelo.
- En todo.
- Manda.
- Claudio debe hacer testamento.
- Cuidate más del pretoriano que del tabulario.
- Todo se necesita.
- ¿Y cómo te puedo ayudar yo?
- Pues procediendo de suerte que recaiga la designación de Claudio, no sobre su hijo propio Británico, sobre su adoptivo Nerón.
- ¿Y qué puedo hacer yo en esto cuando Claudio tanto me aborrece?
- Pues mucho.

- Di.
- Ya sabes las aficiones del emperador á la declamación.
- Las sé.
- Y además ya sabes sus aficiones á la historia.
- No las ignoro, y por tal manera son temerarias que tuvo necesidad tu augusta familia de quemar las obras históricas tuyas por los disgustos que le hubieran traído.
- No lo he olvidado.
- ¡Como que se puso el cuitadísimo á historiar las civiles guerras de cuyo podrido seno saliera el romano imperio!
- Séneca, no vuelvas los ojos á las ideas republicanas.
- Pero cuando Claudio republicanea un poco, ¡él, que ha ganado su poder de César con el Imperio!, ¿por qué no lo debemos hacer nosotros, que con la República hemos perdido nuestra dignidad y derecho de ciudadanos?
- La otra vez te trajiste la proscripción, Séneca, por estas frases; ahora vas á traerte la muerte. Ayúdame á mí en la empresa de coronar á Nerón, y no mires ni hacia adelante ni hacia atrás.
- ¿Qué puedo yo hacer en auxilio tuyo y en auxilio de Nerón?
- Pues declamaciones.
- ¿Y con declamaciones crees que lo arreglaremos todo?
- Vaya si lo creo.
- ¡Valiente caso hará en su bellaquería nativa de nuestras declamaciones Claudio, valiente caso, Agripina! Pues ¿qué de tales cosas se le alcanza?
- Pues por lo mismo que se le alcanza poco, se le satisface con poco.
- Haré cuanto tú quieras.
- Le gusta pasearse por el campo de la historia.
- Del cual campo sacará lo que saca el búfalo al hollar la campaña romana con su pesuña ó el hipopótamo al revolcar su cuerpo en las marismas del Ganges.
- Pues déjalo; con eso menor el trabajo tuyo en halagarlo y más fácil mi poder de vencerlo.
- Compondré cuantas declamaciones quieras.
- Él se cree un dios.

- Cuando no es más que una miserable bestia, debiste añadir.
- Y como se cree un dios hay que hablarle de cosas divinas.
- Valiente comprensión la suya.
- Cuanto menos comprende, más fácilmente cree sublime lo superior á su alcance y con mayor docilidad se rinde al desconocido encanto.
- ¿De qué debo hablarle?
- Tú de nada. Nerón se compromete á recitar tus declamaciones.
- ¿Y me crees capaz de redactar ninguna que sea de suyo asequible á un perro como Claudio?
- Y tan capaz: sugiérole una convicción.
- ¿Cuál?
- Que es Júpiter.
- ¿Cómo?
- Componiendo para dicha por Nerón una de las arengas que solamente pueden dirigirse á los dioses.
- Por manera que debemos levantar un templo de dioses con frases de suma elocuencia, para él incomprensibles, á ese gallo que sólo sabe cantar en su estercolero.
- Troya se presenta en demanda de algo que solamente puede conceder Claudio.
- ¿Troya?
- Sí, Troya.
- Pero ¿estamos locos á una y sin excepción aquí?
- Estaremos ó seremos todo cuanto quieras; mas Troya debe aparecer ante Claudio dolorida.
- ¡Cuántas necedades!
- Con verdaderas necedades habrás de hinchar á los necios.
- No pongas vino en odre de vinagre; pero pon cuanto vinagre quieras en odre de vino.
- Sigue.
- Y al presentarse Troya dolorida buscará un defensor.
- Y ¿el defensor será Nerón?
- Sí.
- De modo que deberé yo componer arenga muy resonante

persuadiendo al pobre Claudio, en nombre de Nerón, á que vuelva por Troya, cual si Claudio fuese una divinidad, en vez de ser una calabaza.

— Peores divinidades que Claudio saltan á cada instante y á cada paso en las supersticiones populares.

— ¡Oh! Lo dificulto.

— ¿Lo dificultas?

— No. He dicho mal; no lo dificulto: lo niego.

— Pero eso no hace al caso.

— En fin, se hará lo que tú quieras.

— Ya sabes que Claudio se cree descendiente de Venus.

— En la familia tú muestras con gracias sin número tal ascendencia. Pero tu marido, que va siempre cojeando, sólo representa las gracias de Vulcano.

— Vamos. No te chances con estas cosas tan graves y á esta hora tan solemne: domina tus cóleras con actos, ya que aconsejas este dominio á los demás con palabras. En cuanto demuestres con una de las inspiradas oraciones que únicamente sabes tú componer la superioridad oratoria de Nerón, Claudio hace testamento y le manda la imperial diadema de Roma.

— ¿Lo crees así?

— ¡Vaya si lo creo!

— Y ¡cuán estúpido el tal Claudio!

— No puedes imaginarte cómo lo transporta por los más altos pináculos y lo saca de tino la elocuencia.

— Si de arrebato en arrebato llegase hasta una epilepsia mortal, nada perdería Roma y mucho ganarías tú.

— No lo dudo. Mas no debes olvidarte de que á Roma y al hogar te ha devuelto.

— ¿No me has devuelto tú con resistencia de su parte?

— Sí; pero al fin la orden ha sido firmada por él.

— ¿Por él?

— Sí, sí, por él.

— Agripina, calla: por el estilete que has puesto en sus manos. Al estilete debo adorar que se halla en su tintero, y no al dedo fatal y dócil que lo ha cogido porque tú se lo has mandado.

— ¡Manos á la obra!

— Pondrélas; pero no sin decirte antes que agencies sobre todo el matrimonio de tu hijo con Octavia.

— Lo agenciaré, cumpliendo tu deseo.

— Así lo que haces por Nerón lo haces también por una hija de Claudio; y puedes cohonestar con apariencias de homenaje á tu esposo cuanto hagas en contra del derecho de Británico.

— He pensado tanto en eso, como que acabo de concurrir á su preparación, destruyendo algunos importantísimos obstáculos.

— ¿De veras?

— Y tan de veras.

— Ya veo, Agripina, que estás en todo.

— A no estarlo ¿cuándo, si no, rigiera el Imperio?

— Me da, sin embargo, un tanto de tristísimo escalofrío tu método en remover obstáculos.

— ¡Bah!

— No me asustes.

— Te asustas de bien poco tú.

— Del mal siempre.

— No te presentes á mí con pasmarotadas hipócritas.

— ¡Agripina!

— Te conozco demasiado para no reirme de tus aspavientos.

— Yo predico siempre la virtud.

— Pero no la practicas nunca.

— Eres mi amiga y dices de mí cosas jamás dichas por mis mayores enemigos.

— Como tras el sagrario se ríen los sacerdotes de sus liturgias y sobre las víctimas de sus augurios los augures, también se ríen los retóricos y los filósofos de sus respectivas enseñanzas y de sus declamaciones.

— Agripina, eres implacable.

— Y tú divertido, Séneca.

— No debías decir tales cosas.

— ¿Ni aquí siquiera, donde nuestras conciencias de toda vestimenta se desnudan? ¡Si no dijeras tú cosas peores y mucho más peligrosas!...

— Yo he sostenido siempre que la vida beata está en regular las costumbres y someter las pasiones. He sugerido á los demás el des-

precio á la muerte alcanzado por mí en el reposo y serenidad interiores de conciencia. He cuidado del cuerpo, mas no en perjuicio del honor. Los verdaderos goces para mí se hallan lejos de las frívolas voluptuosidades. En mis tropiezos, cuando heme visto afligido por el remordimiento, no he desesperado de la enmienda. Antes me censuro á mí que á los demás. Gústame de usar cierta severidad con mis propios actos y cierta indulgencia con los ajenos. Perfecciono todo cuanto puedo mi razón para que mi razón perfeccione cuanto pueda mi vida. Vivo en privado cual si me viese á cada minuto el público. Nunca he creído mis defectos originados en el ejemplo y en el consejo de mis prójimos, sino en mi propia debilidad. Nunca he creído á los aduladores empeñados en darme calidades no reconocidas por mi vista interior. He adquirido la libertad por mi esfuerzo y dudado de que puedan adquirirla también cuantos no la desean. Más estimo á los hombres por su mérito que por su fortuna. Ya puedo morir, porque la filosofía me ha dado el claro concepto de la nada de nuestra vida. Con los preceptos filosóficos aclamados y no puestos en práctica, el ser moral se enflaquece y se corrompe la vida. Resultan siempre las mejores máximas los más vivos y practicados ejemplos. Mala cosa la grande abundancia de remedios por causa y razón de la grande abundancia de males. Nada tan independiente como la sobriedad, ni tan libre como la pobreza. Ten paz contigo y no te importe las guerras que te declaren los demás. Más sorprendentes que las bellezas del cielo estrellado aparecen á mis ojos las bellezas del mundo moral.

— Pero, Séneca, interrumpe, interrumpe, interrumpe toda esa plática de moral; porque hartos sé cómo las gastas tú. Pues qué, ¿no has prestado á usura? ¿No te has enriquecido con tus oficios? ¿No te has vengado de tus enemigos? Vamos, cuéntale, Séneca, todo eso á quien te desconozca, como te desconoce todo el público, no á mí, que me sé á Séneca de memoria. Y no lo llamé de su destierro á costa de mi tranquilidad para que me predicase virtud, sino para que prosperara mis proyectos. Estamos unidos tú y yo por el apretado nudo del crimen. Dejémonos de gazmoñerías y manos á la obra. Te decía, cuando interrumpiste mis dichos con tus declamaciones, que había ocurrido al casamiento con Octavia de mi

Nerón por los medios usuales en estas casas y en estas familias nuestras.

— Ya lo comprendo, Agripina; pero constreñido por una fuerza mayor que mi voluntad á obedecerte y á servirte, ruégote consideres cómo no me queda otro recurso sino abstraer mi espíritu de aquello mismo que hago sin remedio y repruebo sin apelación.

— Abstrae lo que quieras y cuanto quieras anatematiza, con ideas y hasta con palabras, si tal inutilidad te pide tu gusto; pero ayúdame á todo y en todo.

— Te ayudaré.

Y Séneca suspiró con tristeza hondísima.

— Decláte cómo había ocurrido á todo lo necesario para facilitar el matrimonio de Octavia y Nerón.

— Sea en buen hora.

— No puede medirse cuánto me han costado los primeros pasos, ni calcularse cuánto me costarán los todavía restantes.

— Vencer los escrúpulos de leguleyo tan fastidioso como tu marido, habrá sido en verdad obra de gigantes.

— Ya lo creo; como que adoptado Nerón por Claudio, hijo de éste ya según tal adopción, resulta hermano de Octavia.

— ¡Oh!

— Ya me costó un triunfo el que adoptase á Nerón, pues en sus pasiones por todo lo histórico decía con orgullo haber tanta vitalidad en su familia, que no necesitaba conservarse por adopciones ajenas, sino por generación legítima y natural.

— Y ¿cómo ahora en su pedantismo salvará los escrúpulos legales que habrá de ver por fuerza en el matrimonio entre Octavia y Nerón? ¿cómo?

— Pues de un modo muy fácil.

— Han abierto los césares tantos y tan grandes agujeros en las leyes, que ninguna interpretación extraordinaria conseguirá extrañarme.

— Para que perdieran el carácter de hermanos, desde que Nerón entró en la familia Claudia por adopción, salió de la familia Claudia Octavia por adopción de otra familia.

— Bien ideado; y mucho, en verdad, honra tal salida increíble á quienes la encontraran.

— Luego, encontrando á la muchacha enamorada perdida-mente del joven patricio Silano, para que lo dejase ella, dejó él en mis manos la vida.

— ¡Agripina! — exclamó Séneca horrorizado.

— Séneca — dijo la emperatriz ante tal aspaviento, — hete dicho mil veces que no levante tu destierro para que temblaras á mis acuerdos con horror, sino para que me los obedecieras y los observaras con fidelidad. Hazte de miel y te comerán las moscas. Yo delaté á Silano de amores incestuosos con su hermana Calvina.

— Claudio habrá hecho á tal delación tuya una barbaridad.

— Ha cumplido pura y simplemente con su deber.

— Buen abogado se echó tu marido con tenerte por mujer.

— Ha desterrado á Calvina y luego dispuesto que se hiciera una función de desagravios en el bosque consagrado á Diana, con arreglo á las viejas prescripciones transmitidas de generación en generación por el viejo monarca Tulo.

— No se habrán reído poco las gentes de purificación así en estos castísimos tiempos.

— Ríanse cuanto quieran. A Octavia no le quedó más remedio que unirse con Nerón y no le quedó más remedio á Silano que ahorcarse de cualquier árbol.

— ¿No podrías hacer, Agripina, el bien tuyo y el bien de tu hijo sin detrimento de nadie?

— ¿No podrías ir á otra parte con semejante música?

— ¡Cuán cruel eres!

— Díjete y repito cómo no tenemos uno á otro nada que arro-  
jarnos mutuamente á la cara en las dos sendas vidas. Así, lo único que deseo es que instruyas á mi Nerón en retórica.

— También pienso en virtud instruirlo.

— ¿En virtud?

— Sí.

— Pues eso me tiene sin cuidado. Con la virtud no sojuzgará el ánimo de Claudio y con retórica sí.

— Pienso aconsejarle proceda en términos de que no echen de menos sus súbditos la República y se crean, bajo una especie de cónsul á lo antiguo, verdaderos ciudadanos.

— Desiste de tales intentos baldíos, ¡oh filósofo!, desiste por completo; pues más fácilmente impedirás al fuego arder, al relámpago lucir, al agua mojar, que oprimir al opresor. Un déspota republicano es como un dios ateo.

— Agripina, son los tiempos tan malos y están los ánimos tan corruptos, que no merece ya el crimen castigo, sino compasión, como no merecen los apestados penas, sino caridades y auxilios. Mi conciencia se subleva contra todo cuanto propones tú; mi voluntad á todo cuanto quieres tú se resiste; mi ser forcejea bajo tu látigo y entre tus cadenas por desasirse á la tiranía que lo agobia; y sin embargo, no hay otra salida que sepultar todo esto en lo más profundo y recatado del ser, siguiéndote como al fascinador el fascinado. Yo tengo ideas propias; pero me ahogo en las ideas contrarias á ellas, por imposibilidad completa y absoluta de remontar su corriente. Caído como catarata de lo alto, mis brazos han resistido y pugnado algún tiempo, mas se desmayan como le acontece al náufrago en su naufragio. El exceso en los diarios pecados obliga al exceso en las correspondientes protestas. Mi pensamiento resulta en su idealidad tan duro en el bien como dura la realidad en el mal. De otra suerte, imposible penetrar con mis esperanzas en la desesperación. El cáncer, que á todos nos come, pide una cauterización por el hierro y el fuego que á todos nos cure. Si las ovejas en el matadero adivinan que van á morir violentamente, ¿cómo podrán en el Imperio ignorarlo estos romanos, ceñidos todos de la misma cadena y pendientes de una señal del carnicero? Cuando nos vemos expuestos á perder con la vida el honor, lo primero que nos pasa, cuitados, es perder la cabeza. Mi conciencia es ingenua, pero falaz mi labio; es mi corazón puro é impuras sus determinaciones; quiere la voluntad el bien, pero la necesidad me constriñe al mal; y por el esfuerzo irremediable, imperioso, de conservar un día más, respirando y nutriéndome, la vida puramente animal, pierdo aquella otra vida más excelsa, llamada vida espiritual, que perdura en todos los tiempos. Si pudiera yo quitar de un golpe tanto mal en la realidad como de una simple abstracción lo quito en la conciencia, ¡cuán feliz, oh Agripina, sería! ¡Y pensar que así como el mal en mi alma no existe, podría también no existir en el mundo! Y sucede algo muy particular: sucede que no pudiendo pres-

cindir del mal, tomámoslo como un hábito y lo ponemos á guisa de levadura y de fermento en las costumbres, sin reconocerlo ni sentirlo. Y lo que, sin embargo de todo esto queda en el fondo de nuestro ser, parece á espanto instintivo, irremediable. Andamos en la claridad como pudiéramos andar en las tinieblas; que si éstas nos ocultan los objetos, aquélla con todo su esplendor nos oculta los esbirros, ya que lleva cada cual detrás de sí un esbirro como la sombra el cuerpo. ¿Quién puede precaverse contra el capricho de la tiranía? ¿Quién excusarse de respirar un aire viciado? Estos dolores tan extendidos aseméjense de suyo á la universalidad en el morir y á las lágrimas en el nacer, que nos tocan por igual á todos. Amaga catástrofes el Estado sobre nuestras cabezas en los Imperios, como catástrofes en los terremotos el suelo bajo nuestras plantas; nos pegan un pánico tan intenso con un horror tan grande sus amenazas porque se formó el Estado para protegernos como se formó el suelo para sustentarnos. Estamos en las gradas del trono todos los romanos de igual modo que los reos de muerte en las gradas del cadalso. Y sin embargo, no podemos refugiarnos en las conspiraciones y en los alzamientos, porque agravarían el mal, añadiendo á su nativa crudeza la exacerbación y la recrudescencia. Cuesta mayor trabajo y trae mayor pena en esta nuestra situación rehusar que sufrir el yugo. ¡Felices los que pueden ocultarse hasta llegar á ignorados! Para huir de aquello que no podemos evitar, únicamente nos resta una salida, la muerte. ¡Infelices tiempos aquellos en que los rayos descargan tan sólo en las virtudes y en el talento porque son muy altos! Hasta la honradez hoy es peligrosa. Por eso, Agripina, te confieso que admiro tu valor en tus ambiciones. Yo ni el bien me atrevo á querer y á ambicionar. Mucho se duele uno de carecer en el destierro de las bibliotecas romanas; pero si piensa también que se halla lejos de la corte, créese como un esclavo huído á la ergástula. Precisa decirle á toda tiranía que podrá inferirnos poco mal en el menosprecio nuestro al dolor ó al destierro. Hasta de las riquezas nos descargaremos, á ser necesario para vivir, como se alivia de su carga la nave cuando es necesario para bogar. Aun tomadas todas estas precauciones, precisa decir que no escaparemos á la desgracia. Casi hay consuelo en pensar cómo nadie muere á su hora natural y todos nos vemos á la descuidada sorprendidos

por una muerte anticipada y violenta. Impotencia de la tiranía; que hasta en sus mayores castigos hay algún bien para quien ejercita su libertad y ama la virtud. Así como la seguridad de pasar desde nuestro bajo mundo á otro mejor aliviará de su peso á mis cadenas, la esperanza de aislarme dentro de tus palacios quitará seguramente rigores á mi dolor. Yo ayunaré ante una mesa cargada de manjares; yo vestiré sayal de asceta bajo mi rica toga de cortesano y favorito; dejaré mi lecho blando para dormir sobre los duros pavimentos de tu palacio, y en las cráteras de Falerno echaré agua de una fuente. Mientras el tirano prepare mi suplicio, yo me adelantaré á su deseo, convirtiendo la vida en una larga preparación á la muerte. No podrá cosa ninguna contra mí en tanto que no pueda evitar mi suicidio.

— Pero ¿á qué viene toda esta jerigonza?— preguntó Agripina cansada ya de aquella sarta de sentencias estoicas que le parecían frases incoherentes é ideas truncadas.

— A decirte bajo qué pie yo entro en tu palacio y en qué ideas pienso yo educar á tu Nerón.

— Ahora, dejémonos de tales jergas; y para cumplir con los oficios á que te comprometió la vuelta de tu destierro y el reintegro en mi servicio, comencemos por saludar á Claudio.

— ¿A Claudio?

— Sí, á Claudio.

— ¿Lo has pensado bien?

— ¡Pues no!

— ¿Para qué necesita de mi presencia?

— Muy sencillo. Para que tu ausencia no se repita.

— Mejor encontrarme conmigo á solas en Cerdeña, que de él acompañado en Roma.

— Lo que dices pareceme una frase vacía de sentido cual tantas otras que usas, pues has deseado mucho venir á Roma; y dada tu posición como dado tu carácter, no podías venir á Roma sin entrar en palacio, ni entrar en palacio sin tropezarte con Claudio. Vamos, pues, á verlo.

— No en mis días.

— Os creéis sabios y sois locos.

— Sea lo que quiera.

—¿Cómo juzgas posible, hombre desatentado, hallarte aquí en el Palatino y no hablar con Claudio?

—Triste condición la nuestra. Hemos enseñado con la filosofía el arte de ser libre á todo el mundo y nosotros únicamente sabemos las obligaciones del esclavo.

—Te dejo decir todo cuanto te pase por la cabeza con tal que tú me dejes hacer todo cuanto se antoje á mi albedrío. Así, conjúrote de nuevo para que hables con Claudio.

—Ese cojitranco trae consigo envuelta en su sombra la desgracia. Tiene tal pellejo que dura mucho tiempo, y hasta en la hora de su muerte no tendrá por dónde le deje la vida. El alma le ahoga como al epiléptico la sangre y como al borracho el espirituoso licor. Aunque todos los días le mata y entierra el horóscopo continuo de la vulgar astrología, él nos matará y nos enterrará de seguro á todos. Él ha conferido el derecho de ciudadanía en su estolidez á tantos extranjeros, que no quedan ya romanos en Roma. Pero ¿qué ha de hacer? Mientras su pierna se arrastra como un reptil, se balancea su cabeza como un mareo. Aunque se dice romano, el infeliz ignora cuándo nació y á qué nación pertenece. Por la mezcla de su dialecto bárbaro con el griego y el latín, esta es la hora en que nadie le comprende. Su voz parece al resuello informe de las focas hambrientas. Como que no debe la ciudadanía y el derecho de ciudadano á Rómulo, el fundador de Roma; débelos á Munacio, el fundador de Lyon, donde naciera ese animal de las Galias. Por la mañana oye los abogadillos, por la tarde los actores, por la noche los libertos; así pasa la vida escuchando y no aprendiendo. Él se cree dios; muchos dudan que sea hombre, y lo fío yo por bestia. Así, ha divinizado á su abuela paterna Livia para heredar su divinidad y que lo transmutan de leño en dios, como hace Ovidio en sus *Metamorfoseos*. Incapaz de despertar una mosca, el infame ha inmortalado muchos mortales.

—¿Serás atrevido, Séneca, en tu afán de argumentar, hasta el punto de argüirle por la justa muerte de Mesalina? Esto únicamente me quedaba que aguardar ya de tu audacia, ¡oh desatentado filósofo!

—Pasémosle por el bien parecer esa muerte, y por no faltarte á tí, ni demostrar los comienzos y orígenes de tu fortuna. Pero ¿qué dices de las muertes de Silano, Pompeyo, Craso, Escribonia y

tantos y tantos? Baste decir que ha hecho perpetuas las saturnales, y ha conservado el banco de los reos en la peana de su altar. Créete que irá de seguro al infierno cojeando en compañía de tu aborrecible acusador, el goloso Narciso. Ellos reemplazarán á Ixión en su rueda y á Sisifo en su roca. Y no descenderá Claudio mucho, puesto que fuera propiedad ó esclavo de Calígula; y Calígula se lo regaló, como pudiera regalarle un caballo, á su liberto Menandro; y Menandro, muy jurisperito, lo hizo, como para franquearle mejor el camino á las sombras infernales, su asesor y su escribano.

Cuando más engolfado estaba Séneca en decir todas estas frases, ábrese la puerta del camarín donde así hablaba y aparece Claudio. Agripina se asusta viendo á su marido, no por el temor de que algo hubiese alcanzado y oído éste de las palabras del filósofo, pues harto sabía lo tardo y pesado de la comprensión en su esposo, por el temor de que Séneca tuviera algún acto de altanería y lo echase todo á perder con sus brusquedades. Pero no, aunque Agripina se las prometiera tales, había juzgado á un pensador de su tiempo de modos no consentidos ya por aquellas ideas y aquellas costumbres. Lejos de levantarse y erguirse á un movimiento de indignación en presencia de su proscritor, el proscrito hundió las dos rodillas en el suelo, plegó las manos sobre su pecho, alzó á las alturas los ojos y recitó con la misma voz, con el mismo ademán y en lenguaje idéntico á como había dicho todo lo anterior, esta oración digna de ser consagrada, no á un Claudio, á un dios.

—¡Oh señor! ¡Cuán feliz me siento al verte! Como se regocijan todas las plantas y todas las flores contristadas por la noche al rayar el día, me regocijo yo con tu presencia. Déjame contemplarte, pues bien sé por una larga devoción á tu persona, que mientras tenga fijos los ojos en esa tu cara no podrá entrar la congoja en mi pecho. Bien es verdad que ni el dolor ni el placer tendrán en mí ser cabida mientras los domines y sojuzgues con tu imperio. Con tenerte á tí, ya lo tengo todo, pues fuera de tí nada en el mundo hay. Así te pareces á los astros en que ni puedes parar tu carrera, ni adscribirte á ningún lugar, ni depender de nadie. Por consiguiente, yo no tengo cosa ninguna que me pertenezca mientras tú vivas, ni afectos ni aun los más rudimentarios y precisos intereses: todo es completa y absolutamente tuyo. A nadie se pliega tu fuerza, y pliegas á los

antojos tuyos tú las fuerzas todas. El resplandor divino de tu faz me anima como fuego vivificante y me alumbra y esclarece como efluvio etéreo de un sol sin ocaso. Que nada te recuerde alrededor tuyo la necesidad de tu muerte, y que todo cuanto te circunde pueda desearte vean los nietos de nuestros nietos aquel día de tu tránsito, en que deberás abandonar la tierra y subir al cielo. ¡Feliz el mortal seguro como tú de su inmortalidad! En el género humano durará tu memoria cuanto dura su espíritu, porque la mayor parte de sus males se han remediado entre dos días como el día de tu natividad y el día de tu deificación.

—Vamos, veo que no recuerdas tu destierro— dijo Claudio en un momento en que tomaba la palabra de Séneca espacio breve para un ligero respiro.

—¡Mi destierro! Ni ahora lo recuerdo, ni antes lo sentí, prometiéndome á la continua de tu clemencia que me llamarías á espectador de tus victorias. Siempre creí que tu mano próspera no hería mi pecho desterrándome; lo escudaba contra golpes mayores de la ciega fortuna. No me has atormentado, no; me has sostenido. Cualquiera que fuese la causa de mi destierro, yo estaba seguro de ser inocente y bueno en cuanto así lo quisieses. No ha pasado en tu tiempo lo que pasara en otros tenidos por más felices en el vulgar sentir; nos conducías al destierro por arrancarnos á la muerte. ¡Gracias te sean dadas perennes!

—Bien hablado— le dijo Claudio. —No has perdido nada ni en filosofía ni en declamación. Te felicito.

—¡Dioses! ¡Qué abismo— exclamó Agripina— entre lo ideal y lo real!

—¡Cuán embustero— dijo Claudio para su capote, — cuán embustero! Mucho me gustó mi mujer siempre; pero con esta salsa estoica no me atreveré á probarla jamás.

Aunque todo esto lo había dicho Claudio en sus adentros, sin mover los labios, no se necesitaba el genio de Séneca ni la penetración de Agripina para comprender que comenzaba en aquel momento una resistencia grandísima del emperador á ellos y por ende una guerra entre todos á muerte. Y así, mientras el retórico apercibía sus arengas para seducir á Claudio, Agripina sus venenos para el probable caso de no servir las arengas.



### CAPITULO III

#### LA RETÓRICA DE NERÓN

Bien pronto Agripina comprendió, visto el ceño de Claudio, su rebelión interior contra la vuelta del filósofo, á quien jamás perdonaría las heridas más incurables, las heridas abiertas por las frases del estoico en su amor propio imperial, creído profundamente de que, habiendo aquistado el imperio por casualidad y fortuna, conservábalo por propio mérito y gracia. En tal persuasión, en la persuasión de que Séneca no prosperaba sus negocios ni servía sus planes, todo lo contrario, aguábalos con los recuerdos suscitados en la memoria del emperador y las aprensiones en el camino suyo suscitadas, como subsiguientes á los recuerdos, apresurábase con suma precipitación á servirse de Séneca, para lo que principalmente le había traído al palacio, para convertir á Nerón en orador, ó por lo menos retórico, capaz de cautivar con sus frases más ó menos felices á Claudio y moverlo y persuadirlo al necesario testamento en favor de su entenado y en mengua de su hijo. Nada tan deslumbrador en la civilización antigua como el recuerdo de Troya, según llamamos generalmente á la ciudad frigia, ó de Ilión, según generalmente la llamaban los griegos. Las cuatro cristalizaciones más hermosas del espíritu helénico se refieren á esta inmortal ciudad; los poemas homéricos, el teatro ateniense, la escultura



antojos tuyos tú las fuerzas todas. El resplandor divino de tu faz me anima como fuego vivificante y me alumbra y esclarece como efluvio etéreo de un sol sin ocaso. Que nada te recuerde alrededor tuyo la necesidad de tu muerte, y que todo cuanto te circunde pueda desearte vean los nietos de nuestros nietos aquel día de tu tránsito, en que deberás abandonar la tierra y subir al cielo. ¡Feliz el mortal seguro como tú de su inmortalidad! En el género humano durará tu memoria cuanto dura su espíritu, porque la mayor parte de sus males se han remediado entre dos días como el día de tu natividad y el día de tu deificación.

—Vamos, veo que no recuerdas tu destierro— dijo Claudio en un momento en que tomaba la palabra de Séneca espacio breve para un ligero respiro.

—¡Mi destierro! Ni ahora lo recuerdo, ni antes lo sentí, prometiéndome á la continua de tu clemencia que me llamarías á espectador de tus victorias. Siempre creí que tu mano próspera no hería mi pecho desterrándome; lo escudaba contra golpes mayores de la ciega fortuna. No me has atormentado, no; me has sostenido. Cualquiera que fuese la causa de mi destierro, yo estaba seguro de ser inocente y bueno en cuanto así lo quisieses. No ha pasado en tu tiempo lo que pasara en otros tenidos por más felices en el vulgar sentir; nos conducías al destierro por arrancarnos á la muerte. ¡Gracias te sean dadas perennes!

—Bien hablado— le dijo Claudio. —No has perdido nada ni en filosofía ni en declamación. Te felicito.

—¡Dioses! ¡Qué abismo— exclamó Agripina— entre lo ideal y lo real!

—¡Cuán embustero— dijo Claudio para su capote, — cuán embustero! Mucho me gustó mi mujer siempre; pero con esta salsa estoica no me atreveré á probarla jamás.

Aunque todo esto lo había dicho Claudio en sus adentros, sin mover los labios, no se necesitaba el genio de Séneca ni la penetración de Agripina para comprender que comenzaba en aquel momento una resistencia grandísima del emperador á ellos y por ende una guerra entre todos á muerte. Y así, mientras el retórico apercibía sus arengas para seducir á Claudio, Agripina sus venenos para el probable caso de no servir las arengas.



### CAPITULO III

#### LA RETÓRICA DE NERÓN

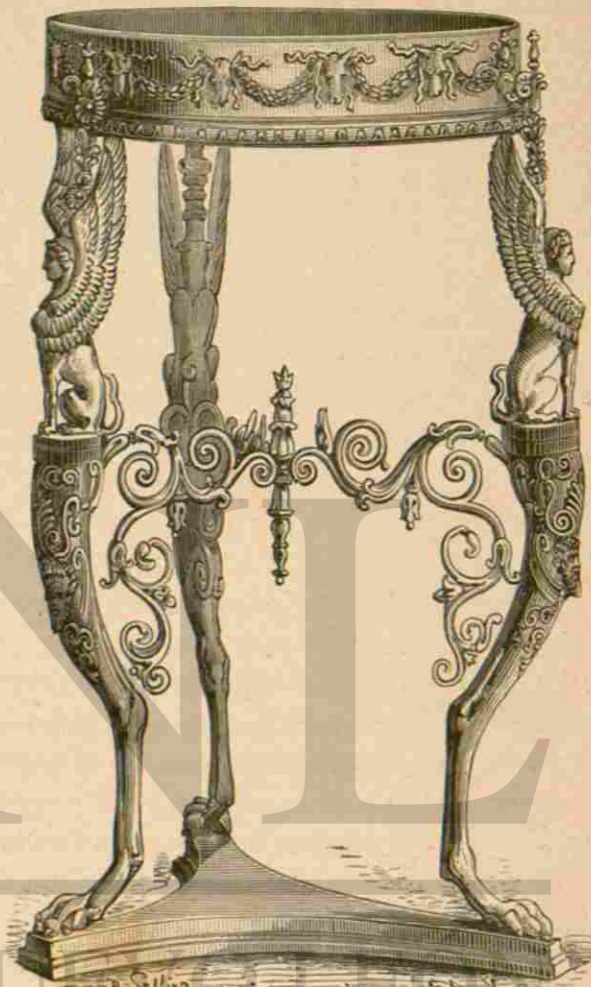
Bien pronto Agripina comprendió, visto el ceño de Claudio, su rebelión interior contra la vuelta del filósofo, á quien jamás perdonaría las heridas más incurables, las heridas abiertas por las frases del estoico en su amor propio imperial, creído profundamente de que, habiendo aquistado el imperio por casualidad y fortuna, conservábalo por propio mérito y gracia. En tal persuasión, en la persuasión de que Séneca no prosperaba sus negocios ni servía sus planes, todo lo contrario, aguábalos con los recuerdos suscitados en la memoria del emperador y las aprensiones en el camino suyo suscitadas, como subsiguientes á los recuerdos, apresurábase con suma precipitación á servirse de Séneca, para lo que principalmente le había traído al palacio, para convertir á Nerón en orador, ó por lo menos retórico, capaz de cautivar con sus frases más ó menos felices á Claudio y moverlo y persuadirlo al necesario testamento en favor de su entenado y en mengua de su hijo. Nada tan deslumbrador en la civilización antigua como el recuerdo de Troya, según llamamos generalmente á la ciudad frigia, ó de Ilión, según generalmente la llamaban los griegos. Las cuatro cristalizaciones más hermosas del espíritu helénico se refieren á esta inmortal ciudad; los poemas homéricos, el teatro ateniense, la escultura

toda y la religión antropomórfica. En Troya estuvo la cantera donde tallara el genio los dioses del Olimpo, las estatuas del Partenón, los héroes de la *Ilíada*, los personajes de Sófocles y Esquilo, es decir, todos los arquetipos de la eternal perfección griega. Y estos arquetipos habían corrido, más ó menos exagerados por la propensión á lo colosal de Roma, desde Atenas al capitolio, y formado con las sugerencias de su inspiración la cultura latina, copiada en su mayor parte de la superior y más antigua cultura helena. Imaginaos cómo resonarían los nombres troyanos en oídos tan hechos á la lisonja como los oídos de Claudio, quien jamás de incienso y adulación se sintiera, no hartó, ni aun satisfecho. Así la emperatriz había fingido unos embajadores de Troya más ó menos auténticos para marear á Claudio y los había ensayado, cual si fuera una compañía cómica griega, con aquella consumada perfección, puesta por ella en maquinaciones tortuosas, conducentes á fines muy alejados de sus apariencias y de sus formas. El salón principal de palacio debía para la ocasión presentarse como un tribunal, el emperador como un casi divino juez, los troyanos como demandantes en juicio, Nerón como valedor y vocero de Troya ó Ilión, salvada por su elocuencia incomparable. ¿Cuál ceremonia mayor podía idearse para convencer á Claudio de que los dioses Saturno y Venus estaban entre sus progenitores, los reflejos celestiales del Olimpo entre las mantillas de su imperial cuna, el poder y autoridad y prestigio de Júpiter entre sus prerrogativas y preeminencias de César? En tal seguridad, en la seguridad absoluta de que nada superior á esto podía idearse Agripina, reunió alrededor de la poética ceremonia toda la corte imperial. Senadores, cónsules, vestales, libertos, patricios, literatos y poetas, magistrados y jueces, artistas de todas condiciones, declamadores y retóricos en todas las lenguas, representantes de todas las razas aparecieron á fin de que pudiera Claudio mirarlos desde su trono como el Padre de los dioses mira la tierra y los hombres desde su Olimpo. Así no faltaba ninguno de los personajes capitales que ocupaban entonces el escenario de la romana historia. En el centro, bajo solio, parecido al usado en las celas ó capillas antiguas para los dioses; sobre sedes semejantes á las litúrgicas aras; al fin de una gradería, sólo comparable á las puestas al pie de los altares; ardiendo fuego sacro en la trípo-

de; aparejadas las ánforas, de vino unas y de hidromiel otras, como en los templos, campeaban el emperador y la emperatriz con tal aire de igualdad que parecía el imperio dominado por dos verdaderos dueños, como

la vieja Esparta por sus sabidos reyes. Velanse á la derecha los embajadores frigios con sus gorros colorados en la cabeza, sus mantos verdes al hombro cogidos por broches de pedería, sus pantalones bombachos orientales de blancura casi argéntea, sus multicolores botas, sus riquísimas preseas; todos presididos por Nerón, quien cambiaba de disfraces, pero no cambiaba en su aprendida postura y actitud de dios. Véase por la izquierda, en signo de inferioridad, un grupo compuesto de Británico, muy contraria-

do, según decían sus gestos; del combatiente liberto Narciso, más á la devoción de Británico cada día; y del patricio, gloria y ornamento en la familia Flavia, que se llamaba Tito. Valor sumo necesitaban los dos compañeros de Británico para estar solícitos á su lado, cuando nadie osaba saludar al príncipe, azorado á las miradas de Agripina, que le apuñalaban el pecho y le decían en silencio cómo iba preparando poco á poco en secreto y reserva, cual



Trípode para el fuego sacro

aperciben las arañas aquellas telas en que cazan las moscas, su muerte y su ruina. Mas lo mismo el joven patricio de los Flavios que el machucho jefe de los libertos habíanse con abnegación verdadera echado atrás el alma y porfiaban por la salvación de Británico sin miedo ninguno á los destientos de Agripina: arresto grandísimo en verdad, pues no era el ánimo de su feroz enemiga como aquellos que amenazan y no pegan; antes por el contrario, como aquellos que apenas han amenazado cuando ya han herido. Séneca estaba cerca de ellos, quien, mirando alternativamente al emperador con miedo, á la emperatriz con menosprecio, al joven discípulo suyo con recelo y con verdadera compasión al sucesor legítimo de tanto imperio, servía todo cuanto en sus adentros odiaba y deservía todo cuanto amaba por una contradicción irremediable y crónica entre sus actos y sus pensamientos, entre su inteligencia y su vida. Junto á Séneca estaba el poeta Lucano, en quien la vista de aquella corte semiasiática recrudecía las viejas ideas republicanas, y el satírico Persio, en sus adentros indignado de la inmoralidad y de la tiranía, pero en sus labios sonriente y en su actitud satisfecho. Estos grupos, aunque tenían realmente nexos de unión entre sí, eran hostiles todos los unos á los otros y parecían facciones en guerra. Sin embargo, lo que decían estaba muy lejos de lo que pensaban; y lo que pensaban, si bien se traslucía en sus ojos á la continua, nunca se revelaba, cuando el público les circuía, en su lenguaje. No así cuando estaban solos y creían verdaderamente no ser oídos, pues hablaban de la siguiente manera:

— Dame noticias, Narciso — decía Tito, dirigiéndose al consumado liberto, sabedor de todo cuanto acaecía por la Ciudad Eterna.

— Me pides noticias. No debía dártelas.

— ¿Por qué?

— Porque todo cuanto sucede, todo es malo.

— Verdad; mas no desesperes del remedio.

— Hace tiempo que ha huído á mis ojos la esperanza.

— Cuéntale todo lo que pasa — exclamó Británico, impaciente por las consideraciones y comentarios. — Ha estado Tito en Bayas muchos días para saber nada nuevo de Roma.

— Pues pasa que ha vuelto Séneca.

— Noticia fresca — observó Tito. — Ya lo veo allí.

— Y por cierto — añadió Británico — que rodeado de dos enemigos del imperio tan implacables como su deudo Lucano y su amigo Persio.

— Pero, Tito, doite la noticia consabida, la noticia del regreso de Séneca, para notificarte que si no hemos logrado evitar la vuelta desde su islote á Roma, hemos logrado impedirle una dignidad con que había soñado para él Agripina, la dignidad alta de primer ministro, no muy usada en Roma, pero sí en las cortes de los despotas orientales.

— ¿Y Agripina pensara en tal demencia?

— Como te lo digo.

— Pues ¿no dicen que tiene tanto talento, Narciso?

— Ya lo ves, Tito.

— Mas no paran ahí las noticias — observó Británico.

— ¿Qué más sucede? — continuó preguntando Tito.

— Pues sucede que ya salió de la familia Claudia y de la patria potestad imperial Octavia para casarse con Nerón, adoptado por Claudio definitivamente.

— ¡Ah! ¿Y qué ha pasado con su novio de Italia?

— Pues que, acusado de incesto con su propia hermana y proscrita ésta, no ha tenido más remedio que huir del mundo por una muerte voluntaria.

— Y Octavia, que tanto le amaba, ¿cómo está?

— Muy triste; pero muy resignada.

— ¿Y la querida semisalvaje de Nerón, Acté?

— Muy contrariada, en términos de que todo el mundo teme algún escándalo.

— ¿Por manera que Agripina va ganando todas las posiciones? — observó Tito.

— Justamente — añadió Británico, — vuelta de Séneca, boda de Octavia y adopción del hijo por Claudio.

— Pero debo deciros algo que no sabéis — dijo Narciso.

— Habla — dijeron á un tiempo los dos ilustres interlocutores.

— Que si el regreso de Séneca es un triunfo de Agripina, la reducción á la pretura simple del cargo de ministro pedido para su consejero acusa una disminución indudable de su antes poderosa influencia.

—Anunciaron cuantos conocen á Claudio que había de inferirle muy profunda herida la vuelta de Séneca—dijo Tito.

—Siempre lo creían. Un veneno que le devorase las entrañas no le molestaría tanto como las frases atentatorias á su dignidad que han pasado á sus oídos, contadas por quien las oyó á Séneca.

—Cierto—murmuró Británico en corroboración de lo que aseguraba el bien industriado liberto.

—Pues todavía os anuncio cosa más extraña.

—¿Cuál?—preguntó Tito.

—Que ó no conozco yo el palacio de los césares, ó se han alterado mucho las relaciones entre Nerón y Agripina.

—¿Entre Nerón y Agripina?—exclamó con admiración Tito.

—Entre Nerón y Agripina—recalcó Narciso.

—No debe maravillarnos—aseveró Británico.

—Pues ¿cómo?—preguntó Tito.

—Ya sabes lo que fué Lépida para su sobrino Nerón.

—Vaya si lo sé, Narciso. Como que desterrada por Calígula, su tío, Agripina de Roma, Lépida fué la verdadera madre de Nerón. Sin ella el chiquillo no se hubiera logrado. Con un instinto maternal en tales términos lo empequeñeció y ocultó, que pudo salvarle la vida en aquel período tristísimo de persecuciones y de matanzas.

—Pues bien—añadió el liberto;—Lépida ejercía soberano influjo sobre Nerón, y celosa la cruel madre, hala primero acusado y luego perdido, constriñendo al cachorro á que deponga, mal del grado suyo, en juicio contra su propia providencia, contra la que había sido su nodriza intelectual y como la que segunda vez le había dado vida.

—¿Ha ido Nerón á deponer contra Lépida?—preguntó Tito.

—¡Vaya si ha ido!—respondió Británico.

—¡Parece imposible!

—Pero fuése uno y volvió enteramente otro. La imposición de su madre le repugnó en términos que comenzó á sentir hacia ésta una grande animadversión, mal disimulada por su espontáneo natural. De manera que indispuesto con Agripina Claudio por la vuelta de Séneca, indispuesto con Agripina Nerón por el destierro de Lépida, indispuesta con Agripina Octavia por el suicidio de Silano, indispuesta con Agripina también Acté por la próxima boda

de Nerón y Octavia, el cielo de la fortuna personal, tan espléndido en ella, comienza hoy, si no á obscurecerse, á nublarse, por la pertinaz aglomeración de grandes y terribles nubarrones.

—En verdad, aunque hace Claudio esfuerzos para dominarse—observó Tito,—su fruncido ceño y su contracción manifiesta delatan en él un estado particular del ánimo, que no se asemeja mucho al estado natural de indiferencia é impasibilidad.

—El recurso ideado por Agripina resulta ya un asidero á mis ojos—exclamó Narciso,—en que veo cómo presentimientos tan avizores cual son los suyos le van poco á poco anticipando la desgracia. Quiere la cuitada con una declamación muy aparatosa y una muy feliz arenga dar á la cabeza de Claudio tales humos que, ciego por la embriaguez, desherede á Británico en su próximo testamento y mande la corona del imperio á Nerón.

—Pues yo—pensó Tito—yo creo que hay un medio muy fácil de contrastar el influjo de la oración sobre Claudio.

—¿Cuál medio?

—Que haga otra Británico.

—Es verdad—exclamó Narciso.

—¿Va, como has dicho, Nerón á disertar sobre la última noche de Troya?

—Sí—respondió Narciso.

—Encantará seguramente á Claudio—dijo Tito.

—Mucho—afirmó Narciso.

—Pues que luego pida la palabra el buen Británico y recite aquella oración acerca del pío Eneas que tantas veces nosotros en las tertulias literarias hemos oído, y que, desconocida de su padre, le trastornará de seguro el seso, dándole verdaderos espasmos de un entusiasmo, tras el cual no se atreverá ciertamente á dictar disposición alguna desfavorable á su derecho.

—¡Feliz idea!—exclamó Narciso.

—¿Te acuerdas, Británico, de la relación que ahora invoco?

—¡Vaya si me acuerdo!

—¿La podrías recitar de coro en cuanto la necesitémos?

—¡Vaya si podría!

—¡Pues á recitarla!

—No tengo inconveniente.

— Así que hable Nerón — dijo el taimado liberto, acostumbradísimo á estas maniobras, — te lanzas en medio del concurso y dices la relación, cuyos acentos habrán de sorprender mucho por lo mismo que nadie aguarda ni sospecha tal salida.

Todo este diálogo habíanlo tenido aparte los tres compañeros muy al paño, como se decía en las antiguas comedias nuestras, sin que llegase á oídos de nadie, mientras la corte y los embajadores se iban reuniendo, y cada cual, según la respectiva dignidad, colocándose con arreglo á la liturgia y al ceremonial de los palacios en su respectivo lugar y sitio. El ángulo apartado, que ocupaban Tito, Británico, Narciso, hacía que sus palabras no llegasen á oído alguno, pues el odio de Agripina omnipotente y la bajeza de los medrosos romanos los aislaba y les permitía entregarse á departir con tal abandono, cual verdaderamente abandonados. Sin embargo, Agripina desde su alta sede veía la grande animación de los interlocutores, y curiosa de oírlos como buena mujer, y como buena emperatriz intranquila por su contenido y por su asunto, se removía en la sede, y si no adivinaba lo dicho, entreveía ciertamente algo por la expresión de los gestos y por la brillantez de los ojos, y suspensa de lo que decían, por lo mismo que lo ignoraba, demostraba su inquietud en términos de haberla entrevisto el taimado liberto y díchola con sigilo á sus interlocutores para que volvieran á su reserva y se prepararan al golpe. Indudablemente así como en la Roma pontificia de hoy existen familias papales, existían en la Roma cesárea de aquel tiempo familias imperiales. ¿Cuál razón había para que los Julios y los Claudios y hasta los Domicios ó hubieran imperado, ó imperaran, ó estuviesen de imperar en propinqua aproximación, y no imperasen los Flavios, de tan alta estirpe y de tan preclaros servicios? Tito, que llevaba con su padre Vespasiano la representación de tal familia, sentíase asistido de hartos títulos y derechos para imperar cual habían otros imperado. Así, en aquella junta presidida por Claudio, mejor dicho, por Agripina, estaban todos los partidos romanos y todas las tendencias capitales de la sociedad. Los dos esposos imperiales representaban el sumo Imperio; Persio, la sátira; Tito, el patriciado aspirante á ejercer la soberanía imperial; el poeta Lucano, las ideas del patriciado parlamentario aspirante á restaurar la República y á templar los espíritus con las

tradiciones de Bruto ó de Catón; Vitelio, el patriciado suicida que transigía con los césares y el cesarismo para salvar la vida y granjearse la fortuna; Séneca, una filósofa muy austera en el ideal puro de los principios y muy conciliadora en las realidades múltiples del mundo y de la vida; Narciso, los libertos, quienes formaban, por su oficio de cortesanos, una clase dentro de las otras clases, poderosa é imperante, al extremo de parecer como un desquite misterioso de la esclavitud, trocando y convirtiendo en dominador á los déspotas y á los opresores. Aún había otra clase insignificante por aquella sazón; una especie de secta en las sectas judías, oculta, recatada, huyendo el aire libre y la luz diurna, reclutando sus fieles poco á poco en todas las clases, la cual celebraba sus reuniones por los subterráneos, por las canteras abandonadas, por los cementerios sepultados, bajo la telaraña de un olvido ingrato y bajo las capas geológicas de un subsuelo más ó menos excavado, donde las muchas ideas allí hundidas y exacerbadas por la persecución habrían de saltar con explosiva fulguración y sobrenatural estrépito. Llamábanse cristianos estos últimos y pasaban sobre la superficie de aquella sociedad, cual apariciones venidas del otro mundo y cual sombras de un profundo y recatado misterio.

— Claudio — dijo Agripina á su esposo, en la impaciencia de que Tito, Británico y Narciso callasen, — Claudio, abre la sesión.

— Reunidos los embajadores de Ilión, ante mi familia y mi corte, reunidos para oírlos, doiles la palabra con el fin de que puedan exponer su embajada.

— Claudio, dueño de la tierra — dijo el embajador, — y tú, Agripina, mortal en apariencia y diosa en realidad. Venimos con poderes de la noble Ilión á pedir vuestro amparo. Y no podríamos decir palabra como vosotros no dieseis por tres veces consecutivas la indispensable venia.

— Hablad, hablad, hablad — dijo por tres veces Claudio.

— Hablad, hablad, hablad — repitió como un eco Agripina.

— Hablaremos, hablaremos, hablaremos — exclamó el jefe de los embajadores — con vuestra venia séxtuple.

— Ya os oímos — respondió Claudio.

— Ya os oímos — dijo también Agripina en el empeño de que nadie olvidara la coparticipación suya en el sumo Imperio.

— Sabedores de que ciudades como Apamea y Bizancio han venido á este sitio en demanda de alivio y aun exención del tributo debido á Roma, demanda que lograron por haber elegido un abogado tan elocuente como Nerón, estos nuevos troyanos, nacidos en el sitio donde Troya, la madre de vuestra ciudad, naciera, traen el mismo empeño y os dirigen la misma demanda, nombrando por su valedor y vocero al joven augusto, cuyas palabras penetran en los corazones como flechas de Apolo, nombrando á Nerón.

— Que hable Nerón — dijo secamente Claudio.

— Que hable — repitió Agripina, pero añadiendo — como el más elocuente de los mortales y que mayor influjo puede tener bajo el sol en los ánimos cesáreos.

— Con vuestra venia triple — dijo Nerón bajando ante los emperadores su cabeza.

— La tienes — dijo Claudio secamente.

— La tienes, nuestro hijo predilecto — añadió Agripina.

— Cómo hacen su negocio hijo y madre — observó en voz baja Narciso.

— Entre el Ponto Euxino y el mar de Chipre, rechazando las olas del Egeo, extiéndose la feliz región que se llama el Asia Menor — dijo Nerón en comienzo y exordio de su discurso.

— ¡Muy bien! — exclamó Agripina, mirando de reojo á Claudio.

— ¡Bien! — añadió Claudio, no pudiendo resistir ni de costado las fulminantes miradas que Agripina le dirigía.

— ¿Creerá éste que no sabemos dónde se halla el Asia Menor? — preguntó con sorna Británico á sus dos interlocutores.

— El Haliso — continuó diciendo Nerón — divide allí dos familias de pueblos. Y entre aquellas dos familias de pueblos se levanta una intermedia, la familia frigia.

— ¡Noticias frescas! — exclamó Tito, subrayando los dichos de su camarada Británico.

— El pueblo frigio ha sido como un profeta de la civilización helena. Sus artes significaron el presentimiento de las artes griegas. La flauta, instrumento tan general en las fiestas clásicas, había sido invención de este pueblo. En sus campañas encontró Apolo un rival más músico aún, según los frigios, que quien ordenaba los conciertos de las esferas y las armonías de los astros. Allí nació el

culto á Cibeles, madre-tierra, que después había de espiritualizar Grecia. Sus sacerdotes tenían algo del carácter cenóbico del Oriente, y se consagraban á la castidad y al culto, dándose fiestas, en que el sensualismo vagaba en incesante delirio. Allí estaban los escombros de la vieja Ilión, cuna de los romanos; allí el primer altar donde ardía libre el fuego del pensamiento humano; allí Lesbos, que oyó cantar á la más apasionada poetisa del mundo; allí Rodas, que fué como una gran escuela; allí Pérgamo, tan rica en artes, que tomaba las armas por defender sus museos cuando no las había tomado por defender sus leyes; allí Homero había sentido el calor de la inspiración divina y había derramado sus primeros cánticos y había pulsado aquella lira que han querido pulsar todas las naciones y han escuchado todos siglos; allí, en fin, había nacido aquella raza jónica, madre de Atenas, depositaria de la libertad antigua, cuya alma creadora, compartida entre el arte y la ciencia, había sido como un reflejo del cielo. ¡Qué tierra aquella tan hermosa! Sus montañas se pierden en el cielo, tomando todos sus matices; bosques compuestos por los más hermosos árboles del Asia, por cedros perfumados y por palmeras, cubren sus campos; ríos caudalosos y claros, despeñándose por sus riscos, reflejan el aire claro y henchido de alegría; sus valles abiertos en los desfiladeros están poblados de mariposas, de abejas, de ruiseñores; y toda aquella hermosísima tierra, en una palabra, es como el cuadro de la primera emancipación del hombre, es como el lecho donde el espíritu celebra sus nupcias con la naturaleza. Y esta raza jónica, tan alegre, tan ligera, tan inspirada, tan artista, á pesar de las grandes catástrofes del mundo, si no conserva su antiguo pensamiento, conserva su vida, su riqueza, su comercio, hasta su libertad; pues bajo la tutela romana, bajo el dominio de la señora de las gentes, guarda sus antiguas leyes, el sentimiento de igualdad tan arraigado en su pecho, la organización democrática de siempre; sus grandes ligas, sus asambleas, sus fiestas en los templos, que eran su vida, porque en ellas se dilataba su alma. El pueblo romano conquistó fácilmente estas regiones. Un paseo militar bastó para someterlas; un cónsul y unos lictores bastaba para conservarlas. Roma, sin embargo, impone ahora contribuciones tan crecidas, que aquellos países tan ricos casi están exhaustos. Roma dividió en tres provincias

aquella región; el Asia propiamente dicha, la Cilicia y Bithinia. Por la parte donde Troya fué, aboga hoy quien habla, esperando de vuestro amor ¡oh dueño del mundo! un rayo de compasión.

—¿Habréis oído cosa más desatinada?— preguntaba tras estas temerarias frases á sus dos interlocutores Narciso.

—Por defender á Frigia— observaba Británico,—el cuitado acusa tristemente á nuestra Italia.

—Y luego— decía Tito—el ornamentado estilo, tan diverso del que usan los griegos y usan los romanos, huele que trasciende á decadencia.

—Pero escuchemos.

—Acordaos de lo que sucediera en el incendio de Troya, divinos emperadores, descendientes de aquellas víctimas y herederos de su sangre— decía Nerón recitando felizmente lo que le habían escrito.

—Ahora oirás una elocuencia helénica digna de compararse con la poesía virgiliana— murmuró Agripina en el oído de su esposo.

—Oigamos— dijo bruscamente Claudio.

—Agotados por la guerra, exhaustos de fuerzas y de sangre, míseros y enfermos, advertidos ya por la fatalidad y tras dos lustros de vanos esfuerzos, los griegos, los sitiadores de Troya, fingen ceder en su empresa y retirarse de aquel cerco, dejando tan sólo una ofrenda colosal á Palas, atenta de suyo á los guerreros y solícita en acudir á los combates.

—¡Cuán hermoso estilo!— decía, regodeándose con las frases de su hijo, Agripina.

—Ese pan de seguro no se coció en su horno— para sus adentros afirmaba Claudio.

—¿A qué vendrá todo esto?— preguntaba Británico á Tito.

—En la oratoria corriente no se mira de modo alguno á lo verdadero y útil y oportuno, se mira tan sólo á lo atractivo y resonante.

—Pero, Británico, él con la evocación anacrónica del incendio de Troya se propone seguir su camino; proponte tú seguir el tuyo con la no menos anacrónica evocación del origen de Roma.

—Oigamos— dijo Británico, pues el orador se iba engolfando ya en su asunto.

—Consistía la ofrenda en gigante caballo, todo hecho de pino y tan alto como una montaña, que dejan so pretexto de mover y obligar á la diosa del combate y del esfuerzo para que prospere la vuelta, ya indispensable, á los hogares patrios. Pero ¡ah! que tal ofrenda de la religión y del culto era en suma una máquina de combate y de guerra.

Innumerables griegos se ocultaban en su vientre, armados de todas armas y dispuestos á salir de allí en cuanto sin riesgo pudiesen para incendiar ó destruir la confiada Troya. Frente á ésta se alza una islla, famosa en otros días por su fecundidad y por su nombre, Tenedos, rada por completo solitaria y puesta únicamente á servicio de los marinos desorientados y errantes. Pues allí se ocultan los griegos, limpiando con tal stratagema



Grupo de Laocöonte (Vaticano)

todas aquellas cercanías, no sólo de su presencia, de sus naves y de sus tiendas y de sus campamentos, que habían vomitado mil veces la muerte. Troya se regocija y engalana; el antes ensangrentado mar sonríe y por doquier rebrota la esperanza. Viendo aquel colosal simulacro proponen muchos troyanos conducirlo dentro de Troya en honor y obsequio á Minerva. Algunos, sin embargo, pocos en calidad y número, muy temerosos de la enemistad del griego, desconfiaban de sus regalos y ofrendas. Laocöonte con especialidad aconsejaba la desconfianza y despedía dardos que

iban á clavarse rápidos en las entrañas del monstruo. Pero cierto día que Laocoonte sacrificaba un toro en las aras de Neptuno, dos grandes serpientes, de Tenedos venidas, lánzanse desde las ondas, en que han levantado espesas nubes de blancas espumas, y relampagueantes los ojos, abiertas las fauces, agitadas las lenguas como un dardo, exhalando entre silbidos siniestros alientos de muerte, rojas como la sangre, ligerísimas como la llama, lánzanse á una sobre los miembros de Laocoonte y de sus hijos, á sus miembros se asen y enroscan furiosísimas, oprimiéndolos con sus frías escamas y levantando sus cuellos sobre la cabeza de los miseros mortales, hasta que, después de haber mugido, cual toros alanceados, en frenesíes de rabia y en espasmos de furor, devoran la carne de aquellos tres cuerpos ahogados y arrojan sus esqueletos raídos, como en cumplimiento de una implacable celestial venganza.

— No se puede hablar mejor — decía rebotando de regocijo Agripina, mientras Nerón respiraba.

— ¡Buen declamador, buen declamador el muchacho! — murmuraba Claudio por decir algo, temiendo el enojo de su mujer.

— Amigos — preguntaba Narciso, — ¿á qué vendrá todo esto? ¿Podréis decírmelo? Porque yo no entiendo una palabra.

— No entiendes una palabra — le respondió Tito — sin duda olvidando en la ciencia de las cosas palaciegas que todo este salón es un teatro; que los embajadores y los césares y el valedor son unos cómicos; que pleito tal equivale á una representación dramática, y ese perdurable discurso resulta en término postrero un monólogo de consumado actor.

— Augures innumerables — continuaba diciendo Nerón — presagiaron á Troya su desastroso fin. Casandra, la más hermosa entre todas las hijas de Príamo, recibió largo tiempo los homenajes de Apolo, quien deseaba con ella casarse. Mientras fueron rendidos y amorosos novios, obtuvo Casandra en regalo de su amador el don de profecía; pero como al llegar la hora de casarse, Casandra rehusase dar la blanca mano al dios éste, que no había podido arrancarle y revocar la prerrogativa ya dada, frustróla de manera muy singular, sugiriendo á todos la idea de no creer jamás los pronósticos y augurios lanzados por la infeliz profetisa. Así la joven se deshacía en lamentos y nadie la escuchaba. Desde torre altísima,

tendidos los brazos al sitio donde se hallaba el colosal caballo, fuera de las órbitas los ojos, crispadas las manos, trémulo todo el cuerpo, como veía los griegos dentro de la máquina, comunicábalo así á los troyanos en voces repetidas y agudas; pero nadie la escuchaba. Unido á esto el fatal acaecimiento de la muerte dada por los monstruos á Laocoonte, hostil al caballo, que herido por sus flechas ni siquiera se movía, Troya no podía menos que sufrir un tremendo engaño y ver por todas estas muestras en el colosal simulacro una religiosa ofrenda. A mayor abundamiento llegó el pérfido y embustero Sidón, dándose por griego, pues no podía ocultarlo, pero también por disidente de los griegos, y herido á sus manos, como patentiza en su cuerpo magullado y maltrecho. Este redomado traidor mintió cuanto pudo para persuadir á los troyanos al ingreso de la máquina fatal dentro de la fuerte Ilión. Suponiéndose víctima consagrada por los suyos á los dioses para granjearse al zarpar feliz navegación, encareció tanto sus angustias en la preparación del sacrificio y sus esfuerzos al romper las ligaduras, que le tomaron por griego renegado y por seguro asiático, desasiéndolo de toda relación filial con Grecia y reconociéndolo cual hijo verdadero de Troya. Y no había para menos, pues á la continua declamaba Sidón sobre cuánto habían perdido los griegos abandonando el Paladium de Minerva y cuánto iban los troyanos á ganar recluyéndolo dentro de sus muros. El desprecio á los augurios de Casandra y el asentimiento á los embustes de Sidón, las interpretaciones dadas al triste caso de Laocoonte con otras mil supersticiones análogas, determinaron enérgica resolución de todo el pueblo, quien, anheloso por satisfacer á los dioses y alejar á los enemigos, abrió ancha brecha en sus muros, bridó con fuerte cable al caballo y lo condujo entre coros de mancebos y danzas de vírgenes al seguro de su invencible fortaleza. ¡Noche terrible la que sucedió á tal procesión! Esclarecidos por blanca luna los griegos, arribaron á las riberas de Troya desde las riberas de Tenedos. Sidón abrió la puerta simulada que tenía el caballo en su vientre, dejando en libertad á los allí metidos, quienes bien pronto degollaron la guarnición y tuvieron la fortaleza. Corrian las primeras horas del sueño en Ilión. Al natural sopor prestado por este diario descanso uníanse aquella noche los pesados sopores consiguientes á los excesos en las bebidas escanciadas durante la procesión para



honrar á Minerva y en demanda de su divino amparo. Arde, pues, Troya. El saco, el incendio, la matanza, el exterminio comienzan. Caen las paredes y ruedan las moles entre grandes erupciones de brasa y nieblas rojizas de humo tempestuoso y de llamas voraces, como si bandadas múltiples de nubes eléctricas fulminantes hubiéranse lanzado sobre aquel suelo maldito; tórnanse irrespirables los aires á la densidad espesísima de tantos vapores como los abrasan; el cielo se oculta y se apagan las estrellas como tras velos fúnebres; por aquí se oye un lloro de niño, por allá un grito de mujer; el resuello de la virgen violada sobre los tálamos honradísimos de sus padres únese al extertor de los moribundos recién caídos al pie de sus altares; de un lado singulares batallas en que mueren todos los combatientes, de otro lado terribles defensas que matan para devolver odio con odio y aumentar el universal horror; aquí asaltos movidos por la cólera, y suicidios allí en los arrebatos de la desesperación, pues diríase que la tempestad con sus lluvias de fuego, las tormentas con sus trombas oceánicas, la peste con sus alientos asoladores, el terremoto con sus bostezos asesinos habíanse congregado allí para hundir á Troya, la cual en breves horas tornóse colosal hoguera, próxima y muy próxima de suyo á reducirse tan sólo á un frío montón de cenizas, en el cual ni siquiera se hallaron sus viejas y sacrosantas ruinas. No estaba en aquel supremo combate Aquiles, ya muerto, pero sí estaba su Pirro. Un descendiente como querían los oráculos del viejo Eaco, asistía en aquel momento á la última noche de Troya. Pirro fué por Aquiles engendrado y de sus mismos furores nacido. Así dirigió sus pasos al palacio de Príamo para concluir la obra iniciada por su padre. Precipitóse al escaló componiendo la terrible tortuga helénica, y á su voz corren las escalas por todas las paredes y por ellas gatean todos los sitiadores, guarecidos bajo su escudo á fin de preservarse la frente y sin mirar siquiera dónde ponen los pies. Objetos ricos del palacio, muebles, armaduras, estatuas ruedan sobre los asaltantes y aplastan á muchos. Un torreón, que se levantaba erguido sobre aquel vasto monumento, como un observatorio reservado á sus vigilantes guardias, cae con estrépito sobre los combatientes. Pirro, de pie y airado en el vestíbulo; resplandeciente con su armadura de acero que al fulgor del incendio reflejado en sus brillantes aristas splende y

relumbra; el hacha en sus manos; las puertas del palacio recién derruidas á sus pies, parece como el genio de la desolación entre los horrores de la guerra. Pero todo es pálido junto á la tragedia de aquel interior siniestro, en el cual llegan los dolores humanos á su colmo. Mientras unos defienden palmo á palmo las escaleras y las entradas, cayendo al golpe superior de los enemigos, otros corren desalados en busca de una piedra colosal, de un abismo profundo, de una llama devoradora que los acabe y los entierre por no presenciar tantas catástrofes. Las mujeres fugitivas andan sollozando en todas direcciones y los vencedores las cogen del cabello, las tiran sin piedad al suelo y las cargan de cadenas tras ofenderlas y desacatarlas. Las madres llevan los pequeñuelos abrazados al pecho y piden la muerte para ellas con tal que á ellos les dejen la vida. Pirro excita con excitaciones múltiples al asalto, y lo arrastra todo en su furor, más que la inundación; y lo abrasa todo en su cólera, más que el incendio. Los defensores con sus deudos muertos al pie quedan reducidos en su impotente debilidad á mirar en su fría estupidez los escombros y los cadáveres cual mira un campesino su vieja cabaña sumergida en las aguas de un río que ha salido de madre. Príamo, revestido con las insignias del combate y del mando, dirígese al doméstico altar levantado en amplio patio, bajo la bóveda del cielo y cubierto únicamente por los ramajes de un laurel sagrado. Junto á sublimes lares veíase á Hécuba la reina de Troya, la mujer de Príamo, con sus hijas, semejantes á palomas precipitadas por la tempestad sobre los campos é impedidas de remontar su vuelo, que abrazan á sus diosas, mas ya tan inertes y tan frías como las estatuas á cuyos cuerpos están abrazadas. En esto, y poco después de haber llegado Príamo, llega el postrero de sus hijos, el más joven, Polites, jadeante, pues Pirro lo persigue sin tregua y lo mata en aquel sitio, manchando con su encendida sangre la cara de los dioses, de los reyes, de los padres del infeliz inmola-<sup>do</sup>. Príamo, en tal catástrofe, aún tiene fuerzas para maldecir al ciego matador, quien lo coge, lo derriba, lo arrastra sobre la sangre de los suyos, entre los clamores de las enloquecidas princesas, y cuando ya lo tiene próximo al ara, le hunde su espada en el corazón mismo, al filo de la cual acaba, no solamente aquella dinastía, Troya entera, y no solamente Troya entera, el predominio de Asia

sobre la dirección del mundo. Ni los niños fueron perdonados para que no pudiese de nuevo erguir su cabeza la dinastía en aquel sacro lugar exterminada. Mientras Príamo acababa sobre los altares de sus dioses, Andrómaca, la viuda severa del héroe troyano Héctor, corría en todas direcciones, llevando su hijuelo, apenas destetado, en hombros para pedir la salvación suya, debida indudablemente á su inocencia. Lloraba el niño á voces y á desgarradores sollozos, como si el instinto de conservación le advirtiera la imposibilidad completa de salvarse. Sus manos agarraban el cuello de su madre como agarra el náufrago la tabla; escondíase la cabeza en aquel seno como los polluelos del nido la esconden bajo las maternales alas. Únicamente volviendo del orco Héctor hubiera podido salvar á su hijo de las sentencias infligidas por un hado implacable. Andrómaca no podía en término postrero hacer otra cosa sino cubrirlo de besos, regarlo de lágrimas; y cayendo á los pies del vencedor, recordarle como fueran los griegos niños también y tuvieran madres. Pero la matanza con sus vapores embriaga más que la borrachera, y los griegos cogen al niño sin compasión alguna y lo estrellan furiosos sobre el ya ensangrentado pavimento. ¿Si esto es de los niños, qué será de las mujeres? El vencedor refina su crueldad y para más atormentarlas y acrecentar su dolor les respeta la vida. Quedan, pues, las reinas y las princesas esclavas. El griego las amontona como fragmentos de sus despojos y las reparte todas en castigo á los esfuerzos empleados por ellas en los combates entre Grecia y Troya. La escultura helénica, tan armoniosa y serena de suyo, hanos transmitido en sus melodiosas líneas y en sus dechados rientes una excepción luctosa con estas reinas cantoras, semejantes á una sombra fúnebre y á una elegía en piedra. Aquí tenemos en el palacio de nuestros césares mil simulacros de aquella tristísima efigie de la Hécuba desolada, Hécuba la mujer de Príamo, la troyana reina, que tiende sus brazos en inútil demanda de piedad y vuelve su demacrado rostro al cielo, preguntándole affigidísima la causa de su abandono; y contemplando mil veces tan triste simulacro, hame parecido que en aquel frío mármol aún lloraba, como si fuese una imagen de todas las grandezas caídas, de todas las ciudades incendiadas, de todas las naciones muertas, de todas las tragedias históricas. Después de haber sido casi diosa, reina, sentádose bajo

un solio, compartido un lecho sacro, engendrado generaciones de príncipes y reyes frigios como no los engendrara iguales jamás el Asia, habitado palacios tan grandes cual ciudades, puéstose adornos que competían con las constelaciones del cielo, vese, por haber vivido mucho, á esclava reducida, tras el degüello de los suyos, que resplandecieran á guisa de divinidades sobre las aras, y ve sus propias hijas, que había reservado para ilustres himeneos, deshonoradas y en servidumbre. Así la reina guardó puertas ó amasó panes, como la última criada del último campesino, y vistió harapos, y tuvo hambre, no dejándole ni siquiera la esperanza de saber dónde hallaría una tierra compasiva para postrar y sacra sepultura de su regio cuerpo. Y aún son más tristes que todos los lamentos de la tristísima Hécuba los plañidos de Casandra, cuando pide á los sacerdotes muertos que enciendan las lámparas del hogar con las antorchas del himeneo ó enseñen coros epitalámicos á los jóvenes frigios y urdan velos preciosos para envolver su cuerpo de doncella y trencen guirnaldas de desposada para ceñir sus sienes, porque piensa casarse allá en el hondo abismo por do vagan los muertos con la sombra de los vencedores y vengar por un matrimonio como el matrimonio de Paris con Helena los queridos manes de su familia y de su patria. ¿No estaba todavía satisfecha la vindicta de Grecia? Tras aquellas matanzas y aquellos incendios aún pedían más horrores. En el momento de partirse á sus hogares aparecióseles Aquiles en sombra y les dijo cómo no se creía vengado aún, exigiéndoles un sacrificio digno del nombre que llevaba en el mundo y de la gloria que les había legado en el tiempo. Cuando en las incidencias del sitio, griegos y troyanos anduvieran en sendas embajadas que se requerían mutuamente de paz, trataron, si á una concordia se llegaba, de casar Polixena, bella hija de Príamo, con el héroe griego. La satisfacción que Aquiles no había gozado en vida reclamaba en muerte. Polixena, pues debía ser inmolada sobre la tumba de Aquiles. En la cumbre de una redonda colina los griegos alzaron el ara indispensable al sacrificio. El hijo de Aquiles tomó la mano de Polixena, y en vez de conducirla, como prometían su juventud florida y su hermosura varonil, al propio tálamo, llevóla con escrúpulo al frío sepulcro. En efecto, un heraldo griego impuso al concurso profundísimo silencio, y el joven triunfador de Troya, tomando

áurea copa en el puño donde centelleó su espada, ofreció libaciones de sangre virginal á la memoria de su padre para que le fuera propicia, prosperando la indispensable navegación y conduciéndolos sanos y salvos á Grecia. Hecho esto, Pirro sacó su espada bruñida, de puño áureo y fino corte, mandando á sus compañeros que asieran el cuerpo de la virgen ó se la presentaran sujeta y dispuesta para la inmolación. Pero ella, en su candor, ninguna resistencia opuso al sacrificio: que los infelices no temen la muerte, ofreciendo su cabeza de grado, pues prefería irse del mundo á continuar habitándolo en la rota de los suyos y en la propia servidumbre. Los jóvenes se detuvieron pasmados así ante su valor como ante su hermosura; y Polixena, regocijada con aquel triunfo de la debilidad sobre la fuerza, presentó á la vista de sus sacrificadores el más precioso cuello y el más turgente seno que hubieran podido contemplar los ojos. Un ser verdaderamente humano compadeciérase á tanta desgracia y conservara joven tan hermosa y dulce á la vida. Pero un verdadero vencedor en las batallas carece de sentimientos en su corazón, tanto que se diría no tiene corazón en sus entrañas. El hijo de Aquiles clavó la espada en el seno de aquella víctima, que supo caer rodeada por el resplandor bellissimo de su virtud y de su pureza.

— No se puede hablar mejor — dice á Claudio Agripina.

— Ya lo creo — respondió Claudio maquinalmente.

— ¿Habréis visto nada más inoportuno en tal arenga? — pregunta Narciso á los dos príncipes que con él departen.

— Pero ya sabes las condiciones de este género en la oratoria contemporánea — dice Británico al sabio liberto de su padre. — La que debo pronunciar yo adolece de los mismos caracteres oratorios. Bien examinada, se reduce á una relación más ó menos poética sin objeto alguno. El régimen republicano se fundaba en la contradicción y en la controversia; el régimen imperial en la sujeción á los césares; por consiguiente, sólo admite un género de oratoria tan monótono cual el panegírico. Donde Nerón ha dejado el relato de las desdichas de nuestra madre Troya, tomaré yo el relato de las contrariedades opuestas por el hado á la fundación de Roma, que recogió la herencia de Ilión, y al fundador Eneas, que trajo á las playas nuestras, á las playas lavinias, los penates y los dioses troyanos.

— En cuanto acabe Nerón, adelántate sin tardanza, Británico, á pronunciar tu arenga — díjole al príncipe con insistencia el taimado liberto.

— ¿No habéis notado — añadió Tito — cómo la oración dicha por Nerón adolece de cierta pompa oriental?

— Verdad — exclamó Británico á su vez, confirmando y robusteciendo el juicio de su camarada.

— El autor de la obra parece á la verdad Séneca — apuntó con timidez Narciso.

— Y Séneca — observó Tito — no adolece de lenguaje florido. Antes lo tiene breve, sentencioso, conciso, revelador de una profundidad grandísima en el pensamiento.

— Un estilo elevado y un lenguaje poético no excluyen el rigor en los raciocinios y la insondable profundidad del pensamiento. Testigo, Platón.

— Para mí — observó Británico — Lucano ha puesto mucho de su imaginación poética en el discurso.

— Pero escuchemos al orador — dijo el liberto — que acaba su relación ahora.

— Y veamos por dónde saca el inexperto al final punta — dijo Británico.

— No se perderá. Pues así como la retórica de Séneca, la poesía de Lucano pertenece á todo cuanto hay de selecto y hermoso en las letras clásicas.

— Tan bueno el filósofo en decir como perverso en proceder — dijo Narciso.

— Perverso no — le observó Tito, — pero sí débil.

— Yo detesto más á los criminales por debilidad que á los criminales por naturaleza — dijo Narciso.

— Pero escuchemos — exclamaron á una los dos príncipes.

— He contado todo esto — dijo Nerón — para concluir, no en detrimento de Grecia, nuestra santa madre, no; en recuerdo de la ciudad á quien debemos vida y sangre, sobrehumanas casi nosotros los romanos. Así hemos reconciliado en el seno de nuestro Lacio Troya y Frigia, las dos tierras que parecían apartadas por un abismo de recuerdos horribles y por un océano donde hierven olas por igual encrespadas de lágrimas y de sangre. Tal acontece á me-

nudo. Aquellos que se han combatido en este bajo mundo, suelen llegar tras la muerte á mundo mejor, advertir que son hermanos y que igual sangre les riega el cuerpo é igual espíritu les anima en la eternidad. Cual nuestra fe viva en su amplitud ha recogido todos los dioses dentro de la universal religión romana, el antes angosto Pomerio ha recogido todos los pueblos. Nosotros hemos rehecho la Cartago de nuestros enemigos; nosotros reverenciado aquella solemne Alejandría, desde donde los Ptolomeos nos disputaban, guarecidos tras el recuerdo de Alejandro, la dominación y el imperio; nosotros reedificado á Corinto, cicatrizándole cruentas heridas en su seno abiertas por manos de los propios griegos. ¿Cómo no debíamos acorrer á Frigia, nuestra madre? Cuando queremos divinizar á los emperadores vamos á erigirles templos en Oriente, allá en la hermosa Grecia y en el Asia Menor. Allí los tiene mi bisabuela, Livia, y allí los tiene también Agripina, mi abuela. Si Claudio, mi padre, no los cuenta, como Augusto mi bisabuelo, como Germánico mi abuelo, como Agripina mi abuela; si cual Claudio no los cuenta mi madre tampoco, es por haberlos rehusado en su modestia y por prometerse y esperar con razón de la posteridad este homenaje debido á sus respectivas grandezas. Nadie, sin embargo, puede ahora disputarles cuanto han hecho por Grecia; nadie regateará elogios á cuanto hagan por Troya. De la gran ciudad, cuyas copas de oro, destinadas á brindar la hospitalidad, han merecido alabanzas en todos los tiempos, acaso hayamos traído los romanos esta grande aptitud que tenemos á brindar también á todo el mundo con nuestras ideas y con nuestros derechos. Prestigioso lugar aquel de Troya, donde se detuvo Jerjes un día en su paso al Helesponto, para ofrecer un sacrificio de mil toros á la Minerva Glaucopis. Claudio, Agripina, dejadme, para concluir, deciros que, redimiendo los tributos y quebrantando las cadenas de Troya, vosotros haréis mucho más; entraréis por esta obra meritoria en el Olimpo antiguo y os asentaréis allí en igualdad completa con todos los dioses.

Un silencio profundo siguió á la elocuente arenga. Los mismos que acaban de oír con gusto á Nerón, gran declamador, volviéronse por un impulso instintivo á Séneca, el artífice de aquella obra tan magníficamente declamada. Así el triunfo ensayado en

honor y provecho del pupilo íbase á convertir en triunfo propio del filósofo, su maestro. Agripina comprendió pronto con su rápida penetración el desaguisado próximo; y después de haber blandido un fulgor siniestro de sus terribles miradas y haber puesto miedo en los ánimos con uno de sus rugidos, levantó las manos y dió la señal de los aplausos, esperados con un gesto de convencional modestia tan extraño por Nerón, que parecía, no sólo aguardarlos, sino también pedirlos. El horror á la emperatriz determinó sumo entusiasmo en los circunstantes, muy temerosos de pagar con la vida cualquier muestra de frialdad en el homenaje debido por su esclavitud á los caprichos cesáreos. Así, cuando se volvió á Nerón Agripina y le consagró muestras de su entusiasmo, todos aplaudieron, empezando por Claudio, que tan reservado se mostró en aquel momento, y concluyendo por Tito, que había criticado con tal dureza la oratoria y el orador de la fiesta. Ensayado todo, cual pudiera en una comedia ensayarse, y designadas de antemano las fórmulas, Agripina debía dirigir á Claudio un ruego por la forma, un verdadero mandato por el acento, por el gesto, por la actitud y apostura de soberana imperiosísima sobre todas aquellas soberbias humilladas, para que levantase de súbito los tributos pagados por Troya y le prometiese, como descendiente de aquella ciudad y de su diosa Venus, una continua reparación y un verdadero amparo. No hay para qué decir cómo el emperador obedeció las sugerencias incontrastables de Agripina. Con seguridad no existe máquina tan obediente á su motor cual Claudio lo fué al imperioso ruego, si ambas palabras pueden unirse, de su esposa. Dió la sabida sentencia y se redoblaron las muestras de artificiosa y convencional alegría, como si la ignorasen ó la temiesen posible de otra manera y de otra suerte. Así todo había salido para la emperatriz á pedir de boca: magnificencia del acto, número del concurso, belleza de la composición oratoria, perfección del declamador Nerón, actitud y gesto de los embajadores troyanos, reverencia de tantos enemigos como allí había, los cuales en su interior podrían echar cuantas chispas quisiesen contra la fascinadora mujer, pero en apariencia obedecían y veneraban á la diosa como todo el mundo en aquella cohorte de viles cortesanos. Así, quedó muy contenta de su estrella y muy pagada del festejo en que había conseguido dar un paso más hacia la exal-

tación al Imperio de su amado cachorro. Iba con prontitud á levantar la sesión, cuando un caso inesperadísimo la paralizó en su alta sede, como si la sangre se le hubiera helado en las venas y convirtiéndose la fibra de sus carnes en moléculas de inmóvil estatua. Para todo podía estar Agripina preparada menos para que la presencia de Británico en medio de la sala, pidiendo á su padre la palabra con objeto de referir proezas como las épicas del pío Eneas, complemento de la troyana tragedia, rematase aquella sesión con una victoria del temido rival, pretendiente á la corona, quien maldecía siempre de su madrastra y llamaba Domicio á Nerón y se orgullecía con su nombre de Británico, el cual significaba «viejas glorias de Claudio,» llevadas por él como si fueran otros tantos títulos de su constante aspiración á la imperial herencia y otras tantas demostraciones de su divina sangre. Bien hubiera querido Agripina oponerse, y algún ademán ó gesto de oposición hizo; pero no persistió viendo que á Claudio se le caía la baba en presencia de su hijo y se ponía en actitud de aguardar del hijo una elocuente arenga.



#### CAPÍTULO IV

##### ELOCUENCIA, POÉTICA, MÚSICA NERONIANAS

La emoción causada por aquel arresto del joven príncipe imperial, pidiendo la palabra y preparándose á usarla sin previo permiso y por su propia cuenta, conmovió á los grupos diversos, distribuidos en el salón, como dijéramos antes, conforme y según lo por cada cual representado y sostenido en tan extraña escena. Othón y Narciso, con todos cuantos amaban al joven desgraciado, á causa de sus prendas y de sus infortunios, aplaudieron la súbita é inesperada resolución; mientras los neronianos la reprobaban á una, más con extrañeza y estupor que con odio y saña. Sin embargo, precisa ver una muy especial circunstancia cuando se mira toda lucha del bien con el mal; precisa ver la cobardía congénita eternamente al mal. Mientras el bien lucha siempre á cara descubierta, empleando fuerzas propias y francas, el mal ha menester de auxilios tan cobardes como la hipocresía, la traición, el crimen. Británico acometió de frente la dificultad, en tanto que Agripina y Nerón habían menester de unas espirales muy largas. Así llegó el buen muchacho hasta punto estratégico favorable de un solo esfuerzo y á él yendo en línea recta. La maldad necesita del disimulo, y amén del disimulo, de las tinieblas. Con pocos, puede irse fácilmente al crimen; pero con muchos, imposible. Un público lo

señorea y lo domina todo en cualquier espectáculo, siempre que quiere dominarlo. Así de un golpe, hasta los más contrarios al joven, fuera del grupo puramente neroniano, se pusieron á consorcio en afectos con el novel orador y apoyaron su arriesgada pretensión. Bien hubiera querido Agripina en sus odios atajarla; pero se quedó como paralizada é inerte á la contrariedad opuesta por el público y á la complacencia de Claudio con su hijo. La culebra, estando ya en disposición de saltar y acometer, atrás hubo de volverse muy advertida por su infalible instinto del riesgo de una derrota. Entraba en las fórmulas y recetas que se impuso como código de vida ella, no luchar sino para vencer; y así transigía cuando tocaba con algún imposible y podía en su habilidad engañar á las gentes, haciéndoles creer que derrotaba ruidosamente á los demás en el acto de vencerse á sí misma. Y así, al primer impulso de su arrebató, sugerido por la persuasión íntima de levantarse allí terrible conjura tramada por Othón y Narciso contra ella, hubiese arrancado Claudio á su asiento, despedido los embajadores, disuelto la reunión, dejado á todo el mundo espantadísimo con la muestra escandalosa de su omnipotencia singular, á no temer un retroceso en aquel minuto y en aquel acto que la hubiesen hecho caer ante la corte de espaldas, mermando la fuerza del talismán, consistente de antiguo en la suerte de no haber perdido partida ninguna entre sus complicadísimos juegos, ni marrado en ninguno de sus perversos planes. ¿Británico la desafiaba? Pues Británico se las pagaría bien pronto, cayendo á sus plantas destrozado por aquellas largas uñas de águila y aquellos fuertes dientes de leona que puso naturaleza en la ferocidad nativa de su complexión. Así es que ya esperezada, movida, puesta en actitud amenazadora y combatiente, retrocedió con miedo de marrar en cualquier combate, muy segura de que rodaría sin remedio al abismo en cuanto diera el primer tropezón y sufriese la primera caída. Muy contrariada se replegó en sí misma, reprimiendo los asaltos de su despecho y jurando en los abismos infernales de su alma tomar á su debido tiempo y en favorable coyuntura un trágico desquite. Así verdaderamente asegurada por la curiosidad que despertó en el público y por la benevolencia que despertó en el emperador aquella increíble temeridad de Británico, la emperatriz calló bien pronto y se apercibió á oír

el discurso prometido por su audaz entenado, mostrándose, no contrariada, pagadísima y contenta de todo lo sucedido. Quien viera su frente sin arrugas, sus cejas sin frunces, su cara sin contracciones, sus ojos sin sombras, sus labios sin amarguras, su cuerpo sin estremecimientos, creyérala una diosa en el pleno goce de todo su poder y en el paladeo de toda su divinidad. Manifestándose vencida en aquella zalagarda dispuesta por sus enemigos, así como les daba un fácil triunfo á estos taimados, corría el riesgo ella de perder toda la campaña. Hizo de las tripas corazón Agripina en su consumada destreza y abrió los oídos al orador y al discurso. No estuvieron los neronianos por extremo conformes, á pesar de haber picado en todos un afecto tan propio y connatural á nuestra especie como la curiosidad. Así murmuraron un poco, mientras Británico se ponía en actitud oratoria y el público en actitud expectante. Un diálogo paralelo al que los amigos de Británico abrieran mientras Nerón recitara su arenga, urdieron los amigos de Nerón antes y mientras hablaba Británico. Excusado es decir que no se conocía en manifestación alguna de la vida romana el decaimiento universal como en este arte divino de la palabra, necesitado cual ningún otro de la etérea y alma libertad. Así como los maestros de la historia tenían que caer en el panegírico si deseaban escribir, los maestros de la elocuencia tenían que caer en la declamación si deseaban hablar. Y como la dictadura imperial no pudo lograr la extirpación completa de las ideas y de las reminiscencias republicanas, los fieles al régimen extinto se tornaban hacia la tribuna, entristeciéndose y añorándose de su decadencia con mayor motivo que de las otras decadencias sincrónicas, en atención á su pristina grandeza y á su inextinguible gloria. Sin embargo, si el arte de hablar se había perdido con tan extraña facilidad, no se había perdido, no, de igual suerte allí la costumbre de oír. Y no embargante la costumbre, Claudio se cansaba, no de hallarse con los senadores y los litigantes y los enviados; cansábase de oírlos. Y así, ya que Agripina, en su conocimiento del esposo, no pudo impedir la oración de su hijo, interpuso un largo intermedio entre la que había de pronunciar éste y la que había pronunciado Nerón, á ver si ganando tiempo encontraba por casualidad cualquier súbito inesperado accidente capaz de servir á sus planes y deservir á los

planes de sus contrarios. Por tal razón, por los expedientes buscados en su fertilidad increíble de invención, explícense las largas disertaciones subsiguientes á la oración de Nerón, dichas por los más eximios de los oyentes, convertidos en animados interlocutores. Explican estas disertaciones con una claridad tal de lujo la situación atravesada por la sociedad romana y por la corte imperial, que rogamos al paciente lector las escuche y siga, si le importa é interesa el conocimiento de esta inmensa tragedia que se llama la vida verdadera de Nerón, determinada, no sólo por circunstancias externas, que guarda la historia, por muchas ideas, que corrian entonces como ráfagas eléctricas en el humano pensamiento y movían la voluntad universal.

— ¡Oh inania de las cosas humanas! — exclamó Persio, dirigiéndose á Séneca y á Lucano. — Antes fluían los labios de nuestros oradores arengas romanas en loor y servicio de Roma; hoy fluyen los labios de nuestros príncipes declamaciones huecas en recuerdo de cosas tan pretéritas como la muerte de Priamo y el palacio de Troya. Las circunstancias ó accidentes últimos, que aquejasen al más vulgar de nuestros conciudadanos, debían herirnos y embargarnos sobre tales cosas perdidas allá en los crepúsculos del tiempo pasado y en los albores del poema patrio. Nuestros versos y nuestros discursos parecen hechos, en su énfasis é hinchazón, para tormento de los pulmones y para castigo de los pecados. Mirad los retóricos, más dados á peinar los cabellos que la prosa; vestidos de togas nuevas y cargados de refranes arcaicos; al dedo el rubí como en su día natal y á la fantasía ni un solo pensamiento; el garguero endulzado por los jaropes y el alma por las dudas embargada; sobre una sede asentados cual ídolos egipcios y sin tribuna; huyendo del Foro, donde antes les oía el pueblo, á fin de recluirse dentro de los salones donde les oyen y de antemano les aplauden sus paniaguados, libertos y parásitos, que dicen extasiarse á la descripción del huevo empollado con la figura de Leda ó del toro que corría bramando por las praderas en pos de la ninfa Europa. Ya no hay sesiones del senado, sino comidas con sus correspondientes vómitos y sus asquerosas borracheras. Ya no sabemos empuñar la espada, sino la copa; dormir bajo las tiendas militares, sino sobre las camas de limonero; ganar una batalla, sino cocer una murena. Antes can-

tan y celebran los adobos rejuvenecedores de las alcahuetas, que los bosques sagrados bajo cuya fronda se oían las palabras reveladoras de la santa Egeria; que la cuna de Remo y el arado designadores del Pomerio en donde habían de brotar las romanas virtudes; que los surcos recién abiertos sobre los cuales recibía, apoyado en las ancas de su yunta, el sublime labriego Cincinato los ornamentos y las distinciones de su gloriosa dictadura. Alaban los retóricos el robo y los ladrones en antítesis verdaderamente simétricas. Lloran á una con frotos de cebolla y no con tempestad de sentimientos. Se comen las uñas mientras abandonan intactos los libros. Y tiene moral superior á ellos la cortesana que arranca en un rapto de ira sus barbas á cualquier mediador cínico.

— Ya no hay oradores — añadió Lucano en estilo no tan pintoresco, pero más alto. — Hoy nos llaman disertos, lógicos, atildados, correctos, jamás oradores. Sabemos hablar en los tribunales, pero no en el senado ni en el foro. Litigamos, no combatimos. Se conoce la elocuencia, pero se la desprecia. Por eso, Persio, hay que huir de la oratoria y refugiarse allá en la poesía. El escudo de la palabra, que guareció á nuestros libérrimos padres, no lo necesitan sus hijos, destinados á odedecer en la parálisis de su voluntad y en el silencio de sus labios. Nosotros en los hierros ganamos pleitos, mientras los ciudadanos en la república ganaban pueblos y naciones. Nada importa captar por las riquezas favorecedores; importa formar escuelas con ideas, partidos con arengas, como se formaban cuando cada cual pensaba todo aquello que le placía pensar y hablaba de todo cuanto hablar quería. A nadie señalan todos con el dedo y á nadie designan por su nombre como al orador. Ninguna satisfacción humana como ver un público numeroso pendiente de los propios labios. Así un orador tiene algo que nadie ha podido concederle y que nadie podría quitarle. Al poeta se le quiere ver como á un cuadro y á una estatua; pero al orador se le quiere oír, y por lo mismo hay que hallarse con él en perpetuo comercio. Las lecturas no pueden compararse con las arengas, como la guerra y el combate á brazo partido no pueden compararse con la contradicción y la controversia intelectuales. Los dioses no han querido en sus designios otorgar al orador descanso y reposo. Mientras viva le azotarán los latigazos de la inspiración, abrasadores como

el fulminante rayo. Ciertamente que la poesía también puede gozar de tal ventaja; pero en la soledad y en el apartamiento, no entre los oleajes procelosos de las encrespadas muchedumbres. Yo he preferido que las musas me lleven al borde ameno de las fuentes claras en sus brazos y me ciñan laureles al ejercicio de la elocuencia siempre sostenido y animado por la virtud; pero no ha provenido esta preferencia de mi voluntad y de mi deseo, sino de mi tiempo. Donde hay libertad se convive con todos, y de aquí el hermanarse la libertad con la elocuencia. Donde no hay libertad precisa vivir consigo mismo, y de aquí el hermanarse la poesía con la obediencia. Un tirano puede tener poetas; pero no tendrá nunca, jamás, oradores; como la duda puede tener siempre sacerdotes, pero no tendrá nunca mártires. Así nada más lejos de la elocuencia que la retórica. Aquella es un arte, mientras ésta un artificio. El orador elocuente llama la inspiración y la encuentra por un esfuerzo de su espíritu y no por código ninguno de leyes. Mientras el orador pronuncia un discurso con aquella inspiración verdaderamente notoria con que cantaba un lírico de las Olimpiadas helénicas su oda, el retórico lo confecciona como un plato de cocina con salsa é ingredientes tomados en la tienda ó botica de su escuela. Así los que hoy se adiestran en la frase, no hablan, recitan. Los ripios ocupan el altísimo lugar y el amplio espacio reservado antes á la idea. Por lo cual yo caigo de hinojos ante la familia divina de los oradores antiguos que se hallan serenos en el Olimpo de nuestras glorias, y reniego de los declamadores que garrulean por los intercolumnios de todos estos palacios imperiales como el viento entre las espadañas. Tras cada gran discurso hay un gran carácter, y sobre todo gran discurso brilla un espléndido ideal. La elocuencia se vale del argumento y detesta las adulaciones. El afeite de la retórica, lejos de prosperarla, como creen muchos, la empobrece y afea como el excesivo lujo y el espeso cosmético á la cortesana oriental. Desgraciadísimo debemos llamarnos de haber nacido en la edad nefasta de los afectados retóricos y no en la edad viril de los grandes oradores. ¡Oh Senado inmortal! ¡Oh República romana! ¡Oh libertad antigua! ¿Qué os habéis hecho en el mundo?

— Ahí estáis plañendo nuestros males á dúo sin ocurrir al conocimiento y expresión de su remedio — dijo Séneca severamente.

— Había elocuencia otro tiempo en el alma, porque había salud en el cuerpo también, porque había pureza y virtud en las costumbres. Las madres lactaban á sus hijuelos y no se conocían las nodrizas. Los juegos de la infancia notábanse por su honestidad y los días del joven se pasaban en las escuelas y no en los burdeles. Amábase lo bueno y lo bello sobre lo útil. Buscábase lo verdadero con libre y sano criterio. En la noche se dormía y despertaban del sueño los primeros asomos del alba y los primeros cánticos del ave. Pedíase á la matrona en el matrimonio la virtud y no la hermosura. Creían sanas las proles, porque las engendraba una severa castidad. Ahora el esclavo tracio y la nodriza griega, en cuyas manos ponen al niño, le vicia el cuerpo y le afea el alma. Nadie se recata de hablar ante los pequeñuelos. Así balbucen blasfemias oídas en torno suyo antes que oraciones; y cuando dicen una bellaquería, instruidos en el mal careciendo de la facultad de perpetrarlo, sus padres se lo ríen y se lo celebran como una gracia. Las verdaderas romanas se quedaban en sus hogares y no iban como estas falsísimas romanas de hoy por los espectáculos. ¿Queréis que sepan hablar bien quienes toman por maestros de su palabra, no los grandes filósofos, sino los viles histriones? La elocuencia, como el mar, acepta el tributo que le ofrecen los ríos fluyentes de todas las ciencias y refleja el cielo de todas las ideas. Como no elevemos la filosofía en el pensamiento nuestro á religión y no unjamos con esta religión ardiente los labios, jamás volveremos á la vieja elocuencia. El genio de Demóstenes oyó, antes de hablar, el verbo de Platón. Y en lo que tienes razón, Lucano, es en decir que la elocuencia necesita de la libertad, y hasta si quieres de una libertad violenta, de una libertad desordenadísima, de una libertad rayana con la licencia. Donde no hay agitación en vano pretenderéis hablar. Así los oradores han brotado en las plazas de Atenas, henchidas por las tormentas democráticas, y en las guerras civiles romanas. Donde hay paz profunda, como en el imperio fundado por Augusto, y orden concertadísimo, como en Lacedemonia y Creta, célebres por sus leyes y por la sujeción á esas leyes de todos los ciudadanos, jamás tendréis, Persio y Lucano amigos, jamás tendréis en favor aquella primera y universal arte de los pueblos libres, el arte de la palabra elocuente y de la grande argumentación



rigurosa. Creedlo: el orador está eternamente casado y unido con la libertad.

— Pues yo, dijo Nerón, acercándose al sitio donde se hallaban los interlocutores, yo prefiero á todas las artes sin excepción la música. El coro de las Musas llamamos á la reunión divina de aquellas dulces hermanas que nos envían sus inspiraciones, y al dios de la poesía no podríamos comprenderlo sino tañendo la cítara, que oyen extasiadas las estrellas. En todo verso hay música por el metro, por el encadenamiento de las sílabas, por las matemáticas anotaciones de las palabras y el verdadero concierto entre todas ellas reinante. No podríamos danzar en las festividades nuestras, ni seguir las ceremonias y liturgias religiosas, ni poner en escena una tragedia, ni ejercitarnos en la elocuencia sin el auxilio de la música. Desde tiempos remotos llamamos concierto á la reunión de los astros en el cielo inmenso y tenemos por una especie de músicas escalas á las luminosas constelaciones. No sería Pan el dios de las selvas si no les hubiese dado una voz con las flautas; ni Baco el dios de las vendimias si no las hubiese alegrado con sus címbalos y con sus platillos. Todo lo que ama en el universo busca y compone verdaderas armonías. El susurro, el rumor, el arpegio, el gorjeo, el eco son verdaderas notas que van instintivamente produciendo los seres para endulzar la vida. Yo nunca me creo tan feliz como al tañer la cítara y acompañarme con mis dedos sobre las cuerdas una canción. Si en mi mano estuviese haría del mundo un teatro, de las cosas universales una orquesta, de hombres y mujeres un coro enorme, de la vida un cántico perpetuo elevado á las alturas desde mi garganta y extendido por el espacio inmenso como se difunden y extienden los rayos del sol. Moriría como muere la cigarra en el olivo bajo las ramas oscuras; moriría en torrentes de luz cantando al sol estival y al calor ardiente. Yo no conozco embriaguez tan divina como la que al ánimo presta un exceso de ritmo y de armonía. Los romanos antiguos, nuestros gloriosos abuelos, en su temor á la triste afeminación de costumbres, incompatibles con el valor nativo suyo, intentaron contrastar por todos los medios imaginables el poder de las Musas creyéndolo dañosísimo al espíritu militar; pero Grecia, esa divina Musa, cuya inspiración se impone al espíritu, penetrado y

sugerido sin quererlo por ella, luchó á la callada y ganó sin apelación su partida. Entonces pudieron ver hasta los mayores enemigos del divino arte cómo para renunciar á la música forzoso era también renunciar á la poesía. No encontraréis gusto en los idilios, dice Teócrito, como no los acompañen flautas y zampoñas. La pasión de Safo pide á voces una cítara que ayude á la expresión maravillosa del verso. No choquéis los vasos rebosantes de oloroso Chipre al amor de un cantar anacreóntico, si el plectro no choca en armonía deleitable con las cuerdas. Muy pronto pudo verse cómo sonaban mejor al oído las odas de Horacio y las églogas de Virgilio en concierto y consonancia con dulces sinfonías que abandonadas á sí mismas. Cuando el poeta venusino en su canción dedicada humildemente á Sexto nos describe los comienzos de la primavera, el primer soplo tibio de los céfiros entre las hojas recién brotadas en los olmos, el flote de las navecillas antes encalladas en las arenas sobre las aguas celestes, el ganado retozón que cambia el aprisco por el prado y los henos fríos por las magas flores, los aromas de las rosillas sucediendo á los rigores de las escarchas, no acierta con otra hipérbole de su placer expresiva que presentarnos á Venus, acompañada por ninfas, haciendo brotar del suelo, por sus blanquísimos pies hollado con cariño, hermosas y suaves cadencias. Ovidio está en el destierro. Bajo sus pies no hay sino juncosas marismas emponzoñadas de fiebre, sobre su cabeza nubes hinchidas de tormentas, ante su vista olas batidas por huracanes continuos y por una tempestad perdurable alteradas. Las amarguras del Ponto despedidas le turban los ojos y le ulceran los labios. No hay á su dolor consuelo. Y sin embargo se sonríe feliz cuando sabe que si Roma desterrara su persona, no así sus versos cantados al son de liras múltiples por coros armoniosos en fiestas y espectáculos. No hay comida buena sin concertada orquesta. Si la música se perdiera en el Imperio, yo preferiría ser citarero en cualquier pueblo bárbaro á emperador en Roma. No gusto de cuchillos, espadas, lanzones, catapultas, enses inarmónicos todos; gusto de las cítaras y de las flautas y de las liras y de las arpas, todas armoniosísimas. Entre capacetes y salterios, no vacilo un minuto; entre címbalos y rodela, tampoco. Yo creo los instrumentos de cuerda hechos para pacificarnos y los de

viento para enardecernos. Cuando quiero paz, pídosela de seguro á un arpa; cuando quiero fervor y entusiasmo á una trompeta. Siempre hallo en la música un elemento que completa las deficiencias de mi ser ó que imita el mundo exterior. Ya conozco yo las burlas divulgadas contra la pretensión de los músicos que pretenden reproducir la naturaleza. Yo me acuerdo de que, ufanándose el citarero Timoteo con imitar una tempestad en su cítara, le contestó el flautista Zorcín que mayores tempestades había él oído en su puchero; mas no podéis desconocer los felices resultados conseguidos por la música cuando quiere imitar lo naturalmente inimitable por sus medios y en sus recursos. La música tiene igual antigüedad que nuestra especie. Doquier han ido aquellos griegos investigadores de los orígenes del mundo, han encontrado serle al hombre tan propio el cántico espontáneo como á las aves canoras. En los templos egipcios y en los sepulcros egipcios ven-se orquestas y coros con timbales y clarines. Yo me agrado mucho ensayándome á tocar la caldea sambuca y la zampona babilónica, cuyos sonos evocan las pasadas edades y resucitan los dioses muertos. No puedo comprender la repugnancia de tantas gentes al mimo, cuando la mímica tiene universalidad, de que carece la palabra, y los hombres, apartados por la diferencia de lenguas, se comprenden y se comunican con gestos más fácilmente que con frases. Así nosotros contamos con más cómicos que ciudadanos y hay á veces en los escenarios del teatro mucha más gente que en las graderías del público. Por este medio hemos logrado la familia de los césares esa obediencia de los antes rebeldes romanos, consumidos ayer en guerras civiles, hoy dichosos en paz perpetua. Y si han perdido nuestros conciudadanos en prácticas de libertad y en ejercicios de derecho, han ganado en finura de oído. La superior disciplina impuesta por el nuevo régimen augusto, se conoce á maravilla con observar cómo llevan los romanos la medida de cánticos y coros con el pie. Yo he fundado los afines, los certámenes músicos, y conseguido con ellos mayor aprecio de las gentes á una hoja de laurel ganada con la lira y el cántico que á una corona de roble ganada en los homicidas combates. Si me dicen mis críticos por qué hago tal, observaréles cómo también tañía y cantaba el furioso Aquiles y la cítara de sus manos jamás

mermó la espada de su cinto. En Roma nadie va hoy á los comicios; pero todo el mundo al teatro. No votan, pero vocalizan á más y mejor los romanos. Y á quien me diga que todo esto proviene de mis manías personales, respondédeles como Sylva con toda su gravedad fué á la música muy aficionado y tuvo sus favoritos en canto y armonía como tengo yo á mi predilecto Mene-crates. Cuando yo vine al mundo encontréme ya que los patricios romanos guardaban los plectros con que tañedores asiáticos solían pulsar sus liras y que los patricios se desvelaban y desvivían por el cántico y por los cantantes. Figelio encantó con sus sonatas los oídos de Julio César. En premio de su destreza en tañer y danzar, Antonio entregó al citarero Anaxenoro los tributos de tres provincias. Calígula llevó tras de sí y en casi todo su reinado al tenor Ascalón. Y en cuanto á mí, haré del mundo un órgano inmenso, del cetro una varilla, del pueblo un coro, del emperador un corifeo, de la vida una grande armonía, de los combates entre dos ejércitos un dúo en que concuerde todo lo discorda, de los dominios romanos una inacabable sinfonía y de la religión un himno.

— Yo jamás pasaré, jamás, Nerón, por que las gentes crean en-



Bailarina

señanzas más esas propensiones tuyas — dijo con severidad Séneca. — El apego á la música trae consigo aparejado el despego á la ciencia, y mientras la música en sus acordes adormece las almas, despiértanlas y esclarecenlas mucho las ideas. El baile se ha sustituido al derecho. Nadie podría soportar la ociosidad en que ha caído el patriciado, si no viniesen músicas y danzas con sus complacencias á entretenerla ó encantarla. No hacen otra cosa los jóvenes romanos que cantar en vez de sistematizar ideas. Sus gargantas atormentadas, sus dedos que fingen tañer hasta en el aire, sus pies que llevan la medida, sus cabezas que se balancean como al soplo del viento la copa del árbol, dicen á voces que todos sus órganos bailan en la parálisis y ataxia de sus inteligencias. Así el corazón tiene los movimientos indispensables á la vida, pero no tiene los afectos indispensables al espíritu. Yo he visto á muchos tararear en los entierros como si estuvieran de boda. Y el mal es tanto mayor cuanto que, so pretexto de oír sinfonías y componer cantatas, comen hasta reventar, beben hasta emborracharse, danzan hasta padecer terribles vértigos y gozan hasta morir de inanición en una muerte anticipada por las consunciones en el placer. La música, desde los tiempos más remotos, ha servido como la corrupción de cómplice á los tiranos y aparejado los pueblos á la esclavitud. El arpa resonó por primera vez al pie de las pirámides levantadas por el despotismo. Los trógonos han encantado á la continua el harén asiático. Los atambores en la mano suponen los hierros al pie. Desde las campanillas hasta las castañetas suenan á esclavitud. El sistro es de igual materia que las cadenas. Las palmas por el aire mecidas, las rocas y piedras crujiendo al calor, los animalículos cantores en el Nilo han dictado sus canturias monótonas al egipcio que se consoló con ellas en imperio parecido á una cárcel. Nosotros cuando éramos libres no teníamos en realidad más que dos instrumentos, la flauta para los sacrificios y la trompeta para los combates. Pero en cuanto vinieron los músicos extraños, es decir, la irrupción artística, en la cual fuimos los conquistadores conquistados, ya perdió Roma su libertad y el arte su gusto. Yo, Nerón, cúrome de tu educación y de tu cultura con un propósito, con el propósito de conseguir que no llore la República el pueblo y se crea hoy á la sombra de tu palacio tan soberano como lo fuera un tiempo al

amor de su libertad. Y para este fin heme propuesto apartarte de cuanto conspire á corromperte, y encuentro un principio de corrupción en la música. El preceptor de un príncipe no puede compararse al preceptor de un particular. El inferior, cuando enseña é instruye á un superior suyo, no puede, no, dirigirle mandatos; tiene que limitar su amor á darle consejos. Yo habré de aconsejarte, discípulo mío, un respeto escrupuloso al derecho de los ciudadanos hasta el extremo de hacerles olvidar sus instituciones republicanas por compadecerse á maravilla el Imperio con la libertad. Si encuentran este bien supremo bajo tu cetro, no temas el retroceso al antiguo régimen. Los césares habéis logrado la paz, de cuyos beneficios tan por todo extremo necesitada se reconoció y se proclamó la vieja Roma herida por las guerras civiles. Pero con la paz no basta; porque si el silencio, si la inercia, si la parálisis han de reinar en ella, parecennos preferibles las mismas convulsiones de la guerra; pues en los movimientos más desordenados está la vida, y ciertos reposos y cierta quietud perdurable aseméjense de suyo á la muerte. Por consecuencia, Nerón, siempre que tú me hables de baile ó de música, yo deberé hablarte á ti sobria pero sinceramente de virtud y de libertad.

— ¿De libertad? — preguntó Lucano, el joven poeta de la República, invocando ideas, las cuales eran como las Musas de sus poesías. — No hay cosa que tanto necesite ser querida de todos y en todos apoyarse como aquella que todos han menester, como la libertad. Y Roma no la quiere. Siempre que pronunciéis tal nombre aquí donde no puede soportarlo el aire, habrá de sucederos lo mismo que le pasó á Bruto y Casio después de haber inmolado á César en aras de la República y haber con todas sus fuerzas y con toda su voz gritado libertad en los sordos oídos del pueblo romano. ¡Ah! Nadie sabía qué significaba libertad tal. Nadie sentía la fuerza que pide y necesita el ejercicio de institución y gobiernos tan altos como la República. El envilecimiento propio de la servidumbre había llegado ya entonces á todas partes y corrompido hasta el tuétano de los huesos romanos. Aquel Julio César, tan bendecido, no tuvo, cuando lo apuñalaron, en la sacra curia de los patricios, no tuvo en el Senado, que lo divinizara un día, sino dos senadores bastante fuertes de ánimo y de conciencia para correr en su auxi-

lio. Los que no estaban en la sublevación, y por ende no participaron en el crimen, huyéronse de prisa y de galope, aturcidos, por si había necesidad imprescindible de algún esfuerzo y de algún pensamiento en sus paráliticas voluntades y en sus apagadas conciencias. Marco Antonio, tan valiente, corrió á su casa; y en el desván de ella disfrazóse con traje de siervo para escaparse de la República y de la libertad. Pero así como no tuvo defensores el tirano, tampoco los tuvieron sus enemigos. Al clamor que les apellidaba libres respondieron los romanos con la más implacable indiferencia. Después de haber Bruto y Casio recorrido aquellas calles consagradas por tan sacrosantos recuerdos políticos; después de haber evocado el numen de las Curias, donde resplandeciera tanto tiempo la majestad augusta del pueblo-rey; después de haber pronunciado la palabra Comicios, en que generaciones de generaciones ejercieran el gobierno popular; después de haber conjurado para que resucitasen á la tribuna del Foro y á la mayor elocuencia conocida en el mundo, encontráronse los defensores de las viejas leyes con que las pasiones populares no respondían á sus palabras porque faltaban las ideas contenidas en estas palabras; pues aquellos hombres que levantaban sus togas como pudieran los esclavos levantar sus cadenas y que blandían al aire los puñales con que acababan de inmolar la tiranía, semejaban artificiosos actores, representando en lengua extraña una extravagante y arcaica tragedia que ningún espectador comprendía. Y conforme iban llegando á los sitios más consagrados por nuestra vieja liturgia de República y libertad, iba también la indiferencia pública trocándose primero en horror helado á los salvadores y de horror helado en abierta hostilidad. A la vista de tal recibimiento salíanse los republicanos por las laderas del Capitolio so pretexto de presentarse á Júpiter en homenaje, pero realmente para desasirse de la plebe y en aquel seguro asilarse. Mientras tanto los escasos devotos que podía la desgracia conservar en pueblo tan corrompido, cogieron el cadáver de César y lo echaron en la litera misma donde había ido el dictador, la cual estaba en la puerta del Senado, y lo condujeron así á su palacio. Mal colocado y peor conducido, al andar de los conductores movíanse los brazos, los pies, la cabeza, con esos movimientos siniestros del cadáver, falto de su principal motor, el empuje de su

cerebro. A mayor abundamiento salió la esposa de Julio César, Calpurnia, desoladísima, por sus propias uñas arañada, el vestido roto y en desorden, fuera de sí, dando gritos inspirados por su dolor natural; y aquellas gentes populares, que no se habían engreído al renacimiento de su libertad, enfurecieron á la muerte de su amo. Y sabedor Antonio de la indiferencia del pueblo respecto de sus libertadores, quitóse con presteza el disfraz que se había puesto para huir, y corrió á casa de Calpurnia en requerimiento del cadáver de Julio César que pensaba disponer como pedestal de su propia grandeza. Calpurnia le dió el testamento de César con los tesoros allegados en sus arcas y los documentos registrados en sus archivos. Con los documentos, interpretados á derechas ó á torcidas, creyóse Antonio un César, é inauguró el reinado de la barbarie; con los tesoros creyóse un Creso, é inauguró el reinado de la corrupción. ¡Terrible desengaño el de Bruto y Casio haber huído de César para encontrarse con Antonio! Y al encontrarse con milite tan feroz, borracho siempre, incapaz de todo pensamiento bueno y de todo acto moral, aún tuvieron que adularle y requerirle de amigo para ver si los acorria y salvaba. Y él, como ciertas alimañas, feroz y astuto á un mismo tiempo, se dejaba querer, y devolvía taimadísimos halagos á los requerimientos patricios, hasta indagar bien sus fuerzas y saber á ciencia cierta quién se quedaba con Roma. El despotismo iba descendiendo hasta convertirse por completo en monarquía militar. Bruto y Casio no tuvieron más remedio que huir de Roma. El día consagrado á los funerales de César estuvieron en trance de muerte. El pueblo cogió los tizones de la hoguera donde se consumiera el cadáver de César, y corrió á quemar las casas de los republicanos. Al poco tiempo cayeron vencidos en los campos de Grecia. Y no le quedó á Bruto más refugio que la muerte. Bajo unos árboles muy verdes, al borde pintoresco de un arroyo muy claro, al pie de una colina muy hermosa, el representante postrero de la República y de la libertad miró frente á frente sin pestañear el próximo paso de este mundo á otro mundo mejor. Antes de partirse para siempre se tendió en tierra, dando los alaridos que demandaba el duelo debido á sus deudos y á sus partidarios allí finados. Seguidamente, y cumpliendo con su deber, después de haber llorado por los vencidos, lanzó sus maldiciones sobre los

vencedores. Hecho esto, dirigióse á los capitanes sobrevivientes en súplica de que le clavasen sus puñales y lo remataran allí con la mayor prontitud. Todos rehusaron. La noche venía, noche tranquila del Oriente, y se acercaban los imperiales muy anhelosos por atrapar la mejor de sus presas, al representante último de la República en Roma. El pánico se difundió entre las filas republicanas y oyéronse muchas voces que decían: «huyamos.» Bruto se quedó firme y erguido con la mayor serenidad. En aquel instante ya la noche había venido sobre todos. Susurraba el arroyo, despedían aromas las plantas, zumbaban los insectos del crepúsculo, las aguas corrientes se plateaban en la incierta luz, por los cielos azules resplandecían innumerables aerolitos. La indiferencia del universo acabó por sublevar á Bruto, cual en otros días lo sublevará la indiferencia del pueblo. La República se acababa y lucían los astros con claridad nueva, y se transparentaban los cielos en su divina serenidad, y las flores abrían sus corolas como para una fiesta, y entonaba el arroyo su idilio melodiosísimo, y sacudían los árboles su polen de vida y amor. Viéndolo todo riente y armonioso alrededor de su acerbísima pena, lanzó una terrible desesperada negación á la virtud, y se arrojó de golpe sobre su espada puesta en el suelo de punta, la cual, más compasiva que los hombres y los elementos, rematólo en aquel trágico minuto. Aquella noche y con aquel hombre murieron la República y la libertad en tales términos que se borraron sus sendas memorias y desaparecieron hasta sus últimos vestigios. Entonces se vió el crimen legitimado por la victoria, y el pueblo arrancándose con sus propias manos las entrañas. Los dos ejércitos contrarios llevaban las mismas enseñas y combatían bajo las dos alas de la misma romana águila, y adonde no había podido penetrar en sus furiosos el hierro de los extranjeros penetró el puño de nuestros mismos hermanos. ¡Oh! ¡Cuánto echamos de menos la República!

— Lucano — exclamó Nerón casi descolorido de rabia, — ¿olvidas cómo los descendientes de la estirpe Julia nos asentamos hoy en el sitio mismo antes por la República ocupado y dirigimos el mundo romano á virtud de los mismos hechos por ti lamentados hoy en esas luctuosísimas querellas?

Persio y el mismo Séneca palidecieron á esta observación del

príncipe. Allí, en aquella corte semiasiática y en aquellos tiempos tan por todo extremo contrarios á la libertad, un fruncimiento de las cejas del príncipe os costaba la vida. Lucano cantaba por aquellos días los tiempos de las guerras civiles, y á fuer de buen poeta, se añoraba de la perdida libertad. Había para esto cierta tolerancia en Roma, tanto más, cuanto que los césares se creían continuadores de los tribunos y llevaban en los labios el derecho que aborreían en el alma. Permitían, pues, alguna expansión á los que lamentaban la ruina de los viejos principios y pedían su restablecimiento. Pero Lucano, engolfadísimo en la historia de aquel extraordinario tiempo, amábala tan de veras, que á veces plañía su desaparición, tomando aires y acentos muy parecidos á los que tomaran en cien trances muy amargos de la República sus postreros defensores. Así le había pasado en el minuto ahora traído á las mientes. El dejo sardónico de Persio y el discurso vigoroso de Séneca le habían despertado en tropel todas las ideas republicanas é impulsádolo á recordarlas con tal pureza que parecía uno de los últimos patricios levantados contra César ó contra su heredero y sucesor Augusto. Y como todo pendía de los caprichos cesáreos, ninguna cosa en el mundo aquel estaba sujeta de suyo á regla, por lo cual así podía verse con benevolencia como con saña cualquiera expresión de pena por la República muerta. Y Lucano debió temer algo así cuando dijo inmediatamente después del discurso republicano este otro casi asiático tan opuesto al anterior.

— ¡Ah, Nerón! Si han sido necesarios todos estos crímenes para tenerte como inmediato sucesor de Claudio; si para el reinado benéfico, que aguardamos de tu bondad han sido indispensables las catástrofes antes lamentadas, en buen hora vinieron, y debemos holgarnos con impiedades y crímenes tan admirablemente compensados. Que Farsalia viera enhiestos de cadáveres sus campos pútridos; que sobre las ruinas de Cartago, por nosotros vengada, cayera un diluvio de latina sangre; que alrededor de las murallas de Munda hubiese otra muralla de incendios y rescoldos; que Perusa muriera de hambre y Módena de dolor, y se rompieran nuestras flotas en las dunas de Leucades y se levantaran los esclavos blandiendo sus hierros enrojecidos en las fraguas del Etna, todo puede y debe parecernos poco, sin excluir las guerras civiles, puesto

que á todo ello debemos tu fortuna, ¡oh admirado Nerón! Cuando te hayas cansado alguna vez de vivir aquí en el mundo y te decretes por tu propia voluntad ó en conciencia el tránsito á las alturas, subirás en plena juventud al Olimpo, y los palacios del cielo por ti preferidos saltarán de gozo á una sobre sus cimientos; y ora quieras tú sobrellevar el cetro áureo en la diestra, ora tenderte á lo largo en la carroza del sol, ora cual otro Febo te ocupes en iluminar la tierra, ora establezcas tu habitación en la estrella Norte ó en la estrella Sirio, los dioses á una te dejarán sus respectivas sedes para que mantengas el equilibrio de los astros y nos muestres sin una sola nube tu radiante faz en el espacio infinito.

Persio y Séneca se miraron de reojo y no pudieron menos que sonreirse á la consideración del cambio repentino causado en Lucano por el fruncimiento de las cejas de Nerón. Éste, quizás más avergonzado de las tristes adulaciones que el mismo adulator, interrumpió aquellas enfáticas frases diciendo, para que Lucano reanudase sus bien hilados discursos, que podían compadecerse con facilidad el culto al imperio con el culto, por ejemplo, á Catón, pues se hallaba éste muy lejos en el tiempo.

— Y tan lejos — exclamó Séneca, — como que Catón fijó siempre la vista en lo pasado, creyendo salvar la religión de sus privilegios con las prácticas vacías de su continuada liturgia. Vestir como vestían los antiguos; hablar á la vieja usanza; volver por los giros arcaicos; en todo conservar las costumbres patricias; asistir al Senado con la puntualidad más exacta; sostener con las prácticas más rutinarias todo cuanto se arruinaba en aquella sociedad y todo cuanto anocheía en aquella conciencia: he ahí el ministerio de Catón, cuando Mario entraba con sus héroes cimbrios bajo los arcos de triunfo; cuando Sila expedía sus sicarios con el puñal en una mano y en otra la tea para exterminar desde los hogares hasta los cuerpos de sus enemigos; cuando los templos se trocaban en fortaleza y el foro en campo de batalla; cuando los mismos terremotos sacudían las colinas de los plebeyos que las colinas de los patricios; cuando, infestadas las costas de piratas, los montes de siervos, las calles de facciosos, las casas de conjurados, entre las humaredas y los relampagueos del incendio, sobre los mares de sangre, paseaban como furias por los escombros humean-

tes y entre cadáveres amontonados turbas de corrompidos cortesanos y turbas de voluptuosos epicúreos, quienes, aguardando una muerte próxima, dábanse al placer fácil ó rápido, mientras evocada por tantos crímenes y tantos errores iba sobre todos á más correr la tiranía universal. Lo que agrandara principalmente á Catón en la memoria de los hombres fué su culto á un ideal, pues los ideales extintos se asemejan al sol transpuesto ya por el ocaso en que doran con sus últimos rayos las cumbres más altas del humano espíritu y las frentes más espaciosas y más amplias en nuestra especie misérrima. Tu divino predecesor, Nerón, Augusto, dueño de un poder que hubiera Júpiter envidiado, no consintió hablar en su presencia mal nunca de Catón, no obstante personificar éste la República, porque también personificaba la verdad.

— Yo — dijo Nerón — también quiero, Séneca, lo que tú quieres; también quiero proceder de suerte, ahora en este período de poder indirecto y en el período de poder directo más tarde, que las gentes no vuelvan con envidia los ojos al antiguo carácter profundamente republicano de las instituciones desaparecidas y muertas. Yo quiero también resucitar á Grecia; yo quiero parecerme á Pericles. Entre aquellos nombres más gloriosos por mí leídos en los anales de la historia no encuentro un genio, pero absolutamente ninguno, con virtud para imponer admiración secular sin reservas y sin límites á la posteridad. En las ánforas de oro cinceladas por los buriles de inspirados escultores he bebido yo hasta embriagarme de su divino zumo las ideas helénicas, y las he convertido en sangre de mis venas, en fibras de mis carnes, en materia de mis huesos. Y el genio griego es música, es melodía, es cántico, y los pueblos griegos son verdaderos coros que sin cesar entonan himnos llenos de inspiración á la gloria. Ellos, y ellos tan sólo, esos admirables griegos han resuelto en una superior armonía y concierto las contradicciones de sus combates. Yo quiero hacer de nuestra Roma, demasiado grande y colosal y asiática, una dulce Atenas en la cual hasta las piedras canten, y quiero hacer de mi gobierno propio algo parecido en paternal y en republicano de veras al gobierno de Pericles, aunque no puede tener como aquél tenía forma de República. Examinad ese gobierno y veréis qué huellas dejó de sí en el suelo ático y qué recuerdos en la griega historia. Lo cierto es

que Atenas llegó á un esplendor no conocido jamás en el mundo. Bajo aquel cielo clarísimo, sobre aquella tierra semejante á fuerte y armonioso pedestal, veíase la más bella cristalización del pensamiento producida jamás por el doble impulso de los tiempos y de las ideas. El hermoso espacio en que por una parte brillaban las ondas del Egeo y por otra parte las cimas del Himeto, con las canteras del Pentélico y con los olivares de Colonna ornado, y henchido de la música cuyas melodías acompañaban en sus tristezas á la infeliz Antígona, y de los zumbidos cuyos rumores anunciaban mieles del Híbla recogidas en labios canoros como los del feliz Anacreonte, por las teorías ó procesiones cortado que semejaban cintas y estelas del arte, ó por las ciencias esclarecido como por una lumbre junto á la cual crearíais sombra la misma luz del sol, ofrecía tal base á los más bellos edificios y tal abrigo á las más inspiradas ideas, que deslumbradas inteligencia y vista hoy mismo, cuando todo ha sido reducido á escombros y los escombros á polvo, lo miran como el mayor y más hermoso templo del humano espíritu. Allá, en las aguas, aquellas trirremes doradas, sobre cuya popa suben al cielo en aromosas nubes los humos del sacrificio grato á los dioses, y aquí, en las orillas, aquellas escuelas sabias congregadas entre las ramas de los plátanos y el lino de los velámenes, exhalando conceptos cuyos condensados vapores forman y componen otras tantas almas parecidas á espirituales luminosísimas estrellas. Como los árboles, con su misma espontaneidad, se levantan del suelo columnas que diríais con raíces profundamente arraigadas según su incontrastable solidez y forma. Las volutas de sus chapiteles forman tales armonías con los plintos de su base y con las estrías de su fuste, que, al contemplarlas, por esas relaciones entre los ojos y los oídos, os parecerán una oda en piedra de Píndaro y Simónides. Sus combinaciones han compuesto esos Propileos que parecen un coro; ese Partenón perfectísimo, donde se juntan los cálculos geométricos y la inspiración estética sin que la ciencia dañe al arte ni la medida y el orden á la espontaneidad; esa grande y fuerte Acrópolis, de suyo semejante sobre Atenas al casco de una diosa; la Pinacoteca, en que buriles y pinceles han dejado á porfía esos cuadros y esas canéforas, cuyas líneas componen el dechado acabadísimo de la forma y cuya severidad revela

cómo el alma y la naturaleza se habían compenetrado é indisolublemente unido en los senos de Grecia; dondequiera que volváis los ojos y dondequiera que apliquéis el oído, la hermosura tranquila os absorbe y recrea. En la frente de una colina el templo y el túmulo en la base. Los mosaicos de piedras, que crearíais preciosas, cubren aquellos suelos, y los mármoles y los alabastros más

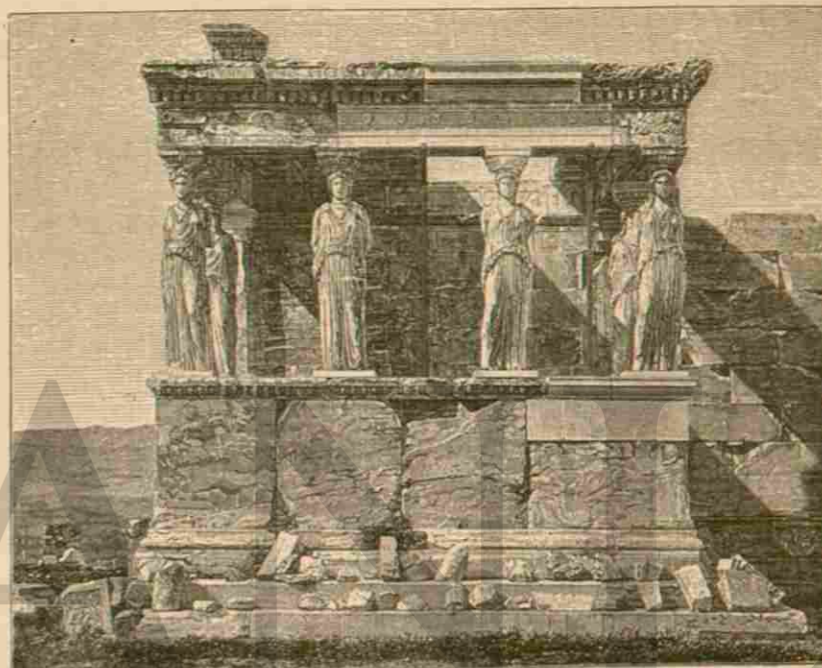


Fachada occidental del Partenón (de una fotografía)

relucientes componen aquellos altares. La estatua diviniza el cuerpo humano y le devuelve una felicidad edénica, no gustada ni por los colosos ni por los esfinges orientales que parecen como enredados en las raíces del inferior mundo animal y abrumados por enorme pesadumbre. La cariátide aquí no es aquella leona descomunal ó aquel hipógrifo enorme de los templos asirios, sino la hermosa doncella sosteniendo cornisas y triángulos como pudiera sostener un ánfora llena con agua del Cefiso y un cernacho de higos. Aquí en la palestra los jóvenes desnudos, caballeros sobre las cabalgaduras sin sillars ni bocados, recorren las designadas carreras en celosas competencias, y allí los atletas presentan actitudes escultóricas en gimnasios regidos por música y geometría. La grande

agora, de arenas alfombrada y abierta de todo en todo al cielo azul y al aire libre, oye discursos como el discurso de Pericles por los muertos; discursos acabados, cual esos intercolumnios del Propileo y cual esas estatuas de líneas melódicas y de actitudes serenas. El hipódromo presenta estadios de competencias á los carros, y el semicírculo de los teatros estadios de competencias también á los trágicos. Como quiera que las representaciones dramáticas hayan brotado al amor del mosto, en las vendimias áticas, sobre las carretas cargadas de cubas y las cubas cargadas de racimos, entre los evohés inspirados por una especie de borrachera cuasi divina, ornadas con la hiedra y los pámpanos y los racimos de Baco, á este dios del tirso y del címbalo están consagrados los teatros, que llevan, como el de Atenas, su nombre, y ofrecen altares al dios de los cánticos voluptuosos y de los placeres desordenados. A un lado los farsantes ejercían la mímica indudablemente con arte sumo y actitudes cadenciosas. Los jóvenes danzan el baile orgiástico; los dióscuros el pírrico, semejante á militar esgrima, y hasta los sacerdotes creen agrandar á los dioses con danzas litúrgicas. A todo esto se unían las procesiones exaltadas por alegres himnos de versos y melodías incomparables, compuestas de numerosísimos devotos, esclarecidas por antorchas bien olientes, rociadas por aguas lustrales, ceñidas de laureles y flores, donde al son de los instrumentos más armoniosos componen compasadísimos y concertados movimientos en torno de la trípode santa, sobre que brilla el fuego sagrado, iluminando las innumerables libaciones compañeras de las religiosas plegarias turbas de bellísimas vírgenes acompañadas por los citeredos y los auletas entonando coros; tras éstos los vencedores en el hipódromo, los primeros en tocar la meta sobre sus desnudos caballos; luego los sacerdotes, vestidos de blancas túnicas, alrededor de las hecatombes, y los caballeros con sus ofrendas en las manos; por último, las canéforas coronadas por canastillos de flores, y los efebos cargados con obras de arte; al terminarse tanto cortejo, la trirreme áurea bajo el peplo riquísimo con la imagen de Minerva, pasando ante la incomparable Acrópolis, entre los espléndidos Propileos, dentro del Partenón, cuyas columnas, mantenedoras del friso, donde se repiten en mármol de Paros por los buriles clásicos todas estas ceremonias piadosas, y que, ostentando

escudos de oro, parecen cantar y unir á los hexámetros de sus compasadas piedras y de sus admirables proporciones el triunfo de todo un pueblo. Poned allí en todas estas maravillas los cuadros de Polignoto con las estatuas de Fidias, en las agoras discursos de Pericles, en los teatros perfectísimas tragedias de Sófocles, en los gimnasios atletas que han servido á los escultores de



Cariátides del Erectéon

modelos, en los puertos naves dejando tras sí las estelas de una colonización maravillosa, so los plátanos las ideas de Anaxágoras y los diálogos de Sócrates, los cuales ora descubren lo infinito al espíritu, ora llueven revelaciones divinas sobre la conciencia universal, y decidme qué pueblo ha llegado á estas grandezas y ha merecido así tal divinización á la historia.

— Mira, Nerón — exclamó Tito, desasiéndose un poco del grupo donde se hallaban Británico y Narciso, — mira las consecuencias de aquello mismo que dices. La belleza te deslumbra y ciega, cuando deberá el bien cautivarte y poseerte, como poder primero del universo y dios vivo sobre todos los dioses. Aunque un adivi-



no que buscara Narciso, hábil en la ciencia de averiguar la suerte futura de cada cual por la configuración del rostro, ciencia llamada como tú sabes Metoscopia, me auguró no sé cuál mando sumo, ni sobre quién, ni sobre qué, yo no lo creo, y por lo mismo no me preparo á cosa ninguna en esta materia tan difícil y no me apercibo para ningún fin y ministerio de dominación y autoridad. Pero si yo estuviera tan cerca del trono como tú, Nerón, y como tú fuese hijo de una emperatriz cual Agripina, ó me viese adoptado por un emperador cual Claudio, no me cuidaría de las artes y de las ciencias sino en cuanto condujesen al mejor gobierno y á la mejor dirección de los demás. Más valemos y más importamos por buenos que por inspirados y sabios. El arte nos encanta, la ciencia nos esclarece; pero únicamente nos vivifican y nos conservan la moral y el bien moral. Si á una provincia me mandases, yo procedería de suerte que al volverme ó quisieran todos que me quedara con ellos ó quisieran todos que me los trajese conmigo. Antes asistiría yo á las ceremonias religiosas que á los espectáculos frívolos. Destruiría todo el mal que hubiesen hecho mis predecesores, pero el bien conservarlo todo entero. El día en que no hubiese un favor hecho á nadie, considerarlo por día perdido. Y, al revés, cuando mal ó daño hubiera hecho, aquel día quedaríase, como un remordimiento eterno, gravada mi conciencia para retorcer y atormentar mi corazón. Perseguiría la delación infame con un cúmulo de penas innumerables. Preferiría morir á matar, y querría más saber que me alababan ausente á oírme adulado en mi presencia. No me propondría resucitar de modo alguno la república de Pericles por imposible; preferiría seguir las huellas de Alejandro, quien verdaderamente se propuso y consiguió unir el mundo griego con Asia.

— No es mala reconvencción — decía Narciso para su capote, comentando mentalmente todas las frases por Tito expresadas, y que parecían dirigidas al pecho de Nerón. — Con grande arte le dice cómo haría él todo aquello contrario y opuesto á cuanto hace ahora el hijo de Agripina. Éste, demente ya de suyo, y sobre su demencia natural dementadísimo todavía más por la educación artificiosa de su madre y por el propio propósito de llegar á primero entre los cantores, despertando y rehaciendo en la Roma nuestra el mundo grie-

go de otros tiempos, especialmente aquel de Pericles, por todo cuanto tenía de músico, no se cura cosa del gobierno romano y no recuerda ni el cumplimiento necesario de las leyes ni el ejercicio de su propio poder en bien y provecho de todos, como se prometían de sus herederos y sucesores los sumos padres del romano imperio, César y Augusto. Describiendo lo que haría él en cualquiera pública gobernación, ha pintado con maestría singular á Británico, tal como lo educa mi diligencia para el trono. Ese príncipe, ese y no ciertamente ningún otro, ese á grandes rasgos por Tito trazado había de ser el joven á quien educamos para bien y delicia del humano linaje. Y decir que no tenemos ninguna seguridad hoy de recabarle y conseguirle aquello que por ley natural debiera pertenecerle, de guardar alguna sensibilidad en el pecho y alguna idea en el cerebro su padre que oponer á las maniobras de Agripina. Pero es necesario luchar y más luchar; no conformarse con una derrota previa y creerse perdido sin remedio antes del necesario combate. Combatamos. Esperemos que ahora la palabra de Británico despierte un afecto paternal en las entrañas de Claudio y que tal afecto paternal decida la cesión de esa diadema del mundo al mejor y al más amado entre los dos príncipes rivales. Británico se propone describir los lazos que Dido tendió á Eneas para detenerlo en Cartago, impidiendo así la fundación de Roma, y las resoluciones sublimes con que supo el héroe troyano romper las cadenas de aquellos brazos y lanzarse al mar en cumplimiento de sus ulteriores destinos. ¡Oh! Si tras esto, jugando el todo por el todo y saliendo al encuentro de la muerte, Británico aconsejase al emperador un esfuerzo para libertarse de Agripina, con seguridad resolvería el testamento de Claudio en favor suyo y pondría por completo á su merced y disposición todos los corazones. Mucho hemos perdido. En vez de usar la diligencia empleada cuando me propuse libertar al emperador de Mesalina, medito más que propongo y discurro muchísimo sin hacer en realidad nada. Ya nos han quitado los prefectos del pretorio, partidarios muy celosos de Británico. Ya nos han puesto en torno de las personas y de las habitaciones nuestras un tal número de míseros espías y esbirros, que respiramos fatigosamente por un permiso casi del cielo. Pero ¿no hemos estado siempre lo mismo, no hemos vivido entre delaciones y amenazas?

Venga sobre nosotros aquello que quieran los dioses; no debe quedar la partida descuidada por nuestra incuria. Pero escuchemos qué dicen Tito y Nerón.

En efecto, curiosísima disputa se había empeñado entre Nerón y Tito sobre cuál de los griegos ilustres debía ser imitado con preferencia en la Ciudad Eterna. Por un verdadero contrasentido el inmediato aspirante á la corona defendía un tipo demócrata, un estadista como Pericles; mientras el filósofo Tito, con puntas y ribetes de republicano, defendía un tipo imperial, defendía la persona de Alejandro. Nada más común en la Roma sierva. No pudiendo los ciudadanos en las cosas públicas ocuparse, ocupábanse á una en los problemas históricos. Necesitados de hablar, hablaban, sí, pero acerca de asuntos arqueológicos. Y así como el fondo de lo tratado no les interesaba por manera ninguna, interesábalas mucho la forma y ponían en ésta un esmero tanto mayor cuanto que no se oponía el hervir de las pasiones á una excesiva corrección en lo externo y literario puramente. ¡Qué tiempos aquellos! Cuando se preparaba el testamento de Claudio; cuando se ponía en litigio la sucesión al trono; cuando la guerra entre Nerón y Británico iba creciendo en amenazadoras proporciones; cuando los crímenes de Agripina corrompían el mundo y asombraban al cielo; cuando por todo consejo de gobierno había siniestra turba de podridos libertos y por toda protesta de oposición otra turba no menos siniestra de funestísimos espías y esbirros; cuando el puñal y el veneno habían pasado á instrumentos del imperio como todos los vicios á cortejo de la fortuna y del poder; los esclavos en sus ergástulas removiéndose para romper las cadenas; en las catacumbas, los cristianos para sustituir los viejos dioses; en el pudridero, los gladiadores heridos y moribundos para pedir venganza; dos patricios romanos, dos príncipes de familias cesáreas ó imperiales, candidato el uno á reinar inmediatamente y destinado el otro á reinar más tarde, consumían el tiempo en dilucidar y controvertir tema tan extraño y ajeno á todo cuanto allí ocurría, como el tema de si resultaba más imitable por un romano Pericles ó Alejandro. Parece imposible tal manía. Nerón, como buen músico, prefería Pericles, aquel dios elevado sobre la tierra del metro y sus armonías; mientras Tito, muy vuelto hacia el Oriente, con que soñaba en sus vigiliás de ambición, evocaba

la persona sublime de Alejandro. Quizás lo más característico para expresar esta diferencia entre la república y el imperio es el estado particular y respectivo de la elocuencia en uno y otro régimen; ya lo hemos dicho. Al Foro había reemplazado el salón; al auditorio popular, el auditorio cortesano; á las muchedumbres encrespadas, las tertulias ceremoniosas; al debate sobre las leyes y la política dependientes bajo el imperio de la divina voluntad imperial, el pánegírico de los césares con evocaciones mágicas y conmemoración perdurable de tiempos más ó menos fabulosos é incidentes de la vieja historia más ó menos poéticos. Sí, Nerón había descrito, para más acertadamente representar la comedia convenida con los embajadores frigios, el incendio de Troya, y Británico se ensayaba en el repaso de la fuga del pío Eneas para competir con su hermano por fuerza, y en estas competencias Tito encarecía el ejemplo de Alejandro únicamente para competir con su émulo el joven y elocuente Nerón, encarecedor y apologista de un ejemplo tan funesto á las instituciones imperiales como el ejemplo de Pericles. Esta triste y penosa transformación del arte oratorio antiguo, en tales términos embargaba el ánimo y el pensamiento de aquel siglo, que sus más altos publicistas no hablaban de otra materia y asunto con tan especial y vivo interés como del rebajamiento á que había llegado el verbo revelador de las ideas, el verbo encarecido por Platón y por las escuelas platónicas, la creadora y cuasi divina palabra del hombre. Lo mismo Quintiliano que Plinio en sus cartas y tratados; lo mismo Dion Casio que Plutarco en sus obras helénicas de romano carácter; lo mismo Tácito en sus *Anales é Historia* que Suetonio en sus biografías; lo mismo Lucano en sus poemas que Séneca en sus discursos y que Persio y Juvenal en sus sátiras, lamentaban á una el silencio de los antiguos oradores y el desierto extendido sobre los espacios del Foro. ¿Y no tenían razón cuando Tito, Nerón y Británico, jóvenes patricios capaces de tratar, primero en la tribuna de los Rostros y luego en la tribuna del Senado, los mayores asuntos legales y políticos, ibanse á un salón imperial, salón de bailes y conciertos, para discutir la toma de Troya por los griegos, el discurso dictado á Pericles por Aspasia sobre los muertos, los trabajos del semidiós Eneas en sus navegaciones fabulosas, las antiguas conquistas de Alejandro? Pero es-

cuchemos la disertación elocuentísima de Tito, quien hablaba en los términos siguientes:

— La despedida de Alejandro al comenzar sus expediciones ¡ah! no parece de un héroe, parece de un chicuelo. General tan excelso, joven tan fuerte, lloraba como la noche primera en que lo destetaron. Poco ejército llevaba, convencido íntimamente de que Grecia debía vencer á los imperios asiáticos, no por la fuerza, por la inteligencia; no por el número de sus soldados, por el número de sus ideas. Acompañáronle hasta la primer jornada, como un coro de recuerdos, todos los veteranos, y como un coro de esperanzas todos los mancebos. Entre sus lugartenientes, unos habían pasado de la madurez y entrado en la triste ancianidad de su vida, mientras otros no estaban, como él mismo, todavía en su adolescencia. Pero ¡cuántos idos en compañía suya con oscuros nombres, como los Tolomeos, por ejemplo, adquirieronlo tan imperecedero, que todavía los mentamos hoy en la política y en la ciencia nuestras! Veinte días tardó en ir de sus dominios macedónicos á la Propóntide. Aquella vía triunfal de tantos irruptores semejábase por tal ocasión á un vivo poema, porque los aires, impregnados indudablemente de recuerdos sacratísimos, debían resonar con las líricas voces de los héroes inmolados en los conflictos eternos entre la tierra del privilegio y la tierra del derecho. Alejandro, tan poeta como héroe y tan héroe como político, no cesaba un punto en evocar los mártires de Maratón, de Salamina, de Platea, de Micala, de Tempe, inspirándose con su recuerdo; y á cada paso departía con los suyos de los esfuerzos hechos por los soldados lacedemonios bajo Agesilao y por los diez mil héroes de Xenofonte. Como por una fiesta continua pasó el rey por las orillas del Bósforo. Así llegó al punto que separa Europa de Africa. ¡Cuántas emociones debían en su corazón levantarse! ¡Cuántos recuerdos en su memoria! Enamorado por entonces de la fama, no había tenido más amores que con esta maga ceñida de venenosos laureles. Mas por muy ajeno al amor y á sus goces, aquel solitario en medio de la muchedumbre, aquel cenobita en medio de las tentaciones, muy sensual, contaba sólo veinte años, y á tal edad bien debía ver las historias de amor guardadas en las conchas de aquellas arenas, en las algas de aquellas aguas, en las flores de aquellas orillas. El vuelo de la hermosa Heles debía bri-

llar con sus aleteos de luz en los aires, y el cadáver de la mártir Hero, abrazada con su Leandro, debía flotar sobre las ondas de aquellos mares á los ojos del joven poeta. Y á estos recuerdos uniríanse otros no menos vivaces y sacros, los recuerdos de aquellos dioses transformados al pasar del continente asiático al continente nuestro, y los recuerdos de aquellas irrupciones, cuya venganza y desquite había tomado sobre sus débiles hombros. Jerjes echó allí su puente de barcas para pasar del Viejo al Nuevo Mundo: que tal debía llamarse, nueva, por aquel entonces Europa, frente al hierático y secular territorio del Asia. Un millón de hombres traía Jerjes, y cincuenta mil apenas llevaba siglos después en el juego de su desquite Alejandro. Pero el millón de Jerjes representaba la casta, y los cincuenta mil de Alejandro representaban la Grecia. Esa fuerza de Jerjes no pudo vencer á la idea de Grecia en su irrupción, la idea de Grecia en su desquite vencerá la fuerza de los herederos de Jerjes. La emoción de Alejandro, al pisar Asia, no puede hoy ni medirse ni expresarse. Juntando, como ningún otro héroe, intuiciones de poeta con cálculos de político, el gigantesco desmedido conquistador veía con sus ensueños realizarse un ideal y con sus ambiciones abrirse una inmensa dominación. Sentado en la nave que lo conducía y que semejaba un altar flotante por su carácter sacro y por su riqueza litúrgica, no quiso á ningún otro mortal ceder el timón, pues aspiraba siempre al primer puesto y á la primera autoridad, tanto por los títulos adquiridos en su herencia cuanto por los méritos granjeados en sus trabajos. Llegado sobre aquellas aguas tranquilas á la mitad perfecta del canal, detúvose, y equidistante con exactitud matemática del continente nuestro y del continente asiático, inmoló á Neptuno un toro, alzó el cáliz áureo á las alturas en demanda y requerimiento de auxilio al apurar libaciones religiosas, asestó un dardo á la tierra donde sus conquistas debían ejercerse, y pronunció los nombres de un Hércules para evocar la fuerza, de un Júpiter para evocar la omnipotencia, de una Minerva para invocar la sabiduría, como si en vez de una guerra cruel y porfiada iniciase una ceremonia teogónica. Lo cierto es que, artista por la mayor parte de sus propensiones, tanto como guerrero y político y explorador, no quiso adelantarse al seno de la misteriosa tierra donde penetraba sin certificar por algunos hechos solemnes

el enlace de todo cuanto ideaba y quería con lo intentado y hecho por sus predecesores inmortales. Él iba con igual empuje que los héroes de Agamenón y de Ajax á mantener la eterna porfía entre Asia y Grecia; por consiguiente hallábase obligado, en lo altivo de su carácter y en lo alto de su intento, á recordarla en el suelo mismo donde sucediera la apopeya elénica. Las tierras de Frigia, los campos de Troya, el sepulcro de Aquiles, obligáronle á desnudarse de toda vestidura regia, como si quisiera en esta desnudez mostrar la fundamental igualdad humana, y después de unirse con aceite oloroso, á vaciar las ánforas fúnebres sobre las piedras mortuorias y á deponer coronas en solemnísimos homenajes que acompañaban los tañedores con plañideras cítaras y los coros sublimes con versos elegiacos. Al mismo tiempo que honraba el sepulcro de Aquiles Alejandro; Efestión, su amigo, también honraba el sepulcro de Patroclo. Nada más natural que toda esta religión de los recuerdos. Pero lo que indica en cuánto superior grado sentía el héroe macedón las ideas luminosas, y cómo llevaba una síntesis por realizar antes que una conquista por cumplir, fué, sin duda, el sacrificio también ofrecido sobre la tumba de Príamo, sacrificio verdaderamente destinado á simbolizar la conjunción luminosa entre dos ideas, las compenetraciones sucesivas entre dos almas, las síntesis superiores entre dos pueblos hasta entonces enemigos. En las menores cosas Alejandro demostraba ser la viviente síntesis que debía prevalecer después de su muerte y quedar como un lazo de unión estrecha entre los dos continentes. Sus vestiduras distaban mucho de la sencillez griega y asemejábanse á las recargadas y ricas preseas orientales. Era de ver al dios, porque lo parecía, circuído maravillosamente de su joven oficialidad, que se acercaba mucho por mil semejanzas al coro formado por los dioses segundos en el Olimpo; del milagroso escudo, perteneciente á Minerva, precedido; centelleando á las chispas lanzadas por el esplendor de armaduras que atraían los ojos de sus amigos y deslumbraban los ojos de sus enemigos; la rodela de acero al brazo; el casco ceñido de blancas plumas, dispuestas en forma de penacho, á la cabeza; su cota de muchos dobleces al cuerpo; el collar de riquísima pedrería en su garganta; la espada, como rayo en lo ligera y en lo exterminadora, resplandeciente al costado; sobre los hombros la túnica, fabricada en Sici-

lia con mucha delicadeza; el manto de púrpura en la espalda, y en los pies borceguíes como los usados por genios celestiales de todas las teogonías conocidas en sus descensos á la tierra. No hay que dudarle: cuantas particularidades se veían en aquella vida tan maravillosa y extraña; cuantas actitudes tenía el cuerpo suyo, flexible como una serpiente y fuerte como un león; cuantas palabras fluían sus labios, como cuantas empresas ejecutaban sus armas, todo en él obedecía por su conjunto al proyecto capital de su genio, á la unión estrechísima entre Asia y Grecia. Con estos pensamientos se acercó al Gránico, línea estratégica de primer orden, la cual debía darle, una vez franqueada, la clave del Asia Menor. Parmenión, el primero de sus generales, abrió en el enemigo brecha, y aunque hubo de retirarse, por sólo llevar tres mil hombres, ante los movibles muros de lanzas que le oponían los persas, la falange formando un triángulo erizado de picas, la caballería tesalia con sus ímpetus, el genio de Alejandro con su arrojo, vencieron á Memnón, y desde tal victoria, lo mismo Éfeso que Mileto, lo mismo la ciudad de Esmirna que la isla de Chipre, lo mismo el monte Pago que el monte Tauro, lo mismo Tiro que Sidón, entregáronse al conquistador, componiendo desde aquel entonces la sacra legión de pueblos en que debía reinar como una religión nueva el helenismo. Así no es maravilla que repartiera una parte de los despojos entre los soldados cuyo valor le secundara, y otra parte de los despojos entre los dioses que le favorecieran, reservando la tercera y última, menor por su volumen, pero excesiva por su valor, pues allí se hallaban todas las joyas, para su madre, á quien obedecía desde lejos y amaba con ternura incesante. ¡Qué batalla más tarde la del Iliso! Llevaba el rey heleno cuarenta mil hombres, y el emperador persa cuatro más por lo menos contra cada uno de sus enemigos. El campo de batalla era una planicie admirablemente dispuesta para que pudieran moverse los numerosos ejércitos y muy contraria por todos sus terrenos á la marcha del invasor extranjero. Mas con ver los dos combatientes notábase la superioridad moral del menor, el griego, sobre el mayor, su contrario, el asiático. Mientras aquél mostraba la cohesión originada de afinidades interiores y la sobriedad de costumbres convenientes á la disciplina y á la obediencia, parecía éste voluptuosa corte andando en procesión aparatosísi-

ma. Vestiduras ligeras de un lado y mucho acero, mientras de otro lado vestiduras pesadísimas y mucha pedrería. Sobre la tienda del emperador persa un sol de oro encerrado en urna de cristal, y á su puerta un heraldo que solía agitar el aire con las vibraciones de su áurea trompeta. El fuego sacro iba en argénteas aras circuído por legiones de cabalistas y astrólogos dados todos á la oriental magia; tras unos trescientos sesenta y cinco jóvenes, envueltos en púrpura y cantando himnos religiosos, resplandecía la efigie del dios mayor de aquellas gentes, rodeada por sacerdotes vestidos de blancas túnicas y armados con áureos cetros; no lejos, para designar el puesto de los jinetes en armas, unos carros llenos de dioses, á cuyas espaldas veíanse de diez á doce mil caballerías montadas por individuos provenientes de todas las naciones subyugadas á Persia y ornados con sayales de crecidas mangas, todas recamadas por piedras preciosas; á trescientos pasos quince mil cortesanos con tales afeites y adornos que parecían hembras recién compuestas en sus tocadores; un trono ambulante soportaba la persona del monarca, circuído por maravillosas pompas, ahumado por nubes de incienso y demás aromas litúrgicos; seguíanle luego Nino y Belo en simulacros de metales riquísimos bajo sombrillas multicolores y entre colegios sacerdotales; doscientos príncipes de regia sangre rodeaban á todos estos déspotas del cielo y de la tierra, cuyas tiaras celestes y bandas rojas y puñales ligeros y sayos purpúreos les daban el aspecto de ídolos, hasta que, cerrándolo todo, se descubría la raíz de tantos males, mal escondido so el viciosísimo lujo, un harén compuesto de trescientas concubinas, servido por innumerables eunucos y llevado sobre los lomos de camellos y elefantes; todo ello con el extraño aspecto de una ciudad, que se moviera nómada por aquellos inmensos territorios, sin norte y sin rumbo, sólo para ostentar su esplendor increíble y su asiática magnificencia. ¿Qué había de suceder? El número inmenso empleado en estos oficios múltiples y adscrito á estos cargos de corte no servía ni á la defensa ni al ataque, no servía para combatir. Necesitado cada cual de atender al respectivo señor, ya ídolo, ya monarca, ya príncipe, no podía romper contra el común enemigo. El griego estaba destinado á dominar la muchedumbre del asiático por su destreza, cual domina el nauta los oleajes del Océano por su inteligencia. Había un imperio y su corte de un lado,

mientras del otro un pueblo constituido para el combate y en la organización y en la forma propias de un ejército. Alejandro, á caballo, lo animaba todo y ponía la confianza de cada cual en su fuerza y en su acción, mientras Darío, desde su santuario litúrgico, estaba como ausente. La falange macedónica y la caballería tesalia dieron en seguida cuenta de aquel harén populosísimo. El viento



Batalla del Ilioso entre Alejandro y Darío (Mosaico de Pompeya)

de las ideas occidentales pasó como un huracán sobre las castas. El héroe vencedor no significaba otra cosa en su espléndida victoria sino la libertad de Occidente, imponiéndose por su intrínseca virtud á la fuerza del Asia. Darío tuvo que descender de su elefante y tomar un caballo árabe para huir del campo nefasto y ponerse con algunos compañeros en cobro. Todas sus mujeres y todas sus riquezas cayeron en manos de los griegos. Pero como Alejandro no se propusiera tanto vencer al Asia, sino asimilársela y difundir en ella su propio espíritu y sellarla con su idea, trató á la madre de Darío, á la mujer, á las princesas, cual hubiese tratado á griegas de su familia idas al campamento. Ellas, que se creyeron próximas á la muerte tras la rota de los suyos, no sabían de cuál suerte corresponder al vencedor, ignorando como su propósito de respetar las vidas y las personas en ellas dimanaba del propósito superior

de perseguir y desarraigar su dominación y su autoridad. El desquite de Grecia estaba cumplido, y el Oriente se abría, mal de su grado, pero se abría por completo, al genio y al pensamiento helénicos. Da vértigos materialmente la carrera de Alejandro. Recogidos los despojos tras victorias tan enormes, entran sus huestes en Damasco y suben como águilas por las laderas del hermoso Líbano, cuyos cedros sirvieran á las primeras navegaciones, y domaran, convertidos en naves, el Océano indómito. Fenicia, Siria, Palestina, se doblegan á su paso como los débiles arbustos por su caballo de guerra tronchados en los bélicos empujes. El templo de Salomón le abre sus puertas, y el canto de los salmistas le bendice como si viniera de parte de Jehová. Tiro, Sidón, Chipre, Lesgos, las tierras más ilustres caen de hinojos á su presencia y ofrecen coronas á sus sienes. En la desembocadura del Nilo funda su Alejandría cuyos faros dirigen las navegaciones y cuyos pensamientos renuevan el espíritu. Después de haber bebido las aguas sagradas en que van disueltos tantos misterios; después de haber saludado las pirámides iluminadas por las ideas y pulidas por los siglos; entre alamedas graníticas de obeliscos y mudos coros de gigantescos esfinges, dirígese al templo de Júpiter Ammón y conversa con el desierto líbico, fecundo en recuerdos, y con el cielo inmenso, esplendente de revelaciones. Su voz hierática se mezcla en himnos sin fin á las profecías hebreas, prosperando el mesianismo que la sostiene como sus manos sacerdotales ofrecen sacrificios al buey Apis en las murallas ciclópeas de Menfis. Desde allí, queriendo medirse con todos los poderes y tratar con todos los dioses, marcha rápidamente á Babilonia, no sin haber tenido que ganar antes batallas como la de Arbela, y no sin haber sumergido un poco su alma helénica en el inmenso panteísmo asiático. Después llegó á Persépolis, donde los monumentos titánicos desconcertaron sus ideas griegas respecto de proporción y de armonía. Los templos parecidos á montañas, las poblaciones parecidas á cordilleras; aquellas graderías como sobrepuestas para ofrecer ascenso á dioses; las pilastras parecidas á edificios enteros y coronadas con diademas de palmitos, en las cuales se graban misteriosas leyendas; los colosos tallados en granito; los esfinges con sus cabezas de mujer y sus colas de vaca; los altares enormes, no hicieron más que agrandar las pro-

porciones de su gigantesco espíritu y sugerirle ambición mayor á la sentida por su insaciable corazón hasta entonces. No contento con estas conquistas corre á las montañas Medas y se propone penetrar en el centro mismo de Asia y en la matriz donde se forja la vida de tantas razas. Aquella Bactriana á que Semíramis había llevado con arrojo el espíritu de Caldea, vese invadida por el espíritu de Siria. En su afán de subir este hombre había subido hasta el techo de nuestro planeta, cual si quisiese tocar desde allí las estrellas. Sacerdotes de todos los cultos le acompañan, dioses de todas las teogonías le siguen como cautivos, despojos de todos los templos llenan sus carros de guerra; el mago y astrólogo caldeo, el gramático jonio, el sofista griego, el nabí de las religiones proféticas, el sirio domesticador de serpientes, el egipcio intérprete de jeroglíficos, el geta que invoca los dioses infernales al son de su tambor diabólico le siguen y le obedecen como queriendo forjarle un cortejo de ideas. Así no sabrá detenerse ante ningún obstáculo. El Cáucaso y el Tauro le servirán de trono; el Caspio y el Mediterráneo de alfombra; con igual empeño requerirá para su imperio la vieja Troya, henchida con una civilización secular, que la bárbara Tartaria, desolada por guerras continuas. Él hará de la vieja Ecbatana un sitio real, de la hija semisalvaje del Oxo explorado su esposa, de los hechiceros sus oráculos, de la ignorada India su verdadero santuario. Después de haber pasado por los desiertos mongoles, después de haber asistido á la cuna del género humano, después de haber mezclado en sus venas la savia de todos los primitivos árboles, después de haber departido con las viejas divinidades, entra en la India, donde salen á recibirlo mozos agitando en sus manos incensarios de oro, guardias que llevan ramas floridas pobladas por canoros pájaros, mujeres que le abren palacios cuyas puertas giran sobre goznes de esmeraldas, dioses ante los cuales parecen niños los dioses de Grecia, bracmanes sabedores de los primeros misterios, magos que acercan el cielo á la tierra, reveladores de ideas desconocidas y provenientes de templos que se dirían fundados sobre la eternidad, surgiendo á sus ojos un mundo, aunque antiguo, desconocido y extraño. ¡Ah! Si no estuvieran cerca de nosotros sus días; si los tiempos suyos no fuesen tan históricos cual nuestros mismos tiempos, apenas crearíamos el relato de todos

estos hechos, tomándolos, en verdad, por fábulas inverosímiles y absurdas. Pero este hombre que se detiene al penetrar en Asia como si penetrara en viejo templo, y se desnuda como los atletas de Olimpia en el sepulcro de Aquiles sobre la tierra de Frigia, regada con la sangre de sus padres, y despide ideas en los combates como un árbol frutas ó aromas, y entra con igual respeto religioso en los templos del desierto líbico que en los templos de la sacra Palestina, y lleva en su manto el polvo de las soledades monoteístas, donde truena el Sinaí, para sacudirlo sobre los verjeles de la India, y ofrece holocaustos, así al Belo persa como al Marte griego, y desposa en Susa los héroes de su ejército con las princesas asiáticas, siguiendo todas las ceremonias litúrgicas de los cultos orientales, y trae rapsodas de la Jonia, flautistas de la Frigia, poetas de la Hélade, bufones de la Propóntide, heraldos de la Lidia y hasta cenobitas de la India para que le sigan; cuando vestido con los trajes litúrgicos de Baco y acompañado de bacantes ebrias, despide misteriosos oráculos de sus divinos labios, no hace, no, en este sincretismo de razas, de cultos, de dioses, de teogonías, de ideas, de ciencias, sino mezclar y confundir el alma de Grecia con el alma de Asia por toda una eternidad.

Al llegar Tito á este punto de su arenga oyéronse las voces que daban á Británico venia para que á su vez hablase, y todos los ojos y todos los oídos se convirtieron hacia el joven y desgraciado príncipe. Oigámosle pues.



## CAPÍTULO V

### LA ORACIÓN DE UN SUICIDA

—¿Cometerá Británico alguna imprudencia? —preguntó con anhelo al liberto el bueno de Tito.

—Lo ignoro. Todo puede temerse del estado de su ánimo.

—El abandono de una mujer por un hombre paréceme grave materia cuando tanto recela hoy Agripina que la deje Claudio y que la deje por amor paternal á Británico —observó Tito.

—Escuchemos, que ya comienza Británico.

—El troyano Eneas —dijo el príncipe con ademán y entonación de orador, — que corre á las riberas lavinias en pos de un espacio donde pueda erigirse con verdadero brillo ciudad rival de la perdida y acabada por el furor heleno, se halla expuesto, como sus padres, á la cólera devastadora de Juno. Ésta protegía también á Cartago y la designaba para impedir el dominio de Roma soñado en sus nobles ambiciones por el troyano fugitivo. A mayor abundamiento, había leído en los horóscopos de las férreas hojas, donde graba el destino sus decretos, cómo un pueblo de sangre troyana debía nacer destinado á derribar las torres cartaginesas y envolverlas en los sudarios de las arenas líbicas. Así habíase propuesto Juno apartar á los troyanos del codiciado Lacio y dispersarlos á los cuatro vientos para que no pudiesen fundar ciudad ninguna rival de su predilecta Cartago. Bogaban los troyanos por los tranquilos mares de Sicilia, cortando las aguas azules con sus quillas y los

aires perfumados con sus velas, cuando Juno se irrita y ensoberbece al verlos tan seguros de sí mismos, como si no contaran los cuitados con su enemistad y con su odio. Palas había quemado la flota de los griegos tan sólo para castigar las blasfemias de Ajax, y ella, Juno, la esposa de Júpiter, ¿no tomaría iguales desquites y no desahogaría toda su cólera en análogos enemigos suyos? ¿Quién que tal viera podría ofrecer nuevamente holocaustos y sacrificios en sus inútiles altares? Ardiendo su corazón al fuego de tales sentimientos, propúsose perseguir á los nautas con sus desenfrenados huracanes y precipitarlos y hundirlos en los profundos abismos. Así marchó rápida en busca del dios Eolo y le rogó desatara los vientos contra Eneas á cambio de la ninfa más bella que pudiera encontrar entre su cortejo y acompañamiento de preciadísimas hermosuras. Eolo, que había merecido á Juno el favor de subir hasta la residencia donde truenan los dioses mayores y sentarse á su mesa, tenía por obligación que trocar en mandatos las instantes súplicas de Juno. Así hiere con el cuento de su lanza las montañas, en cuyo seno se abrigan los aires violentísimos, y apenas las golpea, cuando de aquella herida salta la bramadora cohorte y se derrama en torbellinos sin fin por los mares designados á su furor en la terrible cólera de Juno. Las ráfagas tempestuosas á una corren sobre la mar tranquila, removiéndola en sus profundos abismos y encrespándola en tormentosos oleajes. Los cielos desaparecen, las nubes se amontonan, los relámpagos culebrean por los cuatro puntos del cielo, retumba el trueno, los rayos lucen como látigos manejados por los dioses, vibran las cuerdas de las naves, se desgarran las velas, se desunen y rompen las tablas, los remos se tronchan, la proa y la popa se apartan divididas por el furor de las aguas, hierven las arenas, tiemblan las islas, y entre tantos horrores flotan por todas partes fríos cadáveres, en cuyos rostros verdea la sinistra muerte. Si Neptuno, receloso del poder de Eolo, no hubiese levantado la cabeza ceñida con sus algas del abismo y remitido los vientos favorables, el Euro y el Céfito, á calmar tantos torbellinos y trombas, indudablemente fuera Eneas estrellado contra las agrias sirtes por los terribles huracanes. Pronto el dios anciano, conducido en su carro de conchas y de perlas por sus airosos tritones, tranquiliza los mares y les hace reflejar en sus cristalinos senos toda la

limpidez de un cielo sin sombras y sin nubes. Pero desde las costas de Sicilia los troyanos dieron consigo, arrastrados por la tormenta, en las costas líbicas. Allí estaba Cartago, y en el seno de Cartago los aguardaba Dido. Naturalmente, como las grandes competencias entre los dioses helenos y los dioses troyanos continúan en este momento, Venus debe amparar á Eneas, cual Juno debe combatirle. Y Venus consigue de Neptuno que salve á los náufragos y que serene la tormenta. Pero en las costas y en los mares aquellos tan celestes y tranquilos aún aguardaban á Eneas tristes asechanzas.

— Muy bien descrita la tempestad — dijole al príncipe Tito su amigo el buen liberto de Claudio.

— Todo eso es virgiliano.

— No descubro la intención — decía para sí Agripina.

— Aunque no le has dado lecciones de retórica tú — murmuró Persio al oído de Séneca, — bien puede asegurarse que Británico habla como un libro.

— Parecemos sombras de sombras — observaba Lucano. — El príncipe Nerón habla del fin de Troya y el príncipe Británico del comienzo de Italia. ¿Y la república y la libertad?

— El sitio de arriba aparecía delicioso por extremo. A derecha é izquierda sendas rocas escalando el cielo, por cuyas laderas crecen seculares y altísimos árboles, que dejan pasar con varios amortiguamientos los resplandores del día y dibujan mezclas de luz y sombras, así en las aguas celestes, como en las riberas tranquilas. Efectivamente, allí parece dormido el Mediterráneo. Su azul superficie penetra por los puertecillos humildes, por las modestas radas, semicirculares ó elípticas y á veces de una belleza verdaderamente regular y varia. No hay necesidad, por tanto, de cables que retengan los cansados navíos á la ribera, ni de áncoras que los encadenen. Lugar bellissimo aquel, donde podrían unirse, tanto los genios del mar como los genios del campo, en suaves conciertos y suavísimas armonías. Los troyanos, combatidos por las hirvientes aguas del naufragio, tienden sus miembros entumecidos, ora en las blandas arenas, ora en los céspedes mullidos. Su industria les aconseja frotar unos cantos con otros cantos y extraer por el roce y por el calor la chispa brillantísima, que, cayendo sobre las ramas y las hojas secas, enciende una voraz hoguera, la cual presta luz y



calor al mismo tiempo. Entonces extraen todos de los navíos el pan mojado que les resta y lo calientan al fuego encendido recientemente. Eneas dirige la vista por todas partes, y mientras en el mar inmenso no descubre un solo velamen, por el bosque descubre los ciervos que van pasando rápidos con flores enredadas en sus múltiples cuernos. Y como quiera que á todo náufrago suele presentársele, por una regla general, el trabajo en sus formas primitivas, así como acuden al método viejo de producir fuego y llama por el roce, acuden también á una caza propia de los tiempos en que luchaba el hombre, sumergido en los senos de la Naturaleza, más porfiada y tenazmente con los animales inferiores, para procurarse nutrición, muy adecuada de suyo á su índole, por aquella sazón combatiente y carnífera. Encontrándose, pues, náufrago, salvado por un destino favorable sobre las playas enemigas, tendrá que dedicarse á las sabias industrias propias de quienes deben domar la naturaleza rebelde sin más aguijón que su voluntad y su inteligencia propias y sin más instrumento que sus propios brazos. Así el combate perdurable, intenso, como ley de nuestra naturaleza, como necesidad inflexible de nuestro destino, se impone al hombre, nacido verdaderamente para la guerra y criado entre luchas donde su voluntad y su pensamiento se acercan al contacto inevitable con el dolor y la desgracia. Todas estas epopeyas humanas representan y significan al fin y postre los factores necesarios y fatales de nuestro inflexible destino.

— ¡El destino! ¿Por qué hablar del destino siempre? — murmuraba con exaltación Lucano. — Contra el destino está la voluntad y su firmeza. Si nos creemos esclavos del Universo, con mayor motivo habremos de creernos también esclavos del Imperio. Yo protesto contra el destino. Yo me revuelvo contra sus mandatos. Yo rompo con mis brazos sus cadenas.

— Descansado Eneas — continuaba Británico, — satisfechas las primeras y más rudimentarias necesidades tuyas, recobrado por el sueño un poco de ánimo con otro poco de necesario esfuerzo, desligadas ya sus ansias de las incertidumbres y perplejidades que le traían incierto y perplejo de su destino propio, conságrase á pensar en los demás y requiere los montes, los valles, las olas, para que le digan dónde han ido á parar sus fieles compañeros. Además,

habiendo arribado á una tierra hospitalaria, ve por doquier copudos árboles que le prestan sombra, grutas que le prestan asilo, costas y riberas pacíficas; pero no ve habitación alguna y no sabe qué clase de habitantes pueblan los espacios aquellos. Cuando más emboscado se halla en sus requerimientos é investigaciones, toca con su madre Venus, que se le aparece bajo la forma de una virgen espartana conducida por briosos corceles en carro de guerra. El arco de los bosques pende á sus espaldas, el cabello en desorden da y entrega por completo á las brisas del mar y á las auras del campo sus hilos áureos, la flotante azul túnica se repliega sobre su rodilla desnuda, y luciente piel de tigre brilla sobre sus hombros como la que llevan en tiempo de vendimia las bacantes. Aunque las apariencias humanas de la diosa ocultan su carácter y origen divino, trascienden afuera como la esencia encerrada y contenida en bello pomo. Así Eneas le pregunta quién es, y le dice cómo, sea quien fuere, debe guardar sus holocaustos y sus ofrendas; pues le parece, á primera vista no más, una verdadera diosa. Venus le replica, diciéndole que aquel traje suyo, parecido al de las divinidades olímpicas, suele usarse por las vírgenes tirias, acostumbradas al carcax y al coturno. Con este motivo revela de grado al náufrago y á sus compañeros el sitio donde se hallan y las gentes con quienes habrán de tratar en su permanencia indispensable allí. Naturalmente, lo primero que revela es el jefe y dueño de tales sitios y los caracteres con que se ofrece á todo el mundo, y especialmente á los que llegan de arribada. Y en tal coyuntura surge de sus labios lo que más podía interesar á fugitivos y asilados, la historia de los poseedores y soberanos de aquel territorio. Y como sean éstos una mujer que se llama Dido, cuenta á Eneas, su hijo, la vida interesante de tal mujer. Dido habitaba Fenicia, donde tuvo por esposo el más rico entre todos aquellos potentados. Llamábase Siqueo, y desde la primera juventud inspiró á la mujer que compartiera su cama intenso y profundo amor. Un feliz himeneo coronó esta pasión, dando al matrimonio la más ingenua ventura. Mas pronto cansó al cielo ésta. Cierta hermana de Dido, que se llamaba Pigmalión, subió por aquel entonces al trono. Parecía natural, contando Siqueo en el puesto primero de aquella región á tan próximo pariente suyo, que descansara sin cuidados ni recelos. Pero el rey tuvo desde su

nacimiento las propensiones y contrajo después en su larga vida la costumbre de un terrible tirano. Y entre las pasiones y los vicios de su tiranía resaltaba la codicia desordenadísima. Y esta codicia le llevó á desear los tesoros de su cuñado, y este deseo le llevó á perderlo y á inmolarlo sin piedad alguna. Un día que se hallaba el esposo de Dido á los pies de los altares ofreciendo culto litúrgico á la divinidad propia de su patria y de su raza, el tirano lo inmoló sin piedad y sin consideración alguna, en sus brutales pasiones, á que sacrificaba una hermana querida, por quien tuviera siempre particular ternura. Largo tiempo escondió su crimen, y por medio de mil industrias odiosas y mil mentidas fábulas entretuvo el dolor de una esposa infortunada. Mas como quiera que, dados los ritos antiguos, todo muerto insepulto volvía del otro mundo á este mundo, Siqueo volvió en sombra, y cuando estaba Dido entregada en el desierto lecho á sueños propios de sus intensísimas zozobras, se le apareció, y mostrándole sus heridas, le mostró también el nombre del perverso que se las había torpemente inferido. Los misterios del crimen quedaban revelados y Dido pudo tocar por medios sobrenaturales aquella terrible arma que había partido el corazón de su esposo. Viuda triste del único ser á quien amara en el mundo, hermana de aquel verdugo que le arrebató de un golpe toda su felicidad, no podía vivir en su patria bajo tal tirano, y decidió partirse. Agradecido el esposo á tal muestra de amor, contóle desde la eternidad el sitio donde guardaba innumerables tesoros, burlados á la codiciosa tiranía por su discreción y por su inteligencia. Recogiólos Dido con arte bastante para esquivarlos al avaro monarca, y reuniendo las naves donde los almacenara todos los disgustados de la tiranía y todos los heridos por sus excesos terribles, dióse á la vela en busca de territorios más propicios. Y habiéndolos encontrado en la tierra de Africa, levantó allí Dido una segunda ciudad que le recordara con sus preseas y con sus grandezas las glorias de su amada Tiro. Entonces Eneas, lanzando un profundísimo suspiro, contóle cómo provenía de los campos frigios; cómo juntara veinte navíos bajo su mando en aquellas célebres costas; y cómo solamente le quedaban siete, cuitadísimo, infeliz, herido por su adversa estrella, lanzado por dioses enemigos de Asia como de Europa sobre los arenales líbicos. Venus le dijo al troyano que se

apaciguara y que creyera en el encuentro de sus compañeros, como él náufragos, pero como él también redivivos y salvos. En su divino lenguaje la diosa comparó las naves troyanas burlando el furor de los vientos, á cisnes heridos y escapados al furor de las águilas. Así aconsejó por último á Eneas que no descansase hasta dar con el palacio donde se albergaba Dido, y una vez tal consejo expresado, se huyó, revelando en la huída su inenarrable divinidad. Eneas quiso retenerla, pero Venus partióse con ligereza natural á su templo de Pafos, donde los incienso de Sava humean eternamente sobre altares ceñidos con guirnaldas de frescas y suaves rosas.

— ¡Muy bien hablado; perfectamente! — dijo Claudio, inclinándose al oído de Agripina.

— No sé qué te diga — le respondió la emperatriz.

— ¿Puedes dudarle? — replicóle Claudio con extrañeza.

— Mejor habla Nerón — dijo la madre molestadísima.

— Los dos hablan muy bien — observó Claudio retrocediendo en sus admiraciones á la mirada que le había lanzado su mujer.

— El fugitivo se vió — continuaba Británico — en la necesidad imprescindible de obedecer, tomando el sendero conducente á la nueva ciudad fenicia. Bien pronto desde una colina cuya cumbre alcanzaran sin esfuerzo, descubrió su mirada el sitio en que los trabajadores congregados por Dido iban construyendo los nuevos edificios. Allí, en aquel recodo, solamente ocupado por cabañas rústicas y por pueblos incultos, elevase una ciudad en formación, donde pasma y admira las enormes piedras sobrepuestas en murallas y en torres apercebidas á recibir todos los ornamentos del arte con todas las delicadezas del gusto. No trabajan las hormigas al atrojar su grano en la honda tierra, no zumban los enjambres al elaborar sus dulces y olorosas mieles en la próspera colmena como trabajaban y zumbaban los jornaleros adscritos á la construcción de Cartago. En el sitio donde abordaron veíase un bosque perfumado, y en el centro de tal bosque la milagrosa cabeza de un ardiente corcel, que Juno les había designado cual horóscopo fehaciente de las felicidades y de las fortunas para ellos apercebidas y guardadas en sus providenciales designios. Cartago sumaba entonces, con todos los elementos propios de una ciudad populosa, todas las delicias de los campos. El aire parecía embalsamado por la salvia y el tomillo;

parecían las aguas fluir naturalmente de las grutas, como si la humana industria no hubiese podido expulsar de allí los dioses campestres. Dido naturalmente correspondía con magnífico templo á los favores de Juno. Vestíbulos de bronce abrían paso á puertas incrustadas en riquísimos y varios metales. Y como quiera que no cabía templo ninguno antiguo sin el ornamento y el auxilio de las más bellas esculturas, al entrar Eneas, no solamente las halló de primer orden, sino que halló en ellas y en sus cuadros, así en los frescos cual en los bajos relieves, las escenas varias que había enaltecido la *Iliada* de Homero y sembrado los recuerdos de la troyana guerra por todo el viejo mundo. Entre los héroes que allí había pintados y esculpidos, no sólo encontró Eneas á sus padres, á sus parientes, á sus amigos, á sus compañeros varios, hallóse también á sí mismo. Y estos encuentros con los antiguos tiempos, con los recuerdos sacratísimos, con las viejas historias, le consolaron por todo extremo en su inmenso dolor y le advirtieron cómo no había perecido con ellos y con su fortuna su nombre y su memoria. Mientras Eneas admiraba las pinturas y parecía fuera de sí en aquella contemplación extática, Dido aparece rodeada por completo de jóvenes y hermosas compañeras. Lévala por aquellos sitios el deseo de inspeccionar las obras y de mover los obreros al trabajo. Sentada, después de haber aquellas largas galerías recorrido, sentada en su trono, donde solía dictar los juicios, proclamar las leyes y sostener con premios y distinciones á los trabajadores, Dido parecía una diosa. Eneas quedó un momento deslumbrado viéndola, pero no pudo fijar todavía su atención bastante por descubrir con asombro, al lado mismo de Dido, á los compañeros que creía muertos bajo el azote de la tempestad y ahogados en los mares profundos. Bien es verdad que no iban allí como Eneas hubiera deseado, pues todos ellos aparecían como suplicantes y demandaban alivio en algún dolor, consuelo en alguna desgracia. Efectivamente, Dido no había conseguido aún tomar todas las razas líbicas y someterlas á su cultura. Por eso indudablemente los naufragos, en vez de abrigo, habían encontrado terrible desabrimento, y en vez de la paz y amistad con que soñaban, piratescos procedimientos encaminados á desvestirlos de todos sus trajes, desposeerlos de todas sus haciendas y precipitarlos en los mares profundos, á cuyos olea-

jes y á cuyos abismos habían por tan milagrosos medios escapado. Dido, bajos los ojos y encendida la faz, les respondió diciéndoles cómo los duros comienzos de todo nuevo imperio exigían aquellos procedimientos durísimos y aquellas tolerancias con las gentes bárbaras. Pero conociendo como conocía la grandeza de Troya, sus guerreros sin par, sus hazañas y sus heroicidades sin segundo, ora quisieran arribar á la hermosa Hesperia y á los campos de Saturno, ora detenerse más cerca de allí en la idílica Sicilia, estaba resuelta de todo en todo á prestarles sus servicios, pues consideraba como dos ciudades hermanas la ciudad mártir, de donde provenían ellos, y Tiro, donde había ella nacido. Y no solamente les ofrecía todo esto, sino que deseaba, con deseo vivísimo, ver y encontrar á su rey Eneas, de quien oyera siempre hablar satisfactoriamente y con quien deseaba tener amistades muy naturales en los nacidos y criados al amor de Asia. Mientras estas cosas pasaban en torno suyo y las oían tanto Eneas como sus demás compañeros, quedaban, por los artificios propios de aquellas edades mitológicas, completamente ocultos, circuyéndolos pródiga nube, mandada por Venus con oportunidad, á fin de que vieran y no fuesen vistos en tal particularísima escena. Y mientras tanto ardían en deseos vehementísimos de mostrarse á los suyos, referirles cuanto habían sufrido, estrecharlos contra su corazón, y apoyados unos en otros salir con ventura propicia de los terribles eventos.

— Me va pareciendo — le dijo á Persio Lucano — que no conduce á ninguna parte todo esto.

— No digas tal — replicó Persio; — preparándolo está con sumo arte, pero yo veo certero el golpe.

— ¿Dónde?

— Ya llegará paso tras paso el abandono de Dido por Eneas; y entonces verás la filosofía del cuento que yo adivino.

— Escuchemos — dijo el poeta.

— Por fin — continuaba Británico — la nube, donde habían los genios propicios envuelto á Eneas, acaba por disiparse, apareciendo éste á los ojos de todos los circunstantes. La inesperada resurrección del héroe hiere con profunda herida el ánimo de Dido que, sin darse cuenta del afecto cariñoso por su corazón experimentado en aquellos minutos supremos, atribuye á mera curiosidad histórica el

interés profundo por un troyano, héroe infeliz y fugitivo. No bien determinadas todavía las ideas de su mente y las pasiones de su corazón, ora se muestra Dido compasiva por las innumerables desgracias de su Eneas, ora por las viejas relaciones entre su patria y su padre con los padres y la patria del náufrago. Lo cierto es que conduce á Eneas dentro de su palacio, dispone la celebración de su encuentro en todos los templos y envía ricos presentes á los compañeros de su dolor y su infortunio. El palacio de Dido arde con tal ocasión propicia en fiestas y en festines. Penden de las paredes riquísimos tapices; arrebolan estos tapices con sus reflejos de carmín la púrpura de Tiro, mientras brillan sobre las ebúrneas mesas y junto á los multicolores lechos los vasos y los jarrones de plata y oro cincelados con relieves, parecidos á una epopeya compuesta de armoniosas líneas. Eneas, no sabiendo cómo agradecer á Dido tantos obsequios, manda traer los despojos troyanos reunidos con él en sus naves; las túnicas admirables donadas á Helena por su madre cuasi diosa; el cetro llevado por Ilione, la primogénita de Príamo; los collares de perlas y los joyeles de oro y pedrería salvados al incendio de Troya. Venus, madre del héroe, se complace mucho con tales distinciones; pero temiendo un refriamiento en ellas y una desgracia, por ende, irremediable de su adorado Eneas, quiere alzarle allí algo más que un hogar hospitalario debido á los afectos de amistad, un trono alto y propio, desde cuyas cimas pueda reinar sobre poderosas gentes y evadirse á las iras y cóleras de Juno. A este fin transforma su Cupido, el dios de los amores, en Ascanio, el hijo de su Eneas, y le comisiona ó expide para que, al abrazarlo Dido en sus senos y jugar con él á guisa de muchachuelo inocente, transfunda éste por sus venas las ponzoñas de su encendido amor. Cupido cumple, como siempre, las órdenes de su madre. Pero en el espacio que mediara entre los primeros asomos de su amor y la erupción ya tempestuosa, quiso conocer toda la historia del héroe, desde su despedida del reino troyano hasta su llegada más ó menos feliz á las riberas líbicas. Eneas, después de pintar la última noche troyana, cuenta cómo recorrió los mares frígios; Creta, la isla de los misterios; Delos, el templo de Apolo; aquellos bosques de Ida, donde surgieran los fragorosos coribantes; Naxos, por cuyas montañas elevadas corre

Baco ebrio; el mar de las arpias tan terribles y nefastas; las tierras donde se alzan altares á la luz del sol y reina con dominación tranquila el rey Heleno; los golfos y muros de Tarento; las faldas inmensas del Etna, heridas por terremotos continuos; la epiléptica Trinacria por los estremecimientos del volcán azotada y en tierra firme removida como los navíos por el viento; la feliz Selinunto con sus palmeras orientales, y la temible Lilibea con sus escollos multicolores, uniendo por tan maravillosa manera en su relato histórico los combates de la *Ilíada* con los viajes de la *Odisea* por verdaderas armonías y en varias narraciones de todo punto épicas. Nada interesa tanto el corazón de las mujeres como el combate y la guerra en los hombres. Aunque Dido comenzó á sentir, desde que abrigara en su regazo al fingido Ascanio, la profunda pasión que Venus había querido sugerirle, aquellos relatos de la pugna con los hombres y de la pugna con los elementos sirviéronle para encender y acrecentar más y más el fuego de su pecho, á cuyo calor corría con vertiginosa celeridad la sangre de sus venas impedida por los golpes de un corazón en delirio. Así, al mismo tiempo que las hermosas facciones por su imaginación esculpidas con arte van quedándose grabadas en el pecho, las palabras oídas de sus labios coloran todo aquel conjunto con reverberaciones encendidas. La primera consecuencia del estado del ánimo en que cayó la reina fué su falta de sueño. En vano quiso contraerlo cerrando los párpados con verdadera porfía y combatiendo tenaz las imágenes relampagueantes por su retina y las ideas hirvientes en su corazón. El sueño no caía sobre sus ojos, y mucho menos la tranquilidad sobre su espíritu. Así el primer albor no había dorado todavía las líneas del Oriente cuando ya estaba Dido, tras aquella noche de insomnios y pesadillas, requiriendo algún confidente y alguna confianza capaces de recibir sus hondísimos secretos y aliviar su lacerado corazón. Nadie como su hermana para esto de compartir las penas del alma y granjear un delicado consuelo. Encaminóse, pues, Dido á las habitaciones de Anna, y le contó lo que pasaba por ella en presencia del náufrago. Su aire noble, sus ademanes distinguidos, la hermosura de varón que revelaba todo su curtido cuerpo, las guerras con tanta elocuencia referidas, las faenas y contrariedades con tal sublimidad soportadas habíanla cautivado y rendido en

términos de no poder apartar ni la figura de sus ojos, ni la voz de sus oídos, ni los hechos y las hazañas de su memoria, ni los afectos admirativos y cariñosos de su corazón. Anna le respondió por modo natural y lógico lo que cualquier otra confidente le respondiera en su caso, y le dijo cómo aquel su amor no podía serenarse ya en el mundo sino en propicio y religioso matrimonio bendecido por los dioses y sancionado por los hombres. Al oír esto Dido se airó contra sí misma, por no airarse, cual debía, contra su racional y sesuda hermana. Sus ojos se desencajaron como á impulsos del dolor físico; sus brazos se retorcieron como si la enlazaran entre nudos gigantes serpiente. Muerto Siqueo á manos de Pigmalión, aquel Siqueo en quien Dido pusiera todos sus amores, y que, vuelto del orco en sombra ó espíritu, había revelado á su viuda riquezas escondidas, mediante las cuales pudo arribar á las playas líbicas y establecer en sus arenas un trono altísimo, no podía ni debía pagar tantos beneficios, dictados por el amor, con otros amores, convidando al tálamo y al solio de Siqueo un extraño, quien por grande y digno carecía para ella de suficientes honores y títulos, como debiera tenerlos todo varón llamado á regir en el ánimo suyo y en la ciudad cartaginesa. Así es que Dido creía, no ya cuestión de dignidad para su nombre y para su alma, cuestión de pudor para su cuerpo, el retraerse á todo nuevo matrimonio, permaneciendo en una incommovible fidelidad, como exigía y demandaba la querida memoria del llorado Siqueo, su primer esposo.

—¿Vas comprendiendo? —le dijo Persio á Lucano.

—Voy adivinando —le respondió éste.

—¡Tiemblo! —exclamó Tito.

—¿Por qué? —le preguntó Narciso.

—Porque á lo escabroso llega.

—Confiemos en que saldrá bien.

—De puro bien puede salir mal.

—¿Temes que sea demasiado explícito?

—¡Vaya si lo temo!

—Librémoslo todo al cuidado de los dioses.

—Inútilmente Anna —decía Británico— le dirigía reflexiones profundas, le presentaba como cosa de imposible realización el intento de permanecer joven y bella en una soledad eterna, le pin-

taba cómo los afectos á la mujer más atractivos son siempre un cariño maternal y un amor pagado con verdadera correspondencia; inútilmente, repito, le decía cómo las sombras de un alma y las cenizas de un cuerpo no podían llenar los abismos de su corazón; Dido se parapetaba tras los juramentos prestados, y por combatirse á sí misma y vencerse, combatía y negaba cuanto le dijera su adorada hermana. Mas ésta no podía satisfacerse tan sólo para moverla con razones de afección pura y simple; hablábale, como debe hablarse á una reina, de altas necesidades políticas. No obstante su genio superior y su elevada índole, una mujer, con la debilidad y ternura del sexo propio, debía considerar cosa imposible mantener en paz regiones amenazadas por los gétulos, pueblos indomables en la guerra, y los númidas, jinetes parecidos á las ráfagas del huracán, y los barcios, asaltados por furores comparables tan sólo con los furores de la tormenta. Para mayor desgracia, Cartago, alzada en los arenales ardentísimos y circuída por las tribus salvajes, no podía contar con amparo alguno extranjero á causa del odio que Tiro, por el homicida hermano gobernada, profesó de antiguo á Dido y á su ciudad, por haber conducido riquezas exclusivamente suyas al territorio africano. Y en esta situación, cuando hasta el terreno, sobre cuyas arenas Cartago se levantaba, podía sublevársele, encontraba inesperadas armas y súbitos recursos muy bastantes á procurarle preciadas grandezas y á conservar bajo su imperio todo lo aquistado. Dido no consintió en dar por esto su brazo á torcer. Conociendo que, no ya las reflexiones de su hermana, su propia ceguera, voluntaria, de inteligencia, su propio imperioso corazón, le iban imponiendo aquel amor desapoderado hacia Eneas, refugióse con empeño en la religión y pidió á los sacrificios y á los exvotos litúrgicos la victoria que no podía recabar de sus fuerzas naturales. Bajo la techumbre sacra de un templo, al amor del fuego religioso, suspensa con arrobamiento sobre las entrañas recién abiertas de sus víctimas, teniendo una copa consagrada en el sacro altar, pide auxilio divino á los genios superiores para que la socorran y la fortalezcan contra ella misma. Inútil, completamente inútil, toda su apelación. El amor penetra con su fuego hasta en lo interior de sus huesos. Como las ciervas heridas en los prados de Dictea por los pastores de Creta guardan su flecha, y cuanto más

huyen de quien se la dirigiera, más se la clavan en su vientre, Dido pretende huir de su Eneas, y cuanto más á él huye por los consejos reflexivos de su conciencia, más á él vuelve por los impulsos indeliberados é inconscientes de todo su ser íntimo. Así cuanto consigue del sacrificio presentado á las primeras divinidades para que la sostengan y para que la socorran es un llamamiento nuevo á Eneas, al temido Eneas, al rechazado Eneas; temeridad cohonestada con el deseo de allegar algunos consejos suyos y demostrarle los muros y circuito de Cartago á fin de industrialarle del grandor y poder que tiene una ciudad, erigida gracias á las riquezas fenicias aportadas de Tiro y de Sidón, y ampliamente distribuidas por discretas previsiones y por sesudos acuerdos. En efecto, la reina lleva, entre tantas obras como hay allí comenzadas, al huésped; mas, queriendo hablarle de las altas cosas políticas, no sabe cómo componérselas, pues le habla siempre de afectos y le halaga y entretiene con ardientes y sentimentales conversaciones. Ningún coloquio, ningún diálogo dura lo que durar debiera por una ley natural, á causa de las volubilidades con que salta Dido, sin poderlo remediar, desde los motivos más ligados con el gobierno á los motivos más ligados con el amor. Estas conversaciones se repiten mucho con el querido huésped. Frecuentes y largas, cuando la hora de separarse llega todas las noches, Dido no puede conciliar el sueño, y sus ojos y su pensamiento se fijan á una en el hombre á quien acaba de rendir su albedrío contra todo su grado, llamándole señor y soberano de su alma. Con esas industrias propias del amor, siempre que Dido se retira suele llevarse consigo al niño Ascanio y acostarlo en su lecho por la semejanza que tiene con su padre. Dada tal situación, cáensele á Dido las riendas del gobierno, y al caérsele por su triste absorción en los amorosos pensamientos, la fábrica de Cartago se interrumpe. No suben ya las torres, no suenan las armas, no crecen los puertos; todo trabajo queda suspendido, y las moles, que se apilaban unas sobre otras, amenazan desprenderse, aplastando á quienes las habían amontonado. Juno quería divertir de Italia con empeño á Eneas reteniendo en Cartago, mientras Venus impelía á Eneas hacia Italia para darle mayor fortuna y pujanza. De aquí un combate mortal entre las dos diosas, combate verdaderamente dramático, pues mientras

la una, Venus, ha sugerido el amor á la reina para que su hospitalidad resulte mucho más afectuosa, su émula ó enemiga Juno quiere aprovechar tal sentimiento para impedir la futura grandeza de Italia y quebrantar el sumo poder del rey Eneas.

— Vuelve á la religión — dijo Lucano.

— Para llegar mejor al asunto — le respondió Persio.

— Lo prepara demasiado — replicaba el poeta.

— No lo creo yo así — decía el satírico.

— Parece ahora un poco descaminado — por su parte decía Tito al absorto Narciso.

— Ya entrará en camino.

— Yo quisiera — Tito añadió — que llegase pronto á las alusiones, y sin embargo, pensando en sus consecuencias, se me abren las carnes.

— A fin de realizar mejor sus propósitos — decía Británico, — la reina de los cielos infundió en él aficiones á fiestas, cazas y divertimientos varios, en que pudieran Dido y Eneas verse para decirse mutuamente sus afectos y quizás tropezar en las soledades y retiros del campo, uniéndose por el nudo indisoluble de su mutua pasión. Así comiézase una ruda fiesta, en que mezclaban los empeños de la caza con los empeños de la pesca. Gran muchedumbre de caballeros masílicos acompaña en su diversión á los príncipes. Aún no habían despuntado los resplandores primeros del alba, cuando ya se veía de pie á la reina, esperada y seguida por todos los potentados y por todos los magnates de su reino. Apuesto caballo, resplandeciente de oro y ceñido de púrpura, en la puerta del palacio aguarda impaciente á la reina, tascando con noble rabia el freno de oro blanqueado por las espumas de su boca. Dido aparece, la clámide tiria pintada por las múrices del mar sirio en su cuerpo, los borceguies celestes parecidos á los que usaba Diana en sus pies, las cintas y diademas de oro á su cabeza. Eneas la sigue, y el poeta, que celebra y canta estos amores, no sabiendo con quién compararlo, compáralo con Apolo en Delos, su isla maternal, circuido por coros sacros, adorado por sacerdotes que se pintan el cuerpo y danzan trémulos alrededor suyo en misterioso círculo, ceñidas de laureles sus sienas y las flechas de oro en el carcax puesto sobre sus espaldas. Apenas comenzada la cacería, y cuando

las flechas se cruzan en todas direcciones y los gamos y los ciervos en tropel corren, espesa nube obscurece los horizontes, cae sobre la tierra fuerte lluvia mezclada con fríos granizos. Todos los compañeros de caza huyen por los cuatro puntos cardinales en requerimiento de refugio, mientras Dido y Eneas quedan solos en cercana gruta, que al resplandor de la tempestad convierte la demente Dido en templo y tálamo de improvisado himeneo, por ella juzgado en su locura tan divino cual si las más altas potestades del cielo y de la tierra pudieran á una consagrar con nombres santos y legítimos títulos fugitivas embriagueces del sentido y delirios más fugitivos aún, cuyos estremecimientos no lograrán nunca la serenidad propia del verdadero amor. Aquel día murió Dido porque nada pudo retenerla dentro de su deber, ni la decencia ni el pudor, y fué osada, en su ceguera y delirio, á encubrir su imperdonable debilidad con la denominación respetable de himeneo. En cuanto la fama llevó por el espacio los ecos de tal suceso, terrible cólera se despertó en Yarbas, caudillo de aquellas tribus y señor de aquellas tierras, el cual, dirigiéndose á los dioses, conjurólos para que castiguen á la mujer extraña, errante por los linderos de aquel su imperio, donde construye á precio de oro en espacios primitivos suyos una ciudad, y cuando le ofrece y le presenta él su fuerte mano, requiriéndola de amores y designándola para esposa suya con ánimo de salvarla y defenderla contra tantas asechanzas, le prefiere al nuevo París, circuido por un cortejo de mujeres livianas, coronado por la tiara libia, oliendo á femeniles perfumes, y en su debilidad, incapaz para el combate, siquier ladrón ó raptor de quien debía buscar otras alianzas y enlazarse con otros hombres. Los clamores de aquel bárbaro debieron, á la verdad, hender el cielo y penetrar en Júpiter, cuando éste diputó á Mercurio para que apartase á Eneas del propósito de quedarse fijo en Cartago, y le dijese cómo habiéndole preservado el cielo de las armas y de las teas griegas en Troya y del huracán horroroso en los mares africanos, lo hizo así para que pudiera cumplir sus personales destinos y dar origen á la romana gente. Mercurio, cumpliendo las órdenes de Júpiter, se calza los borceguíes alados, que le conducen rápido sobre los mares y las tierras; empuña la varilla milagrosa que sugiere los sueños y evoca las almas; pasa por lo alto del Atlas enorme,

cuyas espaldas sustentan los cielos; y cae sobre los líbicos arenales, donde halla á Eneas ceñido ya con la púrpura tiria y armado con las espadas fenicias. Invisible, pero persuasivo, el dios, reconviene como un remordimiento la conciencia del piadoso Eneas, quien queda inmóvil de horror, pálido el rostro, cerrados los labios, erizada la cabellera, sintiendo cómo los dioses le apartan de aquellos sitios contrarios á su finalidad natural, y le arguyen por aquellos ocios indignos de quien estaba llamado á presidir, según decretos celestes, obra tan colosal como los orígenes y comienzos de la Ciudad Eterna. Pero poco fijo en sus intentos, poco resuelto por su índole y por su carácter, de ánimo perplejo, de ideas ondulantes, no sabe por dónde salir, y ya se le aparece á los ojos febriles el destino malogrado por su culpa, ya la mujer á quien perdiera con sus condenables ligerezas. Por fin resuelve partirse, y llamando á sus compañeros de navegación les encarga con sigilo aprestar los barcos á la inmediata fuga y esquivarse por todos los medios al furor de Dido.

—¿Comprendes, Lucano?

—Comprendo, Persio.

—¿No ves dónde va?

—Ya lo veo.

—Nota cómo Agripina se inquieta.

—Ya lo noto.

—Y cómo el emperador se transporta y extasia.

—Verdad; tienes razón.

—Ya todos ven acercarse la inflexible aplicación del discurso.

—Temerario si lo aplica.

—Tú no podrás decir que sólo hay héroes en las repúblicas.

—¿Cómo engañar — decía Británico — á una mujer amante? Aunque su poder y su vigilancia de reina en autoridad y en ejercicio no le dijeran todo cuanto necesitaba saber, diríanselo sus profundos afectos y los avizores ojos de su alma. En cuanto lo advierte, un delirio se apodera de sus nervios y enciende su sangre; delirio comparable á la embriaguez impulsora de las bacantes, que les inspira en sus bacanales aquellos sus gritos discordes y aquellos sus desordenados movimientos. Demudado el rostro, destrenzada la cabellera, desceñido el traje, la ira en los ojos, la hiel

en los labios, el resuello de un moribundo que pelea con los asaltos de su agonía en el pecho, Dido corre á la presencia de su Eneas para detenerle con imperio á su lado é impedir aquel viaje, á cuya horrible tristeza no podía, no, sobrevivir la cuitada. El primer adjetivo lanzado al rostro de su ingrato amante, adjetivo muy propio de las acciones que perpetra, es el adjetivo de pérfido. Hiérela en sus más íntimos sentimientos, oféndela con imperdonable ofensa el que haya Eneas creído posible ocultarle un proyecto como el proyecto de su fuga y huir salvo de sus reconvenciones y de sus quejas. Un amor sin límites, un reino sin fronteras, una riqueza sin medida, una mujer sin esperanza ya en el mundo, si después de haber traicionado á su marido Siqueo la deja y abandona en su dolor aquel por quien cometió la traición, debían rendir todo pecho, no helado por la nieve de un desdén sin ejemplo. Aquel hombre, á pesar de sus empresas calmoso, y á pesar de sus guerras tímido, siempre á las precauciones dispuesto y siempre sujeto al dominio de su conciencia y de su pensamiento, ahora, como atolondrado é imprevisor, alza el cable y tiende los velámenes en la estación de los aquilones deshechos, en el tiempo de las tormentas, cuando el rudo invierno todo lo azota y el mar á toda navegación se resiste. Ni por Troya resucitada, ni por sus padres redivivos, ni por los antiguos penates y dioses, ni por toda su raza y gente, se hallaría justificado el abandono, inexplicable de todo punto, dirigiéndose, como se dirigía entonces, á tierras nunca vistas para dominar sobre pueblos desconocidos. Así la reina enamorada, rendida, que había por su Eneas faltado á juramentos fúnebres tan obligatorios y corrido los riesgos de conjurar en contra suya las naciones líbicas, los reyes nómadas y aun los tirios mismos, perdido ya el pudor, vulnerada la castidad que ofreciera como un exvoto á sus dioses, convertido el delirio de un minuto en sacro himeneo con mengua del respeto que debiera guardar á la santidad de su doctrina y al deber que tiene una reina de presentar buenos ejemplos ante sus vasallos, no pide su amor al ingrato, le pide compasión. Si cuando recatada viuda, buena mujer, próspera gobernante, celosa reina, hermanos como Pigmalión se proponían demoler los muros de su ciudad, y vecinos como Yarbas llevarla cautiva por los desiertos á sus tribus indóciles, ¿qué no harían ahora viéndola claudicar y pagada su

enorme culpa imperdonable con el desprecio y el abandono de aquel por quien, demente y ciega, claudicara? ¡Ah! En los rápidos amores, en aquel delirio de su alma no le restaba consuelo ninguno, ni siquiera la prenda carísima de amor que deja el más vulgar de los esposos á su esposa, un hijo parecido á él y destinado á recordar en esta semejanza el antiguo amor.

— Alusión á que no tiene la emperatriz hijos de Claudio — dijo Persio á Lucano.

— Muy lejana me parece y muy sutil tu malicia.

— Pues mira la emperatriz cuán desasosegada está.

— Debe cazar muy largo, porque yo he perdido la pista.

— Pues yo lo veo cerca y muy cerca.

— ¿Qué podía responder á todo esto Eneas? — decía Británico en su discurso, continuando: — El destino antiguo lo encadenaba como á los héroes de la tragedia clásica. Buscaba en su interior medios de servir y obedecer á la esposa cuya pena le partía en mil pedazos el corazón; pero no los hallaba, sumiso como debía estar á los imperiosos mandatos de Júpiter. La hermosura de aquella mujer desolada rendía su ánimo; el recuerdo inextinguible de sus beneficios pesábale con inmensa pesadumbre sobre la conciencia; desde sus sentidos más groseros hasta sus facultades más elevadas le hablaban de sus deberes para con ella; y sin embargo; no podía contrastar la inflexible voluntad omnipotente del cielo, superior á su individual voluntad. Lo único un tanto consolador para él entre las acerbos reconvenciones, ya de su Dido, ya de su conciencia, estaba en la falta cometida; en que, si bien le llamaba esposo, no había empeñado palabra previa de tal y recibido las sanciones de un verdadero himeneo en aquel delirio de un momento. Como no pudo quedarse allá en su patria para enterrar el despojo sacratísimo de toda su raza y sostener los sacros muros de su Troya renaciente para los vencidos, pues debió ir, obedeciendo las órdenes de Apolo y los oráculos de Licia, en busca de Italia, imposible también quedarse allí en Cartago, como imposible le fuera de todo en todo á la reina volverse de nuevo á Tiro. Roto, fugitivo, desterrado, errante, sin la patria de sus padres, sin el templo de sus dioses, sin el sepulcro de sus progenitores, por la sombra de aquel que lo engendrara y por la suerte de quien él engendró, debía dejar las líbicas



riberas y trocarlas por las riberas italas. De consiguiente, cuando todavía las cuádruples alas del mensajero Mercurio agitaban los aires, cuando resonaba la voz de Júpiter en los cielos, no había lugar á reconvenciones y á quejas, sino á conformarse con el destino, á quien irritaban todas aquellas voces con todas aquellas lágrimas inútiles, y seguir, siquiera fuese de mal grado, hacia Italia. Estas excusas no persuadían de ninguna suerte á Dido, antes bien por vanas iban derechas á despertar sus invencibles cóleras. Los ojos le saltaban de las órbitas como su corazón del pecho, y no sabía ya de cuál palabra valerse para contestar á tan cruel desdén. No, no podía tener Eneas por madre una diosa ni llevar en sus venas la vida de Dardano. Sólo el siniestro Cáucaso aborta criminales como él y las tigres de Hircania crían á sus impíos pechos cachorro semejante. Cuando, náufrago y miserable, la tierra lo había rechazado y el mar lo había escupido, ella lo recogiera y asilara; cuando, sin espacio para sus hogares y sin patria para sus hijos, ella le cediera un feraz imperio; cuando, pobre y desnudo y hambriento, estrellada su nave y roto su cuerpo contra los escollos, le colmara con todos los bienes del mundo, ¡ah! Eneas tan sólo sabe responder á esto con la ingratitude más implacable y con los más feroces desdenes. La infeliz no puede comprender que se invoque para crimen de tal modo enorme ni los dioses, ni los oráculos, ni los consejos de Apolo, ni las órdenes de Júpiter, ni los mensajes de Mercurio; que no turban las divinidades celestes el olímpico reposo propio por las mortales miserias. Al contrario, si han de responder á la justicia que les impone lo superior de su naturaleza íntima, si han de castigar al malvado, si han de volver por la virtud y la inocencia, en vano buscará entre las ondas su imperio Eneas. El viento lo estrellará contra las rocas; las olas se tragarán hirvientes los restos de su cuerpo destrozado; al morir, la palabra última de sus labios habrá de ser el nombre de la mujer abandonada, y al entrar en la eternidad, allí en el orco, habrá de hallarse frente á frente con su sombra reconviniéndole y atormentándole por siglos de siglos. Viéndose tan desdeñada, huye á los ojos de su Eneas Dido, furiosa consigo misma por no haberse á ellos esquivado y huído en días más propicios, antes de tropezar en su corazón y despeñarse infeliz en sus brazos. Eneas, conociendo todo el

horror de la desgracia infligida y fidelísimo al natural dulce de sus padres heredado, quisiera extinguir con frases y besos de amor aquellas amargas quejas y hasta quisiera detenerse allí; mas no lo permiten los dioses, cuyos mandatos á la resistencia se redoblaban, y tiene que rehacer su flota, carenarla, ponerle mástiles y remos recién cortados en los verdes árboles, mientras Dido gime desde alta torre, viendo en tumultos las riberas ocupadas por tantos trabajadores y cubierto el mar de leños y velámenes, confundidos los clamores de las gentes con los clamores de las olas y todo el aire y todo el suelo en ardor y en movimiento. A pesar del odio que las acciones de su Eneas le promueven allá en el alma, todavía le quiere; y viendo cómo los troyanos aperciben cordajes y velas á los vientos favorables, y cómo coronan las popas bellísimas con guirnaldas frescas, no pudiendo comprender que así castiguen ellos con daño tal á quien solamente le granjeara bienes, pide á su Anna, invocando el mutuo fraternal cariño y trayendo á sus mientes la distinción y amistad con que siempre la trató Eneas, una intervención activa en su desgracia para conjurarle á que recuerde los beneficios recibidos, el amor gustado, la felicidad sentida, y ya que no preste la debida fe á un himeneo traicionado ni renuncie al imperio de su Lacio apartadísimo, le conceda tregua en su dolor y se quede hasta los meses rientes de la dulce primavera, en los cuales un cielo claro y sereno, un mar celeste y dormido, unos céfiros favorables habrán de auxiliar á su navegación y ofrecerle á su término y fin una tierra florida y serena, en la cual puede hallar la felicidad, completamente imposible para él de resistirse á este último ruego y negarse á este último favor. Pero ninguna de tales instancias ablandan aquel corazón endurecido por los mandatos de los dioses. No parece sino que sus oídos están como tapados y como amordazada su boca, pues ni oye las instantes súplicas ni encuentra en su elocuencia palabras de alivio y consuelo al dolor por su propia tenacidad engendrado. Italia le pide y á Italia va. En tal horrible situación, en tan grande angustia Dido se ve afectada, no sólo del dolor que le causa el despego de su Eneas, sino del remordimiento que le causan sus actos propios. Ya no quiere verse á sí misma ni en el espejo de las fuentes, como si del propio ser se hubiera desceñido. Ya no quiere convertir los ojos al cielo, como si del cielo

se hubieran los dioses ausentado. La luz tan brillante se trueca para ella en sombra; el calor de la vida, en frío mortal. Inútilmente corre á los altares; el dios de su predilección la rechaza. En vano presenta libaciones; el hidromiel se vuelve negro y el vino de los cálices sagrados se cambia en sangre coagulada. Cuando mira los genios propicios á quienes enderezara tantas oraciones y de quienes recibiera tantos bienes, estos genios toman las formas y los aspectos de siniestros remordimientos. Visiones fatídicas en los ojos, crueles puñaladas en el corazón, gritos discordes en la conciencia, perplejidades sombrías en el espíritu: he ahí el estado terrible de Dido. Un templo tenía en su palacio consagrado á los manes del esposo difunto, y allí, donde blanqueaban siempre sobre las aras albos vellones y olieran frescas guirnaldas, siéntese ahora como estremecimientos en el suelo, como gemidos en el aire; vese la noche más oscura en medio del día, cual si todo el espacio se hubiera convertido en duelos y lutos y mortajas y sudarios. Sus pavimentos de mármol, sus columnas de ágatas coronadas por chapiteles de bronce, sus techumbres de negro ébano incrustadas en marfiles de Persia y en oro de Ofir, sus nichos resplandecientes de pedrería, sus candelabros alimentados por olorosos aceites, sus incensarios donde arden las olientes resinas de India despiden aves nocturnas de ojos fosfóreos, buhos gigantescos, los cuales de allí se alzan, y abriendo sus alas sedosas, parecidas á velos fúnebres, envuelven de sombras nefastas la vivienda y la persona de Dido, al par que murmuran siniestras maldiciones en sus desgarradas orejas. Las Euménides, que amargarán en Tebas los días de Penteo; las Furias, que persiguieran por las orillas del mar á Orestes con sus gritos feroces; la Medea en su carro, tirado por serpientes que silban; la esposa de Agamenón, armada con antorchas infernales, no dan idea exacta, no, del aspecto revestido por los dolores y remordimientos de Dido en la hora funestísima de su desesperación. Poco á poco su mala estrella le dice cómo no le consiente ya el destino adverso ningún otro refugio, sino el que guarda en su hondo silencio, en su terrible frío, en su espantosa obscuridad, en sus negros abismos, la implacable muerte. Morir, morir, morir, dice por tres veces Dido en su dolor intenso, después de haber visto despoblado el cielo y despoblada el alma de toda esperanza. Todo, desde aquel

supremo instante, todo ya estaba, pues, apercibido. Alzábanse ya los funerarios altares. La sacerdotisa del culto infernal, esparcido el cabello, desnudos los pies, invocaba con voz tonante los genios del abismo, rociaba los cuatro puntos del aire con aguas lustrales, cogía en la encina el muérdago verdinegro con hoz de oro al rayo pálido de la luna y presentaba los panes sacros necesarios para los tránsitos á otra vida y á otros mundos lejanos. Observados todos estos rituales, apareció Dido, el traje y el cabello desceñido, los brazos y los pies desnudos, atestiguando en su recogimiento y en su dolor toda la enormidad terrible de aquel supremo trance. Eran las altas horas de la noche. Profundo sueño pesaba sobre todos los seres animados acallándolos y petrificándolos como pudiera la misma muerte. Dido, sin embargo, velaba y quería un cualquier asidero á su amortiguada vida. Mas ¿qué hacer? De no morir, ó tocábale presenciar solitaria los lugares testigos de su felicidad, ó tocábale mendigar un himeneo indigno de su estirpe á los reyes númeridas que tanto despreciara, ó tocábale acompañar á los troyanos y ser ella, reina, en el cortejo de su mismo Eneas, una mísera esclava. Así no veía en torno suyo asilo ninguno que le asegurase un calmante á su dolor como el asilo de la eternidad. Mientras Dido se retorcia de tal suerte al pie de su pira, soñaba Eneas, en pesadillas terribles, acostado sobre la popa de su nave capitana, con siniestros ensueños. Y todas sus visiones interiores y todas las voces discordes oídas por sus remordimientos le impellían y le agujoneaban á dejar aquel sitio y requerir Italia. En su natural perplejo vacilaba mil veces, y hasta se volvía de nuevo á mirar con ojos compasivos la traicionada reina y la herida ciudad. Mas como quiera que se le presentara en persona Mercurio á darle nuevas órdenes é imponerle una pronta partida, fuera de sí, disponía imperiosamente á los nautas que desempeñaran todas sus maniobras, yendo al remo el remero y al timón el piloto. Así la espada suya corta las amarras que unían las naves al puerto, y su voz manda todas las evoluciones indispensables al movimiento é impulso de los barcos. Aún la blanca luna se veía en el cielo y rayaba el crepúsculo matutino con las rientes alboradas meridionales, cuando, en su día último, al contemplar la reina desde torreón altísimo el Mediterráneo, á lo lejos, columbra las velas que arrastran consigo las naves troyanas

por los bordes últimos de los celestes horizontes. El dolor en ella toma tal intensidad que se golpea el seno y se mesa los cabellos. Cuando ya nada tiene remedio, cuando solamente le resta su desesperación, irritase contra sí misma por no haber puesto las armas en manos de sus tirios y no haber concluído al troyano. Háblele dado el sacratísimo lecho de su predilecto Siqueo el cetro de su ciudad Cartago, con la mitad del alma la mitad del reino, y el infame cometía horrible traición, que debió impedir ella, incendiando sus naves, rompiendo sus armas, desgarrando su cuerpo en compañía de las furias vengadoras y de las divinidades infernales, acudidas á sus apremiantes evocaciones para secundarla en sus desquites y venganzas. Ya lejos él, henchida su lona de viento favorable, gallardo su barco sobre las aguas rientes, lánzale inútiles maldiciones y quíerele malogrado en su juventud y hundido en los abismos. De aquí, de tal maldición, brota en este momento supremo todo lo que hará Cartago contra Roma. Los juramentos terribles de Amílcar, los nefastos incendios de Sagunto, la batalla de Trasimeno, el sitio puesto por Anibal á la Ciudad Eterna, tantos desastres, tantos horrores, tantos hechos cruentísimos únense á esta maldición suprema. Pero en su desesperación ya no puede retener por más tiempo la vida. Cegada por un último asomo de cólera, sobrecogida de un transporte nervioso que le quita el sentimiento y el sentido, siniestra y errante la mirada, lívido el rostro, fría ya con el helor de la muerte, sube á lo alto de su palacio, descuelga la espada, signo de su natural soberanía, se detiene á contemplar algunos minutos los regalos traídos por Eneas, las joyas propias, el tálamo nupcial, y ya consumado todo en derredor suyo y consumidas las pavesas últimas de su esperanza, prende fuego á la pira, se parte casi al mismo tiempo el corazón sin otro pensamiento que mostrar á Eneas con lo triste y horrible de aquel sacrificio lo intenso de su amor. Así como el inmortal Homero había cantado en su *Iliada* la rivalidad entre Asia y Europa, Virgilio cantó en su *Eneida* la rivalidad entre Africa y Europa. No podía de manera más poética llegar hasta la posteridad aquel conflicto perdurable, llamado guerra Púnica, el cual estuvo á punto cien veces de acabar con Roma y concluyó con la extirpación de Cartago. No es mucho si Dido ha pasado á todas las literaturas y puesto su

nombre imperecedero en todas las historias. Ella rompió el estrecho recinto de Fenicia y llevó consigo la cultura tiria, que había reemplazado el jeroglífico misterioso con el claro y popular alfabeto, á un amplio continente como el continente africano. Desde allí, desde tan favorable sitio, debía dominar el mundo, no con colonias militares, con colonias mercantiles, uniendo riberas, comarcas, regiones, por los esplendores de la navegación y por los movimientos del cambio y del comercio. Troya le disputaba con sus restos, con sus hijos expulsos, aquel dominio, y Dido, representante de la vida fenicia, se opuso con sú amor á esta obra terrible de concurrencia y de guerra. Frustróse todo el intento de la civilización fenicia representada por Tiro. Los penates de Troya pudieron llegar á los hogares lavinos y erigir la Ciudad Eterna; pero Dido, que cumpliera con su raza, deteniendo encadenado por el amor al héroe de la raza enemiga, frustrado su intento, rota su empresa, debía sembrar el aire de maldiciones, á cuyos ecos brotaron los guerreros púnicos, aquellos terribles africanos de origen asiático tan implacables y tan feroces que mil veces asestaran la espada y el puñal de su progenitora ilustre al corazón del pueblo romano, y mil veces pusieran la pira, donde acabara ella, en torno del Capitolio.

Mientras Británico decía estas cosas, los grupos, donde se hallaban reunidos los primeros y más excelsos entre sus oyentes, se iban como haciendo una piña cada cual, para mejor oírle y recoger de sus labios aquellas palabras últimas, por todos entrevistas al fin de su larga y cuidadísima relación. El bueno de Claudio estaba fuera de sí, escuchando tanta elocuencia extático, transportado, absorto, en una especie de soñolencia magnética, semejante al estado patológico á que hoy hemos puesto el nombre de hipnotización. Agripina, desde que Británico empezara el relato, vislumbró adónde iba en sus arranques oratorios, á expresar el esfuerzo empleado por un hombre como el que, proveniente de Troya, fundara la Ciudad Eterna, para desasirse de una mujer no tan imperiosa ni tan tirana ni tan dominatriz como ella. Y columbrando esto, inútil decir cómo se agitaría en la sede altísima donde se levantaba junto á Claudio; cómo relampaguearían sus ojos; cómo vibrarían sus nervios; cómo todo su cuerpo se iría irguiendo á

manera de serpiente acosada que latiguea con su cola y amenaza en las fauces abiertas con el dardo ponzoñoso de su lengua. Fuera de tal grupo, el primero en categoría y por consecuencia el que despertaba interés mayor, veíanse otros dos, enemigos del príncipe uno, el de Séneca y Persio y Lucano, amigo el otro del príncipe, el grupo que formaban dos personajes tan importantes en aquella corte como el magnate de la familia Flavia, llamado Tito, y como el primero y más poderoso entre los libertos, llamado Narciso. Estos grupos respondían á los mismos afectos dominantes en el grupo principal y primero. El uno estaba cerca de Británico, y oyéndole poco más ó menos que Claudio, con la boca abierta; y el otro estaba cerca de Nerón, y oyendo á su rival y émulo poco más ó menos como Agripina, con verdadero furor. Sin embargo, en el grupo de los amigos de Nerón estaba Lucano, el poeta de la República muerta, quien desasido por completo de los intereses palaciegos representados por Séneca, no podía sustraerse á la grande admiración que le inspiraba y sugería el atrevimiento de Británico, manteniéndose cara á cara de una furia como Agripina valeroso y entero, hasta sostener con los ojos fijos en Claudio aquel admirable y digno ejemplo de un hombre como Eneas huyendo á una mujer como Dido. Claudio comprendía, según y conforme Británico avanzaba en la descripción, adónde tiraba ésta, y se hacía el distraído creyendo interponerse así entre los ojos fascinadores de la emperatriz y su desdichada víctima, el propio hijo de sus entrañas. Agripina se apercibía con horror al momento supremo del ataque violentísimo y de la idea moral que constituía la quinta esencia de tan audaces palabras. Pero, mezcla superior de atrevimiento y disimulo, sabiendo así asaltar con violencia como retroceder á tiempo, leona valiente y vulpécula sagaz, después de haberse agitado mucho, poníase á medida que llegaba el golpe último y mortal á hacerse la desentendida, no prestando atención como si realmente se tratase del pío Eneas y no del propio marido, de la fabulosa Dido y no de su propia personalidad. Británico, el pobre y desgraciado príncipe, hallándose acostumbrado al difícil ejercicio de adivinar en aquellas tinieblas morales todo cuanto pasaba, como los que sumidos en perpetua noche adivinan aquello que no ven materialmente y lo adivinan por sugerencias de la intuición inte-

rior y por adivinanzas del finísimo tacto, mientras creyó ver en la inquietud extrema de Claudio y en el furor neurótico de Agripina la inteligencia del objeto y fin adonde iba, se regodeaba en la narración, holgándose con el pensamiento de las emociones por él despertadas. Pero así que, movidos de razones opuestas é impulsados por móviles contrarios, Agripina y Claudio comenzaban á disimular, él comenzaba por su parte á sentir una gran impaciencia de revelar y decir todo cuanto había encerrado en sus intenciones y propósitos. Molestábale mucho la idea de que pudieran creerle fatuo hasta el punto de gozarse con una recreación retórica sin objeto ninguno. Impelido por sus muchos dolores ó por sus pocos años, quiso dar un verdadero salto mortal. Imaginábase que Agripina se reía de su timidez. Imaginábase que un filósofo como Séneca y un poeta como Lucano y un burlón como Persio le ridiculizaban, y ninguna cosa tan temible para él y de él tan temida como cualquier posición ridícula. En tal estado, viendo lo que pasaba en torno suyo, creyó real cuanto le decían sus sospechas, y arremetió la empresa con abnegación y arrojo dignos de cualquier suicida. Así corrió adonde se hallaba su padre; y postrándose de hinojos á sus pies así como ciñéndose con los dos brazos apretados á sus rodillas, dijo:

— Señor, perdona si observando que no has entendido cuanto á tu alta consideración he con empeño expuesto, arrojo el disfraz innecesario de mis alegorías y te digo, sin rebozos inútiles y vanas simbolidades, toda la verdad.

— ¡Británico, por los dioses! — exclamaron á una Tito y Narciso, viendo claramente á qué objeto iba el cuitado é intentando salvarlo de un deshecho naufragio.

— Padre — gritó Británico, sin hacer caso ninguno á las advertencias de sus dos amigos; — padre, así como Eneas tuvo que abandonar á Dido, tienes tú que abandonar á mi madrastra. El generador de la gente latina jamás la hubiera generado de haber caído en brazos de aquella mujer engañosa. Tú, padre mío, nunca llegarás á verdadero César hasta que renuncies á los mentidos halagos de tal sirena y ejerzas por ti mismo en persona el supremo poder.

— ¡Británico, Británico! — le gritaban aún los dos amigos, mientras Claudio se tapaba el rostro con las manos y Agripina se

erguía mostrando en su actitud una mezcla de ira y desdén difíciles de significar y expresar por otra mujer cualquiera que no fuese ella, en quien se juntaba con la soberbia nacida de una grande confianza en sí misma, el menosprecio irremediable por todos los demás.

— ¡Gran corazón! — exclamaba Lucano, viendo á Británico en el suelo ante aquella especie de muda estatua que se llamaba Claudio, y Agripina, mirándolo de pie, alzada y erguida por extraordinario modo al terrible golpe, como un águila que aletea desde lo alto sobre su presa cercana ya de sus garras.

— ¡Cuál temeridad — exclamó Séneca en sus reservados prudentísimos pensamientos, — cuál temeridad comete tan inexperto y cuidadosísimo príncipe!

— No es mala escena — dijo Persio. — Tened la seguridad completa de que concluye pronto en tragedia.

— ¡Infeliz! ¡Se ha suicidado! — gritaba Tito.

— Claudio — se arriesgó á decir Narciso en medio de la catástrofe. — Claudio, acuérdate de Mesalina.

— Padre — decía Británico fuera de sí, — ó acaba con ella, ó acaba conmigo; los dos no podemos vivir en el mundo.

— ¡Hijo! — gritó Claudio en su dolor con una expresión indecible de ternura.

— ¿Le has llamado hijo? — preguntó Agripina con altiva majestad á Claudio.

— ¿Qué quieres que diga y qué quieres que haga? — le preguntó á su vez el emperador, extremando hasta lo último la pena que le causaba tener el corazón suspenso entre su mujer y su hijo.

— Vámonos — le dijo Agripina con imperio al esposo.

— ¿Adónde vamos? — le preguntó él como un pobre niño á quien sorprenden sus padres en cualquier acto punible.

— Adonde no penetren esos insultos dirigidos á ti, puesto que se dirigen á tu esposa, y cuya expresión audaz constituye un delito terrible de lesa majestad castigado por las leyes romanas con pena capital.

Y Agripina, después de haber fulminado esta sentencia sobre la frente de Británico, se dirigió á Claudio y se lo llevó consigo, sacándolo del salón poco menos que á empellones.



## CAPÍTULO VI

### AMOR SIN MATRIMONIO Y MATRIMONIO SIN AMOR

Apenas había recibido Agripina el tremendo golpe, sin perder tiempo alguno en quejas fué corriendo á sus habitaciones para defenderse á toda prisa y con toda seguridad vengarse. Dejó á Claudio recluso en su apartamento, así como á los cortesanos, unos agitadísimos, otros cavilosos, todos pasmados, en el salón; y huyendo de femeniles debilidades, no desahogó con una sola palabra el dolor de su pecho, necesario como agujón de sus desquites. En la urgencia de que alguien le ayudara en sus planes, rápidamente concebidos por su ira, citó al consejero suyo Vitelio, y lo puso al cabo de todo cuanto maquinaba en la urdimbre de aquella tela, dentro de la cual había envuelto, con paciencia de araña, el romano Imperio.

— Ya veo — le dijo su interlocutor — que Británico ha firmado su propia sentencia de muerte hoy.

— Ha firmado la sentencia de muerte; pero no suena todavía la hora de su ejecución.

— ¡Cómo!

— Sucede algo muy grave.

— ¿Qué sucede?

— Pues ya sabes que dimos en todas nuestras conversaciones como cosa hecha el matrimonio entre Octavia y Nerón.

erguía mostrando en su actitud una mezcla de ira y desdén difíciles de significar y expresar por otra mujer cualquiera que no fuese ella, en quien se juntaba con la soberbia nacida de una grande confianza en sí misma, el menosprecio irremediable por todos los demás.

— ¡Gran corazón! — exclamaba Lucano, viendo á Británico en el suelo ante aquella especie de muda estatua que se llamaba Claudio, y Agripina, mirándolo de pie, alzada y erguida por extraordinario modo al terrible golpe, como un águila que aletea desde lo alto sobre su presa cercana ya de sus garras.

— ¡Cuál temeridad — exclamó Séneca en sus reservados prudentísimos pensamientos, — cuál temeridad comete tan inexperto y cuidadosísimo príncipe!

— No es mala escena — dijo Persio. — Tened la seguridad completa de que concluye pronto en tragedia.

— ¡Infeliz! ¡Se ha suicidado! — gritaba Tito.

— Claudio — se arriesgó á decir Narciso en medio de la catástrofe. — Claudio, acuérdate de Mesalina.

— Padre — decía Británico fuera de sí, — ó acaba con ella, ó acaba conmigo; los dos no podemos vivir en el mundo.

— ¡Hijo! — gritó Claudio en su dolor con una expresión indecible de ternura.

— ¿Le has llamado hijo? — preguntó Agripina con altiva majestad á Claudio.

— ¿Qué quieres que diga y qué quieres que haga? — le preguntó á su vez el emperador, extremando hasta lo último la pena que le causaba tener el corazón suspenso entre su mujer y su hijo.

— Vámonos — le dijo Agripina con imperio al esposo.

— ¿Adónde vamos? — le preguntó él como un pobre niño á quien sorprenden sus padres en cualquier acto punible.

— Adonde no penetren esos insultos dirigidos á ti, puesto que se dirigen á tu esposa, y cuya expresión audaz constituye un delito terrible de lesa majestad castigado por las leyes romanas con pena capital.

Y Agripina, después de haber fulminado esta sentencia sobre la frente de Británico, se dirigió á Claudio y se lo llevó consigo, sacándolo del salón poco menos que á empellones.



## CAPÍTULO VI

### AMOR SIN MATRIMONIO Y MATRIMONIO SIN AMOR

Apenas había recibido Agripina el tremendo golpe, sin perder tiempo alguno en quejas fué corriendo á sus habitaciones para defenderse á toda prisa y con toda seguridad vengarse. Dejó á Claudio recluso en su apartamento, así como á los cortesanos, unos agitadísimos, otros cavilosos, todos pasmados, en el salón; y huyendo de femeniles debilidades, no desahogó con una sola palabra el dolor de su pecho, necesario como agujón de sus desquites. En la urgencia de que alguien le ayudara en sus planes, rápidamente concebidos por su ira, citó al consejero suyo Vitelio, y lo puso al cabo de todo cuanto maquinaba en la urdimbre de aquella tela, dentro de la cual había envuelto, con paciencia de araña, el romano Imperio.

— Ya veo — le dijo su interlocutor — que Británico ha firmado su propia sentencia de muerte hoy.

— Ha firmado la sentencia de muerte; pero no suena todavía la hora de su ejecución.

— ¡Cómo!

— Sucede algo muy grave.

— ¿Qué sucede?

— Pues ya sabes que dimos en todas nuestras conversaciones como cosa hecha el matrimonio entre Octavia y Nerón.

- ¿No hablamos de darlo, si lo deseabas tú?
- Ya sabes que murió el amante, impelido por mi mano al suicidio.
- Ya sé que murió, pues tú dispones del Olimpo y del Averno.
- Ya sabes que comunicamos el matrimonio á todos los embajadores y lo dimos hasta en nuestras conversaciones privadas como la cosa más natural del mundo.
- Sí, sí.
- Sin ese matrimonio no se puede hacer nada.
- ¡Ya lo creo!
- Claudio ha pasado por todo cuanto yo he querido.
- Como que adoptó á Nerón y le antepuso al hijo de sus entrañas.
- Pero no basta, no, con la importante adopción; algo más necesitamos.
- ¿Qué?
- Necesitamos el testamento.
- Verdad.
- Y estando soltero Nerón, sentirá escrúpulos Claudio de dejar el Imperio á un mero entonado; pero si Nerón se casa con Octavia, no sentirá escrúpulos en dejarlo á quien ya sería su hijo como el príncipe mismo en quien tantos ven al heredero del Imperio y que acaba por su codicia y por su impaciencia de señalar el divorcio á su padre y á mí el suicidio.
- Pero, muy acertado cuanto piensas, ¿por qué retardaste la boda?
- ¡Oh! No quisiera decirte lo.
- Dilo.
- Porque Nerón se resiste.
- ¿Nerón?
- Dice que la encuentra muy fea.
- Pero en los matrimonios imperiales no atiende nadie á tales consideraciones, ni en tales cosas acostumbra de modo alguno á pararse. Como no se casan los príncipes por amor, maldito si necesitan que sean hermosas sus mujeres.
- Además de fea la encuentra imbécil.
- ¿Como su padre Claudio?

- Como su padre.
- Pues mira, Claudio tiene una mezcla de tontería é intuición que, si la heredase Octavia, seguramente había de servirle para mucho en el palacio y en el Imperio.
- Ya he dicho mil veces á Nerón como no pueden alcanzarse y retenerse ciertos altos puestos en el mundo sin grandes sacrificios.
- Y el menor de todos, en verdad, es casarse con cualquier princesa de la corte, reservándose hacer luego lo que quiera y dar tras la mujer que le apetezca, cual suelen los dioses en el Olimpo y los césares en el mundo.
- Pero Nerón se resiste porque, ¡no lo creerás!, después de haber mariposeado sobre todos los árboles del amor, ahora dice que se halla cautivo en las redes tendidas por una beldad extraña.
- ¿De veras?
- Y tan de veras por desgracia.
- ¿Se ha fijado?
- Se ha fijado.
- ¿En quién?
- En una sierva.
- ¡Oh, dioses!
- ¿En una sierva griega?
- No, en una sierva llegada del Asia.
- Estas mujeres asiáticas dan mal de ojo.
- Lo mismo creo yo.
- La mejor adolece de alguna hechicería.
- Lo mismo digo yo.
- Y levantan figura.
- Y leen horóscopos.
- Y dan bebedizos.
- Y hechizan.
- ¿De modo que Nerón está hechizado?
- Completamente.
- Pues no hay más remedio que sacarle del cuerpo la hechicería.
- Y ¿cómo?
- De manera muy sencilla.
- Dila.

— Comunicándole inmediatamente la orden imperiosísima tuya de casarse con Octavia.

— Se la he comunicado.

— ¿Y se ha resistido?

— Seguramente.

— Parece imposible.

— Como te lo digo.

— No lo creería.

— He notado en él alguna vez resistencias á mi voluntad.

— ¡Cosa increíble!

— Así no me hallo segura por completo de que mañana en la cumbre del poder obedezca mis mandatos como los ha obedecido en la sumisión propia de la infancia.

— ¿Eso recelas?

— Y tanto lo recelo que, si las costumbres no fueran por doquier poderosas y en la ciudad nuestra omnipotentes, yo hubiese aspirado á imperar sobre los romanos con imperio directo y personal como un emperador verdadero. Pero el tiempo de las Amazonas está muy lejos y Aquiles en sus combates las venció para siempre. Jamás el Imperio romano me consentiría, jamás, á mí lo consentido en Egipto á Cleopatra y á Semíramis en la vieja Caldea. Si quiero imperar hoy, tengo que valerme de Claudio; y si quiero imperar mañana, tengo que valerme de Nerón.

— Justo; nunca Roma consentiría una emperatriz directa, no obstante haber Livia imperado sobre ella por medio de Augusto y Mesalina, como también tú por medio de Claudio.

— Si eso pudiera suceder, no me tendrías hoy tan desasosegada é inquieta.

— Veo que no las tienes todas contigo desde la resistencia del hijo al casamiento con Octavia.

— Lo confieso. Has adivinado el interior más íntimo y más secreto de mi alma. Empiezo á inquietarme ante Nerón.

— Quita de tu alma tales infundados celos.

— ¿No recuerdas cómo los agüeros me han presagiado la muerte á mí por ese propio hijo infligida, por ese hijo, á quien dí ayer la existencia con mi amor y á quien hoy preparo con sus derechos el Imperio?

— Agorerías, Agripina, engañosas agorerías.

— ¡Quién sabe!...

— Yo, conocedor de tu Nerón, lo sé. Únicamente podría desviarse de ti al amor del gobierno y del imperio; pero, víctima y juguete de todos los placeres, te agradecerá mucho la carga en tus hombros y la descarga de sus hombros del sumo cuidado que pide y del grandísimo estudio que necesita una corona imperial.

— No participo de tu sentir. Ahora se anegará en el placer y desdeñará por tal motivo la política. Pero en cuanto vengan ciertos embotes del sentido y cierto deseo de nuevas emociones, aspirará el cuitado al Imperio; y entonces, ¡ay de los dos!

— No des entrada, te lo ruego, en el pecho á tales aprensiones.

— Así me ha indignado tanto la estólida brutalidad que acaba de cometer Británico.

— Grande ha sido.

— Tito y Narciso, á porfía, se las echan de avisados; y parecen me bien torpes, no disuadiéndole de tal cara puerilidad.

— ¡Ya lo creo!

— Si un poco más ejercitaran el sondeo de la conciencia humana, verían que yo necesitaré siempre de Británico para contrastar á Nerón y de Nerón para contrastar á Británico.

— Agripina, cuanto más habla uno contigo, más encuentra en las sendas conversaciones algunos repliegues del alma y abismos de la pasión poco sospechados y entrevistos antes.

— ¡No querer casarse con Octavia, cuando tal casamiento aparece á todas luces como único medio de captar con seguridad á Claudio y arrancarle con fortuna el prometido testamento!

— Pero ¿qué magia y hechizo tiene tal mujer?

— Ya te dije qué magia y hechizos de Asia.

— ¿Cómo se llama?

— Pues Acté.

— ¡Ya se ve: á sus cortos años, en la infancia casi, la facilidad con que ha poseído todo cuanto á su alcance hallara, le ha embotado el sentimiento y se prenda con facilidad suma de lo misterioso y de lo extraño!

— Así parecen todos conjurados para minar el suelo bajo mis pies. Claudio, tan sumiso ayer, comienza hoy á forcejear y á resis-



tirse; Británico, tan pacato, se vuelve audaz; Nerón, tan obligado conmigo, quiere por sus respetos campar; Séneca, más obligado todavía que Nerón, se recluye dentro de un silencio enigmático y no muestra toda cuanta indignación debiera por las insolencias lanzadas á mi rostro; conspira Narciso alentado por el conocimiento que tiene del ánimo de mi marido, ya encabritado en contra mía; de suerte que llegándome al cuello el agua, necesito un sacudimiento extraordinario, por muy perseguida, por muy acorralada, por muy puesta en últimas extremidades, si quiero salir del abismo y evitar, primero á mí, después á Roma, un seguro naufragio en mares compuestos por lágrimas y sangre.

— Me asustas, Agripina.

— ¡Qué quieres!

— Lo ves todo sobradamente negro.

— Hazte de miel y te comerán las moscas. Entrégate á una excesiva confianza, y verás lo que llega sin tardanza y sin remedio á sucederte.

— Pero, dado que has de luchar, empieza teniendo primero en ti confianza y certeza; mejor dicho, evidencia de la victoria.

— Tengo confianza en mí, seguridad del triunfo; pero al más firme ánimo le asustan las inmoluciones y los sacrificios indispensables á la sustentación y mantenimiento de un poder como el mío sobre Roma, disputado por tantas ambiciones.

— Dispón á consumir los necesarios, pero no más.

— Yo necesito, en el punto adonde acabamos de llegar, convertirme sin piedad en árbol venenoso, cuya sombra no más acabe con quien atente, no digo á sus raíces, no digo á su tronco, no digo á sus ramas, á una hoja no más, á una hoja.

— ¡Oh, Agripina! — exclamó Vitelio aterrado, á pesar de su compleción, del aire amenazador que tomaba la implacable Agripina, cuyos resuellos de tigre le daban por toda la piel escalofríos de miedo.

— Yo escanciaré sin vacilación alguna el veneno en todos los vasos de mis enemigos, que se beberán á una la muerte, sin pensarlo y sin saberlo.

— ¡No grites, Agripina! ¡Por los dioses, no grites!

— Yo me conservaré arriba, siquiera tenga que derribar abajo un millón de cadáveres.

— Domínate y repórtate.

— Conjuraré la magia de Acté con la magia de Locusta.

— ¡Qué nombre acabas de pronunciar!

— Un mágico nombre á otro mágico nombre opuesto.

— ¿En qué piensas?

— Pues pienso en que Locusta me ayude á libertarme de Acté, á libertarme de Narciso, á libertarme, si lo necesitara, de Claudio, porque no hay sino morir ó matar donde yo ahora me hallo con toda la tierra subvertida bajo mis pies yapestado el aire que respiro.

— Pero vamos por partes y no te ciegues ni te aturdas al vahido, que debe marearte, de tantas y tantas ideas inconexas como se arremolinan en tu cerebro.

— ¡Inconexas! Dales cualquier otro calificativo. Todas ellas aparecen á mis ojos enlazadas en una conexión muy rigurosa y sistemática.

— No lo dudo. Pero confiesa que la ira, despertada en tu pecho por la fuerza del golpe recibido en la sesión, donde pensabas que únicamente se oyese á Nerón, y además de Nerón hase oído también á Británico, sublevado contra ti, un poco te acaba de turbar; y expides las ideas en tropel, con aglomeraciones y confusiones impropias de tu reflexión y de tu método.

— Tienes razón; vamos por partes, Vitelio.

— ¿Qué te urge más de todo cuanto proyectas, Agripina?

— Pues lo más urgente para mí es casar á Nerón de súbito con Octavia, medio seguro de imponer á Claudio un testamento.

— Bien; vamos á eso.

— ¿Cómo?

— ¿Le has dado tus órdenes al hijo que siempre te obedeciera como un esclavo.

— Se las he dado.

— ¿Y cómo no se han cumplido?

— Todo estaba ya convenido y señalado, menos el día de la ceremonia; y cuantas veces quise fijarlo, encontré la resistencia más temible, la resistencia del silencio y de la inercia.

— Todo eso lo arreglaremos perfectamente.

— ¿De qué manera?

— De una manera muy fácil.  
 — Di, habla.  
 — Tú sabes que me llaman por ahí el ejecutor de tus justicias.  
 — Te llaman así en el Senado.  
 — Justo, desde que arranqué á los senadores el acta de dispensa para casarte con Claudio. Y del Senado ha corrido por todas partes. Nadie ignora como, el diputarme tú como embajador á cualquiera y no complacerme después de oirme, suele á una sentencia de muerte segurísima equivaler.

— Ya lo sé.  
 — Pues bien: ¿has usado con tu hijo ya todos los recursos de que dispones?  
 — Todos.  
 — ¿Crees inútil una orden tuya nueva?  
 — Inútil.  
 — ¿Crees de alguna eficacia la embajada mía?  
 — Créola.  
 — Sobre todo si me autorizas á emplear amenazas.  
 — Te autorizo.  
 — Vaya, dame una tablilla imperial sellada que ponga: «Vitelio te comunica mis órdenes. La emperatriz tu madre.»  
 — Tómala — dijo Agripina, accediendo á la proposición de Vitelio, cuando apenas acababa éste de anunciarla.  
 — Ya verás qué pronto se casa tu hijo, y de su casamiento puedes con facilidad partir á mayores y más altas empresas. Da por casado á Nerón.

Dirigióse Vitelio al cuarto de Nerón después de haber oído las órdenes de Agripina, y en efecto no dió con él. Viendo lo que durara la recepción de los embajadores así como su propio diálogo con la emperatriz, adivinó dónde se había encaminado el príncipe tras aquellas horas embargadísimas por ocupaciones tan graves. Indudablemente se había dirigido al jardín y al palacillo habitados por Acté, deseando un rato de solaz en que su espíritu, sobreexcitado por los alardeos de su elocuencia y por los esfuerzos de su memoria, se pudiera esperezar un poco y reposarse descendiendo algunos escalones hacia el triste lado físico y animal de la vida. Esta joven, de quien se hallaba prendadísimo Nerón en aquellos

pasajeros instantes de su historia, parecíase á las gitanas en una movilidad tal de fisonomía, que á veces sobre las diosas rayaba en hermosura, capaz de obscurecer y eclipsar á la misma Helena, mientras que á veces afeábase á guisa y manera de una feroz bestia. Su traje, que tenía mucho de oriental, aumentaba con lo extraño del corte asiático la extrañeza moral despertada por la presencia de quien lo ceñía y llevaba. Túnica de numerosos pliegues, al cuerpo junta y pegada por correas toscas, la viste; una especie de casulla, que puede con facilidad subirse al rostro y esconderlo, cae sobre la túnica; un manto en forma de velo tupido la envuelve desde los pies á la cabeza; esposas de metal precioso abrazan así los puños como los tobillos; arracadas relucientes penden de sus orejas y añaden su metálico resplandor á la brillantez de aquellos profundos ojos asiáticos. Y como su fisonomía era extraña, como era extraño su traje, también lo era su alma. Sierva y parecía reina; hermosa de suyo y parecía de suyo también fea; su moral no se exentaba de tamaña contradicción, y era buena y mala en una sola pieza y con una sola personalidad. Lo que indudablemente la sobrepuso en el ánimo de Nerón á todas las mujeres fué aquella desinteresadísima pasión por el Emperador, ajena del todo á las condiciones dominantes y á las intrigas cortesanas entonces en uso. Nerón había encontrado sobrada gente alrededor suyo que buscara su corona y no su corazón, el poder de que disponía y no el amor que guardaba, la gloriosa resonancia de su nombre y no la dicha de su cariño, el influjo y no el afecto, para dejar de agradecer aquella singularidad extrañísima de una sierva, quien, apreciada en vil precio y suponiéndole tan sólo una pasión animal, quería en él, como hembra, simplemente al macho y no al cuasi divinizado y próximo César. Por eso, en cuanto quería descansar un poco de la fatiga y del combate diarios, aliviarse de la pesadumbre abrumadora con que grava toda dignidad los hombros de quien la sobrelleva y soporta, refugiábase en casa de Acté, cuyo amor prestaba con facilidad á su ánimo el indispensable olvido de las grandezas del mundo y de los resplandores del cetro. Un joven patricio le había cedido á Nerón el jardín y el palacio donde guardaba el príncipe aquella prenda querida de su alma. Con sumo conocimiento de la vida y con sumo arte para navegar entre sus escollos, la sierva sabía muy bien

que su amado no llegaba de modo alguno hasta su nivel, y guardábase la taimadísima de darle celos y mucho más de oponerse á su inevitable matrimonio. Sobradamente conocedora del mundo que habitaba y del hombre á cuyo servicio el destino la inscribiera, prefería su matrimonio con Octavia en aquellos momentos á cualquier otro matrimonio capaz de divertirle del culto profesado á la infeliz esclava, cuando amores como los de Nerón solamente podían durar lo que quisiera el capricho de su señor, según lo cual agradeciale cada visita como un inesperado favor nuevo en aquella nefasta suerte suya. Quien se había enloquecido por Acté al extremo de consagrarle temporadas enteras del amor suyo y excluir en largos periodos cualquier otro comercio y trato era Nerón, quien, para más obligarla, decíale á solas cómo ante los dioses y ante la conciencia no quería ninguna esposa y mujer sino la puesta por el destino en las vías de su vida para juntar y confundir los dos extremos de las humanas estirpes y los dos polos de toda sociedad. Nerón, enamorado por propio impulso de la sierva oriental, y por propia repugnancia de la princesa romana separado, cuando sentía el fuego que aquella ponía en sus venas y lo comparaba con el frío que ponía ésta, sublévase contra su matrimonio, que le imponía un amor obligatorio, necesitando el amor de tanta y tan íntima é interior espontaneidad. Así es que la resistencia tenaz, contra cuya oposición se había estrellado Agripina, provenía exclusivamente de su hijo, y no de la mujer con su hijo ligada por un amor ingenuo y sincerísimo. De consiguiente, nunca le decía sobre su proyecto Acté la menor palabra y nunca le demandaba el menor sacrificio de otras relaciones indispensables á un príncipe. Acté, como si estuviera en oriental harén, resignábase á las inevitables competencias. Así en aquel, como en todos los demás encuentros con la joven, holgábase con esa serenidad y esa perpetuidad en el amor parecidas á la serenidad y á la perpetuidad del tiempo claro y bueno en los hermosos climas orientales. Y como nunca le hablaba de otra cosa que de su amor Acté; como nunca le divertía del amor con pasión alguna que no fuera el amor mismo; como nunca deslizaba peticiones en los oídos del altísimo amador y nunca se iba por el intrincado laberinto de las intrigas, amábala Nerón de modo que, á sus años, podría llamarse aquél su primer amor. No

debe, pues, maravillarnos la conversación empeñada entre los dos amantes, al verse de nuevo, tras un intermedio mayor que los transcurridos entre anteriores entrevistas.

— Creí que no acabábamos nunca los dichosos discursos en mi natural impaciencia por venir á verte.

— Yo también estaba inquieta, siquier de sobra comprenda cuán difícil debe serle romper las ligaduras que te atan al trono y venir á este recatado nido.

— En el cual me siento César de tu corazón, y reino sobre los dominios inmensos de tu alma, y oigo la música de tu voz, y respiro el pebetero de tu aliento, y empeño coloquios de amor como nunca los ideara poeta ninguno, y asisto á un teatro de verdaderas y profundas emociones, y veo pasar por tus ojos fulgurantes las líneas y los colores del ideal vivo, y encuentro en tu cuerpo la mejor estatua, satisfaciendo al par mis afectos amorosos de joven y mis propensiones incontrastables de artista.

— Nerón, ¡cuántas ternezas me dices! ¡Y cómo las creo de verdaderas y de sentidas! Nada en el mundo podría obligarte á decir las, más que los dictados imperiosos del propio corazón y los impulsos verdaderamente soberanos de la voluntad propia.

— Créete que no quiero la corona del mundo si contigo no he de compartirla.

— Renuncia, dueño mío, á tal pensamiento, que me has comunicado mil veces en los largos coloquios nuestros; pensamiento imposible de realizar, dados tus imperiales timbres y mi humildísima condición. Jamás consentiría, ni la madre que te ha parido, ni el emperador que te mandará en testamento la corona, ni el filósofo que dirija tu educación é ilustre tu entendimiento, en cosa tan incomprensible como nuestra desigual unión.

— De mi madre no respondo, pues hartamente conozco el empeño suyo en casarme con Octavia y el furor suscitado por mis tenaces y calladas resistencias á sus continuos mandatos. De mi padre adoptivo, de Claudio, no hablemos: la voluntad suya está depositada en su mujer, mi madre. A Séneca lo defiendo. Séneca sabe que no podría vivir yo sin amor, y Séneca cree que una pasión como la tuya purifica el alma y la endereza con impulsos óptimos á la virtud y al bien. Tan opuesto es á la realidad lo creído por ti respecto del

filósofo, que desde su arribo ha buscado él esta casa recatadísima donde nos vemos, recabándola del afecto cariñoso de un rico patricio, su discípulo, y me ha dicho en sus lecciones cuánto me convenía fijar mi ánimo en un solo amor y preferir entre todas las mujeres á una sola mujer.

— No sé cómo comprenderte. Mil veces me has asegurado que su primer consejo á tu madre fué la indeclinable aceleración de tu matrimonio con Octavia.

— Sí, es verdad. Como hay en mí dos entidades, aconseja él en su reflexiva sabiduría lo más conveniente á cada cual de ambas; y á la entidad que se llama príncipe y que será emperador pronto, le conviene Octavia para el fin de granjearse un buen testamento del pobre Claudio; pero á esa entidad que se llama hombre, á esa entidad eterna, superior y anterior á todas las coronas, que persiste allá en las alturas mismas del poder, á esa le conviene únicamente ¡oh! el amor de Acté.

— No has menester, Nerón, tantos rodeos para decirme lo que piensa tu maestro. Piensa lo que habrá de suceder por fuerza en último término. Piensa que sea yo tu manceba y Octavia tu mujer.

— ¡Acté, no me despedaces el corazón recordándolo! Es verdad; eso piensa.

— Y ¡qué quieres! Deja decir lo cierto y proponer lo factible á mi previsión femenil. Pensando así, piensa lo mismo que todo el mundo Séneca. Imposible unir al emperador y á la esclava en el trono. Te matarían, y yo prefiero á una satisfacción como esa increíble, á la satisfacción de pasar desde un bazar y un mercado como aquellos donde me vendieran á un trono, la satisfacción mayor de verte y amarte, aunque hubieras de aborrecerme alguna vez y abandonarme por otra.

— ¡Y luego dicen por qué te amo! No sólo porque tu hermosura me dementa y me hace delirar como un verdadero insensato; porque tu alma vale más que todas las almas de todas las diosas á quienes prestamos culto en nuestros amplios y numerosos templos.

— Déjame, pues, llamarme tu sierva; pues aunque lo jures, no creo que me tengas por diosa.

— No, por diosa no; por mucho más que diosa.

— Sin duda siendo tú más que Dios, me has extraído de los abismos y me has elevado en tu amor hasta ti.

— Yo he querido hacerte mi esposa.

— No pienses, Nerón, en eso.

— A los genealogistas oficiales heles encargado demostrar cómo hija tú del Asia Menor, descienes directamente de aquellos reyes de Pérgamo que pactaron amistad con el pueblo romano; concluyendo en su culto hacia nosotros por cedernos la corona que resplandecía en sus sienes y la tierra que se dilataba bajo sus plantas. Así la sangre tuya hubiera resultado mucho más regia, mucho más antigua, mucho más romana que la sangre misma de Nerón, la cual no encuentra en sus manantiales y orígenes regiones tan sacras como la ciudad de Pérgamo ni divinidades tan seculares como tus progenitores los inmortales Atalos.

— Déjate, Nerón, de tales fantasías, y hablemos de lo único real que aquí hay para los dos; hablemos de nuestro sendo amor, en el cual pienso vivir eternamente y sin el cual moriría de seguro ahora mismo. ¿Me decías que vienes muy fatigado?

— Sí, muy fatigado vengo, á pesar de haber escogido para mi discurso algo que se relaciona contigo, con el Asia Menor, con aquella ciudad antigua de Troya, donde tuvimos la gente latina nuestra raíz, hermana de aquella ciudad de Pérgamo, en que tuvo su raíz tu gente, unas y otras frigias.

— Lo que más enamora mi ánimo en el Asia Menor es la sacra reminiscencia que á sus puertas hoy mismo se guarda de los amores entre mancebo como Leandro y la joven amorosa Hero.

— Tienes razón; bellísima leyenda.

— Y enamora mi espíritu y suspende mi ánimo y embarga mis sentidos porque se parece mucho nuestra situación á la suya.

— Tienes razón, Acté; no había caldo en la semejanza.

— Yo soy la mísera Hero, y tú el enamorado Leandro. Como á ellos los apartaba en las orillas del Bósforo tracio, habitando los dos opuestas uno y otro, no el mar, allí estrechísimo, las sendas tradiciones opuestas entre sus respectivas gentes y las distancias enormes entre sus respectivas posiciones, algo análogo nos divide á nosotros. Y como Leandro atravesaba todas las noches á nado el estrecho para departir con Hero, tú atraviesas el espacio entre tu

alto Palatino y este sitio humilde para venir á verme. Y nos vemos y nos amamos como ellos se veían y se amaban. ¿Pero no sientes un escalofrío, que todos los nervios te sacude, al recordar lo sucedido á los dos amantes?

— En verdad, Acté, que me pasma lo muy oportuno del recuerdo y lo muy apropiado de aquellas circunstancias y de aquellos hechos y nuestra respectiva situación.

— Sestos era la patria y el hogar de la hermosa Hero á un lado del Bósforo, y Abydos era la patria y el hogar de Leandro á otro lado del Bósforo. Cercanos los dos pueblos como sitios á las orillas de un mar, allí como un río de angosto, habíanse apartado por neccias rivalidades entre vecinos frecuentísimas. Y á pesar de aquellas rivalidades que se manifestaban en guerras y degüellos y mutuos exterminios, Hero de Sestos y Leandro de Abydos se vieron un día y se amaron. Nada me gusta en el mundo cual oír, Nerón, de tus labios el relato animado y ardiente de todas estas antiquísimas poesías. Recuerda en tu fantasía estos hechos y meditemos con reflexión ambos acerca de su trascendencia.

— En efecto, Virgilio ha cantado este amor en sus *Georgias*. El perfecto poeta y músico de la creación acierta mucho á unir la realidad viviente con la poesía ideal. De la menta que puede crecer entre las piedras en los cercados, del espliego que aroma los riscos sobre los cerros, de la blanca leche que rebosa en los odres, de los aceites destilados por la oliva, de las mieles cortadas en los colmenares, extrae con arte divino ideas poéticas en canoros enjambres, sin que pierdan por idealizados y poetizados tan reales y vivos objetos su realidad y su vida. El cántico tercero de las *Georgias* está consagrado al instinto creador que reproduce los seres. Ceñido el poeta con una corona de olivo, menosprecia los cantores guerreros; y exhala, como de pastoril zampoña ó de flauta recién cortada en los cañaverales, idílicas melodías. Y estas melodías hanse avivado en el vivificante calor, cuya virtud lo mismo puebla el nido que el aprisco. Y al ver cómo la leona cruel, que parece producida por la Naturaleza para el odio, ama; y cómo la jabalina feroz, que destroza el monte y arremete al pastor, se ablanda con facilidad al celo, el poeta siente las afinidades misteriosas que llaman unos seres á otros seres, y entona un

himno lleno de casta voluptuosidad á todos los amores. Y cantando la savia que se despierta en las yemas, el aleteo de la mariposa sobre los ramos aromáticos y pintados, las miradas profundísimas de los soles á las lunas, las serenatas del ruiseñor, los relinchos de la yegua, el mugido de la vaca, el arrullo de la tórtola, recuerda que dos almas se han querido, como si concentraran en sus senos todos los amores, y han llevado tan encendida pasión allende la muerte. Poco después de habernos presentado el jabalí de la Sarina, en cuyos durísimos huesos y en cuya piel impenetrable entra el amor como en los seres más tiernos, pinta en versos inmortales de una perfección absoluta, modelos eternos del bien cantar, aquel joven frigio abrasado en sus tuétanos por el soplo ardorosísimo de un amor inmenso, y que solo, abandonado á sí mismo, escondiendo su cariño en los senos del corazón y en los senos del mar, nada y nada por el Helesponto en obscura tormentosa noche, sin cuidarse del hervor de las olas que braman y palpitan bajo su cuerpo, ni del estruendo de los cielos que truenan por medio de cien relampagueantes nubes sobre su cabeza, ni de sus padres, á quienes ha dejado para buscar tan sólo, impelido por el amor y llamado por la fatalidad, aquella hermosísima virgen de Sestos, con la cual no podrá dormir en paz, á causa del exceso de su temeridad y de su pasión, sino bajo el sueño de la muerte y sobre la tierra del sepulcro.

— ¡Cuánto me absorbe tu modo increíble de contar estos viejos relatos! Por ellos veo que tu vida está entregada por completo al culto de las artes, y que desde las alturas donde no debías encontrar nada superior á ti, ni aun los dioses, encuentras una divinidad inefable, la belleza.

— Como el recuerdo santo del amor sentido por los dos jóvenes inspiró tantas bellas estancias al primero entre los poetas latinos, el recuerdo estético de tantas inspiraciones me sugiere á mí esta elocuencia, cuyos acentos te prendan, Acté, no por sonoros, por míos.

— No sabré decirte por qué causa tal arrobamiento me sobrecoge, pero sí decirte que me sobrecoge. No podré hablarte de sus orígenes y motivos, pero sí de sus efectos y de sus resultados. ¡Continúa, Nerón; por los dioses, continúa! Tus palabras me parecen un poema; tu voz una música.

— No solamente Virgilio cantó los amores de Leandro y Hero;

cantólos también Ovidio, ese representante de los sensuales amores, por los que perdió su patria Roma y juntó á su renombre ilustre una infamia eterna. Bien es verdad que pocos idilios tan melancólicos, tan elegíacos, tan bellos como este idilio del mar. Abydos y Sestos, aunque se miran complacientes en las mismas aguas y viven bajo el mismo cielo, están separadas por hallarse la una en Asia y la otra en Europa, compartiendo así los odios mutuos entre aquellas regiones y llevando el peso de las guerras históricas entre aquellas razas. Pero el amor no conoce la historia, no estima la diferencia de pueblos, no sabe cosa ninguna de los odios seculares que hayan podido dividir á las familias en guerra: él salva los abismos, suprime las distancias, olvida los odios seculares que hayan podido separar entre sí á las familias, convierte un suspiro en el aire necesario al espíritu y hace de una mirada el cielo entero, en el cual no podrá entrar el odio y la guerra.

—Nerón, ¡cómo tu imaginación creadora suprime lo que tu voluntad omnipotente no podría suprimir, la distancia entre nosotros! Mucho te agradece tanta bondad mi pecho, siquiera sea estéril. Pero continúa, continúa la historia.

—Celebrábanse las fiestas de Venus en los jardines de Sestos. La diosa resplandecía sobre sus altares y los coros de las sacerdotizas la loaban en cánticos y odas sin fin. Entre aquellas sacerdotizas encontrábase la hermosa Hero. Verla entre las llamas sacratísimas, las cadencias armoniosas, las cítaras áureas, las cazoletas de azules y penetrantes perfumes, las guirnaldas votivas, las danzas religiosas, cantando la divinidad del amor y ofreciéndole puros holocaustos, era un espectáculo demasiado bello para que no tentase á un joven marino de alma pura y de sentimientos ardorosos. A no dudarlo, en cuanto se vieron los dos jóvenes, enamoráronse al par uno de otro; y en cuanto se amaron, debieron reconocer la imposibilidad completa de unirse con legítimo nudo en eterno amor. Pero el odio entre las dos ciudades les impedía verse para prepararse á la íntima unión. Habitante de Abydos él, vivía ella en una torre de Sestos. Él no tenía confidente alguno de su pasión: padre, mujer, compatriotas, familia y vecinos, todos la ignoraban. En cambio ella tenía de confidente su vieja nodriza. Dentro del alma suya vertía las lágrimas y al seno suyo confiaba los secretos. Así, la

nodriza encendía todas las noches aquella tenue luz que brillaba como una estrella de amor sobre la torre donde residía Hero. Los dos jóvenes se amaban con igual intensidad, y siendo suspiros suyos los pregoneros indeliberados é inconscientes del amor, tenían que ocultar esta pasión del alma, la cual trasciende por toda la exterioridad del ser, como si fuera un crimen. Leandro no podía ver á Hero sino de noche, y Hero no podía sino de noche aguardar á Leandro. Un barco, deslizándose, aunque fuese al amor de las sombras, entre las dos riberas, podía traicionar al barquero y romper el misterio: los dos amantes, por tal manera estaban seguros de la mutua imposibilidad entre los dos amores, que se convinieron en ir el uno á la torre de Sestos nadando y la otra en aguardar al pie de la torre de Sestos al intrépido nadador.

—¿No ves las analogías existentes entre tal caso y el caso nuestro? ¿No ves cómo Abydos es el palacio tuyo, de donde no puedes bajar en tu grandeza, y Sestos es el jardín mío, adonde tienes que venir y arribar á la callada y entre sombras, como si tu amor pudiese resultar un crimen y mi correspondencia natural á ese amor una complicidad contigo en ese crimen? ¡Oh! Continúa narrando, continúa narrando; pues á medida que tú hablas de tal suerte, yo por ti me intereso con extraordinario y raro interés. Habla, sí, habla; cuéntame todo eso; pues aun sabiendo el curso y el resultado de la poética leyenda, la oiré como si de una jamás oída se tratase. Habla, pues, Nerón.

—¡Cuántas dificultades ofrecían estos amores! En primer lugar necesitaba Leandro que la población de Abydos llegase á profundo sueño y no advirtiese de ningún modo su fuga, cosa poco asequible sino á las altas horas de la noche. Después debía burlar la doble vigilancia, que, por tierra y por agua, empleaban contra los vecinos y contra sus rivales aquellas poblaciones heridas por tantas guerras y atravesadas por una continua invasión. Luego que ya hubiese todos estos obstáculos vencido y superado, ¡cuántas celadas terribles podía el mar tenderle y cuántos abismos de muerte abrían sus fauces en torno suyo para devorarlo! Un viento súbito, una onda traidora, el cambio de repente, los monstruos varios que corren por las infinitas soledades del mar, los mil accidentes propios de una peligrosa natación, amenazábanle con las amenazas más

terribles y le tendían por doquier amagos de muerte. Luego, podía conocerse la marcha entre las aguas, bien por un relámpago en tormentosa noche, bien por un rayo de luna en noche serena, bien por la estela y el fósforo que su propio cuerpo produjeran en las luminosas y esplendentes superficies. Aunque había menos de una milla entre las dos riberas, el frío nocturno entumecería mucho los músculos y la corriente opuesta resistiría mucho también á los esfuerzos del nadador, aunque hábil y diestro fuera. Estas distancias marinas ¡ay!, siquier cortas, en estrechos y angostísimos, cual el Bósforo, se agrandan en cuanto, después de haberlas medido con la vista, queréis medirlas á nado. Todo lo que se acortan al contacto del ojo, se alargan al contacto del cuerpo. El joven enamorado griego hacía todas las noches dos expediciones; una de ida y otra de vuelta. Si á la expedición atractiva de ir le impulsaban los ardientes deseos y las esperanzas de hallar al otro lado satisfacciones indecibles á su amor, todo esto se tornaba en contra suya naturalmente á la vuelta, oponiéndole invencibles obstáculos, así las satisfacciones halladas como el amor intenso que lo retenían en las costas donde residiera su amada. ¿Pero qué resistencias no superan las pasiones humanas?

— Todas, menos aquellas que provienen de supersticiones arraigadísimas en la tradición y en las costumbres. Leandro pudo vencer con sus fuerzas físicas las resistencias del mar, pero no pudo vencer las resistencias del pueblo.

— Ocultar el amor é ir todas las noches al torreón de su amada, ¡crítico estado terrible!

— ¡Cuán importuna le debía parecer á Leandro la población entera de Abydos interpuesta en el camino de su felicidad! ¡Tan importuna como suele parecerme á mí la población de Roma interpuesta en el camino que debe seguir Nerón para llegar hasta mi jardín!

— Estos pueblos mediterráneos duermen poco y están siempre al aire libre. Dificilísimo, pues, el esquivar á su natural nervioso y curiosísimo un secreto de suyo tan interesante cual todo secreto de amor. Las noches en que no podía Leandro emprender su expedición, pasábalas entre insomnios más procelosos que todas las tormentas y más fatigadores que todos los nados. Para él mayor tranquilidad ofrecía la onda y la brisa que la cama. Así cuando no robaba

con facilidad el cuerpo al hogar y al pueblo natales, poníase triste y silencioso en alto escollo, deseando á un tiempo que las sombras espesaran cuando había necesidad de no ser visto y lucieran cuando había necesidad de ver. El náufrago perdido en la obscuridad horrible del mar no vió nunca el faro con la emoción despertada en Leandro por el fanal que la nodriza de su hermosa Hero encendía sobre la torre de Sestos. ¡Cuántas veces, ya resuelto, se volvería para ver si en el hogar paterno alguien velaba, ó si en la ciudad suya le seguía vigilante y sospechoso algún vecino! Cuando ya se había cerciorado de los hombres, faltábale cerciorarse de los elementos. ¿Quién le decía que la brisa más ligera y suave no se trocara en rápido y violento huracán? Las aguas palpitaban siempre y á estas palpitaciones entregaba su cuerpo. ¡Cuántas veces, aterido de frío, daba diente con diente, sintiendo esparcirse por todo su cuerpo el helor de los cadáveres! ¡Cuántas veces llegaba fatigado y sudoroso á los opuestos arenales después de haber pasado como un pez bajo las tumultuosas olas y tenido, al arribar, una especie de síncope que le anunciaba la muerte! A veces la hermosa luz que rielaba con tanto amor sus rayos de plata en la superficie celeste, le hacía verdadera traición y le inspiraba justo recelo de revelaciones y advertencias que hubieran podido de seguro traerle dolores irreparables á él y á su amada. Recordando entonces que la virgen Diana también amara en su vida, como los mortales y los inmortales aman, bien ó mal de su grado, y también pusiera sus puros labios en la frente de su Endimión dormido sobre la roca del Atinor, rogábale de hinojos, tendiendo sus dos brazos al disco plateado, tan hermoso en el cielo azul como en el mar calladísimo, á que le favoreciese y prosperara su difícil carrera entre los vientos y las aguas. Todo parecía conjurarse contra su amor, y no le quedaba más refugio ni podía obedecer á más impulso que á los movimientos y á los latidos de su corazón enamorado.

— ¡Feliz él, que á la postre se hallaba solo; feliz él que podía disponer entre tantas dificultades y obstáculos de su persona y de su tiempo al propio arbitrio! Si hubiera tenido en la cabeza una diadema imperial y en las manos un cetro y en los pies un trono ¡ah! nunca hubiese nadado, nunca, en aquella inmensidad.

— Por fin deslizábase — decía Nerón, — deslizábase Leandro

cautó en el mar. Aunque mil rumores produjeran las aguas y las costas, él únicamente atendía solícito al rumor que hacían sus remos naturales hendiendo las olas. A veces fatigado se tendía inerte y se dejaba llevar como un alga por la corriente. Mas súbito el eco de cualquier brisa le fingía un suspiro de su Hero y el centelleo de aquel fanal tan adorado le derramaba un calor vital nuevo en las venas. Y entonces ganaba con ímpetu el espacio perdido en los anteriores desmayos. Cuando más próximo estaba el fin de su viaje, más combatía el atleta hermoso con las resistencias de todos los elementos y mayores milagros operaba con las fuerzas de sus músculos impelidas por las fuerzas de su espíritu. Al fin los rayos del fanal puesto en la torre caían sobre su cabeza y la figura de aquella hermosa Hero se aparecía junto al nadador extático. A la vista de aquella luminaria y á la presencia de aquella mujer, mares y montes, cielos y tierras, los astros del infinito y las estelas del Helesponto se transformaban como si participasen de su felicidad y sintieran su regocijo.

— ¡Cuáles emociones — Acté decía — irían señoreando á la infeliz Hero conforme su amante luchaba con las ondas! Siempre nuestro corazón supera, Nerón, al vuestro en la intensidad infinita de sentir. Prescindiendo por completo de la mayor capacidad que poseemos para los tiernos afectos, ¡ah! nuestra condición doméstica y nuestra debilidad irremediable hacen que la mujer, en casa recluída, sólo tenga como distracción el propio pensamiento. Más social, mucho más social el hombre que la mujer, experimenta, encuentra en el trato, bien un auxilio, bien un desahogo, difícil de hallar por nosotras, aves de jaulas que se llaman harén ó gineceo. Las faenas del hombre lo divierten de una idea fija, mientras las faenas del sexo mío á una idea fija lo atan. La más digna de compasión en esta gran porfía necesariamente había de ser la más idónea para el amor. Aun Leandro, si padecía, luchaba; mas Hero padecía sin luchar. El combate le quita suma intensidad al dolor. Los héroes, que mueren siempre combatiendo, llevan un reflejo dulcísimo de felicidad en el rostro y un dibujo de sonrisa en el labio. Pero hechas estas reflexiones que la triste condición del sexo nuestro me sugiere, continúa tu relato, que se graba con tus palabras de fuego en las amplias telas del corazón. Sigue, Nerón, sigue.

— La sacerdotisa de Venus, la enamorada Hero, cuando tornaba de los ejercicios del culto, recluíase dentro de la torre, curándose únicamente de su pasión ardorosa, en la cual arrojaba el combustible de todas sus ideas y de todos sus recuerdos. Su cabeza inclinada tristemente, sus ojos entornadísimos, sus cejas fruncidas, sus brazos caídos, su actitud de abandono y desmayo en la sede habitual de su ministerio, decían á las claras cómo un solo afecto la oprimía y tiranizaba. Únicamente hablaba con la nodriza del amor y del amante á la continua. Mas el objeto perpetuo de sus miradas era el Helesponto. No señalan pleyadas, arturos y sirios las vías marítimas como sus presentimientos. Creeríasela un ave nocturna de las que pasan, como los agoreros alciones, la vida entera en los escollos rodeados por las olas, anunciando á gritos el cambio de los vientos. ¡Con qué sumo interés contemplaba el cielo y con qué viva emoción la enamorada sentía el resultado de sus contemplaciones! ¡Cómo su escudriñadora mirada se hundía en el horizonte profundísimo! ¡Qué placer le daba el buen tiempo! ¡Y cuánto vibraban sus nervios así que una ráfaga de aire, una palpitación de ola, un culebreo de relámpago alteraban el seno azul de la mar tranquila, cuyas celestes aguas servían como de lecho á su amor! Hero llegaba en su pasión á odiar el día y la luz. Estrella tan hermosa de suyo, huía el éter en que tomaba su brillo. No veía más que un punto en la inmensidad, el fanal encendido para guía de Leandro sobre la torre de Sestos. ¡Cuántas penas mientras éste atravesaba el Estrecho! Muchas veces tomaba el fosforeo de las olas por sus ojos y el salto de los delfines por su cuerpo. Sentábase, levantábase maquinalmente, corría de un lado á otro como loca, interrogaba con inoportunidad á los astros, hacía por detener los vientos desfavorables con sus delicadas manos, y puesta de hinojos presentaba en oraciones sin fin á los dioses del mar y del cielo y del campo sacrificios sin término. A la terminación de tantas inquietudes, los nervios sacudían todo su cuerpo, como el huracán al arbusto, y una especie de sueño magnético penetraba en su espíritu asaltado por obsesiones mágicas semejantes al delirio en sobrexitación de la demencia. Hero solía encomendarse con preferencia y principalmente al dios Neptuno. Aquel mar surcado por Leandro tenía todos los caracteres de un mar adverso á las doncellas. Hele había caído en sus ondas



desde los cielos y ahogádose allí. Hero, por ende, creía indispensable una plegaria continua, de indispensable necesidad para desarmar los dioses encolerizados. ¡Cuántas veces decía la infeliz á Neptuno, mientras Leandro nadaba en su busca, dudando por su mal del arribo y del encuentro, que no estaba tal dios para oponerse á los amores ajenos, ni para permitir al viento contrario que los combatiese y los contrastase, cuando él mismo amara tan perdidamente á Tiro, tan alabada por sus gracias; á Circe con todos sus hechizos; á la incomparable Alción, que siempre va pareada y riza los mares y llena de gritos los vientos; á la hija de Alimón, á Medusa, no obstante su cabellera de culebras, y á la misma Celeno puesta entre los astros de la noche! Quien así ha sentido el amor no puede negárselo á los demás sin renegar de sí mismo. Después de todos estos recuerdos, le observaba que un dios tan grande y tan fuerte como él puede combatir á los altos navíos y á las flotas ricas, pero no á un pobre nauta, más mísero y más obscuro cuando va por el seno de las aguas que los últimos peces de un estanque. Tras estas oraciones, Hero atizaba la torcida luminosa de su lámpara brillante. Y si al atizarla chisporroteaba, signo fausto, deshaciase la joven enamorada en suspiros tiernos de santas esperanzas y en acciones amorosas de merecidas gracias. Después coge su copa sacra, y vertiendo en ella el hidromiel consagrado á Venus, la bebe y apura, tras lo cual entona un sacro y armonioso himno. ¡Qué regocijo, después de haber orado y ofrecido las libaciones litúrgicas, encontrarse con que Leandro arriba y se arroja en sus brazos abiertos! Desnudo como un atleta heleno; curtido por las ondas saladas, á las cuales añade, para más adobar el cuerpo, los aceites de Minerva; ceñido y coronado por algunas algas que se prenden y enredan á sus ensortijados cabellos; iluminado por la luz de los astros que se juntan con el resplandor de la querida lucerna; los ojos arrobados por el amor; los latidos del corazón moviéndole como si fuese una fuerte armadura el pecho; fuera de sí por el regocijo que le causara la felicidad increíble de su llegada entre tantos daños y entre tantos peligros y procelas; diríasele un dios marino que sube impulsado por una especie de ascensión providencial desde las aguas á los aires para volar después al cielo. ¡Cuánta efusión á la llegada y encuentro! La misma incertidumbre del arribo y las horribles lu-

chas con los elementos sostenidas prestan fuerza á la satisfacción y al placer. El deseo cumplido y satisfecho de la llegada feliz adormece por un instante toda otra sensación y apaga toda otra idea. Tras estas emociones vivísimas llega el éxtasis de la mutua vista. Entrelázanse los brazos, confúndense los senos. Cada cual de los amantes parece buscarse á sí mismo en los respectivos ojos del amado, y los labios demandan besos al par que despiden suspiros. Entre los arrobamientos de la pasión exaltadísima, refiérense uno á otro aquellos dos extáticos amadores todo cuanto les ha sucedido en su ausencia. Y aunque sea siempre lo mismo, pensar cada cual en la mitad de su alma, convertir desde las opuestas orillas cada cual sus sendas miradas al punto donde cree hallarse su amor, y repitan la expresión de los mismos duelos por las despedidas y del mismo regocijo por los regresos, es lo cierto que les parece todo nuevo y todo por vez primera sentido. Tanta es la viveza de las emociones momentáneas en el seno de la felicidad recentísima, que pone olvido de las emociones pasadas y concentra la vida en un minuto. Pero ¡ah! que la noche pasa pronto. Avescinase tras la rapidez vertiginosa de aquellos encantos la traidora luz que debe ahuyentarlos. Y como Leandro viene después que la población de Abydos se duerme, y ha de volverse antes que despierte, las horas consagradas al amor ¡ay! resultan pocas y pasan pronto. ¡Qué sensación tan áspera é ingrata la del ruido menor que anuncie, ya el aletear de las aves canoras, ó ya el zumbar de los insectos diurnos! La riente alba que tiñe de luz perlada los bordes hasta entonces oscuros del Oriente y derrama por doquier alegría, paréceles á ellos una sombra negra de nefastísima tristeza. Por fin Leandro tiene que irse y quedarse la infeliz Hero. Las lágrimas riegan la tierra que les ha visto ha poco tan satisfechos, y los suspiros de felicidad se truecan en sollozos de amargura. Leandro huye del crepúsculo matutino y Hero sigue á Leandro desde su torre con los ojos fijos y los brazos abiertos. Así transcurrieron noches y noches de amor. Pero en una tristísima ensoberbecieronse los vientos, alteráronse las aguas, y las fuerzas del joven que atravesaba el Helesponto le faltaron y los adversos elementos le rindieron. Leandro se ahogó. Hero, para quien la vida no tenía precio, muerto su amado, lanzóse á las aguas, y murió á

su cuerpo abrazada, despidiendo con su postrer beso su postrer suspiro. En aquel Bósforo, donde se juntan las regiones más célebres del planeta, donde se miran las ciudades populosísimas del extremo de Asia y del extremo de Europa, donde vagan desde los recuerdos que despiertan la memoria de los argonautas en las primeras navegaciones hasta los recuerdos de los héroes en las guerras médicas, no hay nada tan recordado y tan querido como las sombras de Leandro y Hero, discurriendo en los giros del aire y retratándose en los cristales del agua.

— He aquí, Nerón, que has contado, sin quererlo y sin pensarlo, con elocuencia la historia de nuestro amor. Yo estoy en una orilla del Imperio y tú en la opuesta. Para verme y hablarme necesitas pasar mares más procelosos que las aguas del Helesponto; los mares de las romanas supersticiones. Declaro sin vanidad, lo declaro, ser yo la estrella de tus ojos como el nocturno fanal encendido en Sestos fué la estrella de los ojos del infeliz Leandro. Te creo cuando me dices la ventura que aquí encuentro; ¡oh! te creo y me asalta un orgullo justísimo viéndome y considerándome señora del señor de la tierra. Hoy nos favorecen los vientos; y la obscuridad en que nuestros amores yacen, los recata, y en este recato los perpetúa, como la noche los sendos amores de nuestros dos malogrados amantes. Pero así como, en medio de la mayor felicidad y cuando más les halagaba y sonreía su interior satisfacción, una ola enemiga y un viento traidor anegaron á los dos jóvenes en el abismo, las intrigas cortesanas, las ambiciones múltiples, los celos y los recelos de tantos como nos atisban y persiguen, acabarán también ¡ay! pronto con los dos, y como tú no seas únicamente mi amor y mi esperanza, como seas también el amor y la esperanza de todos los romanos, habré de abandonarte á suerte más propicia y morirme yo sola como virgen malograda ó como viuda llorosa. En esa historia, por ti relatada con una viveza tan grande, consuela y fortifica ver á los amantes convirtiendo y trocando en amor la muerte. ¿Qué les importa morir á los cuitados, si mueren juntos? Pero nosotros vamos á morir también, víctimas de un destino tan adverso como el que agobió á Hero y Leandro; pero vamos á morir separados.

— ¡Oh! No lo creas, no lo creas, Acté: mi voluntad no consentirá esta separación jamás. Si me colocan en la horrible alternativa

de optar entre mi corona y tus brazos, optaré por tus brazos. Yo muchas veces lo dije: no me siento de modo alguno grande y excelso allá en las cumbres del trono; me siento grande y excelso aquí en el recatado asilo de amante corazón. El trono me quita mi verdadera gloria, la gloria de artista. Yo no había nacido para mandar; yo había nacido para cantar. La Naturaleza me hizo, no del hierro de los combates, no del oro de los cetros, del aroma de los laureles y de los mirtos. Créete que si yo cantara como sé ante un auditorio helénico; si yo tañera mi cítara en el oído abierto á toda melodía de los pueblos artistas; si yo representara una tragedia de Sófocles en un teatro de Atenas; si yo compusiera versos y luego en público los dijese, ganariame una vida tan lujosa como aquella que pueden darme los grandísimos tesoros imperiales. Si quieres, dejemos Roma y vámonos juntos á cualquier isla griega. En Rodas todo nos halagaría. Tú brillarías por la hermosura y yo por el arte. Seguiríannos las gentes con entusiasmo. No habría cortesanos, ni habría intrigas, ni esas pasiones que temes, ni esos vientos ni esas olas de ambición siniestra en que sospechas con tanta razón anegarte. Viviríamos pareados el uno para el otro. Los álbos nos darían sombra, el mar serenatas, nuestro amor lo infinito, el arte regocijo y recreo con los múltiples medios de vida que necesitásemos. Allí seríamos el uno para el otro solamente. Allí yo me miraría en tus ojos sin recelo de cansarme y tu oirías mis canciones arrobada en éxtasis perpetuo.

— No continúes: todo eso es muy bueno para dicho; mas no quiere, no, que suceda el adverso hado nuestro. Tú no tendrás otro remedio sino aceptar el imperio que te depara la suerte y casarte con Octavia que te depara el imperio. Quieras ó no, habrás de obedecer á tu madre Agripina; y quiera ó no Agripina, por su parte habrá de someterte á esta dura necesidad, á casarte por la razón de Estado y no por los impulsos del corazón. De mí no te acuerdes. Con tal que yo sepa la preferencia de tu corazón por el mío, bastante poco me importan las designaciones oficiales de otra para tu aparente compañera y esposa. La cadena penetra en el interior nuestro como si tuviese un cortante filo y nos hiere allá en el alma. Yo no quiero ser sino tu esclava, tu esclava predilecta, pero tu esclava, Nerón mío.

— Mas yo, por lo contrario, yo quiero ser tu esposo. El principado ejercido por mí en Roma pide que los demás sean siervos; pero que yo sea libre. Y si carezco de la rudimentaria facultad ejercida por el último romano, del albedrío para elegir la esposa preferida por mi amor, ¿dónde se halla, dónde, mi libertad? Yo quiero vivir contigo y á tu lado. Yo no pongo un grandísimo empeño en llamarme rey ó emperador de Roma; lo pongo en llamarme marido de Acté. Un matrimonio con Octavia me parece un suplicio perdurable. La estada, por lo contrario, á tu lado me parece una residencia gloriosa en los Eliseos Campos, lleno de bienaventuranza. No porfies, porque, te lo digo, dejaré mi corona, tomaré camino de Ostia, y en el puerto aquel nos embarcaremos para vivir de nuestro amor en casa y de nuestro arte fuera.

Cuando acababa el joven príncipe de pronunciar tales palabras, un esclavo comunica que el senador Vitelio quiere hablar con el príncipe Nerón para cumplir un mandato de la emperatriz Agripina. Los dos jóvenes palidecen, primero á los siniestros nombres pronunciados, y luego á la idea de que su retiro se conoce y espía.

— Deja — le dice Acté con lágrimas — este amor sin matrimonio; y abraza, obedeciendo tu destino, el matrimonio sin amor.



## CAPÍTULO VII

### CORONA Y YUGO

En cuarto muy próximo al de la escena precedente aguardaba Vitelio á Nerón.

— ¿Tú aquí? — preguntó éste al enviado de su madre.

— Yo aquí — respondió el embajador con arrogancia.

— ¿Cómo has conocido un escondrijo cual éste?

— Yo no soy yo, Nerón; yo soy la voz de tu madre.

— Harto lo sé.

— Por consiguiente no hay medio de que tu madre ignore las casas que frecuentas.

— Creo que sabe hasta los ensueños de mis noches y los pensamientos de mi conciencia.

— Pues no debes, conociéndola como la conoces, extrañarte de que haya sabido tu escondite y menos de que haya enviado un devoto tan fiel como yo en tu busca.

— ¿Qué quiere de mí?

— Quiere de ti una enajenación de la libertad indispensable al allegamiento de corona para tus sienes tan espléndida como la corona del sol.

— Hablando en plata: quiere que me case.

— Justo: eso quiere, que te cases.

— Mas yo, por lo contrario, yo quiero ser tu esposo. El principado ejercido por mí en Roma pide que los demás sean siervos; pero que yo sea libre. Y si carezco de la rudimentaria facultad ejercida por el último romano, del albedrío para elegir la esposa preferida por mi amor, ¿dónde se halla, dónde, mi libertad? Yo quiero vivir contigo y á tu lado. Yo no pongo un grandísimo empeño en llamarme rey ó emperador de Roma; lo pongo en llamarme marido de Acté. Un matrimonio con Octavia me parece un suplicio perdurable. La estada, por lo contrario, á tu lado me parece una residencia gloriosa en los Eliseos Campos, lleno de bienaventuranza. No porfies, porque, te lo digo, dejaré mi corona, tomaré camino de Ostia, y en el puerto aquel nos embarcaremos para vivir de nuestro amor en casa y de nuestro arte fuera.

Cuando acababa el joven príncipe de pronunciar tales palabras, un esclavo comunica que el senador Vitelio quiere hablar con el príncipe Nerón para cumplir un mandato de la emperatriz Agripina. Los dos jóvenes palidecen, primero á los siniestros nombres pronunciados, y luego á la idea de que su retiro se conoce y espía.

— Deja — le dice Acté con lágrimas — este amor sin matrimonio; y abraza, obedeciendo tu destino, el matrimonio sin amor.



## CAPÍTULO VII

### CORONA Y YUGO

En cuarto muy próximo al de la escena precedente aguardaba Vitelio á Nerón.

— ¿Tú aquí? — preguntó éste al enviado de su madre.

— Yo aquí — respondió el embajador con arrogancia.

— ¿Cómo has conocido un escondrijo cual éste?

— Yo no soy yo, Nerón; yo soy la voz de tu madre.

— Harto lo sé.

— Por consiguiente no hay medio de que tu madre ignore las casas que frecuentas.

— Creo que sabe hasta los ensueños de mis noches y los pensamientos de mi conciencia.

— Pues no debes, conociéndola como la conoces, extrañarte de que haya sabido tu escondite y menos de que haya enviado un devoto tan fiel como yo en tu busca.

— ¿Qué quiere de mí?

— Quiere de ti una enajenación de la libertad indispensable al allegamiento de corona para tus sienes tan espléndida como la corona del sol.

— Hablando en plata: quiere que me case.

— Justo: eso quiere, que te cases.

— ¿Y no comprende cuánto me repugna Octavia?

— Si el casarte con ella fuese lo único repugnante que debieras hacer para ganarte Roma y su imperio, ya podrías darte por satisfecho.

— Pueden superarse todas las repulsiones y vencerse todas las repugnancias, menos las opuestas al amor, en que domina con absoluto dominio lo indeliberado, lo necesario, lo fatal, todo lo superior á nuestra voluntad y á nuestro deseo: créelo, Vitelio.

— Pero el amor nada tiene que ver con el matrimonio; y puedes vivir con Octavia, como vivirías con una hermana.

— Mas no basta repeler á la esposa, con quien has de vivir, y tenerla dentro del cubículo apartada de tu lado como un mueble viejo incómodo: el corazón joven ha menester del amor verdadero; y el amor verdadero lo inspira quien lo inspira, sin en ello tener parte ninguna ni sobre ello ningún dominio, no ya la voluntad más ó menos imperiosa de la madre, nuestra propia voluntad.

— Pero ¿quién te impide tratar, después de casado, á tu predilecta como la tratas hoy? No has de guardarle fidelidad, aunque quieras, en el mariposeo propio de tus cambiantes emociones y en la complexión propia de tu tornadiza voluntad.

— Uno quiere, no solamente amar, decir al mundo que ama; no solamente vivir bajo el recatado techo con el ser predilecto, vivir al aire y á la luz. Nada gusta como verse por los demás envidiado cuando se posee una hermosa mujer, y presentarla con orgullo en sociedad para que un rumor de admiración le siga y acompañe por todas partes.

— Satisfacción pueril, indigna de un príncipe como tú.

— No has amado nunca, Vitelio, si no has comprendido que á mis años el corazón desea un imperio para ponerlo al pie de la mujer amada y con la mujer amada compartirlo.

— Pero si haces cuanto ella quiere, tanto importa que sea en secreto como en público.

— Acté. ¿Qué será de Acté?

— Pues reconocerá que la quieres más cuantos mayores obstáculos encuentres á la satisfacción de tu amor. Y darálo por bien empleado el matrimonio, si resulta en multiplicación de tus favores y en provecho y prosperidad de su amor.

— Pero ¿cómo le voy á dar el corazón ahora y el Imperio mañana, dime, á otra, que no sea ella?

— Del corazón dispondrá siempre que tú así lo quieras. En cuanto al Imperio, ya es harina de otro costal.

— No lo quiero sin ella.

— ¡Calla, cuitado! Eso muy pronto se dice y se hace muy tarde.

— ¡Lo juro!

— No jures en vano.

— ¡Por Hércules, que así lo creo!

— Deja en paz á Hércules.

— No me satisfago con que sea la soberana de mi albedrío; quiero que sea la soberana de mi Roma.

— En Roma no podrías dominar con una mujer extranjera por esposa.

— ¿Lo crees así?

— Así lo creo.

— ¿Pues no abrió mi tío César el Senado á la gente gala y no ha hecho á los extranjeros mi padre Claudio ciudadanos de Roma?

— Pero no podría, no, hacerlos emperadores y césares.

— Un axioma del nuevo régimen, odioso á Lucano, del régimen imperial, es que sea señora del mundo la voluntad soberana del emperador.

— Mientras la inspire y la dirija el espíritu de las tradiciones y de las ideas romanas.

— ¡Bah!

— Y las ideas y las tradiciones romanas quieren que un emperador tenga por mujer á una patricia. Convierte los ojos á tu familia toda y asentirás á esta observación mía. Patricia la mujer de César, patricia la mujer de Augusto, patricia la mujer de Tiberio, patricia la mujer de Calígula, patricias las dos mujeres de Claudio.

— ¡Buenos ejemplos! Livia dominó al divo Augusto hasta el extremo de revolverlo contra las prendas más caras de su propio corazón y forzarle á exterminar toda su familia. Tiberio fué infeliz en su casamiento con Julia. Calígula prefería yacer con la luna en Bajas á todo amor en el matrimonio. Respecto de Claudio, ¡buena suerte le cupo al infeliz, primero con Mesalina, y buena le cabe hoy con mi madre!

— Bien. Será cuanto tú quieras; pero no puedes negar el amor desordenado que le profesa y el sacrificio inmenso que ha hecho al casarse con Claudio, únicamente para protegerte á ti hasta convertirte del hijo de un patricio medio loco y de una princesa medio desterrada en propincuo emperador.

— Pero así como ella me hizo príncipe imperial á mí, su hijo, yo quiero hacer futura emperatriz á la pobre Acté, mi amada.

— Párate á considerar que lo pensado y querido por ella era posible, mientras imposible lo pensado y querido por ti. Párate á considerar que hay madera para tallar un emperador en verdadero nieto de Germánico y no hay madera en una sierva para que pueda tallarse cosa ninguna.

— ¡Pero si desciende Acté del rey de Pérgamo, que tan adicto fuera en el Oriente á Roma!

— Desengáñate, Nerón; aunque descendiese de los dioses del Olimpo, nunca la tragaría nuestra ciudad.

— No digas eso.

— Criado tú durante la proscripción de Agripina entre siervos, no sientes contra ellos las mil odiosidades experimentadas por nosotros los verdaderos latinos á su presencia no más. Tu dulce pasta y tu natural optimismo no hallan inconveniente alguno en que sancione la sociedad afectos inspirados por la Naturaleza. Pero si quieres perder toda probabilidad á la corona, pon entre las condiciones para heredarla y recogerla el casamiento con Acté. Ya puedes, infeliz, despedirte del trono para siempre.

— No me importa. Viviremos como dos tórtolas campesinas. Nos ganaremos la vida como dos artistas helenos. Ella representará tragedias antiguas en el teatro y acompañaré yo los versos sublimes con mi áurea lira.

— No seas cándido. Todo eso es mera soñación de poeta. Estás en poder de tu madre y tu madre te condena sin remisión al imperio.

— Para imperar ella.

— Por mal concepto que tengas de Agripina, comprenderás cómo, necesítandote, cual tú dices, para imperar en nombre tuyo, necesita tenerte y guardarte á guisa de tesoro. Déjate querer, Nerón, déjate querer.

— Estoy enojado con mi madre.

— Lo comprendo. Estás enojado porque contraría esta pasión, la cual pudiera perderte, como si aún fueras niño y te incomodases porque te quitaban en la mesa un plato muy gustoso, preservándote de un entriporrio pronto á degenerar en una mortal indigestión.

— ¡Mire que mandarte aquí, á un recatado retiro, con esta embajada tan cruel á mí, contra mi amor! ¿Cuál arte maléfica mostró á mi buena madre tal escondite de su hijo?

— Parece imposible que no reconozcas cual un censo de tu posición y de tu fortuna el continuo espionaje.

— Ya veo que me siguen por doquier y espían. Por eso te digo que preferiría un teatro donde sólo tuviera que habérmelas con el público, á este imperio en que debo habérmelas con todos los misterios y tengo que hallarme circuido siempre de sombras.

— Mal te quiere quien te aconseja un amor así tan desvariado.

— Nadie me aconseja, sino mi corazón.

— Alguien más, Nerón, alguien más.

— ¿Quién puede ser?

— Séneca.

— ¡Oh!

— Te maravilla el descubrimiento.

— Sí: el filósofo ha dicho que necesitaba un amor así con el secreto y el recato, con que pudiese hablar mi propia conciencia en lo más íntimo de sus más calladas reflexiones.

— Mil veces te lo tengo dicho. Tu madre, como agorera, presagia lo porvenir; como maga, lee las dobles astrologías del cielo y del espíritu.

— ¡Ah!

— Y hace mal Séneca, pues nunca fuera sin Agripina admitido en Roma nuevamente y elevado á tan grande dignidad como la dirección del heredero de tanto imperio.

— Quiere mi bien y me aconseja lo justo.

— Yo erco precisamente lo contrario.

— Sabe que no puedo vivir sin amor y que no puedo sentir el amor sino mediante la sugestión de Acté.

— Si Acté fuera un amor exclusivo tuyo, lo comprendo. Pero

¡cuántos otros amores no has tenido en tu corta y experimentada vida!

— Mas ninguno ha logrado fijarme y absorberme como éste. Así puedo llamarle por ahora exclusivo. Créelo, Vitelio.

— Pues habrás de perdonarme si te digo que no creo nada en esta materia de cuanto me dices. ¿Cuál número de casas como ésta, Nerón, tendrás en Roma? ¿Con cuál número de mujeres te habrás creído tan ligado como con Acté?

— No digas eso. Las paredes oyen y podría oírlo mi amor.

— ¿Crees que no lo habrá en su perspicacia de mujer adivinado?

— No, porque le muestro una embriaguez de su amor, no tan grande á la verdad como la sentida en el profundo corazón mío; que no pueden de modo alguno sentirse dos pasiones tan intensas así en una sola vida.

— Pues, amándola de tal suerte, querrás conservarla; y queriendo conservarla, tendrás que rendirte á tu madre y pasar por cuanto tu madre quiera.

— He llegado á un extremo tal, que si Agripina lo permite, yo me voy con Acté á Rodas, y constituyo á la vista del mar griego un nido de artistas.

— No pienses tal desvarío, ni menos que pueda tu madre permitirlo.

— Quiero mi libertad, quiero mi amor.

— Comprende una cosa, la cual parece ocultarse á tu penetración, comprende que toda la fortuna de Agripina está enlazada contigo, y no puede, no, dejarte ir, aunque lo mandara Júpiter.

— Ella sólo siente ambición y yo siento amor.

— No seas loco.

— Renuncio á la herencia del trono, renuncio á la triste adopción de Claudio, renuncio á todo, abdicó de todo.

— Pero ¿crees que van á dejarte libre después de haber pasado por este palacio? ¿Crees que los espías no habrán de seguirte á Rodas y no habrán de penetrar hasta tu nido de artista? La sombra de tu grandeza, quiéraslo tú ó no lo quieras, te acompañará de seguro hasta la muerte.

— ¿Conque puedo por un suicidio quitarme la vida, y no puedo

por una consciente renuncia quitarme cosa tan secundaria en comparación de la vida como el Imperio?

— No puedes.

— Pues ¿en qué me diferencio del esclavo? Atale á él una corona, mientras á mí una cadena. El oro mío es tan pesado como el hierro suyo.

— Aconséjate de Séneca y te asegurará lo mismo, digas cuanto quieras, pues lo considero el más insistente de todos en desear tu enlace con Octavia. Un poco de reflexión basta indudablemente á comprender que no puedes renunciar á tu grandeza y que hasta en la sepulcral tierra, frío, muerto, tendrás mayor sepultura que los otros mortales. Partidario Séneca, cual yo, del matrimonio tuyo con Octavia, más partidario aún, pues apremia de continuo á la madre para que lo realices, podrá, en el conocimiento que tiene de tu naturaleza y en el deseo de concentrar la juventud sobre un solo amor, decirte que ames á la humilde Acté, pero como tu manceba, no como tu esposa, la cual será por fuerza de imperial familia y no de servil extracción.

— Diciéndome que ame, díceseme cómo debo amar. El amante no puede apartarse del objeto amado, y al unirme con él, únome como soy, con todo lo que puedo, con todo lo que tengo, con todo lo que valgo, con todo.

— Así puede hablar un ciudadano cualquiera, que dispone de sí mismo; no puede hablar quien tiene una corona como tu corona y una madre como tu madre. Puedes, Nerón, subir á dios olímpico; no puedes, no, descender á particular simple.

— Me revolveré contra mi madre.

— No digas tal cosa.

— ¿Por qué?

— Porque pronuncias tu sentencia de muerte.

— ¡Venga la muerte!

— ¡Y cuándo lo dices, ingrato, cuando tu madre lo arriesga todo alzándote al trono y persiguiendo de muerte á tus perseguidores!

— Pero lo hace por ella, únicamente por ella y para que le sirva de peana bajo los pies con cuyas plantas me huella y me oprime.

— Ten calma.

— No puedo.

— Piensa lo que hiciera tu madre por ti.  
 — Lo ha deshecho todo con sus actos.  
 — Jamás por mí sabrá la conversación que los dos hemos tenido.

— ¡Pues no ha de saberlo!..

— Me desconoces, Nerón; desconoces y olvidas cuantos servicios traigo prestados á tu persona y á tu causa, y me juzgas capaz de así delatarte á la cólera de Agripina.

— Pero aunque no lo cuentes, ella lo sabrá por sus espías. ¿Crees que no habrás tú sido también espiado? Aquí nadie se libra del esbirro, nadie; pues cuanto más poderoso, más seres siniestros de tal especie lleva tras de sí. Tú lo has dicho hace poco: desde la dictadura de Sila constituye la delación una piedra verdaderamente angular en la base de nuestra Roma. Y como tú lo has dicho, aquello que no sabe Agripina ó no le cuentan, ella con sus hechicerías de maga lo previene y lo prejuzga y lo preconice y lo advina. Cátate que sabrá todo esto, y que procederá en consecuencia.

— Pues ya que abres el corazón al amigo de tu madre, debo decirte que lo sabe todo, y que, no obstante saberlo, ahora cual nunca insiste con anhelo en llevarte al trono, y para llevarte al trono en unirse con Octavia, pues así podría Claudio dejar á su hija la corona, ya que ha de condenar sin remedio á su propio hijo, á su Británico.

— Hete observado ya, y lo repito, que mi madre sólo quiere su propio poder y no el mío en todo cuanto hace para conseguirme la corona.

— Pues debes aprovecharte de cuanto haga en tu bien y no molestarla con rebeldías é irreverencias, las cuales podían costarte caras. No mires á lo que pueda en ella contrariarte; mira únicamente á lo que pueda en ella favorecerte. Piensa que todo lo sabe. Hasta en el joyero de las emperatrices ha notado la falta de algunas piedras preciosas, lo cual equivale á notar la falta en el Océano de algunas arenillas, y atribúyesela en su previsión á robos tuyos para engalanar con ellas amantes, amigos, cortesanos, cómicos y bufones.

— En tal estado y con semejantes cosas confiesa, Vitelio, que se va poniendo insufrible.

— No me cuesta ningún trabajo asentir á tu opinión, y á ti tampoco debe costarte ninguno asentir en su virtud á mi propuesta definitiva.

— ¿Cuál es tu propuesta definitiva?

— Que saques de Acté la conformidad con tu boda y tomes á Octavia por mujer.

— Pero con eso repites la mismísima canción que vienes diciendo desde un principio.

— Y no tengo más remedio que repetir la canción, como tú no tienes más remedio que oirla y obedecerla.

— ¡Vitelio!

— Piensa en el bien de Acté.

— No pienso en otra cosa, ni otra cosa procuro.

— Pues no la quieres tanto como yo suponía.

— ¿Por qué?

— Porque no adviertes los graves peligros á que la expones con tu loca tenacidad en conseguir un verdadero imposible.

— ¿Peligros para mi Acté?

— Peligros para tu Acté.

— No me digas tal.

— Debo decirte en favor tuyo, puesto que los desconoces y por ende los desdeñas.

— ¡Oh, Júpiter!

— En la Roma imperial reina la muerte por fuerza.

— Tienes razón. ¡Cuán voraz monstruo el Imperio!

— Los que, fieles al genio romano, se mantienen de pie y continúan adictos á las constituciones republicanas viven circuidos de siniestros esbirros y mueren á manos del verdugo.

— Es verdad.

— Cada uno de nosotros, hijos de aquellos patricios, respetados en el mundo entero por haberlo dominado y dirigido merced á un principio tan alto como la libertad, tenemos que arrimarnos para vivir á cualquier facción palatina y que inscribirnos entre los siervos y los caballos de César.

— Verdad también.

— Hablas como Séneca y como Lucano, cual si estuviéramos en república perfecta.



— En verdad, aquí á solas con la conciencia nuestra todos hablamos como Séneca y como Lucano. Luego en la vida todos hacemos lo que Lucano y Séneca, resignarnos con la fatalidad y someternos al destino. Por consecuencia todos pertenecemos á un partido. Y necesitamos cuidar del partido como los navegantes del buque donde van embarcados. Pues así como en alta mar os ahogáis al faltaros el buque, perecéis en la Roma imperial si os falta el partido. Agripina constituyó uno de carácter omnipotente, venciendo á los mejores y más poderosos libertos de Claudio. Nosotros, tú y yo, pertenecemos á ese partido. Si ella sucumbe, morimos los dos con ella.

— Tienes razón.

— Ya que tu corazón, digno del corazón de Agripina, por fuerte, nada respecto de la madre te sugiera, sugiérate algo respecto de la emperatriz tu razón, que debe ser tan fría como la razón de Estado.

— Pero ¡si amo tanto á mi esclava!...

— No la quieres cuanto debieras puesto que la condenas implacable á muerte. Agripina, en el combate donde se ha enfrascado, no retrocederá. Necesita superar cuantos obstáculos puedan oponerle así los elementos como los hombres. Acté para ella es una dificultad. Pues la suprimirá. Lo mismo le da matar siervas que si matase pulgas.

— No lo repitas.

— Pues lo repito para determinarte á cumplir sus órdenes.

— Cuanto me habías dicho hace poco no determinaba ni de cerca ni de lejos mi voluntad. Pero el riesgo posible y aun probable de un daño para mi pobre Acté, obligame á recogerme y á recaptar, dándote la razón.

— Pues ¿no habrías de dárme la con que sólo reflexionaras un minuto?

— Ya tenemos bastantes enemigos en Roma; y si con esos enemigos se va mi madre, no hay salvación para la vida de mi pobre Acté, pues querrán en lo vivo herirme, y para ello herirán á mi amada, sabiendo como saben que me herirían en mitad del corazón á mí.

— Y no tiene más remedio tu madre que proceder como yo temo; no tiene más remedio, Nerón.

— Discurre con acierto.

— Deseosa de granjearte la herencia, necesita reforzar los títulos en tu pro. Para reforzar los títulos en tu pro, necesita presentarte con alguno capaz de contrastar el sentimiento de paternidad tan vivo en Claudio. Británico será el designado necesariamente al trono en las vivas preferencias de Claudio; no tiene remedio esto. En vano tu madre le ha dicho que haber nacido de unas entrañas como las de Mesalina no arguye gran cosa en pro de la paternidad suya. Claudio se emperrea en que Británico le debe la vida y el ser; por consecuencia le exige con derecho la corona. Ya sabes cómo las echa de jurisconsulto Claudio, y testará en su favor. Y tal testamento en favor de Británico equivale á una sentencia de muerte lanzada sobre Agripina y sobre ti. Por consecuencia la emperatriz no tiene más remedio que defenderse con los dientes y con las uñas de todos sus enemigos. Le va en ello, no el poder, no la libertad, no; le va la vida. Y como ser humano tiene que salvarse primero ella, y como madre tiene que salvarte después á ti mismo, y como emperatriz tiene que salvarnos sin excepción á todos sus partidarios.

— Verdad, verdad, verdad.

— Y título primero á favor tuyo, captar un testamento de Claudio; y captación segura del testamento de Claudio, casarte con Octavia. Esta es hija suya como Británico; y casada contigo puede, con iguales títulos que tu rival, aspirar á la herencia. Cuanto hemos hecho por demostrar que los hijos de Mesalina no podían ser hijos también de Claudio, ha resultado inútil de toda inutilidad. Hubiéramos desbancado á los hijos como desbancamos á la madre, de tener una persona tan sólo en favor nuestro, de tener en los dados nuestros uno que nos ganaba la partida, Narciso.

— ¡Ya lo creo, como dueño del dueño de la tierra!

— Cuando Narciso combatió á Mesalina, el emperador la dejó matar. Y así que Narciso, eternamente hostil á tu madre por las inclinaciones de tu madre al rival de aquél, á Palas, inclinóse á los hijos de Mesalina, Claudio se inclinó á ellos, necesitándose para contrastar estas inclinaciones y recabarte las ventajas obtenidas todo el poder junto con toda la destreza de tu madre.

— Seguramente.

— Narciso no hace más que preparar el reinado de Británico. Aunque asesino de tu madre piensa el poderoso liberto rescatar este pecado á los ojos del hijo destruyéndole todos sus enemigos y colocándolo en el trono. Y así ha jurado perseguiros hasta exterminaros. Y debe haberse granjeado en los días últimos grandísimas esperanzas de conseguir su objeto cuando ha soltado la lengua de Británico hasta el extremo de decir éste á su padre que abandone á la feliz Agripina como Eneas abandonó á la hermosa Dido. Por consecuencia necesitamos hacer mucho para granjearte cosa tan difícil de conseguir como la corona imperial. Y ningún título tan poderoso como el título de hijo del emperador, y ningún medio de ajustar este título como casarte con Octavia. Tu adopción bastaría en el ánimo superior de un romano verdadero, como bastó en el ánimo de Augusto la adopción de Tiberio. Aun así hay quien dice que Livia, tu bisabuela, necesitó envenenar al divino Augusto, para que mantuviera éste las disposiciones testamentarias prefiriendo el hijo de adopción á los últimos nietos que le había dado la Naturaleza y que restaban todavía vivos y diseminados en el destierro. Por consecuencia, Nerón, cuando tu madre se apercibe á repetir igual tragedia y á todo se arriesga por coronarte César, no deshagas con una pasión de niño los planes suyos y no la desvíes en trance tan supremo. Y el mayor deservicio que podrías hacerle, sería casarte con Acté. No digo á un emperador de la familia Julia, Nerón, á un simple romano jamás le perdonaría Roma el matrimonio con una esclava, y con una esclava oriental. Si con Acté unieras tu nombre y tu sangre harías bien yéndote á Rodas, porque no podrías vivir un minuto en la ciudad de tus dioses y de tu padre. Si llegases á tal desvarío, destruirías con tus caprichos el edificio levantado por Agripina con su poder y con su autoridad. Y tendría razón ésta en sacrificar tu Acté como los reyes helenos sacrificaron á la infeliz Ifigenia. Y nadie podría en el mundo, nadie, salvarla por ningún camino y con medio ninguno del furor de una enemiga tan poderosa. ¿Qué vas á conseguir con inútiles resistencias? ¿Qué vas á obtener con la perdición de Agripina y la perdición propia tuya, si no puedes en caso ninguno salvar á tu Acté? Convén de grado con aquello que ha dispuesto el destino. Como no has escogido en la Naturaleza tu madre, no has escogido

en la sociedad tu posición. Príncipe naciste, y tu calidad trae aparejada consigo muchos privilegios y muchos vejámenes también. Conformate con éstos, siquier sean muy repulsivos, y gozarás de aquéllos con mayor anhelo, siquier sean de suyo muy halagüeños. Lo que nunca puedes hacer, aunque los dioses del Olimpo y del Averno te lo mandaran, sería sacrificar tu corona imperial, sacrificar tu Ciudad Eterna, sacrificar tu madre Agripina, sacrificar todos tus partidarios á un capricho, cuando puedes plenamente satisfacerlo sin que tengas necesidad ninguna de legitimarlo en imposibles nupcias y de ofrecérselo en espectáculo á un mundo que cerraría los ojos para no verlo. Podrías perderte por algo favorable á la mujer predilecta. Pero la guardas á ella y te la guardas para ti siguiendo mis consejos, y la pierdes á ella y te pierdes tú siguiendo esos caprichos sin nombre, á los cuales te lanzas sin reflexión. ¡Vuelve sobre ti, cuitado, y oye á quien te trae la ventura sin límites y por mujer la Ciudad Eterna!

— Tienes razón. Dile á mi buena madre que cedo y me caso con Octavia. Esto me será tanto más fácil cuanto que sólo yo quería el matrimonio. Mis jóvenes amigos, si patricios, lo rechazaban por su sangre; si plebeyos, por su ciudadanía; si esclavos y libertos, por haber medido desde su baja condición el abismo á que yo quería lanzarme por amor. Apartábame de sus bordes el mismo Lucano, porque, si bien enamorado de la República, quiere una República por el modo de Bruto y de Catón, quiere una República patricia. Apartábame con mayor autoridad Séneca, pues como tú has dicho, si bien ha prosperado esta pasión, por creer necesario á la salud, así de mi alma como de mi cuerpo, el fijarlos sobre una sola pasión como la que Acté me inspira, también cree necesario mi matrimonio con Octavia para mi exaltación al Imperio. Pero todavía tengo algo más extraño y excepcional que decirte; aún tengo que decirte cómo la más opuesta de suyo al enlace y boda es Acté misma, por creerlo imposible y ocasionado á una separación más bien que á una aproximación. Vé, pues, y dile á mi madre que ha triunfado en todo y su Nerón será esposo de Octavia.

No lo dejó decir dos veces Vitelio á Nerón, en la prisa que tenía el senador, prisa natural, por dar el aviso á la impaciente Agripina, remachando así más y más el eslabón de viejos servi-

cios con que se hallaban su fortuna y su nombre unidos á la fortuna y al nombre de Agripina. No quiso ni aun detenerse para saber el efecto producido en la hermosa esclava por las meras proposiciones del joven César. Hacía justicia seca por completo á su penetración de mujer, é imaginábala tomando las promesas del rendido amador, que le ofrecía un imperio nada menos, como arrebatos del sentido embriagado por los vapores de la pasión y no como intentos de una voluntad resuelta y firme. Nerón mismo lo había previamente serenado con decirle cómo Acté se hallaba en primera línea entre los enemigos de la boda y se avenía con el papel secundario de manceba, y no muy segura, conocida la volubilidad incurable del joven César, no muy segura de que durase. Pasó con la mayor celeridad posible desde aquel recinto precioso al santuario palatino, encontrando á la emperatriz muy agitada en verdad, pero muy señora de sí misma. Habíanle llegado hasta el alma las conversaciones entre Tito y Narciso adivinadas por su natural inteligencia, el arrogante veto lanzado como un bofetón á su rostro por el envalentonado Británico, las emociones varias de los circunstantes airados contra ella en general, y sobre todo, la complacencia de Claudio con el rebelde Británico; pero este tropel de síntomas adversos batían y encrespaban todas sus pasiones á una, sin desconcertarla un momento, por incapaz de perturbarse, dado su práctico y experimental conocimiento de cómo la había salvado su personal serenidad, para entre tantos escollos no perderse y llegar al requerido puesto, es decir, al codiciado trono. Aunque un fruncimiento del olímpico entrecejo denotaba lo profundo del embargo de su espíritu, absorbido en la contemplación de cuantas dificultades la circuían, una sonrisa de sus labios abiertos como á la virtud y á la franqueza denotaba que veía el éxito seguro y feliz de su proceloso viaje por los mares de las ambiciones humanas. Agripina miraba los obstáculos como hipótesis; pero si le parecían supuestos para no arredrarse, también le parecían efectivos para contrastarlos y vencerlos antes de que apareciesen. Desvarío, desatino, demencia el pensar ó el creer en cualquiera de las rebeldías con que Nerón pudiera soñar, ó que pudieran sugerirle sus amigos, muchos en número, pero de condición y de calidad no buenos. Y á pesar de lo desvariadas que parecían resistencias de un

hijo como Nerón á una madre como ella, no estaba demás la hipótesis en el insondable abismo de la perversión humana, y Agripina se holgaba de haber expedido á Vitelio con tanta oportunidad y veía su vuelta sin recelo, con curiosidad. Mientras el enviado iba y volvía, ella tramaba su previsora conspiración interior contra todos aquellos que pudieran oponerse á su predominio y á su imperio. Irritadísima contra Británico, pensaba que no le convenía destruirlo y extirparlo, pues desaparecía un factor aprovechable para poner un freno á rebeldías posibles de Nerón, en cuanto se viese firme y solo bajo un solio no disputado. Reinan mal, según ella, todos los príncipes faltos de pretendientes á su lado que los aguijoneen y les impongan las actividades despertadas por una competencia. Y lo que pensaba por un si respecto de Británico, pensábalo por otro si respecto de Claudio. Parecíale muy amenazador el embobamiento con que oyera el cuitado á Británico, embobamiento merecedor de la muerte; pero no podía matarlo hasta que no le hiciera soltar del puño la solemne disposición temeraria en que dejara heredero al hijo adoptivo en detrimento de su propio hijo. Y lo que pensaba respecto de Británico y lo que pensaba respecto de Claudio, pensábalo también allá en sus hondas previsiones del esclavo liberto, de Narciso, á quien quería matar con aquella crueldad fría propia de sus voracidades exterminadoras; mas después, mucho después que á Claudio. Sin los amores del hijo adorado con la sierva oriental, acaso Agripina hubiese lanzado la centella de su furor sobre la cabeza de Británico, en cuanto cometió su desacato, y no hubiese tenido ni un minuto dudas, poniendo por epílogo á su discurso la muerte perdurable y el perdurable silencio de la muerte. Pero este amor de Nerón á sus espaldas y á escondidas parecíale un verdadero pródromo de rebeldías futuras. Y veía la probabilidad terrible de un albur siniestro: la probabilidad, segura casi, de que otra mujer ocupara su puesto y la excediera en poder, inspirándole pasiones de género tal que nunca las puede inspirar una madre. Ante una consideración semejante y un temor tan fundado como que la sustituyera en el trono quien debía por ley natural ocupar su corazón y su lecho, Agripina pensó en cosa tan desvariada é increíble como que Nerón encontrara en ella todo cuanto pudiera ofrecerle otra mujer cualquiera. Da horror escribir

esto, porque apenas parece, no ya cierto, ni siquiera concebible, ni siquiera imaginable; pero pasión de suyo tan soberana, como esta que se contrae por las cimas sociales, como lo que llamamos ambición, cuando se apodera y señorea de un alma, tiende á destruir como ninguna otra los obstáculos opuestos á sus satisfacciones profundas. Agripina jamás amó, ni por sentimiento, ni por sensibilidad. No requirió del amor ni la emoción de las almas puras que se gozan en verse correspondidas, ni la sensación de los cuerpos voluptuosos que se gozan en los sacudimientos y en las vibraciones de una sensación como la que á los sentidos procura el goce carnal. Había buscado Agripina el deseado logro de sus ambiciones en todos sus amores. Y queriendo lograr lo ambicionado, no había tenido inconveniente alguno en saltar sobre todas las leyes divinas y humanas, encenagándose con frialdad y por cálculo en todos los vicios, pagando con goces y placeres los medios que le habían procurado el capital objeto donde condujera su vida: el imperar. Había compartido su lecho por ambición meramente con el número de hombres necesario á saciar la sed hidrónica de ambición que la poseyera desde las entrañas de su madre, bien al revés de su predecesora en el trono, Mesalina, que sólo se había propuesto en sus innumerables amores divertirse y gozar. Ella quizás amara en el comienzo de su pubertad al marido Encobarbo, de quien tuvo su Nerón. Después no había obedecido en todas sus relaciones amorosas á ningún otro sentimiento más que al sentimiento de su ambición. Amaba como mataba, por el poder. En busca del poder había bajado hasta los brazos del siervo Palas y subido á la imperial cama de un pariente tan repulsivo como su tío Claudio, hermano de su padre; incesto legal, abominación de las abominaciones en Roma. Pues la que había hecho todo esto, no se hallaba en el caso de sublevarse contra sí misma, si la noche oscura de su conciencia y la natural perversión de su voluntad le habían sugerido una idea tan espantosa como la idea de sustituir en el ánimo y en el favor de Nerón á la pobre Acté. ¡Oh! Si el futuro emperador encontrara en ella cuanto podían ofrecerle á una las demás mujeres, ¿no lo tendría rendido Agripina por completo á sus pies, y así no dispondría eternamente del Imperio? Nosotros no podemos pararnos ante un crimen tamaño, no podemos. Necesitamos pasar de largo. Pero fal-

taría una fase capital de la historia que venimos contando si omitiésemos una tan horrible. Y no podemos omitirla, porque resultaría inexplicable cuanto vamos á historiar si dejásemos de recordarla. Oigamos unos momentos brevísimos el diálogo entre Agripina y Vitelio.

— ¿Por fin lo has traído á razón?

— Lo he traído.

— No podía menos.

— Algo me costó.

— ¡Qué quieres! Así es la naturaleza humana.

— ¿Se casa por fin con Octavia sin repugnancia?

— Se casa.

— Demos gracias á los dioses. Pero créelo, Nerón jamás debía oponerse á ningún mandato mío. No me canso de procurarle ventajas. Ya ves cómo logré que pronunciase ante Claudio el discurso por Troya que tanto favor le ha ganado hoy, que tanto imperio concluirá por procurarle mañana. En las últimas fiestas latinas he le dado un lugar entre los patricios como el lugar del sol entre los astros. Cuantos han ido á las montañas de Albano en el deseo natural de rendir parias á Júpiter Laciár han visto que Nerón se quedaba en Roma de Júpiter Olímpico, pues Claudio le había entregado el Imperio, aunque fuese por una semana. En verdad te digo que hay para desconfiar de una misma, si ese cuitado, puesto por mí en el mundo primero y en el trono después, llegase á sentir la menor veleidad, no ya de rebeldía, de independencia.

— Nada; no tengas cuidado. Piensa que dar la mano á Octavia es el mayor sacrificio dable por Nerón en sus aras y que de grado lo ha ofrecido. Se casará, pues.

Y se casó, como dijera Vitelio. En efecto, Nerón fué hijo de Claudio por su casamiento con Octavia, amén de serlo por adopción del emperador. Para olvidar todos los inconvenientes jurídicos, Octavia salió por legal adopción de la familia Claudia, y una vez fuera legalmente, pudo unirse con ella el hijo de Claudio, sin que nadie pudiera decir que se unía en matrimonio con una hermana. Así eran las leyes en Roma bajo el emperador y el Imperio.



## CAPÍTULO VIII

## GINOCOLOGÍA ROMANA

Pocos días después de ocurridas las escenas anteriores encontrábase juntos, de amena tertulia y en larguísima velada, Persio, Séneca, Lucano, en casa de este último. Presidía esta junta una joven hermosísima, en quien resaltaban sendas cualidades de cuerpo y alma, como prestancia é inteligencia. Era Pola esta joven, poética mujer del poeta Lucano. El ocaso de la libertad, que había quitado muchas agitaciones á la vida pública, reconcentrábalas en la vida privada; lo que apenas podía ni decirse ni menos comentarse por los ciudadanos en las plazas, decíase y comentábase por las familias en el hogar. Así la elocuencia, del senado y del comicio expulsada, huía por necesidad á refugiarse dentro del cubículo, plegando sus alas en tan reducida jaula, pero consiguiendo en cambio que la mujer, incapacitada de hablar en público, la cultivase y la prosperara en privado. Entre las mujeres latinas de aquellos tristes días no brillaba ninguna con el resplandor de Pola. Hermosa, inteligente, instruída, todos los literatos gustaban de su conversación y le pedían parecer sobre las obras que laboraban con empeño. Y no

solamente requerían su amistad los encantados por su belleza y los esclarecidos por su palabra; requeríanla cuantos cultivaban la virtud, y si no la cultivaban, le ofrecían verdadero culto. Cuando por todas partes el despotismo fomenta los vicios, como cómplices del poder suyo y debilitantes del pobre pueblo, una joven hermosa y casta, capaz de restaurar la vieja virtud latina, debía resplandecer á la vista de todos como un verdadero ideal. Pues á esta especie de mujeres pertenecía Pola, y como á este género de mujeres pertenecía, circuíanla todos cuantos brillaban por un mérito cualquiera en la Ciudad Eterna. Y esta sociedad, tan selecta de suyo, había procurado á Pola una especie de adopción por el filósofo Séneca, quien como á hija verdadera la quería, y un matrimonio legítimo con Lucano, sobrino carnal del filósofo. Desde que Pola entró en la casa del primer poeta romano entonces y cautivó la voluntad suya rendida por completo al amor de tan excelente joven, sugirióle con insistencia el proyecto de cantar la República muerta, y cantando la República muerta de poner con este cántico un sello de reprobación al despotismo. La República tenía mucho partido entre las mujeres romanas distinguidas. De natural orgulloso, no podían sufrir la humillación á los patricios infligida por los césares. Luego recordaban la influencia moral é intelectual por las mujeres alcanzada en los gustos y en los hábitos de la República romana. Pola, pues, impulsaba el corazón de su marido á escribir el poema de la República, y quería que apareciesen las mujeres verdaderamente republicanas como un ideal de altísima instrucción y como un ejemplo de santo proceder á la vista del pueblo romano, movido por un poeta del estro de su marido al culto por instituciones sacrosantas, las cuales podían estar eclipsadas, pero no muertas. Y en su exaltación por el sexo á que pertenecía, Pola consideraba inútil todo empeño de restaurar la República como no se restaurase la virtud é inútil todo empeño de restaurar la virtud como no se redimiese y no se purificase antes la mujer. Así había constituido una especie de asociación, donde se cultivaba cierta clase de filosóficos estudios, cuyo conjunto debe llamarse Ginocología, palabra que significa la ciencia de la mujer. Siempre que Lucano escribía cualquier verso de su epopeya republicana *La Farsalia*, encaminada en sus propósitos á restaurar la libertad, Pola insistía en que fuese la verdadera

heroína de tal composición una mujer como Porcia, la nieta de Catón, la esposa de Bruto, muerta de muerte voluntaria por no haber podido sobrevivir á la derrota suprema y definitiva del ideal antiguo en la triste jornada de Filipos. Para departir sobre tal asunto habían reunido Pola y Lucano, en la noche que describimos, á Persio, el poeta satírico, y al excelso espiritual padre de su esposo, á Séneca. No debe olvidar quien leyera esta historia un estado de ánimo como el que tenían estos filósofos y poetas, muy amigos y aun privados de Nerón; mas á pesar de tal amistad y privanza, muy embargados, si no en la obra material, en el plan teórico de restaurar la República. Con el pensamiento, con el espíritu, con todo lo que había de superior en ellos eran republicanos; y con el interés, con el estómago, con todo cuanto había en ellos de animal y de inferior servían al emperador. Así nada les placía tanto como, después de haber cenado con el joven príncipe y haberle oído sus disertaciones acerca de música y poesía, irse á cualquier centro de conjura moral y engolfarse con empeño en largos coloquios referentes al triunfo de la República. Tras todo lo acaecido en aquellos días, el espíritu de cada romano patriota se tornaba con amor al viejo mundo histórico y suspiraba por una indeclinable resurrección de la República. El emperador Claudio, empeñado en dejar su diadema sobre las sienes de Británico, y Agripina, empeñada en arrancarle al propio esposo la corona, siquier se viniese también con la corona la cabeza del emperador á sus pies, hacían que se mirasen universalmente con añoranza irremediable los pasados tiempos y las concluidas instituciones. Así no debemos por manera ninguna maravillarnos si Pola escogió tal ocasión por los cabellos y juntó con su marido Lucano á Persio y á Séneca, para disertar sobre la necesidad imprescindible de una purificación de la mujer, por cuya virtud pudiera lactar é instruir los hijos á un tiempo, robusteciéndolos en su cuerpo y educándolos en su inteligencia, á fin de que fuesen al cabo dignos verdaderamente, no sólo de restaurar la República, de lo más difícil, de conservarla perdurablemente. Sobre la tesis de Pola versaba la conversación de aquellas cuatro personas, más movidas por un deseo de acallar la propia conciencia, que por la seguridad y la certeza de rehacer las antiguas históricas leyes.

—¿Conque, por fin, has conseguido, Séneca, lo tan deseado? — preguntó Pola.

—¿Respecto de qué? ¡Deseo yo tantas cosas, á veces inasequibles!... — respondió con tristeza el filósofo.

— Respecto del casamiento de Nerón.

— ¡Ah! Sí.

— Me alegro — dijo Lucano, que grababa distraídamente versos en sus tablillas de cera.

— ¡Ya era hora! — observó Persio.

— No podéis imaginaros con qué género de obstáculos y dificultades he tropezado — dijo Séneca.

— ¡Ya lo creo! No hay medio ninguno de llegar á entenderse con persona tan tornadiza y cambiante como Nerón — añadió Pola.

— Estaba en lo justo Agripina.... — observó Séneca.

— ¿En lo justo? ¿Agripina? — preguntó Persio echándose á reir con estrépito de sus dos preguntas.

— Sí, cuando aseveraba la imposibilidad completa de pedir la corona del mundo á Claudio para Nerón, si éste no tomaba por su casamiento con Octavia un verdadero puesto y nombre de hijo, con el cual cohonestar la desheredación de Británico.

— Pero decíase lo indecible, Séneca — murmuró Pola; — decíase que Nerón estaba enamorado.

— ¡Vaya si lo está!

— ¿De veras? — preguntó Persio.

— ¡Y tan de veras! — contestó Séneca.

— Increíble parece un amor intenso y único en aquella ondulante alma de tan irremediable inconsistencia.

— Pues había quedado prendido en el amor de Acté y no me apenaba eso á mí.

— ¡Acté! ¡Una esclava! — exclamó Persio.

— Pues por esclava la quería yo.

— ¿Por esclava? — preguntaron asombrados á un tiempo la noble Pola y el poeta Persio.

— ¡Por esclava! — dijo Séneca recalcando su afirmación.

— Explícate, Séneca — le dijo Lucano á su tío, — porque ni Pola ni Persio te comprenden.

— Pues nada más fácil — respondió Séneca.

— Explícate, pues — le dijeron Pola y Persio.

— Cualquier otra joven, al verse predilecta de un príncipe destinado á reinar, ó le hubiera obligado á un matrimonio fácil en las exaltaciones del infeliz, ó le hubiera pedido una grande parte para los suyos en el goce y en la distribución de los favores del gobierno y de los provechos del poder.

— Verdad.

— Con Acté no puede ocurrir esto, porque la infeliz está por tal modo conforme con su condición de sierva, que ni sueña con otra superior ninguna.

— Pero me han contado — añadió Pola — que Nerón ha ido á su casamiento como pudiera ir á un patíbulo.

— ¡Yo lo creo; como enamorado de la mujer á quien tenía que dejar y desenamorado de la mujer con quien tenía que unirse! — dijo Séneca.

— Por manera — observó Lucano — que ya está todo apercebido á la sucesión imperial.

— Todo — dijo Séneca.

— Y ¿creéis que podemos vivir así? Lo necesario es consagrarse á restaurar la República, y para restaurar la República lo necesario es consagrarse á purificar la mujer — exclamó Pola, elevando hasta el acento épico su natural observación.

— Como que no pensamos en otro asunto — dijo Lucano. — Apenas podemos consagrarnos á nada que no sea el continuo esfuerzo para la consecución de tu empresa: republicanizar á la mujer.

— No hay otro remedio. ¿Creéis que con dos mujeres como Agripina y Mesalina no se pierden los mayores y los más fuertes Imperios? — preguntó Pola.

— ¡Vaya si lo creemos! — exclamaron los tres eximios escritores.

— Pues en tiempo de la República no nacían mujeres como esas — observó Pola.

— Verdad también — exclamaron en varias formas de asentimiento los escritores.

— Pues si no nacían mujeres como esas, hay que atribuir al Imperio el cambio de las mujeres y el nacimiento de tales monstruos con faldas.

— Así parece — dijo Persio.

— Nuestros padres — decía Pola, — nuestros padres conservaban á una con sumo cuidado las instituciones antiguas, especialmente las establecidas en base tan indispensable como la virtud femenil.

— Es verdad — añadió Séneca, — y por eso establecieron en las costumbres un culto religiosísimo á las matronas romanas y establecieron en las leyes una institución como las vestales.

— Y en estos tiempos tenemos por matrona romana una mujer como Agripina y tenemos por vestales un colegio de vírgenes tal, que, á la llegada de Claudio, el día de su venida de las orillas del Tirreno á castigar los adulterios de Mesalina, intercedieron sin empacho por la terrible adúltera — dijo Pola.

— En tiempos de verdadera libertad republicana, imposible que sucediera tal cosa, de todo punto imposible. La República se funda en la virtud, y el Imperio en la perversidad de los hombres. Así éste lo corrompe todo, y aquélla lo purifica — dijo Lucano.

— He aquí por qué — añadió Séneca — un acto meritorio hacemos cuando nos reunimos aquí al fin y objeto de prosperar las antiguas virtudes: sólo restableciéndolas, podremos también restablecer las instituciones que fundaron, que sostuvieron, que glorificaron.

— De tal manera en tu sentido abundo, que yo propondría una reorganización de las vestales — dijo Pola — para con ella restablecer este cuerpo de sacerdotisas consagradas á la virtud. Y así como le ruego á Lucano que nos refiera en su poema las estoicas virtudes romanas de Porcia, le ruego á Persio que recuerde los rigores empleados por las antiguas leyes en las vírgenes que faltaban á sus votos.

— No hago, en cumplimiento de su orden, otra cosa — dijo Persio — de antiguo.

— Cuéntanos la historia de Minucia para que vean Séneca y Lucano cómo te propones restablecer las antiguas virtudes en el pueblo rey, poniéndole ante los ojos el rigor con que castigaban nuestros padres toda flaqueza en la observancia y cumplimiento de aquellos estatutos sacratísimos.

— Haces bien — dijo Séneca — sosteniendo con firmeza y con empeño el propósito de Persio, propósito muy loable.

— ¡Ah! ¿No sabéis lo que dirán de nosotros? — preguntó Lucano.

— ¿Qué dirán? — volvió á preguntar Séneca.

— Dirán que muy bien escribimos, pero que muy mal procedemos. ¡Obras, no palabras, han menester la virtud y la libertad, obras!

— ¡Cállate, inexperto! — dijo Séneca, reconviniendo á su ilustre sobrino, — ¡cállate! Siempre me han dado en rostro mis enemigos con que hablo de una manera y procedo de otra, lo mismo que tú dices. Pues no tienen razón. Ni Sócrates, ni Platón, ni otro alguno de los sabios enseñaron á vivir como vivían ellos en la realidad, sino como debe vivirse, atendiendo á los principios eternos de la moral y de la ciencia. Yo nunca de mí hablo al hablar de la virtud. Puedo no practicarla y sin embargo quererla, como puedo aborrecer el vicio y seguirlo. Hay muchos en quienes la voluntad puede más que la conciencia. Pero por muy pervertida que la voluntad esté, no llega nunca su perversión al cielo del espíritu, no llega nunca jamás al disco brillantísimo de la humana conciencia. Yo podré tener una vida mala, pero soy tributario de la virtud con declararla preferible y buena. En todo hay mácula y en todos murmuraciones. ¿Qué más puede hacer un hombre sino sacrificar su vida por la virtud? Pues partíos el corazón, prefiriendo la muerte al error ó al crimen, y os llamarán unos temerario y os llamarán otros demente. Y sin embargo, hay que oponer la calma imperturbable á la malicia general. ¿Que los filósofos no hacen todo cuanto aconsejan? Pues de hacerlo, serían perfectos. El consejo tiene una pureza ideal de que carece la práctica, siempre amargada por las horribles levaduras del mal. Hay que agradecerles hasta las palabras buenas, pues peor fuera que hasta las palabras suyas, de los demás tan instructivas, resultasen malas. No podrán tocar á la cima, pero suben de repecho la cuesta. Algo grande hago en proponer las cosas grandes.

— Perdona, Séneca — le dijo Lucano, atónito ante las sentencias del maestro, — perdona si mis palabras te han dejado un sabor amarguísimo en el paladar y en el labio. No las adestaba, no, á tu seno; las volvía contra mí, como Catón volvió contra sí la propia espada. Me quejaba de que suspirásemos por la República desde la corte y la privanza de los césares.

— ¿Qué hacer? — preguntó melancólicamente Séneca.

— Restaurar — dijo Pola — con todas nuestras fuerzas el concepto de la virtud antigua en los ánimos para que luego en la vida se practique; rehacer el culto á la matrona romana para que genere y eduque hombres libres; traer el alma que animaba la República, y para esto cultivar los grandes recuerdos. Nosotros tenemos todas nuestras enseñanzas en lo pasado. Procuremos repetirlo para lo porvenir. Levantemos los grandes ideales. Persio, recuerda en tu lenguaje inspiradísimo la historia de Minucia para que vean cómo castigaban los viejos romanos la voluptuosidad y nos decidamos á seguirlos imitándolos.

— Minucia iba llegando á los once años — dijo Persio, — y no podía sospechar que le tocara la suerte de vestal, realmente reservada por antiguas costumbres á niñas de menor edad que la suya. Por esta convicción comenzó á oír los requerimientos y reclamos de amor que le dirigiera un joven patricio, en quien á porfía se juntaban las prendas del cuerpo con las prendas del alma y el temperamento varonil con graciosa belleza. Dados estaban uno y otro amante á sus esperanzas; convenidos en el día y hora de reclamar á sus padres las debidas licencias; en fin, prometidos, ó novios, ó desposados eran; y ya creían tocar la común ventura, cuando el pontífice máximo envía por la joven, anunciándole como era el caso de renunciar por treinta y más años á todo amor, elegida y designada para sacerdotisa de Vesta. ¡Pobre niña! Los ensueños que doraban su juventud, las dulces emociones sentidas al despojarse de su infancia, las esperanzas risueñas á cuyo calor la sangre le ardía en todo el cuerpo, aquellos sus amores beatos que completaban el ser y que prometían la ventura con la honra, desvaneciáanse para siempre bajo funestísimo número sacado á capricho por un pontífice implacable, quien inmolaba cruelísimo dos corazones jóvenes en el albor de su dicha y en la florescencia de sus esperanzas. Cuando se ha llevado á orden rigurosa una tierna niña, incapaz de sentir por su edad pasión alguna, puede acomodársela fácilmente con empeño y tiempo á los rigores de una disciplina demasiado severa; mas imposible amoldar con facilidades iguales á un rito contradictorio con el ser propio aquella virgen que ha columbrado más espaciosos horizontes y que ha entrevisto en sus ilusiones y en sus esperanzas la felicidad suprema del amor. No debe, pues,



maravillarnos que ave tan hermosa como el alma de Minucia, des-  
 acostumbrada de jaula tan estrecha como la orden romana, quisiese  
 volar por otros espacios más amplios y por otros cielos más esplén-  
 didos, en busca del amor, á cuyo imperio entregara y rindiera su  
 albedrío. El exceso de cuidado en sus vestiduras; el suspiro puesto  
 á hurtadillas lejos, muy lejos del aire impregnado por la mirra y  
 el incienso de Vesta; las palabras escapadas en el curso de sus con-  
 versaciones más íntimas; los ensueños mismos traslucidos en frases  
 incoherentes, demostraban que mientras el cuerpo de Minucia se  
 rendía por obediencia y acatamiento al imperio de las leyes religio-  
 sas, volaba el alma extática por profanos recuerdos, propios tan sólo  
 de antiguo é invencible amor. Lo cierto es que signos celestes de  
 cólera divina comenzaron á dibujarse con aspecto siniestro por los  
 cielos airados y que plagas innumerables cayeron sobre la Ciudad  
 Eterna, culpada indudablemente de algún tremendo crimen. Reuni-  
 dos los augures y consultados los augurios, no quedó ni asomo de  
 duda respecto al motivo y causa del desorden. Vesta debió ser  
 desacatada por alguna sacerdotisa ligera y de sus votos olvidada,  
 pues todos los signos subsiguientes á casos de tal índole centellea-  
 ban por las alturas y despedían relampagueos bien siniestros. En-  
 tonces un esclavo del templo, verdadero esbirro, muy complacido  
 en tomar este desquite de su infame humillación de casta, delató  
 sin piedad á la pobre Minucia, imputándole crimen de suyo tan ver-  
 gonzoso y horrible como el haberse acercado impura, sin inocencia  
 en el alma y sin virginidad en el cuerpo, á los altares de Vesta,  
 irritadísima por semejante desacato. ¿Cómo no creerlo? Había ido  
 allí núbil y hermosa tras unos amores próximos á inmediato matri-  
 monio, encendidos los ojos á las caldeadas lágrimas, roto el pecho  
 á los amargos suspiros, plañéndose con lamentos parecidos á los  
 del avecilla en celo que pierde sus amores ó su prole, resistiéndose  
 á las tijeras sacras que le cortaran el cabello, como hubiera podido  
 resistirse á la cuchilla que le segaba la garganta, y mostrando sus  
 preferencias á un hogar bien diverso del amplísimo que presidía y  
 habitaba Vesta. El forcejeo continuo de la joven sacerdotisa bajo  
 su abrumadora cadena, la triste añoranza de otros lugares y otros  
 tiempos, la repulsión á sus nuevos oficios, delataronla más todavía  
 que la delación horrible del esclavo. Inmediatamente los jueces

litúrgicos, designados por la tradición y por las leyes para el cono-  
 cimiento y juicio de casos tales, congrénganse reunidos por el pú-  
 blico clamor, que pide una satisfacción inmediata, bastante á des-  
 fruncir el encolerizado entrecejo de la diosa implacable. Antes de  
 reunirse los jueces, ya el pontífice prohíbe á la triste acusada todo  
 contacto con los objetos litúrgicos y toda proximidad al sitio pro-  
 fanado. El aula regia, ó sea el monasterio contiguo al templo, se  
 llena de los magistrados y ministros necesarios para un juicio tan  
 grave. Por fin la vestal acusada se presenta en el  
 sitio terrible donde los jueces han de pregonar su  
 veredicto tras las necesarias ceremonias litúrgicas. Ninguna turbación, ninguna, en su aspecto; nin-  
 gún descuido, ninguno, en su actitud. Contenida,  
 reservada, modesta, conforme con la triste suerte  
 que le deparaba el destino, incapaz de acusarse á  
 sí misma con excesos violentos en la propia de-  
 fensa, parecía ignorar hasta de lo que trataban y  
 ni presentir ni presagiar su triste desventura. El  
 refinamiento de su traje había servido como de  
 indicio para los cargos y las acusaciones. Pues lo  
 presentó en el tribunal con mayor esmero. Olía su  
 cuerpo á profanas esencias, brillaban sus ojos con  
 los centelleos del amor humano, el blanco lino de  
 su estola presentaba nitidez y plegado extraordinario, lucían en  
 sus manos ramilletes de gayas flores y en su cabeza refulgentes  
 lazos de oro, cual si quisiese agradar á un mortal apasionado  
 y sensible antes que á una divinidad rígida y austera. Habíase  
 quitado el velo multicolor que las vestales agarran con brillantí-  
 simo corchete á su cuello, y ora lo dejan flotar sobre sus es-  
 paldas, ora lo ponen sobre su cabeza, con ánimo de que nube  
 ninguna ocultase todas aquellas sus armoniosas líneas y todas sus  
 espléndidas gracias. Veinte años tenía, y nueve llevaba ya de reli-  
 gión. La rigidez terrible de aquellas leyes, la imposición de aque-  
 llos hábitos religiosos, la vida mesurada por una especie de mate-  
 mática celeste, los oficios prestados y prestables al templo de su  
 orden y al numen de su diosa no lograron acabar en ella con el  
 temperamento civil y profano adquirido en una juventud, á la cual



Pontífice

diera sus goces más puros y sus esperanzas más risueñas el humano amor. Arrancada por el destino implacable de la casa paterna; dividida sin piedad ni misericordia del esposo á quien enajenara su albedrío entero antes aún de contraer las legítimas nupcias; acostumbrada de antiguo á las profanas conversaciones usuales en la juventud de uno y otro sexo; más propia para oír la sonora cítara y para danzar el baile voluptuoso que para servir á las ofrendas piadosísimas de un templo y á las sacras prácticas de una religión; los pontífices airados é implacables, con esa crueldad natural en todas las magistraturas hieráticas, muy dadas á identificarse con la grandeza de su Dios, castigaban, ciegos, en aquella mujer, el crimen por ellos perpetrado, la sobreposición de complexiones artificiosas, contra las cuales todo el ser se revela y subleva sin remedio y sin recurso á la complexión que pone la sabia naturaleza en cada cual, y que, substancia y esencia recóndita de nuestra entidad, salta por todas partes en una rebeldía deliberada é inconsciente, y obedece y se rinde tan sólo á sus propias leyes, mucho más fuertes que todas las arbitrarias convenciones, siquier se cohonesten con los mandatos de una revelación engañosa. Cuando uno lee los historiadores antiguos observa la importancia inmensa que daban á la castidad de sus vestales. En el octavo libro, párrafo undécimo de su *Historia romana* refiere Tito Livio todos los prodigios acaecidos por tropiezos de las vestales. Los templos de Terracina, heridos del rayo; los altares de Satrico, profanados por las serpientes; los segadores de Aurio, sorprendidos á la extrañeza de que sus hoces destilaran sangre; la presencia de dos soles en Alba; el súbito relampagueo de luz siniestra y fugaz en Fregela; el articulamiento de algunas palabras oídas en el mugir de los bueyes romanos; las piedras del templo de Neptuno sudorosas; y Ceres y Querino, agitados á una sobre sus aras, enseñan bien claramente hasta cuáles extremos llevaba el convencimiento de que la castidad vestal se unía en estrecho consorcio con la suerte y el destino de Roma. Así es que, juzgadas las vestales por un derecho puramente consuetudinario, no se contentaban nuestros padres con su propia tradición y costumbre, acudían á Grecia también y diputaban embajadores al templo de Delfos para que les dijeran los oráculos, en su lenguaje misteriosísimo, si debían ó no gravar con crueldades mayores la pena y el castigo tradicio-

nal. Muy prolijos resultaríamos en este bosquejo de Vesta y las vestales buscando todo lo referente á sus culpas y á sus penas contenido en las viejas historias. Tito Livio nos cuenta en el libro XXII de su inmortal obra las turbaciones de los ánimos á consecuencia de una infidelidad vestal. Oppimia y Flornia, vestales ambas, adulteraron con Cantilio, secretario del pontífice; y la pobre Oppimia se vió enterrada viva y Flornia se suicidó implacablemente, mientras el adúltero Cantilio, puesto desnudo á la vergüenza pública, pereció bajo el golpe de innumerables azotes; por todo lo cual tuvo que ir á Delfos Fabio Pictor en demanda y requerimiento de los sacrificios que debían ofrecerse para serenar á los dioses, quienes le dijeron debía soterrar un galo y una gala, un griego y una griega, en la feria de bueyes y dentro de sitios cerrados por enormes y ciclópeas piedras. Todo esto demuestra con demostración patentísima cómo daba extraordinaria importancia la República en sus costumbres á la pureza del rito que tenía por objeto mantener el fuego sacro en las aras y pura é incólume la castidad en las vírgenes, á fin de que los dioses les fuesen propicios y la vida romana durase cual dura la misma lumbre del sol en las sublimes y altísimas esferas. Así no debe maravillarnos que los jueces de Minucia y su amante los condenasen á la última pena y al supremo castigo. La fatal sentencia se da por fin y se cumple. Despojan á Minucia de su blanco traje y la envuelven, como á un cadáver, en fúnebres sudarios. Tiéndenla en una especie de mortaja, como anticipándole implacables la silenciosa y fría sepultura. La compasión está prohibida, y nadie puede llorar sin hacerse reo del crimen que se persigue y que se pena en aquel momento. Fúnebre cortejo, que parece de sombras, acompaña la yerta y moribunda virgen. Al pasar por el Foro, en la plaza misma que se conoce con el nombre de los Comicios, su amante perece azotado por los verdugos, que le arrancan pedazos de carne, como si sus látigos fueran colas de serpiente ó garras de rapiña. A la extremidad occidental del Foro sube la procesión en silencio tan profundo que se diría venida negra noche sobre la diurna luz. Los pasos de aquellas gentes resueñan sobre los suelos, cual si Roma estuviese levantada y erigida en un sepulcro. Alguna vez un cuervo y un milano, que pasan hambrientos, suelen despedir gritos, á cuyos estridores se unen los mal

reprimidos sollozos de tanto deudo como sigue hasta su descanso postrero á la desgraciada joven. Por fin llegan, y el sepulcro aparece abierto á sus plantas, mas para recogerla sin piedad y enterrarla viva. ¿Por qué antes no haberla rematado? ¿Por qué hacerle devorar tantos dolores inútiles? ¿Por qué, si desaparece de los vivos, no evitarle aquella horrible tortura? Las leyes romanas lo quieren así, á fin de impedir culpas que importan á la vida entera del pueblo rey. Procúranle, pues, cómodo lecho, ardiente lampadario, pan blanco, aceite y leche, no para que prolongue su vida, para que prolongue su agonía. Por fin baja desde la superficie del suelo, donde todavía ven sus ojos la luz y respira el aire su pecho, á la tumba donde como una sombra desaparece. Hala conducido allí el pontífice máximo, quien, después de abandonarla por completo al abismo, levanta los brazos hacia el cielo y dice las oraciones de rúbrica, mientras los verdugos tapan la boca de aquel agujero, que se abre terrible sobre la cima del abismo insondable. ¡Oh! Ella, que había soñado tantas veces, ¡la infeliz Minucia!, con su corona de sésamo y verbena, con su velo nupcial, con su túnica de amante desposada, oyendo anticipadamente los epitalamios compuestos por los primeros poetas al son armoniosísimo de las cítaras, baja ¡oh contradicción! cadáver viviente, cuando la flor de su juventud se abre, cuando todas las ilusiones y todas las esperanzas estallan á una en su pecho, cuando los horizontes de bellissimo porvenir debieran sonreírle, al sepulcro, y ni en el sepulcro encuentra los consuelos y los descansos de la muerte. En su delicadeza, en su ternura, en su sensibilidad, los tormentos de aquella increíble agonía exacerbábanse de un modo tal, que apenas podemos comprenderlos ni siquiera evocando todas las leyendas de los infiernos. El instinto de la propia conservación debió llevarla indudablemente á reposar un poco sobre la cama tendida en los dinteles de la muerte. La primer hambre buscaría el pan; la primera sed buscaría el agua. Dentro de aquel sepulcro aún pugnaría en ella el deseo de vivir. Pero agotadas estas últimas provisiones, consumido el aire que podía restarle allí en la sepultura, todas las enfermedades juntas vendrían sobre su cuerpo, como van los gusanos sobre los cadáveres. ¡Qué horrible agonía! ¡Qué conjunto de dolores materiales y morales! ¡Qué muerte tan espantosa! ¡Cuál

eternidad horrible de dolores sin fin y sin cuento en aquel minuto supremo!

— No continúes, Persio, tu descripción de lo sufrido por Minucia. Me pondría mala. Con sólo pensar en los padecimientos un minuto, le recorren á una por el cuerpo escalofríos horribles. No quiero saber cómo te habrá tu imaginación transportado al sitio de la terrible agonía y pintádote los horrores de aquella muerte infligida por hambre y sed á una virgen robusta. Conozco la necesidad imprescindible de tales rigores; pero no podría sufrir su descripción, ¡ah! no podría.

— ¿Ves, Pola— dijo Séneca, — cómo estamos heridos por el mal congénito á esta nuestra edad, por el horror á la grandeza del bien, cuando se presenta bajo aspectos tan necesarios como el castigo? Quieres en lo más íntimo de tu alma recobrar la vieja virtud romana, y luego te asustas á la vista de los medios indispensables á ese recobro. Pues el soberano bien se halla en las acciones honradas, aunque nos parezcan á primera vista severas y aun crueles. Aquello que parece dañoso á lo particular y nocivo al individuo, luego resulta provechosísimo á lo universal, y bueno, casi óptimo, á la especie. Ese foco de castidad enardecido con el sacrificio de la pobre vestal, cuya muerte nos acaba de contar nuestro buen Persio, á la postre se necesitaba para cosa tan grande como la conservación de Roma y su República. No había otro remedio sino mantener esa institución de virtud y de castidad. Si no, que nos cuente Persio lo sucedido con Tarpeya, que lo cuente.

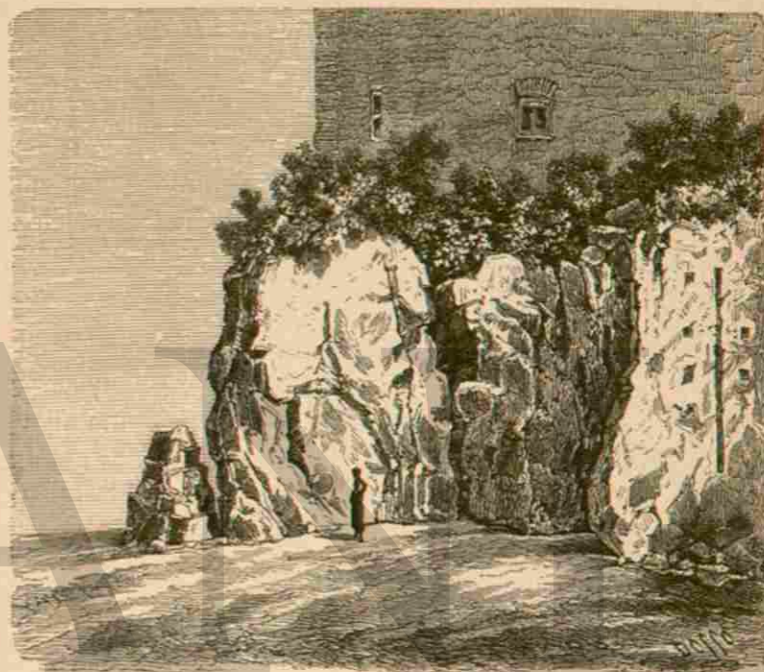
— Propercio — dijo Persio — dedicó una alegoría incomparable á la infidelidad de los vestales, contando la causa de que dieran su nombre siniestro á la roca Tarpeya y la dedicaran á los últimos suplicios. Oídlo. Riente bosque, tapizado todo él de hiedra, cubría la modesta colina, de cuya base iba fluyendo cristalino arroyo, junto al cual sesteaban las ovejas, después de haberse abrevado fieles y obedientes al son dulce de melodiosos caramillos. Haces de trigo coronaban su cima, formando empalizadas de primitiva defensa. Nada Roma entonces, pues los sonidos de las trompetas vecinas resonaban en la roca de Júpiter, y el sabino esgrimía sus lanzas en el Foro, y las aguas del Tíber abrevaban los caballos de los contrarios, y por todas partes algún enemigo circuía con sus odios

el templo que debía dar leyes á la tierra. Entre las hijas de Roma estaba Tarpeya, inscrita ya en el colegio de las vestales y consagrada, por ende, á conservar el fuego eterno. Háblala enviado la orden á recoger agua para el servicio de la diosa, y llevaba como una diadema su ánfora sobre la frente. Dado el número de implacables contrarios, en aquellos alrededores reunidos acechando á Roma naciente, cosa fácil encontrar un soldado en armas y al asedio continuo apercebido. Tarpeya vió á Tacio, quien sobre su corcel de combate caracoleaba orgulloso, inquirendo el sitio por el cual podría más fácilmente penetrar su lanza en el pecho de Roma. Viéndole tan varonilmente perfecto y acabado, caballero en montura, parecida, por su rapidez y por su majestad, al águila de Júpiter, relumbrando todas las armas de aquel tiempo en su cuerpo y de sus ojos difundándose un centelleo divino, Tarpeya dejó caer el ánfora de la frente, picada, como por una víbora, por el nefando amor al extranjero. ¡Cuántas veces desde aquel día su oración se dirigió, no al sostén de la patria idolatrada, sino á rogar que sus sitiadores triunfasen! ¡Cuántas veces pidió á la luna que trajera en la callada noche con sigilo y silencio los jinetes contrarios á su tierra! ¡Cuántas veces sus brazos se tiñeron de sangre desgarrados por las agudas espinas de los zarzales, cuando corría desalada en su amor á la cima para descubrir desde lejos al sitiador y desear que se la llevase cautiva! Así no era mucho que llorase á la continua sobre las aras donde rezar debía, y que corriese un peligro tan grande como el de ver apagada la lumbre de Vesta por aquel diluvio de lágrimas.

— Tienes razón, Séneca — exclamó Pola; — mucho he compadecido á Minucia; pero si había su pecado de traer peligro de muerte á Roma, debe preferirse que muriera. Sin Minucia podía pasar la especie humana y el mundo entero. Pero el mundo sin Roma sería el cielo sin sol, y la especie humana sin el pueblo rey sería ganado sin pastos. Por eso detesté á Mesalina como la detesté cuando nos corrompía con sus liviandades, y detesto á la infame Agripina como la detesto, porque nos oprime con sus ambiciones. Pero sigue, Persio, contándonos la historia de Tarpeya.

— Los romanos — continuó diciendo Persio — y sus enemigos debían combatir en la mañana siguiente á estos lloros de Tarpeya.

Los compatriotas todos de Tarpeya requerían sus armas y aparejaban sus caballos á la defensa, mientras las mujeres preparaban sus votos y sus ofrendas pidiendo al cielo el necesario triunfo. Pues del sitio sacro, donde concentrarse debía toda la fuerza del alma romana, levantábanse plegarias en demanda ¡parece increíble! de un desastre. Tarpeya deseaba contemplar á Tacio subiendo por la



La roca Tarpeya

pendiente de su colina cubierta de zarzas á la cumbre donde gallardeaban los templos, vestido con púrpura, que á maravilla le sentaba, y que no podía sentar bien á gente como la suya, lactada por las lobas. En su delirio la cuitadísima le ofrecía Roma por dote, Roma completamente abierta á la invasión por su mano traidora, consagrada en aquellos ritos á mantener el fuego sacro. ¿Qué le aguardaba en el Capitolio á ella, triste religiosa de Vesta? Pues aguardábale una juventud consumida en las horrorosas esterilidades del sacerdocio y una vejez prematurísima sin hijos y sin ninguna descendencia. En cambio el enemigo le traía la corona de himeneo y la empujaba desde un altar estéril á codiciado lecho nupcial. Así

revolvíase por las noches en desasosegados insomnios, viendo, si despierta, el anhelado amante, y soñando con él, si dormida. Era un día de fiesta. Celebrábase con regocijo el comienzo de las murallas. Los aires resonaban á una con los acentos de caramillos y flautas. En las mesas rústicas humeaban los más primitivos manjares. Difusa por doquier una general alegría, danzaban los pastores de Roma, mientras los soldados yacían ociosos, divertidos de sus armas y de sus clarines, sobre los prados. La vestal, que había entregado su corazón á Tacio, creyó aquel momento propicio para entregarle también su patria. En efecto, abandona el templo de Vesta y corre á indicar la facilidad de una sorpresa en los espasmos de su regocijo. Los perros del templo ladran, pero los degüella con los instrumentos litúrgicos, vueltos del servicio en deservicio de la diosa. Por fin la traición se consuma, y el vestíbulo de la Ciudad Eterna se abre al enemigo. Tarpeya entonces cae á los pies del joven amado y le ruega que señale y designe las nupcias de ambos en premio á las traiciones de ella. Pero Tacio no codiciaba, no, á la vestal; Tacio codiciaba en su furor á Roma. Teníala ya bajo sus plantas, merced á la traición de una sacerdotisa consagrada por el cielo al culto de la llama sacra, y despreciaba la traición por cuyo medio se le había rendido. Y en vez de llevarla, como le prometiera, con amor, á su tálamo un día, mandó que la inmolaran sus soldados. En efecto, inmolaronla sin piedad, y desde aquel entonces lleva la colina este nombre siniestro de Tarpeya, y presencia las ejecuciones capitales, consumadas todas en su triste recinto.

— El pueblo romano — dijo Séneca — se curó inmediatamente de aquella irrupción por su esfuerzo; pero nunca más pudo Tarpeya curarse de su deshonor. A su nombre va unida una maldición eterna.

— Y con razón — dijo Pola. — Dejemos estas flaquezas de las mujeres culpadas y vamos á los ejemplos, que levantan el ánimo al bien y despiertan en la inteligencia el ideal. Háblanos, para celebrar la República, Lucano, de la madre de los Gracos.

— Cornelia — dijo Lucano, — hija de Escipión y mujer de Sempronio, comprendiendo que no podía esperar de éste el renombre con que soñaba en sus ambiciones, redújolo á buen marido, y tuvo con él en una paz doméstica perpetua doce hijos. Desesperada por com-

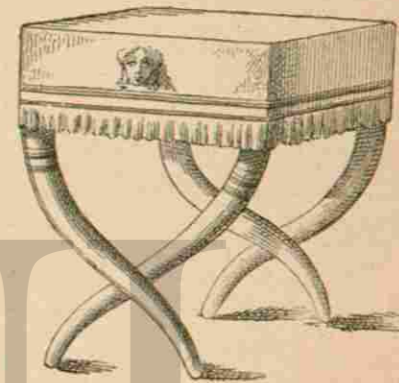
pleto de obtener un renombre como esposa de Sempronio Graco, llevó todas sus facultades, concentrándolas en altísima concentración, al cultivo de las aptitudes generadoras del renombre y de la gloria en quienes más podían satisfacerla y ufanarla, en sus hijos. Desde que los sintió en sus entrañas, los dedicó en su pensamiento á las altísimas empresas generadoras de verdadera fama. Cansábase oírse llamar siempre la hija del inmortal Escipión. Aquella gloria la tenía como de reflejo, pero no entraba en ella, no, parte alguna de su propio ser. Ella no había educado á su padre; bien al revés, había sido educada por su padre. No había cooperado ella en cosa ninguna por su parte, ni á la conquista de España ni á las victorias en Africa. Todo eso distaba tanto de su persona como las glorias adquiridas por sus remotos abuelos en Lucania, en Córcega, en Sicilia y en Cerdeña. Cornelia era mujer de autoctonía muy propia y de idea muy suya. Hija de un general como Escipión, el cual helenizara por completo á Roma, transformando en este consciente y deliberado helenismo desde sus letras hasta sus instituciones y sus costumbres, tomó las ideas griegas, sí, pero no los hábitos, fija en su sede y hogar, completamente dominada por el antiguo espíritu patricio, como una especie de Catón el Censor, su contemporáneo; Catón hembra, más dulce, por tanto, pero no menos inscrita en los tradicionales usos como en compensación á la novedad en sus principios é ideas. Catón rural, esencialmente rural, habitador de aquella Túsculo donde brotaran los romanos primeros, vestido con la corta túnica de Cincinato que no le llegaba ni á la rodilla desnuda, calzado con las sandalias de negro cuero, la pica boyal en sus manos, el arado y la yunta siempre delante de sí, detrás de sí la espórtula rebosando grano para la sementera, pasaba el día en las rústicas labores y la noche sentado en duro banco á la cabeza de toda su familia, en cena frugal, donde se conmemoraba de continuo á los muertos, y con la mirada convertida siempre á los penates antiguos, si ofrecían sabias lecciones y austeros ejemplos á los vivos. Él no tenía nada que ver con aquella vida nueva por Escipión de Asia y de Africa orgullosamente aportada, en la cual había tantas costumbres babilónicas, tantos misterios de Alejandría y Éfeso, triclinios de bronce y púrpura para los banquetes, blancas togas de lino para los cuerpos, alfombras de brocados para los pies,

vasos de plata labrada rebosando vino griego para los labios, himnos atenienses acompañados por salterios orientales para el oído, joyeles de oro para las matronas, estolas de mil colores para las doncellas, perfumes y esencias para los olfatos, astrólogos caldeos en vez de augures etruscos, divinidades voluptuosas de Siria requiriendo cultos orgiásticos en vez de la vieja severidad latina; todo lo cual constituía una invasión de ideas repulsivas completamente á las matronas y á los patricios del viejo austero Lacio. Parecía que, formando todo esto los factores esenciales del partido mandado por Escipión y completamente opuesto al partido catoniano, enemigo implacable del vencedor de Zama, debía propender Cornelia, hija de éste, al helenismo. Pues no le gustaba, ya lo he dicho, el helenismo en las costumbres, no; su personalidad íntima, desligada por completo de todo lo circunstancial, consagrábase también, magüer sus creencias filosóficas de todo en todo griegas, al sostenimiento de los viejos dioses, de los viejos ídolos, de las viejas costumbres. Si Roma hiciera con Grecia lo que hizo Cornelia, tomar las ideas y dejar las costumbres, Roma se hubiera salvado. Había invadido el oriental y griego lujo á la Ciudad Eterna. Encontrábase, pues, muy distante de los primitivos tiempos republicanos y de sus célebres austeridades.

— Pues lo mismo quiere hacer Nerón ahora — dijo Séneca, — trocar nuestra Roma en una Grecia.

— En la Roma de los patricios agrícolas — continuó diciendo Lucano — provenía del heno la palabra palacio, y del ganado la palabra dinero. Apenas entonces había joyeros en las varias categorías de oficios inscritos sobre las tablas de los reyes. Al austero vivir antiguo romano se unió el austero vivir sabino. Cuando los etruscos, invasores con la dinastía tarquina, dominaron la Ciudad Eterna en sus comienzos, los esmaltes etruscos vinieron á dorar la vieja miseria romana. El muro de piedras ciclópeas; la cloaca máxima, por cuyos canales podían bogar hasta barquillas; el máximo circo elevado con tan grande amplitud y extraordinario esplendor entre los antiguos montículos históricos; el templo de Júpiter Capitolino puesto como un faro en la cumbre de Roma; los juegos solemnes en que ya comenzaban los combates á muerte; las majestuosas curules sedes; los cetros de marfil por águilas áureas rema-

tados; los mantos de púrpura brillantes; las espléndidas laticlavias; las innumerables antiguas estatuas; las ferias llenas de músicos muy diestros, indican bien claramente cómo el genio de la oriental Etruria se había sobrepuesto al austerísimo genio de Roma y de su Lacio. Vino la República naturalmente como una protesta vigorosa contra los monarcas etruscos, y se purificaron las costumbres y se disminuyeron los esplendores del antiguo lujo. La imagen del patricio se halla en Cincinato ante sus bueyes, y la imagen de toda cumplida matrona en Lucrecia hilando. La dureza romana y sabina se opuso como un contraste republicano á la molicie ó blandura etrusca. Túnica de lana el marido, túnica de lana la mujer. Hasta los tiempos de Coriolano, la mezcla de hilazas áureas con los otros tejidos no fué permitida. Y así, habiendo querido un siglo más tarde llevar á Delfos ofrendas prometidas por el virtuoso Camilo en acción de gracias á milagrosas victorias, las romanas ofrecieron



Silla curul

la totalidad y suma de sus joyas, las cuales juntas en el tesoro y fundidas por superiores órdenes dieron tan sólo de sí una modesta y breve copa que ofrecer en el templo de Delfos al dios de la poesía y de la luz. Las victorias romanas sobre Grecia, Sicilia, el Oriente y el Africa trastornaron las viejas costumbres y trajeron el asiático lujo con todo su esplendor. Descendió la matrona su túnica de lana y la dejó á sus siervos, tomando para sí la estola de lino, blanca y transparente, ceñida y recamada de oro. El calzado fué mucho más elegante. Las alfombras orientales comenzaron á extenderse mullidas bajo los pies. Colgáronse los cuadros griegos y erigiéronse las griegas estatuas en los edificios romanos como deslumbradores ornamentos. Un espectáculo al cual acudían las mujeres parecía desde lejos tapiz ó prado, según los matices varios de sus multicolores vestimentas. Hasta la conquista de Sicilia no se conoció aquí el arte de peinar. Los barberos primeramente llegados á Roma vinieron todos con Licinio, que iba ven-

cedor de la magna Grecia. El dominio sobre las extrañas gentes se debía, por ley natural, á la victoria, y la victoria, por ley natural, se alimentaba con el despojo de los triunfos. El soldado volvía con cuatrocientos haces en su cinto desde Cartago á Roma. Ciento veintitrés libras de plata Escipión aportó de su triunfo en Africa. De una sola vez Paulo Emilio trajo ciento cincuenta millones. Los argentarios, quiero decir, los negociantes crecieron. Las chozas de los antiguos cambiantes, extendidas por el Foro, se convirtieron á una en palacios de piedra. Tras aquellos bancos, donde se hacían toda clase de negocios, erigíanse las basílicas, destinadas á la contratación. Por consecuencia, el dinero traía consigo grande movimiento mercantil, y este grande movimiento mercantil traía consigo, como toda riqueza, excesivo lujo y dispendio. Se había sobrepuesto, pues, al patriciado rural de Catón otro patriciado negociante y mercantil que venía tras el carro de los Emilios y de los Escipiones con orientales riquezas. Puertas de bronce abrían paso á las casas patricias; estatuas doradas resplandecían por vestibulos y patios; colosos ecuestres campeaban hasta en edificios particulares; los farsantes, encargados á guisa de bufones del divertimento y regocijo universal, contaban fábulas y decían gracias á roso y belloso entre alegres carcajadas; el tocador de las damas asemejábase á botiquín bien provisto, según los perfumes y los ungüentos allí amontonados; bordadores, joyeros, sastres de túnicas elegantes, tintadores en matices varios, zapateros de femenil calzado, aglomerábanse, al par de los clientes, con poetas, cantadores, citareros, flautistas, en aquellas mansiones ardientes á la llama viva de todos los placeres. Únase á esto el escándalo promovido por el desenfreno de las fiestas báquicas, tan enardecedoras para los sentidos y tan nocivas á las buenas costumbres. Más de siete mil personas, pertenecientes á todas las clases sociales, habíanse inscrito en esta increíble sociedad. Las embriagueces allí usuales pervertían y mataban con tal frecuencia, que se las creía, en las creencias comunes, corrosivos envenenamientos. Sacerdotisas, ataviadas como las ménades, el cabello suelto al viento, las sienes ceñidas por guirnalda de hiedra y pámpanos, la corta túnica del color de azafrán, las canciones voluptuosas en los labios aromados por el vino, el tirso de oro con serpientes entrelazadas en una mano

y en la otra mano las antorchas, corrían por las orillas del Tíber, llenando los aires con el resuello de sus pechos agitados, con el acento de sus voluptuosos suspiros, con los besos de sus exaltados y delirantes placeres. Así como los griegos de tiempo inmemorial acostumbraron celebrar fiestas, cual aquellas de Olimpia, donde acudían los peregrinos en legión, los embajadores de todas las ciudades, los teoros dispuestos á ofrecer sacrificios conformes con la tradicional antigua liturgia y arreglar procesiones, las cuales iban por los bosques sacros que atravesaban las aguas del Alfeo, entre altares donde humeaban la mirra y el incienso, libando las copas de hidromiel y ciñéndose las coronas de olivo para prepararse á recibir las ofrendas enviadas por todos los representantes del helenismo, quienes allí en el templo de Júpiter veían su misteriosa unidad, y para premiar á los atletas galardonados por sinfonías melodiosísimas y cantares poéticos, obra de coros, cuyas voces alzaban á las alturas misteriosos himnos, derramando el entusiasmo en todos los corazones y haciendo prósperos y propicios á todos los dioses; como estos juegos olímpicos, los juegos pitios ó competencias de todos los instrumentos helénicos; los juegos nemeos consagrados á los héroes muertos; los juegos ístmicos anunciados por mensajeros expedidos á los cuatro extremos del horizonte y compuestos de magníficas rivalidades y competencias, tanto de las fuerzas físicas cual de las ideas puras, según debía suceder en aquella compenetración del espíritu con el universo, que constituye la mayor y más armoniosa característica del antiguo pueblo griego; Roma repitió estas fiestas de otra suerte, como vemos en los fastos magníficos de Ovidio. Ya eran los seculares juegos, iluminados en sacras noches por innumerables antorchas, á cuyo resplandor los más ga-



Casco de un gladiador (Museo de Nápoles)

llardos mancebos y las muchachas vírgenes iban al templo de Apolo entonando himnos bilingües en griego y en latín, llenos de incommunicable poesía; ya eran los cereales, donde las matronas, precedidas por todos los dioses, asistían primero al Circo y del Circo al templo de Ceres, en que se ponían loas coreadas, representando las tradicionales historias de Plutón y Proserpina; ya eran los matronales consagrados á Juno, ante quien deponían las matronas sus coronas de verbena, fiestas concluidas por tertulias y recepciones familiares; ya los vestalios, de numerosas incidencias, que paseaban por las plazas ornados de guirnaldas los asnos de los molinos; ya los florales, donde los romanos celebraban el florecimiento de la primavera y procedían como si la savia embriagadora esparcida por el campo se concentrara en sus venas; ya las saturnales, de que los esclavos mismos participaban, y en ellos se fingía entregar las mujeres á los enemigos como recuerdo de ciertos hechos legados por los antiguos tiempos y propios de los combates á que se halló desde su nacimiento condenada esta diosa de la guerra denominada la Ciudad Eterna.

— Esa manía de buscarlo todo en Grecia, de adorar sobre todo á Grecia, de oír por los oídos de Grecia y hablar por su boca se ha extendido y arraigado más y más en tiempo del Imperio á consecuencia de propensiones en los césares al mundo helénico — dijo Séneca.

— Es verdad, mucha verdad — añadió Lucano. — De Grecia provienen los libertos que ayudan al déspota en sus oficios viles y de Grecia los ornamentalizadores que pulen y ornan y abrillantan esta nuestra cárcel.

— ¡Parece imposible! — observó Persio. — El mundo de la libertad ha provisto de sus más infames cortesanos á la tiranía imperial.

— Pero esto se origina — dijo la bella esposa de Lucano — en que la hetaira, la esposa semi-doméstica y semi-pública, en la condición inmoral de medio favorita y medio mujer, ha corrompido con profundísima corrupción las costumbres helenas.

— Todo César encuentra en Grecia cómplices — dijo Persio.

— Y todo César va como á una escuela de despotismo al sacro centro de la libertad — añadió Lucano.

— Calígula — observó Séneca — se trajo cuantas riquezas pudo de Atenas, cual despojos de la libertad allegados por el despotismo, y hasta intentó arrancar el Júpiter de Fidiás á los altares y ponerlo entre sus esclavos.

— Pero nadie como Nerón en esta manía por Atenas — dijo Pola.

— ¡Ya lo creo! — le observó Persio. — Amante del arte, busca en Grecia los artistas que han de glorificarlo; y amante de la tiranía, busca en Grecia los esclavos que han de servirle.

— Pues aún creo que busca, en mi sentir, algo más — dijo Pola; — busca esa voluptuosidad que las ruinas griegas exhalan, semejante á la embriaguez producida por plantas parietarias, como la cicuta y el beleño.

— Pues no podéis imaginaros — dijo Séneca — cuán extraordinarios esfuerzos me cuesta disuadirle de que marche á Grecia, donde quiere presentarse como competidor en concursos públicos y solemnes con poetas y músicos.

— ¡Cuál desgracia! — suspiró melancólicamente Lucano — ¡cuál inmensa desgracia vernos dirigidos por un joven aquejado de furiosa demencia y pronto á todo género de ridículas extravagancias! ¡Ay, Séneca, bien poco influye tu sana filosofía en el doliente mundo!

— Pues bien puedes, Lucano, dar gracias todos los días á todas las divinidades protectoras de nuestra familia, por tener que vivir bajo Nerón.

— ¿De veras — preguntó Persio á Séneca, — de veras nos crees obligados al agradecimiento para con los dioses por tal predestinación?

— ¡Vaya si lo creo! ¿Pues no vives ahora bajo Claudio?

— Pero ¿tú crees verdaderamente, Séneca, tú crees á Claudio peor que á Nerón?

— Si Nerón es un loco, Persio, Claudio es un imbécil.

— Júzgolo cual tú lo juzgas, venerado maestro; pero un imbécil no tan perverso de suyo ni al mal tan inclinado como Nerón.

— Pero Nerón oye á los filósofos, mientras Claudio únicamente oye á los libertos.

— ¡Ay, Séneca! — dijo tristemente Pola, despidiendo un amargo



suspiro, — yo presagio con toda mi alma que cuantos aquí estamos concluiremos por ser víctimas de Nerón.

— No digas esas especies, Pola, no las digas; su divulgación puede costarte muy cara.

— Como que puede costarle la vida — exclamó Persio.

— Y á todos los que aquí estamos sin excepción — añadió Lucano.

— Creedlo: Nerón participa de nuestras ideas, en medio de sus desórdenes intelectuales y morales.

— ¿Crees tú, Séneca, lo crees que puede ser como yo un republicano neto, él, un príncipe imperial?

— No te diré que pueda, Lucano, ser un militante como tú — dijo Séneca.

— ¡Ya lo creo — le observó Persio al filósofo, — ya lo creo! Si fuera un republicano militante, como todo en el mundo se halla hoy á su arbitrio, sería Nerón un republicano triunfante. Con un decreto restablecería la República.

— No soy del sentir de Persio — dijo Pola.

— ¿Por qué? — le preguntó Lucano, que oía como un oráculo á su hermosa é inspirada mujer.

— Porque la República nace de un conjunto de costumbres y otro conjunto de ideas perdidas ya en la Ciudad Eterna.

— Pues bien infundo yo ideas republicanas en mi discípulo — dijo Séneca, defendiéndose de las observaciones hechas tan atinadamente por su amada sobrina.

— No lo dudo, Séneca, no lo dudo: le infundirás ideas republicanas, pero no vida republicana; creencias republicanas, pero no costumbres republicanas.

— Aquí todos creemos en la República — dijo Persio, corroborando el pensamiento de Pola, — ninguno la practicamos.

— Pues mirad, voy á deciros una cosa: como Lucano vuelve su atención á la muerta República romana, vuelve la suya Nerón á la muerta República griega.

— Para divertirse — dijo Lucano — con sus artes; no para fortalecerse y acerarse de ningún modo en sus instituciones.

— Pues así como combato el empeño suyo de cantar en Grecia, defiendiendo y sostengo el empeño suyo de aprender en Grecia ideas

filosóficas y políticas — dijo Séneca. — La mujer que ha presentado Pola cual un modelo, hizo mal en combatir la tendencia de los Escipiones á helenizarnos y peor todavía en sostener aquella enérgica intransigencia de Catón el Censor, en virtud y por obra de la cual tendencia se hubieran petrificado nuestra Roma y su República.

— ¡Lástima grande, Séneca — observó la inteligente sobrina, — que Roma no llegase á tanto esplendor y no se viese tras sus victorias en comunicación estrecha con todo el mundo, sino á precio de sus virtudes y de su honor! Después de lo mucho que trabajara el mundo antiguo, no había utilidad alguna para el género humano en que todos estos trabajos á una se perdieran y frustraran. La familia con tantos esfuerzos fundada por los dorios, las escudriñadoras lecturas del cielo tan perfectamente acabadas por los caldeos, aquella moral egipcia en que latía tan vivo el sentimiento de la inmortalidad, los progresos conseguidos en las artes y en las ciencias por el pueblo helénico, las instituciones y la sabia legislación de tantas ciudades como brillaban á uno y otro lado y á todo lo largo del revelador Mediterráneo, no debían perderse, tanto más, cuanto que se hallaban en el caso de salvarse con vigor, sin obscurecer las conciencias y sin pervertir las costumbres. Ciertamente que había la civilización oriental y helénica llegado á Roma cuando ya estaban las dos en su decadencia, y cierto que las civilizaciones decadentes pudren á los pueblos puestos en contacto con ellas. Pero había que proceder en términos capaces de traer las mejoras naturales extraídas á una de los antiguos pueblos, sin ofender al nombre romano y menos cancerar la medula de aquella fuerte y robusta organización histórica. Un partido había, compuesto de hombres superiores como los Emilios y como los Lelios, que aspiraba á la consecución y logro de tal fin. En este partido se hallaba Cornelia, más inclinada, como ya he dicho, á las costumbres de los enemigos de su gente, á los catonianos, que á las costumbres de su propia y natural familia, los orgullosos Escipiones, aunque siempre participe de sus ideas helénicas. Cornelia contaba que sus abuelos, con ser tan viejos nobles y tan altos aristócratas, solamente habían tenido humilde tugurio en Roma y corto campo en las cercanías, viviendo consagrados á las austeridades más rudas. Lo que deseaba y pedía

Cornelia era que se tomase del Oriente y Grecia el arte con la filosofía, pero no las tradiciones y las costumbres. Dondequiera que veía un maestro del viejo saber, lo captaba para sus hijos, con tal que ofreciera una vida íntegra y pura. Lo que no quería, no, era el retórico acostumbrado á defender todas las causas con igual elocuencia; el sofista gréculo, comentador indiferente y escéptico de todas las ideas; el sacerdote orgiástico y voluptuoso, que mezclaba el más grosero sensualismo á su liturgia y á su culto; el quiromante decididor de horóscopos engañosos vendidos á dinero en públicas almonedas; el bailarín y el histrión y el sicofanta, que fomentaban el vicio en los demás porque cedía en provecho propio. Cornelia tomaba de Grecia las ideas despedidas y evaporadas con tantos aromas de aquella incomparable ánfora, y daba de mano á todas las corrupciones traídas por su descomposición inevitable, que iba materialmente corrompiendo también á Roma con su perverso contacto. Presentóse un día en casa de Cornelia joven matrona, muy pagada, en su vanidad y belleza, de las joyas que tenía y de los arreos que llevaba. La conversación giró sobre los nuevos usos traídos de Grecia y sobre los nuevos trajes á la sazón aquella en boga extraordinaria. La joven romana encarecía sus mixturas, sus pomadas, sus afeites, los múltiples adornos que á cada paso le granjeaba el marido, las joyas, las muchas joyas de su ajuar, tantas por su número y tan ricas por su materia que componían un verdadero tesoro. Cornelia, despegadísima por su temperamento y por su educación de todas estas nonadas, correspondía en su diálogo con la conversación mantenida por su visitante, mas no quería darle pábulo y mudaba con arte y saber de objeto y asunto. Pero la matrona resistíase á mudar de conversación é insistía con empeño en el relato de sus galas. Dejéla, vista su insistencia, Cornelia que fuera por donde quisiese á su arbitrio en aquel impertinente coloquio, y cerró, á guisa de muda, su boca. En tal estado la interlocutora dejó el propio discurso y se consagró á no menos importunas y no menos impertinentes interrogaciones que su anterior conversación. En este interrogatorio le preguntó cuántas joyas ella tenía, y le dijo Cornelia que varias, en respuesta. No demandaba más la gárrula patricia, y en seguida requirióla con porfía para que se la enseñase con franqueza. Cornelia, en efecto, abrió una puerta y

enseñó sus hijos. Este rasgo pinta la complexión de mi modelo, Séneca. Muy dada por la sangre que discurría en sus venas á los altos goces de una vida superior y á los altos empeños políticos, trataba de dominar en la sociedad, sí, pero por medio de su familia, de sus hijos, de su esposo, de su hogar, escuela para enseñar las ideas que aún podían esclarecer las ciencias, estadio para ejercer las virtudes que aún podían defender y prosperar á Roma. Hija de un extraordinario héroe, á quien le había tocado vencer al feroz y terrible cartaginés, engendro del Africa, quien, rodeado por trescientos mil hombres, á los cuales fascinaba, se puso de un salto sobre Roma, después de haber quemado cuatrocientas ciudades ó latinas ó aliadas, Cornelia debía, por afectos hereditarios, por altiveces de pensamiento adquiridas en su comercio y trato con las gentes superiores, continuar todos estos grandiosos ejemplos y contribuir con los recursos y medios propios de su sexo al esplendor de su patria. Aunque la presencia en su casa paterna y la educación de su heroico padre le sugirieran ciertos varoniles pensamientos, Cornelia sabía bien que le tocaba influir en Roma por medio de los suyos, de su gente, cual nosotros llamamos á la familia.

— Pero ¿cómo querer, Pola, que suceda todo esto en una sociedad cual la sociedad romana, donde las mujeres traen de Grecia los adornos para su vestido, los músicos para sus festejos, los cinceladores para sus joyas, pero ni una sola idea, ni una sola para sus entendimientos?

— Pues he ahí, lo que yo quiero — dijo Pola, — cambiar las mujeres, para que las mujeres cambien la sociedad.

— Pues para cambiar las mujeres — observó Persio — tienes tú, Pola, más medios que ninguna otra romana.

— ¿Cuáles medios? — preguntó á Persio Pola.

— ¿Y lo preguntas, Pola?

— ¡Vaya si lo pregunto!

— Pues tienes la respuesta en tu pensamiento, digan lo que quieran tus labios.

— Expíciate.

— Después de la religión, el arte domina en el corazón de la mujer.

— Verdad.

— Y entre las artes ninguna tan poderosa como la poesía sobre tu sexo.

— Verdad también.

— Pues siendo esto así, dile á tu esposo que cante las mujeres del tiempo republicano, y verás cómo regeneras la mujer del imperio tan corrompida, convirtiéndola en una mujer verdaderamente republicana é impulsándola con tu inspiración y con tus versos á educar en el amor hacia la libertad á sus hijos.

— Del mismo parecer de Persio me siento penetrado — exclamó Séneca. — La política no puede cambiar las creencias. No pueden ir las leyes contra las costumbres. Pero la filosofía por un lado cambiando la conciencia, y por otro lado la poesía cambiando el sentimiento, pueden muy bien cambiar el espíritu, y con el espíritu á su vez se cambiará la sociedad. Y como el alma de la mujer es á todas las impresiones tan fácil y á todos los influjos tan dispuesta, de seguro habrás cambiado la servidumbre odiosa en libertad, si en ideas de libertad educa sus hijos.

— Tenéis razón los dos, Persio y Séneca, los dos. Me duele no ser un Virgilio, pues de serlo, intentara despertar los héroes que asistieron á la República en su nacimiento y los héroes que acompañaron á la República en su muerte, para glorificarlos, si es que mis versos pueden añadir ni un átomo á sus glorias.

— Mucho puedes hacer — dijo Persio, — pues tanta inspiración tienes como Virgilio. Sobre todo no te olvides, Lucano, en modo alguno de las mujeres que han defendido y prosperado la libertad.

— No me olvidaré — dijo Lucano, — y no me olvidaré de tu heroína y de su tiempo. Cual observa en su libro célebre *De Orígenes* Catón el Censor, las matronas, muy sometidas á la tutela marital por las leyes, dominaban por las costumbres con su autoridad y con su poder femeniles á todos sus esposos. Enemigo como buen patricio rural de las innovaciones, oponíase á reformar las viejas leyes en pro de las mujeres y sus derechos, reforma propuesta por muchos, aduciendo el insoportable poder alcanzado bajo una legislación rigurosa y muy propenso á tocar en tiranía siempre, pero mucho más en el caso de aflojarse y perderse las viejas leyes. Casada Cornelia con el patricio Sempronio, por medio de Sempronio usó de su natural influencia. Modesto el marido, equilibrado en sus

facultades como todos aquellos en quienes el genio no suele brillar, ejerció los cargos civiles y militares con rigurosa moderación y cumpliendo todos sus deberes. Acostumbrada la matrona excelsa por su educación á mayor influencia, no humilló nunca la dignidad natural de su marido, y aguardó con calma, pero con perseverancia, de la maternidad, el influjo no logrado en su modesto matrimonio. La hija del inmortal Escipión no pudo conseguir que la llamaran en su tiempo esposa de Sempronio, y se consagró á que la designasen por siglos de siglos con este nombre: madre de los Gracos. Y así ha pasado á la historia. Sempronio se debió inclinar siempre al partido plebeyo y á las ideas democráticas. Por consecuencia, Cornelia, nieta de patricios, hija del Africano, mostró todo lo que amaba en su corazón al marido, cambiando ideas tan arraigadas y parecidas á una vieja liturgia por sus nuevas radicales ideas. No turbó el más ligero disgusto ni la contrariedad más mínima tan sólido amor. La tradición refiere que, habiendo encontrado una vez los esposos dos culebras en su cama nupcial, recurrieron á los augures á fin de saber bajo sus auspicios el sentido y significación de tales augurios. En las arraigadas supersticiones clásicas recibían el carácter y el ministerio de agoreros casi todos los animales, de quienes imaginaban que solían servirse los dioses para sus sugerencias y sus anuncios. Aconsejaron los arúspices matar una de las serpientes, pero advirtiendo que si moría el macho se acortaba la existencia de Sempronio, y si moría la hembra se acortaba la existencia de Cornelia. Muy amantes los dos esposos, quería cada cual matar el reptil que aseguraba la existencia ajena y destruía la propia. Cornelia pidió que muriera la hembra para morir ella y dejar á sus hijos con padre. No así el marido, arguyéndose de viejo y notando los pocos años de su hermosa y joven mujer, dijo como debía vivir ésta para dar en su juventud y en su hermosura numerosos romanos á Roma. Inútilmente porfió Cornelia en su empeño y aseguró que si alguna vez á enviudar llegase, no se casaría de nuevo, pues le placía pasar á la historia como esposa de un solo marido. No atendió á razones y menos á súplicas el porfiado Sempronio; mató al macho, y murió él, en consecuencia. Bajo estos símbolos significábase con claridad el amor, el inmenso amor de Sempronio á su mujer. Y lo merecía ésta, porque todos

cuantos desvelos llevó en su vida, todas cuantas vigili-  
as tomó en su extraordinario ministerio doméstico y social, redujéronse al mag-  
no empeño de ser una buena esposa y una buena madre. De los  
doce hijos que tuvo en su matrimonio, solamente le quedaron tres,  
Tiberio, Cayo y una hija que unió con Escipión, el segundo Afri-  
cano, hijo, en las adopciones romanas, de su propio padre y señor,  
el Africano primero. Viuda Cornelia, centuplicóse naturalmente su  
afecto maternal, y vivió tan sólo para su prole. Vida tal tuvo tanto  
más mérito cuanto que no le faltaron ocasiones múltiples de tornar  
á casarse. Entre otros, le pidió la mano el rey egipcio Tolomeo,  
brindándole con su amor y con su trono. Intensísimo sacrificio para  
matrona de su temple la renuncia de un poder tan alto en imperio  
como aquel, que se alzaba orgulloso á las orillas del Nilo, bajo la  
dirección de una familia helena, injerta en los generales subsi-  
guientes al magno Alejandro; familia tan célebre por su poder como  
por su ciencia, según lo mucho que había esgrimido las armas en  
cien combates y aventajado las letras con su divina protección.  
Rasgos de tal género demuestran las altas virtudes romanas. Aque-  
lla mujer prefería la viudez de un censor á la diadema de todo un  
Egipto. Educar á los hijos en las virtudes antiguas, dirigirlos al  
bien de la patria, industrialos en los altos principios filosóficos,  
hacer de todos ellos héroes en el campo, magistrados en el foro,  
legisladores en el comicio, grandes ciudadanos, era para Cornelia  
mayor satisfacción que vivir á la desembocadura del Nilo, entre  
las alamedas misteriosas de palmas y obeliscos, reinando sobre  
aquellos desiertos donde los dioses tuvieran su cuna y ejerciendo  
desde las alturas del trono autoridad y poder, muy tentadores á  
todas las almas y especialmente á las almas como aquella suya,  
iluminada siempre por el resplandor de los más esclarecidos pen-  
samientos y movida también á las más altas empresas por las más  
nobles y las más activas ambiciones. Sus hijos: he ahí toda la pa-  
sión de Cornelia. Pero sus hijos no serán para ella, no serán para  
su hogar; serán para los combates de la política, serán para el ser-  
vicio de la patria. Cornelia no pare hijos, pare ciudadanos. Algo  
hay en ella de la mujer lacedemonia, que imponía con orgullo á  
sus pequeñuelos una educación regulada por leyes, mediante las  
cuales no debían ir al combate sino para recoger la victoria ó la

muerte. Y esta pasión política debe considerarse como una pasión  
sobrepuesta por el amor inmenso hacia Roma en la naturaleza ín-  
tima y propia y peculiar de Cornelia. Tierna, muy tierna madre,  
de haber tenido sus hijos en medio ambiente que no imperara con  
tal soberano imperio sobre la mujer y sus facultades, acaso fuese  
madre, sólo madre, y guardara para sí, para su amor, para su alma,  
para su corazón, á los hijos. Pero había nacido en Roma: la ciudad  
quiritaria dominaba su espíritu de mujer y lo convertía en verda-  
dero espíritu varonil; el hogar de sus padres hallábase consagrado  
por santísimos recuerdos como la conquista de Cerdeña y de Car-  
tago; en su familia y consigo vivían los salvadores de Roma; el  
término de su campo se dibujaba y señalaba con huesos de márti-  
res; el sepulcro de sus mayores despedía una epopeya de sacrosan-  
tos recuerdos; por todas partes la gloria militar y política se le-  
vantaba imperiosa, y Cornelia no podía, no, sustraerse á la fasci-  
nación de todos estos, más ó menos engañosos, pero efectivos y  
reales prestigios. Educó, pues, la prole suya para la milicia y para  
la política, especialmente para la política, porque había concluido  
el maravilloso ciclo de las conquistas romanas. El ciudadano latino  
coparticipaba ya del alma de Roma; las legiones de Antíoco ha-  
bían dejado sus carros de oro y marfil, donde durmieron sueños  
voluptuosos los déspotas, al arbitrio del pueblo rey; la columna  
macedónica se había roto como una débil caña; creíanse los con-  
quistadores romanos en el desfiladero donde muriera Leonidas  
descendientes y no enemigos de los heroicos espartanos; Aníbal,  
después de haber tenido á sus pies Roma, buscaba en vano para  
morir y sepultarse tierra que no fuese romana; bajo los arcos de  
triunfo, sobre las moles de aquella incomparable Vía Sacra, entre  
las hileras de templos y sarcófagos, pasaban elefantes con tronos  
de marfil en la espalda, camellos con oro acuñado, bueyes que  
arrastraban estatuas, cautivos orientales con cadenas de pedrería  
en los brazos, monarcas como Prusias, penitentes que se ponían  
de hinojos, plegadas las manos y rapado el cráneo, ante las legio-  
nes, ó como el hijo de Masinisa, que depositaba su trono líbico á  
las plantas del Senado; pueblos como los rodios, pidiendo, cual un  
título de honor, el dictado infame de siervos; escritores como Fo-  
libio, que alababa los Milciades opuestos á los persas y maldecía

los Milciades opuestos á los romanos, pues Roma no aparecía como una ciudad, aparecía como una diosa, disponiendo á su antojo del cielo y de la tierra.

—¡Magnífico, magnífico, magnífico!— dijeron los tres interlocutores de Lucano tras esta descripción de la heroína, que creyeron todos por su ciencia descriptiva y por su corte de todo punto épico muy del poeta romano que brillaba en aquel minuto con extraordinario brillo y tenía en su imaginación una heroica epopeya de la libertad y de la República romanas.

— Los deberes se hallan en correlación estrecha con los dones recibidos del cielo — dijo Séneca. — Yo aguardo siempre de los dioses que Nerón oiga mis lecciones, y si no restaura la República por ser intento imposible, gobierne como si en lugar de ser un emperador fuera un magistrado. Pero bueno es hallarse prevenido, muy bueno. Y ya que los dioses te han dado una resonante lira, bueno será que la pulses, Lucano, por la República.

— Vuestros consejos son mandatos. Yo no hago ninguna otra cosa más que trazar cánticos de libertad en mi fantasía. Y para mejor seguir los avisos de vuestra conciencia con las sugerencias de mi espíritu, yo me fijo en el período en que murió la República y quiero cantarlo.

— Pues cántalo, cántalo, cántalo — dijeron por tres veces los tres interlocutores del poeta.

— Lo cantaré mezclando el rayo de sol que despiden vuestras inteligencias, ¡oh Séneca y Persio!, con el rayo de luna que despiden los ojos de mi esposa — y abrazó á Pola.



## CAPÍTULO IX

«LA FARSALIA» DE LUCANO

—¿No te parece, amigo mío — preguntó Persio al poeta épico, — mejor asunto que los postreros días de la República los legendarios de la primitiva Roma? ¿No podría tentar tu corazón y tu fantasía un asunto tal como la persona de Numa, por ejemplo, asunto de toda poesía?

— La verdad es que, según sus aciertos — dijo Séneca, — no parecía por una divinidad aconsejado Numa, parecía una divinidad en persona. De noble nacimiento, de virtuosa familia, de ocupaciones altísimas como son todas las referentes al espíritu, de calma interior procurada por una religión y por una filosofía superiores, amaba sobre todos los estados un estado de paz, y no podía resolverse á dirigir pueblo como el pueblo rey, empeñado en fiar todos sus adelantos y todas sus ventajas al combate continuo, exterminador y horroroso. Así, cuando los enviados de Roma le cercaron y le prometieron la corona de Rómulo, instándole con súplicas, Numa opuso á sus instancias la consideración del enorme trabajo y de las agudas penas que le traerían unos deberes tan altos y tan múltiples, tras los esfuerzos empleados por él en su vida toda para

los Milciades opuestos á los romanos, pues Roma no aparecía como una ciudad, aparecía como una diosa, disponiendo á su antojo del cielo y de la tierra.

—¡Magnífico, magnífico, magnífico!— dijeron los tres interlocutores de Lucano tras esta descripción de la heroína, que creyeron todos por su ciencia descriptiva y por su corte de todo punto épico muy del poeta romano que brillaba en aquel minuto con extraordinario brillo y tenía en su imaginación una heroica epopeya de la libertad y de la República romanas.

— Los deberes se hallan en correlación estrecha con los dones recibidos del cielo — dijo Séneca. — Yo aguardo siempre de los dioses que Nerón oiga mis lecciones, y si no restaura la República por ser intento imposible, gobierne como si en lugar de ser un emperador fuera un magistrado. Pero bueno es hallarse prevenido, muy bueno. Y ya que los dioses te han dado una resonante lira, bueno será que la pulses, Lucano, por la República.

— Vuestros consejos son mandatos. Yo no hago ninguna otra cosa más que trazar cánticos de libertad en mi fantasía. Y para mejor seguir los avisos de vuestra conciencia con las sugerencias de mi espíritu, yo me fijo en el período en que murió la República y quiero cantarlo.

— Pues cántalo, cántalo, cántalo — dijeron por tres veces los tres interlocutores del poeta.

— Lo cantaré mezclando el rayo de sol que despiden vuestras inteligencias, ¡oh Séneca y Persio!, con el rayo de luna que despiden los ojos de mi esposa — y abrazó á Pola.



## CAPÍTULO IX

«LA FARSALIA» DE LUCANO

—¿No te parece, amigo mío — preguntó Persio al poeta épico, — mejor asunto que los postreros días de la República los legendarios de la primitiva Roma? ¿No podría tentar tu corazón y tu fantasía un asunto tal como la persona de Numa, por ejemplo, asunto de toda poesía?

— La verdad es que, según sus aciertos — dijo Séneca, — no parecía por una divinidad aconsejado Numa, parecía una divinidad en persona. De noble nacimiento, de virtuosa familia, de ocupaciones altísimas como son todas las referentes al espíritu, de calma interior procurada por una religión y por una filosofía superiores, amaba sobre todos los estados un estado de paz, y no podía resolverse á dirigir pueblo como el pueblo rey, empeñado en fiar todos sus adelantos y todas sus ventajas al combate continuo, exterminador y horroroso. Así, cuando los enviados de Roma le cercaron y le prometieron la corona de Rómulo, instándole con súplicas, Numa opuso á sus instancias la consideración del enorme trabajo y de las agudas penas que le traerían unos deberes tan altos y tan múltiples, tras los esfuerzos empleados por él en su vida toda para

conciliarse aquella paz del sabio, superior á todos los dolores y exenta de cuidados. Mas como insistieran los embajadores, Numa les respondió que no podía recibir cargo tan repulsivo á su temperamento como el cargo de monarca sin el voto concorde y unánime de todos los llamados á designar el primero en las monarquías. Convinieron en esto y se presentó en la grande Asamblea nominadora, donde no le faltó uno siquiera de los electores congregados y legítimos. Tras tal votación, que le nombraba materialmente, lanzó el pueblo entero un clamor de fragoso regocijo. Pero Numa objetó que la elección aquella no se podía dar por hecha, faltándole, como le faltaba, el asentimiento de los dioses, á quienes debía consultar desde la montaña Tarpeya después de haber consultado al pueblo desde la montaña Palatina. Los sacerdotes le precedían, los adivinos le rodeaban, é instalado en la tierra verdaderamente litúrgica del viejo cerco romano, el jefe de los augures le veló completamente la faz, le volvió al Mediodía, é imponiéndole su diestra mano sobre la frente, convirtió los ojos avizores á los cuatro puntos cardinales para escudriñar y saber, bien por el vuelo de las aves, ó bien por el soplo de los airecillos, ó bien por otros signos análogos, si lucían ó no signos favorables y prósperos. Un silencio sepulcral reinó durante la ceremonia. El pueblo levantó una oración interior al cielo para volvérselo propicio; tanto recelaba perder la dirección y gobierno de aquel hombre. Al fin por la derecha de Numa vinieron los augurios felices, las aves buenas; y al verlas, tomó la vestidura real, compuesta de lino y púrpura, declarándose monarca. El pueblo lanzó agudo grito de alegría y le bendijo con toda suerte de bendiciones clamorosas. Su primer acto de soberanía fué licenciar la guardia, por su predecesor adscrita desde los primeros días del reinado á la persona regia. Esos aparatos denotan, ó que desconfía el pueblo de sus jefes, ó que desconfían los jefes del pueblo. En uno y otro caso un buen monarca no debe reinar. Y fiado en esta confianza él, aumentó los flamines al colegio sacerdotal romano; extendió y multiplicó las fiestas litúrgicas en que los pueblos se congregaban; llamó los ojos del vulgo hacia la idea invisible representada por las estatuas y simulacros visibles de los dioses; substituyó los sacrificios cruentos con hidromiel y harina y libaciones; creó y organizó el Pontificado máximo; consagró por medio de las

vestales el fuego sacro que debe arder eternamente dentro de Roma como en el sol su lumbre; purificó el culto prestable á los muertos; erigió el templo de Jano á la paz y otro templo á la buena fe; impuso públicas horas de recogimiento y de silencio; consagró la propiedad conjurándola y perpetuándola por medio del dios Término; dulcificó las relaciones sobrado adustas de los padres con los hijos; añadió al año, compuesto de diez meses y empezado en marzo, enero y febrero; dispuso fiestas públicas muy semejantes á libres asambleas, donde pudieran los pueblos vecinos ó aliados congregarse; y todo lo hizo inspirado por esa ninfa Egeria, que fué como una musa para él y una verdadera divinidad para su pueblo y para su tiempo.

— No me habléis ¡oh Séneca! de tal cosa. Bien ó mal es Numa un monarca, y cuando tanto nos apena el mal de la monarquía con este Claudio y este Nerón, de suyo perversos, no me parece acertado el volver los ojos á instituciones análogas con aquellas de que tan tristemente nos quejamos. Y no contemos con que Virgilio y Ennio han ya cantado la primitiva historia romana en forma épica — dijo Lucano.

— ¿No te parece — replicó Pola, llevada por su amor á la divinización del sexo á que pertenecía — un magnífico asunto el origen de la República? Podrías pintar en él aquella familia romana que los republicanos fundaran y que ha destruido el Imperio. ¡Cómo cantarías nuestros hogares!

— Ya comprendo, Pola, que deseas — dijo Lucano — presentar en la futura epopeya el carácter de Lucrecia, por ejemplo, frente á caracteres como los del Imperio, frente á Livia y Agripina.

— Una diferencia enorme y muy característica — dijo Pola — existía entre la casa griega y la casa romana. Mientras en la primera, más vecina de suyo al Asia y con el Asia más correlativa, existía un gineceo, apartamento destinado á las mujeres, pálido re-



Dios Término (estatua del Louvre)

cuerdo, pero al cabo recuerdo, del harén oriental; en la segunda, mujer y marido disfrutaban de las mismas habitaciones, lo cual traía mayores intimidades á todos los miembros componentes del hogar y mayor predominio á la esposa sobre su cónyuge y á la madre sobre sus hijos. Dadas las costumbres latinas, que facultaban á la mujer para en su hogar presidir, no solamente las visitas, la hospitalidad, fácilmente se comprende que Lucrecia debió instalar su visitante y huésped en el más cómodo lugar, y por tanto, dentro del peristilo, en habitaciones quizás lejanas á las suyas, pero dando sobre los patios interiores. La virtud verdadera no peca de recelosa. El mal y el vicio se conocen poco por aquellos que no los han vivido realmente. Una mujer se creía tan segura en su lecho como una diosa en su ara. El romano de aquellos primitivos tiempos ofrecía tanto culto al honor de sus matronas como al poder de sus divinidades. Lucrecia no se curó ni de puertas ni de cerrojos, pues no creía posible ningún atentado á su honra, guarecida por el culto de los romanos á estas instituciones de la familia y á sus tradiciones y á sus liturgias. Habíase casado por la confarreación. Diez testigos nobles asistieron á su boda. El pontífice la bendijo con bendiciones de rúbrica. Un sacerdote flaminio asistió al pontífice. Las haces resonaron en los vestíbulos del hogar paterno, ceñidos con flores frescas y olorosas. El sagrario brilló dentro del hogar como debe á la continua brillar en todo festejo doméstico. Admitido el esposo y declarado que participaría de sus lares y de sus cultos, quedó, como parte de su ser propio, entrando en la participación debida de su sacerdocio, pues todo jefe de familia es un sacerdote y toda madre de familia un asistente necesario al oficio y ministerio sacerdotales. Todo esto fué coronado litúrgicamente con el sacrificio á Juno, protectora del matrimonio, y la oferta de un pan amasado por la novia, dos libaciones, una de vino mielado y otra de leche, los holocaustos ó inmolaciones de víctimas ó animales, á los que se les arrancaba la hiel á fin de arrancar con ella todas las acerbidades y todas las amarguras á los dos esposos. Después los jóvenes de la familia del esposo habían fingido robarla del regazo de su madre, y ésta le había dado una rueca llena con albo copo de lana en su tope y acompañada del huso, timbres y blasones verdaderos de su delicado y hermosísimo sexo. Todas estas ceremonias daban al

hogar patricio aspecto de templo, al tálamo de altar, al cubículo de santuario, al marido y á la mujer de verdaderas divinidades, al matrimonio de una religión. Desconocer la hospitalidad, herir á un amigo en su honra, profanar el lecho nupcial, obscurecer con beso adúltero la frente de una matrona, desconcertar la familia, desoír el mandato de la propia conciencia con el mandato de los dioses lares, era como arrancar á Roma la piedra más fundamental de todas sus instituciones, la piedra del hogar en larga serie de crímenes contra el derecho público y el derecho privado, contra la ciudad y contra los dioses. Pues nada contuvo al perverso Sexto Tarquino la noche aquella, en que creyéndolo todo permitido al heredero de un trono, deshonoró á Lucrecia. Caída ya toda la gente alrededor suyo en profundísimo silencio, y trocados al sueño primero los seres activos en seres inertes, coge Sexto Tarquino, á la cabecera del hospitalario lecho granjeado por el cariño de una grande amistad, su espada de general, que para mayores empresas le diera su patria, y se dirige al cuarto de Lucrecia, sorprendida del todo: que su inocencia, su castidad, su virtud, el respeto á sí misma, el sentimiento de su honor, la confianza en el príncipe llamado á reinar sobre su patria, le habían afianzado una inviolabilidad como la que pudieran tener, ya lo hemos dicho, las divinidades romanas en sus templos respectivos. El espanto de Lucrecia no tuvo límites al ver en su presencia, inclinado sobre su lecho, á Sexto Tarquino, desnudo, en una mano su luz, en la otra mano su espada, notificándola el apetito que sentía por ella y su resolución de satisfacerlo á toda prisa y á toda costa. Con ese pudor propio de la mujer, Lucrecia se acurrucó en la cama, se tapó más y más el cuerpo con las sábanas, y dijo podía darle aquel infame ladrón doméstico á mansalva muerte, pues prefería la pérdida de su existencia inmediatamente á la pérdida de su honor. Pero Sexto Tarquino le respondió cómo su honra se hallaba más perdida negándose que cediendo, pues proponíase, después de matarla en el acto, traer un esclavo, colocarlo junto á ella desnudo y muerto en el mismo lecho para difundir la especie de haberlo enamorado y atraído á sus brazos la matrona, en los cuales sintió un goce intenso, despertador de una pasión demente, á cuyos impulsos la mató, arrancándola por este arrebató de intensa desesperación á las caricias de su esposo, ge-



neradoras naturales y facilísimas de los desapoderados y rabiosos celos. Tras reflexiones, súplicas, instancias, amenazas, resistencias múltiples, en que palabras y lágrimas y fuerzas se agotaron, Lucrecia fué vencida por la tenacidad inconcebible de aquel avieso raptor, quien salió huído seguidamente hacia el campo militar, más orgulloso de su crimen, atentatorio á patricios y á dioses, que satisfecho de placeres tan resistidos y por fuerza física é imposiciones brutales torpemente alcanzados. Lucrecia, por su parte, congrega la familia, toda la familia en torno suyo, pues los individuos varios de ella, los parientes en grados próximos, componían como una especie de senado en el hogar y gozaban en lo que podríamos llamar con propiedad hoy el voto consultivo. Llegan á este llamamiento su padre Lucrecio y su esposo Colatino en compañía de otros deudos, entre los cuales resaltaba por su concentración y por su silencio Bruto, tío de Colatino. Al verlos, el sollozo lanzado por Lucrecia partió el corazón de los suyos, herido y despedazado. Tras este sollozo supremo, en frases entrecortadas por los suspiros, con estremecimientos de dolor imponderable, les narra lo sucedido y les comunica su resolución de matarse. Al oirla, quieren ellos evitar el suicidio; pero con la rapidez del rayo saca un cuchillo que llevaba oculto en los pliegues de su traje, se lo hunde con furor en el pecho y cae sin aliento á los pies de los suyos, muerta y acabada por aviyar y sostener su honra. Lucrecio y Colatino, con el dolor propio de padre y esposo, abrázanse cual dos náufragos próximos á morir juntos, y sólo sienten la idea y la voluntad incontrastables de morir con la mártir que acaba de inmolarse por ellos como víctima ofrecida en aras del honor. Pero Bruto, menos interesado en el aspecto doméstico de aquella tragedia y más interesado en el aspecto político, saca de la herida el puñal, y por aquella sangre casta y pura, goteando del arma, jura fundar un gobierno libre y destruir con los monarcas etruscos la monarquía romana. Dicho tal juramento, conjura los ánimos de cuantos allí se hallan para que á él se asocien, y los conjura con sobrada elocuencia. Tenido por mudo y por imbécil desde su primera juventud, aquella inteligencia que se alza vigorosísima y aquella palabra que resuena elocuente aparecen como un milagro divino y como un augurio celeste á favor de la naciente República. La promesa de concluir con los tiranos

dada sobre aquella arma ensangrentada y humeante se transmite de labio en labio por la ciudad de Colacia, que pide á una la exposición del cuerpo mártir y el cumplimiento de una cruenta venganza. El dolor de Lucrecio, la desesperación de Colatino, la elocuencia súbita de Bruto, mueven los ánimos primero á compasión y después á entusiasmo. Los dos grandes motores de las acciones humanas, el odio y el amor, se juntan; amor á los héroes libertadores, odio á los tiranos vencidos, y de consuno destrozan aquella monarquía corrompida y funden una tan fuerte como austera República. Así la nueva institución brotó en Roma, exigiendo por su naturaleza y por su origen austerísimas virtudes. Expuesto el cadáver de Lucrecia, reunidos en torno suyo los parientes de duelo, un sentimiento corre por toda la multitud romana, el horror á los tiranos, la compasión de sus víctimas; y los ciudadanos más débiles vociferan todos á una palabras de muerte contra los Tarquinos, palabras de amor para los vengadores; y en el Foro, ante los templos, sobre la tribuna llamada de los Céleres, Bruto, usando aquella elocuencia que parecía súbitamente inspirada y sugerida por el cielo á sus labios, pinta los crímenes de Tarquino, del parricida que inmola en las gradas mismas del templo de las leyes á su pródigo bienhechor; los crímenes de Tulia, quien pasa la rueda de su carro sobre su propio padre muerto, y se salpica, cual siniestra hiena, con la sangre que había originado su sangre, y por último, los crímenes de Sexto, traidor en sus vicios á un culto como el culto de la hospitalidad romana, capaz de gastar con sus uñas el granito férreo sobre cuya resistencia se funda la Ciudad Eterna, el hogar y la familia. Dirigido por tan protervos criminales, encadenado al carro de una monarquía despótica, constreñido como los vasallos de las antiguas sociedades asiáticas á la corvea de un trabajo enorme que construye palacios para los reyes y calabozos para los ciudadanos, el pueblo aquel no tiene otro recurso que derribar la monarquía, ni puede acercarse á otro puerto que al seguro y firme de una verdadera República. Estos estallidos sublimes de una elocuencia no escuchada en Roma, después que la tiranía se ha levantado sobre las espaldas colosales de aquella ciudad gigante, conmueve los ánimos en tal modo y con fuerza y virtud tanta, que Tulia, la reina proterva, huye de su palacio entre maldiciones pare-

cidas á gritos de furias, y muere maldecida; Tarquino vuelve del asedio de Ardea y se halla con las puertas de su ciudad cerradas y el ejército en armas contra él; Sexto corre á Gabia, donde acaba de golpe violento como á sus crímenes cumplía; mientras el pueblo y el Senado á una, en solemnes decretos, abrogan la monarquía, y proclaman la República, y entregan el puesto, el sitio, el poder de los reyes á dos electivos cónsules verdaderamente responsables, en quienes Roma puede ver su hechura, su nombre, su honra, su derecho, su poder omnímodo y su autoridad majestuosa.

— Pola — dijo su esposo á la hermosa y elocuente joven, — la primera grave reacción iniciada contra la República también ha merecido muchas veces mis vigiliias. Destronados los reyes no habían podido conformarse con su destronamiento. En el flujo y en el reflujo de las acciones y de las reacciones sociales volvían como espectros á la Roma libre, harta de todos ellos y de sus privilegios hasta el punto de tomar el nombre de rey como palabra nefastísima, la cual no debía pronunciarse jamás, por generadora de calamidades y desventuras sin término y sin cuento. Pero volvían muchas veces, y volvían ayudados por reyes vecinos como Porsena, quien comprendía que una República en Roma daría de sí, tarde ó temprano, una República en todo el Lacio, y una República en todo el Lacio daría de sí una República en toda Italia. Sostenida por ideas tan exactas, la reacción latina trataba de restaurar los Tarquinos, y el patriciado se oponía más aún que la plebe á esta restauración. Mucho debía repugnarle á la matrona Veturia. Conociendo los sentimientos patriotas de su hijo Coriolano, precisa recordar que los bebió en el corazón de aquella idolatrada madre, fiel á la vieja virtud romana que las madres guardaban en el hogar privado con tanta fe como pudieran las vestales en el hogar público. De aquí el influjo ejercido por las mujeres en general y por las matronas ó las madres en particular durante los primeros y más gloriosos tiempos de la República romana. Veturia toma en la tradición un tan severo aspecto y una tan excelsa magnitud, que parece la imagen hierática de Roma misma. Conjurábase un grande cúmulo de circunstancias á generar la reacción monárquica. El pueblo se revolvía en algunos momentos contra sus nobles, y por tal modo los odiaba que prefería no pelear por la patria, palacio para los empinados,

calabozo para los humildes. Por estos abatimientos en los ánimos explícanse las circunstancias que concurrieron en la fortuna de Porsena, el rey favorable al restablecimiento de los Tarquinos. Así nos cuentan los historiadores más veraces que tal reaccionario mereció del Senado cuantiosas ofrendas, como un trono de marfil al modo asiático, una diadema de oro, un cetro del mismo metal, una estatua que se ostentó largo tiempo en el ingreso de las curias. Si el corazón de los romanos hubiera podido rendirse á la monarquía como se rindieron sus fuerzas, acaso los Tarquinos volvieran á la Ciudad Eterna y Porsena lograra sus reaccionarios intentos. Pero la nobleza romana mereció bien de la humanidad por los esfuerzos que opuso á este criminal retroceso, contrario de todo en todo á los humanos y universales intereses. Primeramente Bruto, en quien resplandecía la madura y alta razón propia de un consumado estadista, no quiso que á la separación y ausencia del rey se quebrantara la virtud del poder supremo, y reforzó la temporal y fugaz autoridad superior de los cónsules, necesitada de mucha fuerza, por lo mismo que no provenía de lo alto, ni de la herencia, ni de la tradición, por lo mismo que provenía de toda la ciudad, manteniendo la obediencia y la disciplina, muy necesarias á un pueblo todavía falto de aquellas múltiples calidades que se piden y se necesitan para el propio gobierno y la representación por medio de delegados y delegaciones populares en las venerables magistraturas y en las sublimadas jerarquías constitutivas de las verdaderas y altas personificaciones del Estado. Y no contento con esto, proscribió al mismo Colatino, autor principal de la revolución, por su mujer Lucrecia, creyendo imposible la presencia de un pariente de los Tarquinos en una República niña, muy expuesta de suyo á retroceder hacia la monarquía, y dotó á los pontífices con las atribuciones religiosas antes imputadas al poder real, á fin de que ni los más devotos de las antiguas creencias echasen de menos en el hogar y en el templo á los antiguos reyes. Pero ni aun así evitaron las reacciones. Mucha gente, con especialidad la juventud áurea romana, quejábase del reemplazo de reyes, personas accesibles á la lisonja y al ruego, en dones largas, en castigos cortas, por códigos inflexibles é instituciones impersonales, de donde no podían esperarse lluvias benéficas de gracias y favores. El aus-

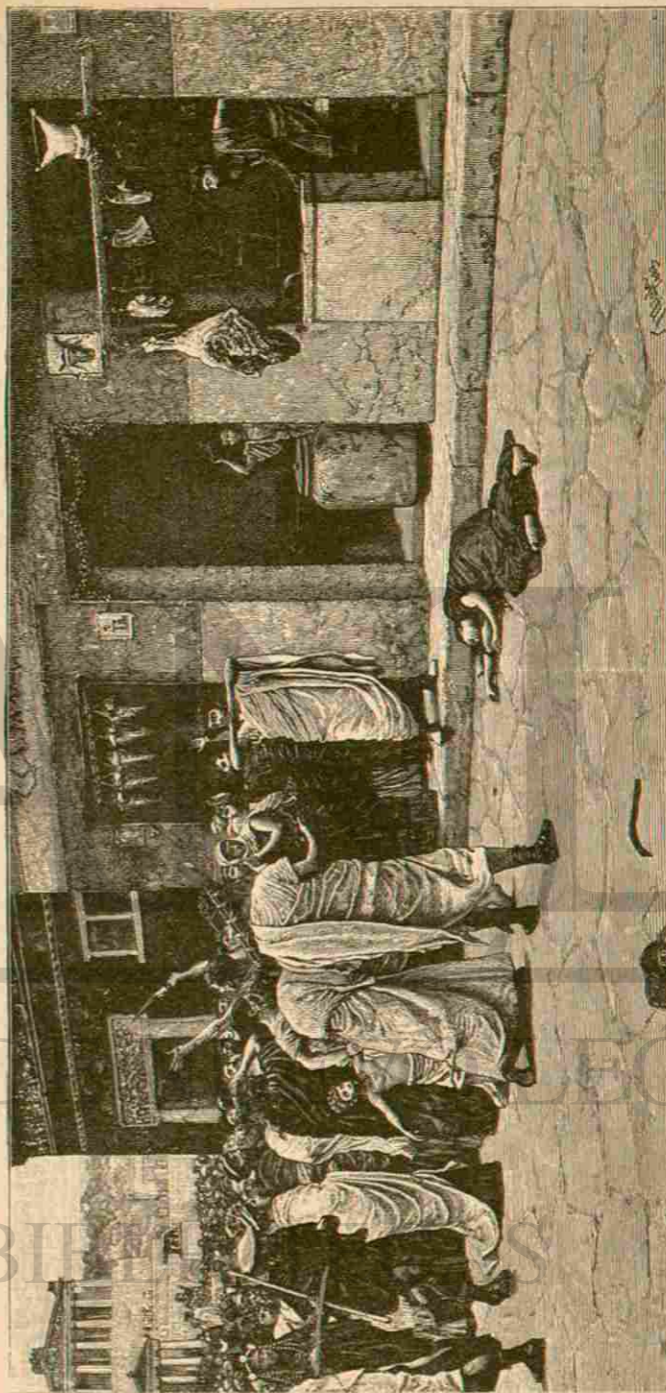
tero vivir que sucediera, tras la revolución, al antiguo gozar en los senos de una monarquía etrusca, tan fuerte como espléndida, había todo él ido contra las prerrogativas y las ventajas de los jóvenes patricios, caídos de la corte y de sus fiestas al pie de burdos plebeyos y leyes durísimas. Así es que la reacción sobrevino pronto, y una parte considerable del patriciado joven la mantuvo con su palabra y con su fuerza. Y como llegaron los enviados de Tarquino á llevarse las joyas y ajuares de sus reyes, cuya devolución decretara el Senado, aprovecharon los jóvenes reaccionarios la coyuntura para urdir una confabulación que restaurase la vieja monarquía. Delatados por un siervo, á quien denominaban Vindicio, encontráronse los hijos del propio Bruto entre los conspiradores. La trágica situación del romano hiere y aflige aún hoy á cuantos leen las viejas historias. El combate acérrimo entre su amor de padre y su deber de cónsul conmueve hoy mismo á los siglos como una de las más acerbas pruebas por que haya pasado jamás el corazón humano, pues pudo sin quebrarse presenciar el suplicio de aquellos que eran carne de su carne y sangre de su sangre, todo por la República, por la libertad y por la patria. Con tamañas severidades no hay que decir cómo tratarían las pretensiones del rey destronado. Su cuantioso ajuar etrusco fué por el pueblo entrado á saco, y su campo entre las orillas del Tiber y la montaña del Palatino puesto entre las cosas públicas y trocado en campo de Marte. La traición última de Tarquino resolvió este asunto, en el cual tuvieran los padres y los conscritos muchas perplejidades, temerosos de que si devolvían las riquezas cuantiosísimas del tirano, sirviesen de alimento á una conspiración, y si no las devolvían, sirviesen de pretexto á una guerra. No tardó en declararla, secundado por los reyes de las gentes etruscas, á quienes descontentaba mucho una República en Roma, perjudicial á todas las monarquías. Pero la heroicidad de Horacio Cocles echándose desde lo alto al Tiber para redimir á su patria y evitar el ingreso de los irruptores por la puerta romana, el martirio de Mucio Escévola quemándose la mano con que marrara el golpe al rey Porsena, el amor y el sacrificio de Bruto inmoldando sus propios hijos, conjuraron aquella terrible reacción monárquica y trajeron al cabo la consistencia de una República por tantos enemigos amenazada en su cuna.

— Y paréceme — dijo Persio — que Lucano completaría el poema de un advenimiento como el advenimiento de la República con otro poema como el poema del advenimiento de la democracia en Roma. Había en Roma una casa plebeya, espejo de todas las virtudes y ejemplo vivo para todos los ciudadanos. Componíanla padre, hija y madre, formando un conjunto de amor y de virtud, que llamaba y merecía el culto público de todos los ciudadanos. El padre, centurión, procedía en las centurias militares cual procedía como jefe de familia en el hogar, como miembro de comicio en el campo. La madre hilaba, cosía, guardando el fuego sacro ante los penates como una vestal y disponiendo la casa como un templo y la familia como un sacerdocio. Su hija predilecta se llamaba Virginia, y en ella, en su hermosura, en sus prendas morales, en sus virtudes precoces, tenía puestos los ojos aquel feliz matrimonio. Virginia, por su recato, por su modestia, por su pudor, por mil virtudes varias, resaltaba entre las jóvenes romanas. Bien pronto, pues, la requirieron de amores y la reclamaron en casamiento á sus padres. Deseoso de granjear la felicidad á quien por tantos títulos debía merecerla, Virginio se fijó en Icilio para esposo de su hija. Era éste un plebeyo muy honrado, que había ejercido la magistratura tribunicia en tiempos harto difíciles para la Ciudad Eterna y para el pueblo rey. La honra, el amor, la virtud, la gloria, se juntaban allí para dar venturas sin cuento á dos seres sin mancha. Mas ¡ay! que ni la honra ni la vida están seguras donde creen los tiranos disponer á su arbitrio y antojo del derecho de todos. Mientras Icilio y Virginia, novios, se daban á sus sendas esperanzas, prometiéndose una vida larga y feliz en el seno de un hogar tranquilo y honrado, Apio Claudio, un aristócrata, producto de cien tiranos soberbios, los atisbaba para perderlos. El hermoso continente de la joven, su castidad purísima, su belleza inenarrable, las gracias de su alma, los ecos de su renombre, todas las ventajas que debían servir al respeto universal y reservarla para el hombre á quien prefería su corazón, atrajéronle, para su desgracia, el amor de un déspota, quien, acostumbrado á hollar todas las leyes y á vencer todas las resistencias, no podía comprender la ley del honor ni detenerse ante la resistencia de una verdadera y acrisolada virtud. La felicidad tranquila de los dos amantes, sus proyectos y

planes para lo futuro, la devoción con que cada cual se consagraba completamente al amor, aguijoneaban los apetitos del tirano Apio Claudio, en cuyo ser, voluptuosidad y tiranía eran vicios hereditarios, como si los llevara disueltos en las partículas de su noble y clara sangre. Apeló el enamorado voluptuoso á todas las seducciones propias de quien tiene mucho poder y muchísimo dinero. Larguezas increíbles á cuantos rodeaban á su codiciada Virginia, inducciones á ella misma de aprovechar su juventud y su hermosura, celadas á cada paso tendidas bajo sus plantas, industrias como las usuales de cazadores que persiguen á las inocentes avejillas frustráronse á una y cayeron deshechas y despreciadas por la virtud de una doncella honestísima, que ponía toda la felicidad en matrimonio legítimo y en amores aceptos á la religión y respetados por el mundo. Entonces Apio Claudio imitó servilmente los procederes de Tarquino, repitiendo, en nombre de la República y de las leyes, cuanto había hecho el tirano con su feroz despotismo en representación y nombre de la monarquía. Semejante ceguera no podía menos que traer consigo, y traer pronto, una catástrofe parecida por completo á la que derribara los Tarquinos. Como la seducción marró, apelóse á la violencia. Y esta violencia no se libró á los medios materiales y á las fuerzas propias de que podía disponer el hombre y el ciudadano; tomó su autoridad pública, el poder supremo, de que disponía, y lo dedicó á la obtención de los placeres codiciados por su impaciente apetito. La ley, la justicia, la magistratura quedaron heridas por el ardor de aquella sangre hirviente y por los espoleos de aquellas locas impacencias. Apio sugirió á uno de sus clientes la tenebrosa idea de convertir el derecho contra el derecho mismo, y cohonestar con razones legales el rapto y la violación. Así arbitraron reclamar la doncella como esclava de su familia, y por consiguiente, como cosa propia. Estas reclamaciones litigiosas no podían tener una resolución y una sentencia sino después que se hubieran sostenido las acciones correspondientes por aquellos que las tenían y se llegase tras todos los términos del procedimiento y en sereno juicio á una definitiva sentencia. Y suponiendo que Apio tuviese razón, que la joven le perteneciera por el bárbaro instituto de la esclavitud, que le correspondieran las acciones entabladas, que, correspondiéndole, se le admitiesen y,

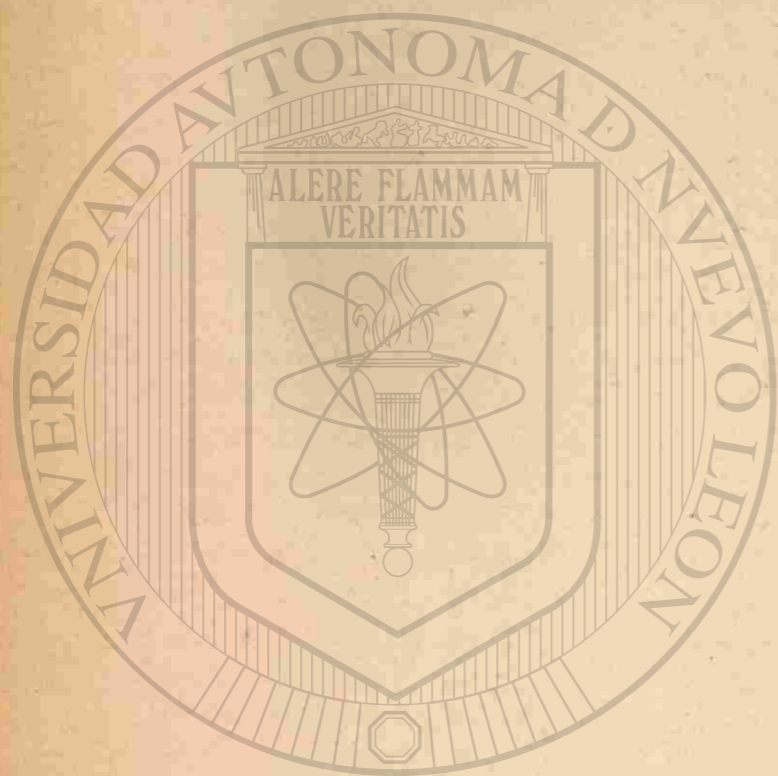
que, admitiéndolas, entrara en pleito el asunto aquel, todavía le restaba entre sus medios de natural defensa y legítimo valimiento á Virginia el medio de la libertad provisional, subsistente para ella en toda la duración del proceso. Poner encima de aquella joven la mano por fuerza, pero sin derecho, equivalía en el fondo á un tremendo rapto, como el que pudiera cualquier bandido y salteador permitirse asimismo en despoblado. No se necesitaban ni demandas litigiosas, ni fórmulas jurídicas, ni pleitos, ni procesos para coger una joven apetecida por los deseos de cualquier poderoso y llevársela consigo á virtud tan sólo de su querer y para sus sensuales recreos. Mas el tirano pretendía convertir los derechos, escritos en las leyes y practicados por las costumbres ya seculares sin género alguno de interrupción, en mullido lecho para sus placeres y para sus vicios. Ausente allá en la guerra el padre de Virginia, que mandaba una centuria, este apartamiento y separación de la Roma política y legal alentó al bárbaro aristócrata en su nefasta empresa. Iba Virginia, modesta y recatada, cual cumple á una prometida ó novia que debe pronto fundar familia; iba, fijos los ojos en el suelo, recogida en sí, á la escuela de letras, donde su padre había querido cultivara el espíritu adquiriendo las ideas necesarias al gobierno regular de su casa y al esplendor intelectual de su familia. Llegada cerca del Foro, donde las escuelas radicaban, el tercero á quien había buscado Apio en su clientela para cometer el doble crimen de robar su castidad á la mujer y su virtud á las leyes, lanzóse cruel sobre la joven y la detuvo en su camino. Para que nadie pudiese desconocer la causa y motivo de aquella brutalidad, el ladrón declaró que, hija Virginia de un esclavo y esclava también ella, le pertenecía, como cualquier objeto perdido en su casa y encontrado en la calle. Y como los objetos poseídos en propiedad absoluta y directa no tienen derecho á quejarse, tampoco lo tenía Virginia, cosa verdaderamente apropiable y no individualidad libre, según aquellas leyes. Imposible toda resistencia, en sentir del cliente, á tamaña determinación. Hay que seguir al propietario, si no de grado, por fuerza. La pobre joven, sorprendida, no sabe qué hacer y vacila. Pero el pudor en ella se sobrepone á todo, y resiste al imperio invocado por el infame cliente. Y mientras ella resiste, la nodriza clama con clamores y gritos agudos, á los cuales el pueblo

generosamente se congrega y reclama la víctima. El cliente dice que va tan sólo á llevarla en litigio ante un tribunal, y allí podrán oponer los defensores de Virginia sus correspondientes excepciones. Acompañanla sus amigos, sus partidarios, su gente, los plebeyos, para certificar de su honra, y cuando las puertas del tribunal se abren, hállanse frente á frente, no de la justicia, del crimen; no del juez, del reo. Apio Claudio era el magistrado que debía conocer del hecho y convertir la justicia en tercería de sus placeres. Había, pues, decidido adjudicar á su cliente Virginia con el fin de acapararla y llevársela consigo. Al verlo allí, profanando el sacro derecho romano y convirtiendo las leyes todas en mancebas suyas, los defensores aducen excepciones dimanadas del padre ausente, á quien nadie puede arrancar los hijos en su ausencia, y piden el depósito provisional en su propia casa y bajo la custodia de los suyos, á fin de que no pierda la honra con la libertad. Apio Claudio, que fiaba todo su plan al accidente de aquella triste y aprovechable ausencia, niega las acciones de los que demandan, y dice que sólo el padre podría oponer la excepción por ellos aducida, y que, mientras la opone ó no, él se la lleva donde le convenga, porque la libertad provisional no corresponde al caso aquel, ni cuadra de ningún modo al estado particularísimo de la doncella. El pueblo murmura, oyendo tales sofismas presentados por la magistratura en persona contra toda justicia divina y humana. Sus murmullos van á estallar en verdaderas indignaciones y llegar hasta la violencia, cuando aparece Numitor, tío de la joven, é Icilio, su novio. Ambos á dos reclaman autoridad sobre Virginia. La multitud, que abriera paso á los parientes de la doncella con respeto, sostiene sus pretensiones con furor. Pero los soldados de la justicia romana, los lictores, habiéndose reconocido firme ya el juicio por Apio, van á cumplimentarlo, impeliendo á la joven hacia la puerta señalada por el juez criminal. Entonces Icilio se interpone y dice que todos los soldados del mundo no podrán arrancarle aquella virgen, prometida esposa de su corazón, á la cual está unido con promesas y con palabras más fuertes y más duraderas que su vida. La muchedumbre le hace coro y le presta formidable auxilio. Apio, en su orgullo patricio, apellida tribuno á Icilio, y le dice cómo sus turbulencias tienen sólo el intento político de amotinar al pueblo, intento que



La muerte de Virginia

sabrá él desconcertar aplazando la realización de sus disposiciones hasta la vuelta de Virginia, á quien llama y convoca para el día siguiente, notificándole que, de no comparecer á la convocatoria, pararía un daño terrible, la pérdida de aquella libertad de Virginia, que sólo podía dilatarse por veinticuatro escasas horas. Entonces, puesta en libertad provisionalmente la joven, prescribe Apio á los generales del ejército por medio de mensajeros que no permitan al temido padre ninguna licencia temporal por breve que fuese. No le valió la treta. Los defensores de la joven le ganaron por la mano y le trajeron al amanecer. Despierto el pueblo, apareció Virginio vestido de duelo, conduciendo de la mano á su hija desolada, en compañía de sus parientes llorosos, para pedir el honor de su familia y la seguridad de los hijos á todos los que tienen casa y á todos los que son padres. Al eco de aquellas palabras, al paso de aquel fúnebre cortejo, á la contemplación de tantas lágrimas, el pueblo se indigna con una de esas grandes indignaciones que llevan en sí aparejada la revolución inevitable. Apio se asienta en su tribunal como un déspota en su trono, y declara á Virginia esclava, y adjudica la posesión de aquel vil objeto con toda solemnidad á su cliente. Cuando va éste con arrojo á cumplir la sentencia, poniendo su mano sobre la joven, Virginio lo rechaza, con Virginio toda la plebe circunstante, diciendo á los voluptuosos cómo no puede parearse una virgen romana con cualquiera que la codicie, como se parean allá en los bosques los machos con las hembras. Tras estas palabras el honrado centurión, curtido en los combates y cubierto de gloriosísimas cicatrices, dirígese á su gente y le anuncia cómo no resta otro recurso en tanta esclavitud y en tanto deshonra sino el recurso de las armas. Entonces el decenviro contesta que también él tiene su ejército. Y allí aparece más gente armada, con el fin de validar por la fuerza el mandato que ha creído él de su deber decretar en virtud de las leyes. Al verse Virginio burlado por aquel oráculo de la justicia, circuido por gentes armadas que le vedan toda defensa, amenazado en su honra por quien debía defenderla, saca un cuchillo, y cogiendo á Virginia por las trenzas y volcándola con furia sobre su rodilla, como pudiera un sacrificador en el ara y en el templo con las víctimas dispuestas y preparadas para el sacrificio, le parte furioso el corazón, tras lo cual coge



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la sangre pura y virginal que vierten aquellas entrañas y con ella salpica ciego al tirano para que se levanten los dioses infernales y se lo lleven consigo en justa punición de su bárbaro crimen á las llamas eternas. Pero no, el castigo estará más cerca: los afectos humanos se atropellarán á una con fuerte golpe contra tanta tiranía. La madre se acordará de sus inocentes hijas, el novio de su prometida, cada cual de su casa y de su honor, todos á una del peligro que corren bajo aquella intolerable arbitrariedad, y los gritos y las vociferaciones contra el déspota irán seguidos por apremiantes amenazas y por apelaciones presurosas al valor del pueblo y á la justicia del cielo. Las haces quedan rotas entre las manos de los plebeyos, el tribunal queda herido y profanado por la revolución, Apio Claudio huye á su casa cubriéndose la cara con su toga, el Senado se reúne con ánimo de dar cualquier satisfacción al pueblo; pero ya es tarde, muy tarde, porque subvertido éste al empuje de una cólera tan justa, y sublevado en favor suyo todo el ejército, en quien el centurión Virginio gozaba una poderosa influencia, no queda otro recurso que morir, como todos los tiranos, en la ignominia, y disolver el decenvirato aristocrático, devolviendo á la plebe sus tribunos y á las leyes su fuerza, con lo cual registra un día fausto más aquella democracia romana, cuyos derechos han sido tan gloriosos gérmenes de la democracia universal.

— Cantad — exclamó Séneca, — jóvenes amigos y discípulos míos, cantad como queráis los imperecederos y santos recuerdos de la República. No seré yo quien de tal ocupación os divierta y separe, aunque presienta y alcance que puede costaros la vida en el régimen bajo cuyos crímenes y tristezas hoy vivimos. Pero al comenzar el trabajo de erigir un monumento á la República so el Imperio de Claudio y de Nerón, os persuado á que no deis al olvido una importante cosa, como es á saber: que la forma republicana se quebrantó por los excesos y por las exageraciones de los mismos á quienes la custodia suya estuvo confiada. Jamás el pueblo rey llegó á libertad tal como la libertad del tiempo de los Gracos, jamás. Los comicios por tribus eclipsaron á los comicios por curias; los tribunos eclipsaron á los cónsules. La jurisdicción del Senado quedó disminuída. Los senadores mismos, aquella eximia oligarquía quedó debilitada por la suma y aumento de senadores nuevos. Al revés

de Tiberio Graco, Cayo, su hermano, mostraba una reflexión profundísima en todas estas alteraciones políticas. Para más luchar y sostenerse con mayor empeño, apeló á las distribuciones de trigo, y con estas distribuciones de trigo mantuvo largo tiempo el favor de la plebe y su propia natural autoridad. Pero los hondos cambios llamaban otros cambios más hondos todavía, suscitando problema tras problema, cuya solución agitaba mucho los ánimos con las múltiples heridas abiertas en todos los viejos intereses. El espíritu y el pensamiento universal de Graco estrelláronse por desgracia en su propia comunión y partido. No le bastaba con extender al pueblo romano aquella suma de privilegios, quería extenderlos también á los aliados latinos. Esta propensión á la extraña gente, á los primeros vencidos de la Ciudad Eterna, patentiza el espíritu de justicia que latirá siempre por necesidad incontrastable de sus principios en el seno de las democracias. El tribuno recogía los poderes del Senado y se los iba poco á poco entregando al pueblo. Pero después, no satisfecho con tal extensión, que aún parecía limitada y pobre, llamaba los latinos á la comunidad humanitaria en los nuevos ideales. Aquí lo encontró el Senado, aquí encontró la brecha por donde podía entrar en su política. Dirigiéndose al egoísmo de la plebe romana, le mostró cuánto perdía con aquella coparticipación de los latinos en la libertad y en el derecho. «Serán más los libres, dijo; pero por lo mismo el provecho de la plebe romana será menos, aumentándose los competidores en el reparto de los despojos y en las asistencias á los espectáculos.» El pueblo se fué con los enemigos del pueblo. La nobleza buscó en la demagogia su natural aliado. Druso, el infame Druso, tomó para sí la traidora carga de perder á Graco, exagerando sus ideas y su reforma. Como Graco había de cumplir, formulaba lo posible; como no habían de cumplir el Senado y sus cómplices los demagogos, prometían lo imposible. Prometió Graco colonias ultramarinas; pues Druso prometió colonias italianas. Prometió Graco alteraciones en el servicio militar favorables al pueblo, y prometió Druso alteraciones desfavorables por su exageración. Mantuvo Graco la repartición del territorio público y común; Druso prometió que se distribuirían entre el pueblo todas las propiedades. El populacho creyó á sus enemigos y dudó de su abogado. Amó á sus verdugos y desamó á su redentor. La demo-

cracia retrocederá siempre que degenera por su mal en demagogia. Y triste ¡ah! tristísima la retrogradación que vamos describiendo, pues merced á ella, la democracia romana se detuvo cuando el espíritu de la humanidad entraba en sus senos. Por tal modo las ideas progresivas crecían, que pensaba Graco pocos meses antes de su fin último en restaurar la eterna rival de Roma, en restaurar á Cartago. Los antiguos augurios, las viejas religiones reaccionarias volvieron nuevamente á detener los humanitarios progresos. Y como algunas piedras de las puertas para designar los límites y recinto de la ciudad vencida hubieran desaparecido, declararon los sacerdotes que las hienas se las habían llevado por expresa orden de los númenes romanos, irridadísimos contra la resurrección irreverente. Unidos los sacerdotes y los patricios ¡ah! las supersticiones mantenidas por los unos y la reacción fomentada por los otros debían acabar con el tribuno. Era el 1.º de enero en el año 633 de la fundación de Roma. Votábase la hermosa ley referente á la reconstitución de Cartago. Las votaciones habían tomado por aquel tiempo nefastos aspectos de guerras civiles, y Cayo deseaba con todo su corazón apaciguarlas. El Senado quería sacarlo del derecho, y se parapetaba tras el derecho Cayo como tras un inexpugnable reducto. A pesar de tales deseos, con armas acudieron sus partidarios, por haber acudido con armas también sus émulos. Antes de comenzar la votación, Opimio, cónsul, presentó en el templo superior capitolino las debidas ofrendas á los dioses, pero sin que lo solemne y religioso del acto consiguiera ningún recogimiento. Uno de los asistentes suyos, levantando las entrañas de las víctimas, distinguió en la concurrencia entre los hombres honrados y los hombres sin honor, distinción peligrosísima é insultante para los enemigos en estos ardores de las humanas pasiones que llegan á extravíos. Y no satisfecha la venganza natural suya con frases, amenazó con golpes. Y como un amigo de Cayo creyera que iba en sus alevosías á golpear á éste, atravesó las entrañas del irreverente dejándole muerto al pie del ara humeante. Fácil imaginar el tumulto que se armaría con tan fundado motivo. En este tumulto no fué mucho que Cayo hablara, y que hablando interrumpiera mal de su grado á un tribuno de la plebe, interrupción calificada en aquel tiempo de crimen capital por viejos y olvidados estatutos.

Solamente la noche puso treguas pasajeras á la discordia; pero la tregua se aprovechó para difundir en el ánimo de una crédula plebe sospechas insidiosas contra el republicanismo de Cayo, á quien delataban y acusaban de soñar con la monarquía para sí. Amaneció el nuevo día y viéronse los templos convertidos en fortalezas, los cónsules en el Foro, la cima del Capitolio guardada por arqueros cretenses, los senadores y los caballeros con sus cascos relucientes de pelea, sus escudos de defensa y sus espadas de ofensa. El Senado no parecía un cuerpo deliberante, parecía un ejército en armas. La cólera de los guerreros relampagueaba en los ojos de aquellos legisladores cuando tanto habían menester la celestial serenidad propia de las leyes. Graco y los suyos habíanse reunido en el monte Aventino, fortaleza de la plebe. Pero Graco había ido, no á la victoria, no, á la muerte. En su cabeza inclinada, en sus brazos plegados, en su melancolía sublime y en su despojo de todo armamento velase, no al héroe combatiente, al resignado mártir. El Senado intimó á Graco la comparecencia. El tribuno contestó que mal podría comparecer cuando le condenaran tristemente sin oírle y le pusieran á la entrada de sus curias el cadáver de su contrario acusándole de aquella muerte. Al oír esto, los senadores, los caballeros contrarios á Graco, asistidos por cretenses mercenarios y por los clientes y por los siervos propios, dirigieronse al Aventino con tal ímpetu, que antes de llegar habían degollado á doscientos cincuenta ciudadanos del partido contrario. Viendo el asalto de sus enemigos y la dispersión y el sacrificio de sus partidarios, Cayo se refugió en el templo de Minerva. La diosa, en quien buscaba un refugio, le sugirió tristemente la idea de un suicidio. Iba el infeliz á perpetrarlo cuando un su amigo le desaconsejó tal acto y le detuvo con fuerza, impetrando de su acrisolada virtud que viviese para su pueblo. No le quedó más remedio sino pasar por el puente Sublicio á la orilla opuesta del río. Pero en aquel camino le persiguieron sus furiosos contrarios y mataron muchos de sus compañeros. Ya en la orilla derecha metióse por el bosque de las Furias, perseguido de sus contrarios como el Orestes trágico de sus Euménides. En tan supremo trance no quiso que le mataran, resignóse á morir cumpliendo el suicidio de que le apartaron. Un siervo llamado Euporo, modelo de criados ó esclavos fidelísimos, le acom-



pañó hasta el postrer momento y le mató á su ruego. Cuando los enemigos llegaban, había expirado ya Graco, mientras Euporo se mataba por su propia mano y caía sobre su cuerpo. El Senado había prometido pagar la cabeza del tribuno á peso de oro. El perverso que la separara del tronco ideó llenarla de plomo, aumentando su infame precio así. Tres mil plebeyos murieron ahogados en las prisiones aquella misma noche. Los altares y los templos á la Concordia quedaron demolidos. Proscribióse hasta el nombre de los Gracos. La madre misma suya no pudo llevar luto por el hijo. La crueldad del patriado le negó tal consuelo, y tuvo que vestir de fiesta, cuando tantos velos fúnebres caían sobre su conciencia y tantos dolores intensísimos estallaban en su corazón. Acostumbrada por la muerte y pérdida de todos sus seres queridos al dolor, no se dejó arrastrar de ningún extremo. La huérfana de Escipión, la viuda de Sempronio, la madre de los Gracos, sintiendo como el destino implacable no se desarma por las lágrimas ni cede á los ruegos, recogióse dentro de sí misma y aguardó con tranquila serenidad la muerte. Difícil, muy difícil vivir cuando los días pasan en duelos, las noches en insomnios, el pensamiento en recuerdos; y todas las grandes aspiraciones de la vida se compendian á una en reconcentrarse dentro del sepulcro. Abandonó Cornelia su Roma y se desterró á solitaria quinta en el cabo Miseno, cerca de las aguas celestiales, donde aún se oye hoy cantar á las nereidas y aún se reverberan las coronas de los dioses. Allí tomó el aspecto de una estatua funeraria erigida sobre un sepulcro entreabierto. Sus ojos se iban gastando, no tanto de llorar, como de convertirse al sol que los deslumbra siempre, al sol de la eternidad. Y en este duelo no quiso estar sola, porque necesitaba comunicar su inteligencia con otras inteligencias y pedir á otros corazones auxilio para sobrellevar el peso de su propio corazón. Los filósofos del estoicismo, los oradores del elocuente pueblo griego, los estadistas escapados al universal naufragio, iban allí en pos de consuelos y esperanzas. Cornelia se había noblemente acostumbrado á un lenguaje digno de la historia, y así hablaba de Zama, de Numancia, de Cartago, de Cerdeña, como si fuese la musa que dicta sus relatos á los historiadores eximios. Los recuerdos inmortales de su padre, la grandeza de su yerno, el combate y el martirio de sus hijos componían

todo el argumento de aquellas sublimes conferencias. Estos dolores intensísimos por las generaciones pasadas y presentes, por las causas nobles, por los ideales sublimes, por la religión del deber, purifican y engrandecen. Cornelia pasó la vida en una perpetua oración. Vestal de la muerte, creyó que nada podía preparar el juicio de la posteridad como su comentario perpetuo á la trágica historia de los suyos. Y, en efecto, á todos y á ella principalmente los ha inmortalizado este culto de la humanidad, el recuerdo.

— El alma — dijo Lucano — se dilata con la contemplación de todas estas grandes figuras tan opuestas desde su pedestal de gloriosas estatuas á las figuras que vemos hoy sobre las gradas de los tronos en guisa de groseros ídolos. Nuestra salvación, amigos míos, no está en lo porvenir y en la esperanza; nuestra salvación está en lo pasado y en el recuerdo. Por eso voy, frente á la tiranía vencedora, frente al César divinizado, frente al despotismo casi oriental que nos deshonra y nos envilece, á poner los días postreros de la República romana, con lo cual se verá cuánto más valían los últimos tribunos que los primeros tiranos, á pesar de haber tenido éstos en su favor la fortuna.

— Y si por tu canto de cisne tócanos morir, moriremos en buena hora, Lucano — dijo Pola.

— Moriremos — dijeron como un coro los tres interlocutores.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## CAPITULO X

## LAS FIESTAS IMPERIALES FRENTE A LOS RECUERDOS REPUBLICANOS

Mientras Persio y Séneca y Lucano y Pola iban tejiendo poco á poco la oposición republicana frente al triunfo y arraigo de las instituciones dictatoriales y cesaristas, la emperatriz urdía el sudario de su esposo Claudio con el propósito verdaderamente monomáfico de convertirlo en púrpura del propio hijo de sus maternales entrañas, impacientísima ya por colocar á éste sobre la cumbre del mundo para ella ponerse un poco más arriba y servirle de musa y escudo á un mismo tiempo. Había la emperatriz de tal modo preparado y dispuesto para la muerte al emperador, que únicamente faltaba conducirlo al ara como las víctimas al holocausto y rematarlo de un golpe, no dado todavía por las perplejidades que generaban las ondulaciones del incierto Claudio, tan pronto vuelto hacia Nerón como hacia Germánico. Y no marraba en sus cálculos Agripina. Mientras Claudio no mostrase veleidad ninguna de legar el trono á Germánico, importábale poco á la soberbia y taimada que viviese, pues vivía para ella, y que reinase, pues reinaba el cuitado bajo la dirección suprema y absoluta de ella. No pudiendo mandar á rostro descubierto, por oponerse las romanas costumbres, parecíale mejor para instrumento de su imperio indirecto un viejo exhausto que un joven ambicioso. Pero si el viejo se decidía por legar el trono á Británico, educado en el odio á ella, decidíase Agripina

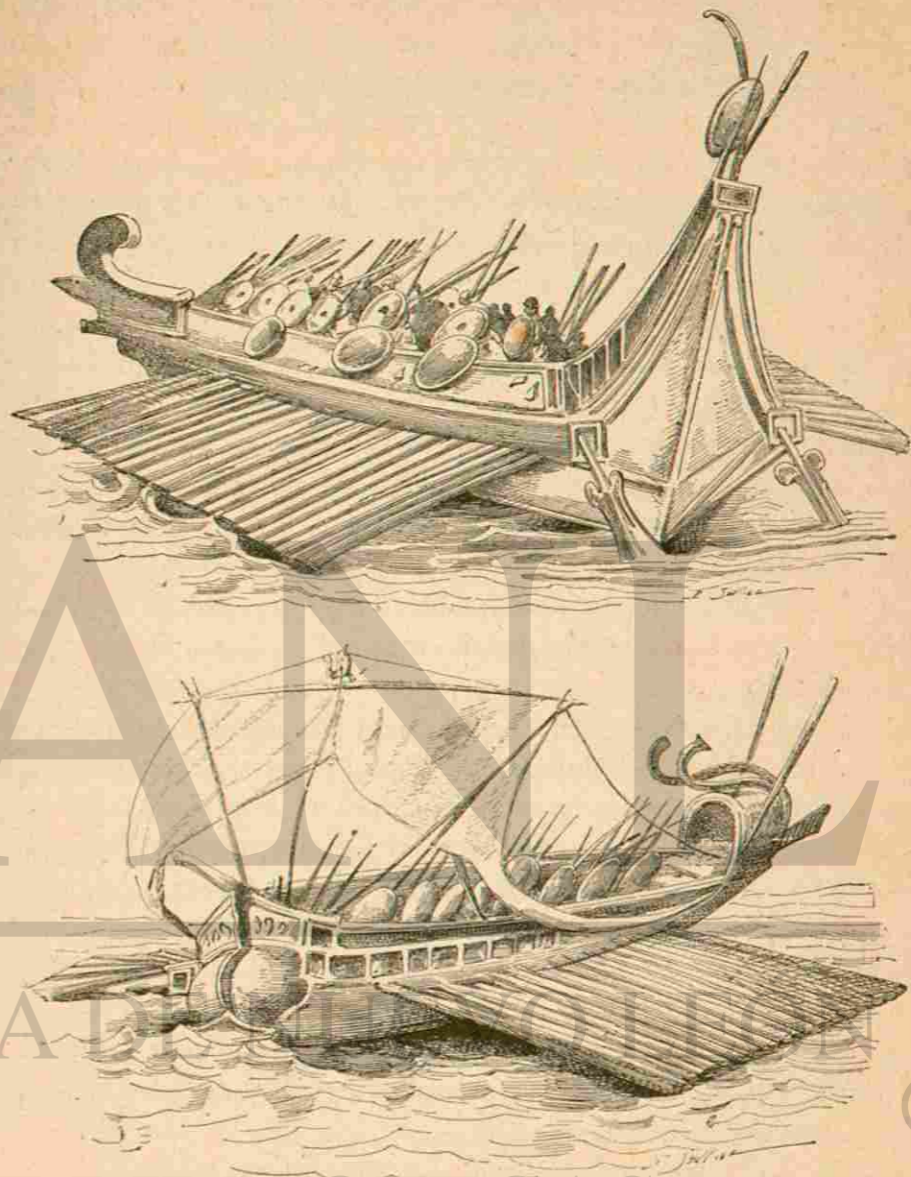
por imperar en representación y nombre de Nerón, á quien jamás imputó, ni por sospecha, la idea de sacudir el yugo materno en su diversión de todos los deberes imperiales y en su apego á todos los ejercicios enervantes. Agripina seguía con sumo empeño todos los propósitos de Claudio y espiaba las menores inclinaciones de su pensamiento y de su voluntad para proceder con él según él procediera con Británico y Nerón. Cuando á éste propendía, lo perdonaba, dejándolo reinar nominalmente; pero así que propendía el infeliz á Británico, levantaba como una furia el puñal Agripina, ó preparaba la mixtura que debía extirpar aquel asomo de voluntad y de conciencia en el esclavo sujeto á la horrible argolla que le había ceñido ella. Claudio se lo recelaba, y por eso ponía esmero grandísimo en burlar la vigilancia de su mujer, tratando de cogerle bien las vueltas y desquitarse allá en su muerte, por medio de un testamento muy meditado, con una venganza que fuese sonadísima y le pagase cuantas le había debido en vida. Así, á una recelosa como Agripina, receloso y medio como Claudio. Por ende no le sacaba una palabra respecto de sus planes la muy avizora, no, á pesar de sus inquisiciones y escudriñamientos continuos en el recóndito espíritu de su esposo. Pero no podían los disimulos llevarse tan lejos que jamás dejase tragaluz alguno abierto á las ajenas miradas, y en algunas ocasiones, muy pocas, pero inevitables, Claudio abría su recatado pensamiento al sondeo profundísimo de Agripina. Y una de estas ocasiones sobrevino en las fiestas dedicadas por el emperador á celebrar logro suyo tan útil como la desecación del célebre lago Fucino, cuyas aguas vertidas en el río Lira y en el río Tíber merced á trabajos hercúleos, saldrían de su estancamiento, que derramaba en los aires fiebres palúdicas, dejando un gran espacio seco muy propio para el trabajo y el cultivo, así como fluuyendo en una irrigación provechosa.

Con efecto, los antiguos romanos gustaban mucho del agua interior y exteriormente. No hay sino ver los acueductos ruinosos en todas direcciones por aquella campiña, para cerciorarse de los manantiales, dignos del nombre de ríos, que, transportados desde los montes á los llanos, desaguaban en la Ciudad Eterna. A manera que los buenos bebedores clasifican los toneles en las bodegas, clasificaban aquellos aguados las fuentes en los campos. Monarca hubo

de los primitivos tiempos fabulosos que ha debido su viva realidad y su inextinguible renombre á la conducción de manantiales desde los Apeninos al Foro. El agua de Anco Marcio se vende hoy á gritos en todas las encrucijadas de la ciudad, cual si fuera suave y dulce licor. Pues como Claudio, en su pasión por todos los renombres, aspiraba también al de gran hidráulico, proyectó y ejecutó un acueducto que lleva su apellido y que ha procurado aguas á la ciudad por muchos siglos. Y no se contentó con apagar la sed en ricos manantiales y combatir las enfermedades con benéficos baños dentro de la ciudad; llevó tamaña solicitud al campo y sirvió las necesidades múltiples de los montañeses vecinos á Roma con la desecación del renombradísimo lago, la cual debía cooperar por muy activo modo al mejoramiento de la vida y de la condición romanas. Así Claudio convocó todos los campesinos á esta festividad regocijada del campo. Y les prometió una fiesta naval en medio de los altos montes, superior á las que pudieran darse allá en Parthenope sobre las marinas ondas. Diez y siete mil presidiarios debían degollarse allí unos á otros, como si estuvieran en los combates marítimos empeñados por el Imperio en tantas ocasiones, como si estuvieran en Accio, cuando el choque gigantesco entre Augusto y Antonio. Inútil decir que iría entre los invitados la corte, así como inútil añadir que entre la corte los cuatro enemigos en ella combatientes á la sazón, de un lado Agripina con su cachorro, ya unido á Octavia en matrimonio, y de otro lado Británico junto con el valeroso liberto Narciso, intendente de todos aquellos trabajos desde sus comienzos, y así festejadísimo, á causa de su terminación feliz con grave despecho de Agripina, quien creía que tales festejos ofendían á su persona, desbarataban sus planes y deservían sus intereses. Así nunca estuvo Claudio tan sobre sí, nunca tan recelosa é inquieta la mujer de Claudio, nunca el liberto de Claudio tan dispuesto á coger la ocasión por los cabellos, aprovechando tal fortuna única, para desasirse del victorioso Nerón y recabar para Británico aquello que creía Narciso le tocaba con seguridad al heredero de Claudio y Mesalina por todas las leyes juntas del cielo y de la tierra.

El espectáculo ideado para ver el desprendimiento de las aguas y su paso por los grandes canales, aparecía importantísimo. La po-

blación de Roma y de sus alrededores en las montañas como en circo inmenso; dentro del agua dos escuadras compuestas de gale-



Galeras romanas

ras muy aparejadas para el combate y muy henchidas de gladiadores maravillosamente vestidos, cuyas armas y cuyos trajes relucían al sol y al cielo de Italia; en los montecillos altares cubiertos de

flores y humeantes de aromas; á la orilla el Senado y la nobleza presididos por los príncipes, Británico y Nerón, ya de pretexto como emancipados jóvenes, con su mujer este último, aquél con su liberto, y todos bajo Claudio, vestido con la cota de malla so la púrpura imperial, y bajo Agripina, disfrazada de amazona y luciendo sobre tan ligero traje una clámide asombrosa de oro. Algo lejos, lo bastante para no ser oídos, pero en sitio prominentísimo, veíase todo el grupo de los poetas y de los sabios, que ya conocemos, presididos por Pola, radiante de felicidad y de belleza. Claudio, á quien la presencia del pueblo rey emborrachaba siempre, y de taciturno lo hacía gárrulo, como suele hacer la borrachera con los mejores borrachos, miraba unas veces á su mujer y otras á sus hijos, depariendo con todos de todo en una increíble animación. Pero vano, muy vano de suyo, aquello que le poseía y embargaba en tal sazón, era la serie de reflexiones, muy naturalmente sugeridas por la cima dada con tal empeño y en tanto tiempo á una obra colosal, deseada mil veces por los romanos en la ciudad y por los latinos en el campo, sin que nunca, entre tantas milagrosas como se idearan é hicieran, ésta se hubiese terminado, hasta que la tomó él con tanto empeño y la concluyó con tanta ventura. No le bastaba que los pueblos le aclamasen, que le saludaran los gladiadores, que los hijos del país de los Marsos le bendijesen por el grandioso artefacto; mirábase atónito en el espejo diáfano de su amor propio y se veía como un Dios, en contraposición abierta con todo cuanto dijeran de su capacidad y de sus aptitudes los escritores innumerables que á una le perseguían y le molestaban en todas partes sin descanso, dándole con su imbecilidad en rostro, cual si efectivamente fuese un verdadero estúpido. Pero dejémosle hablar.

— Convén conmigo, Agripina, en que únicamente mi firme voluntad hubiera llevado empresa tan hercúlea de suyo á feliz término.

— Convento — dijo Agripina, sin saber lo que decía, muy absorta en contemplar las miradas de odio que le asestaba Narciso y en responderle con otras no menos aviesas miradas.

— Como que César lo intentó y no lo hizo — añadió Claudio, ufano de haber excedido en cualquier cosa y negocio al sobrehumano César.

— Ya lo creo — dijo Agripina, — como que Bruto y Casio no le dejaron tiempo, cortando con sus puñales aquella preciosa vida.

— Pues no recuerdes tal cosa tú, Agripina.

— ¿Por qué no debo recordarla, cuando se trata del jefe visible de mi familia vilmente asesinado por los adoradores de la República?

— No debieras recordarlo, Agripina, porque hay en tu séquito quien alaba el acto aquel y pone al vulgarísimo Pompeyo y al frío Catón sobre nuestro inmortal antepasado.

— ¿Quién?

— Séneca y su sobrino Lucano.

— ¿Cuál chismoso te ha referido tamaño cuento?

— No he menester que nadie me lo refiera. No se recatan de decirlo ante todo el mundo. Como que no departen los buenos filósofos entre sí más que acerca de todo eso y no hablan en sus monólogos consigo más que sobre todo eso.

— Achaques de filósofos y de poetas sin trascendencia ninguna.

— Pues mientras malgastan el tiempo en los asuntos contrarios á nuestra familia y á nuestro Imperio, bien pudieran referir que durante once consecutivos años, al pie de tan altos montes, en riberas tan solitarias han trabajado treinta mil hombres á la continua.

— Nadie te niega tal mérito y nadie te regatea tal gloria.

— ¿Nadie? Agripina, parece que hayas ayer de mañana llegado á Roma, según te haces la inocente y la desentendida de todo aquello que en Roma sucede.

— Si no acierto yo á enterarme de lo que pasa en Roma, tú no aciertas á enterarte de lo que pasa en palacio.

— ¿Cómo?

— Yo ignoraré lo dicho por un poeta sin autoridad é influencia ninguna respecto de nuestro tío muerto; pero Claudio ignora lo que dice un liberto tan poderoso como Narciso respecto de su mujer viva.

— ¿Me hablas en impersonal? — preguntó Claudio.

— En impersonal.

— Te tiemblo siempre que hablas así.

— Poco se conoce.  
 — Pero ven aquí, mujer, ven aquí. Recapacita cuán inoportuno resulta en esta hora solemne y ante un pueblo entero aquí reunido expedir tales malquerencias y dar tamañas quejas.  
 — Mira, Narciso parece un tigre que atisba y husmea su víctima.

— ¡Agripina!  
 — ¡Claudio!  
 — Ten un poco de consideración.  
 — ¿A qué y á quién?  
 — A que nos hallamos en una fiesta.  
 — Bien, ¿y qué?  
 — Piensa como Narciso ha estado al frente de todos estos trabajos.  
 — ¡Justo! Y el dinero que allegara en ellos, lo ha esparcido en maniobras y conjuraciones contra tu mujer y contra tu hijo.  
 — Contra Británico — exclamó Claudio — nunca hizo nada.  
 — ¿Luego tú crees no tener más hijo que Británico? — preguntó á su esposo Agripina con rugidos de leona calenturienta.  
 — ¡Ah! — observó Claudio todo asustado. — ¡Ah! Como á Nerón le llamas siempre nuestro hijo y á Británico le llamas siempre hijo mío á secas, creí que aludías á este último, lo creí con toda sinceridad.  
 — ¡Buena sinceridad la tuya, buena, buena!  
 — Pero, Agripina, ¿vamos á reñir en presencia del pueblo romano?

— A todo tú das pie, á todo.  
 — Mira, huélgate, Agripina, con atender á cuanto en esta hora te rodea: la gigantesca naumaquia poblada de naves; los montes oscuros y verdinegros henchidos de muchedumbres que se agitan en todas direcciones; los tablados, semejantes á un teatro, por la parte más bella y más granada de la sociedad convertidos en una especie de Senado; á cada dos pasos, sobre balsas, los milites, en cuyas armas chispea el sol; aquí nosotros envueltos en verdaderas nubes de incienso y parecidos á dioses que reciben de todas partes y de todos los reunidos acatamiento y culto.  
 — Pero allí, no lejos de nosotros, Narciso, que me hiela con su mirada la sangre.

— Pero ¿qué insana manía le has tomado á Narciso?  
 — Correspondiente á la que contra mí tiene.  
 — ¿De dónde te sacas tales sospechas, de dónde?  
 — De mi larga experiencia.  
 — ¿Querías que hubiese prescindido yo de su persona?  
 — Nada se perdiera en prescindir.  
 — Acuérdate, mujer, de que sin los arrestos de Narciso contra Mesalina jamás fueras emperatriz.  
 — Pero quitó el Imperio á tal mujer para ponerlo y vincularlo en el hijo de esa mujer.

— Mas, Agripina, ¿qué quieres que haga el cuitadísimo, cuando ve al pobre príncipe tan maltrecho en todas partes y tan abandonado de los suyos?

— ¿Qué dices? ¿También tú participas del vulgar sentir de mis enemigos, que creen á Británico abandonado y maltrecho? ¿También tú ignoras, viéndome cual me ves y tratándome cual me tratas, que Británico encontró en Agripina una segunda madre? Esas son calumnias de Narciso, que penetran hasta en el corazón de mi esposo.

— Agripina, muchos deben oír tu palabra, y aquellos que no puedan oír tu palabra deben mirar tu gesto y creerte malhumorada é iracunda en la hora misma de la mayor fiesta que ha presenciado el Imperio.

— Fiesta para Narciso.  
 — Pero si él ha dirigido los trabajos, ¿qué había de hacer yo?  
 — Ha dirigido al Tiber el agua, y á sus cajas el dinero. Así está de rico.

— Era más rico al comenzar los trabajos que ahora.  
 — Naturalmente, como que ahora dispendiá en conspiración cuanto ayer lucrara en cohechos.

— ¿Lo crees conspirador?  
 — ¡Vaya si lo creo!  
 — Pues no tienes razón alguna para tal creencia. El que sea de mi Británico devoto, no quiere decir que sea de tu persona enemigo.

— Pero ¡cuán pronto se olvidan los hechos y pasan las cosas!  
 — ¿Por qué tal dices?

— Porque ayer mismo en asambleas de ministros y embajadores Británico ha insultado á tu esposa por sugerencias de Narciso, y aún te atreves á decir que no conspira éste. ¿Has olvidado los discursos de tus hijos?

— Británico habló por hablar, á roso y belloso verdaderamente, sin saber lo que decía, como un muchacho que se queja y plañe de no tener una pala ó una pelota ó cualquier otro divertimento, pues también la juventud goza, como la infancia, con sus juguetes.

— ¡Oh! El juguete que de menos echaba en aquel momento era la corona.

— No seas maliciosa y suspicaz aun respecto de aquellos que no han salido del estado de inocencia; no seas, no, maliciosa.

— ¿Maliciosa? Lo que soy experta y bien experta.

— Pues no lo eres tanto como te figuras.

— ¿Qué me dices? ¡Objeciones á mí! Cualquiera diría que te soltaba la lengua el aire de la montaña.

— Buscas una conspiración lejos, y encuentras la que cerca, muy cerca, tienes de ti.

— ¡Yo!

— Tú.

— No desvaries.

— La conspiración de Séneca.

— ¿Todavía piensas en eso?

— ¡Vaya si pienso!

— Con que un poco de atención le prestaras, verías cuán pronto estabas al cabo de que maquinan todos á una, el poeta Lucano, el satírico Persio, el filosofastro Séneca y hasta la tierna Pola, su musa, una grande conjuración implacable contra los emperadores y el Imperio. He ahí algo más temible que las inocentadas de Británico y las garrulidades del pobre liberto.

— Preñado estás de tu hijo, y no digamos nada de tu liberto.

— Mira, dejemos estas cosas, y veamos el espectáculo.

— Soberbio en efecto — exclamó Agripina.

— Como que hay reunidos veinte mil hombres para que unos á otros se degüellen sobre las aguas y pueda ver el pueblo rey este maravilloso espectáculo.

— Ya se acercan, Claudio — dijo Agripina, sintiendo, al verlos

llegar, uno de los escalofríos por cuyos sacudimientos la humanidad se revela de suyo hasta en los espíritus más perversos.

En efecto, cerca de veinte mil hombres, jóvenes, robustos, rebosantes de vida, que la potestad imperial había sacado de todas las cárceles y constreñido al trabajo forzoso en los Abruzos, con los grilletes al tobillo y las esposas al brazo, recibían por premio de sus esfuerzos y por término de sus fatigas una muerte violenta inferida en los torbellinos de cruentísimo combate, por sus propias manos, entre sí, á una orden del César, ufánísimo con granjearle tamaño espectáculo y festejo de suyo tan espléndido al pueblo, sobre quien reinaba como un gran delegado por medio de tácitos mas verdaderos poderes. Unos habían dorado á los leones las uñas y les habían teñido las guedejas de púrpura; otros habían lanzado desde las copas de árboles tropicales trasplantados el tigre de piel áurea, vetada por líneas tan lustrosas como cintas de raso negro, sobre los cuellos de las jirafas y de las gacelas; compañías de gigantescos elefantes habían luchado, empleando sus trompas, sobre las arenas del circo, y legiones de gladiadores se habían abierto con sus respectivos puñales y espadas los vientres, ó dádose por fuerza y necesidad de pasto á los brutos carniceros en fiestas dignas de caníbales. Pero un tan extraordinario número de gente, aparejada con antelación á la muerte, no se había visto hasta entonces. Iban al matadero como las reses; pero con una diferencia de las reses, pues mientras ignoran éstas su destino y suerte, sabían ellos la hora y el sitio en que debían dejar el mundo y cerrar para siempre sus ojos al cielo espléndido y á la diurna lumbre, hasta despojarse del calor de la vida, tanto más amable á todas las especies animadas cuanto más cerca se hallan de perderla. El pueblo se gozaba con aquella batalla fingida, en que únicamente había de real y cierto la catástrofe, ó sea la inmolación y sacrificio de los unos por los otros, quienes debían matarse sin aborrecerse, ignorando hasta el motivo de la furia que sentían, desplegada con todo el horror de nuestras malas pasiones, únicamente para divertir á los esclavos señores del mundo. Imaginaos, teniendo que matarse unos á otros sin aborrecerse, cómo se acercarían todos en tropel delante de la grada, en que campeaban los Césares, cuyos mandatos los requerían á exterminarse mutuamente y los empujaban al abismo insondable de la misteriosa

eternidad, tan repulsivo para criaturas deseosas de conservar á cualquier precio la vida. Pero tal es la fatalidad que reina sobre nuestro pobre mundo: aquellas gentes, poseedoras de cuarenta mil armas puestas sobre su cuerpo, y que con sólo quererlo hubieran podido exterminar á sus exterminadores, dirigíanse al carnicero, que tenía en sus manos el cuchillo de la inmolación y en sus labios la sentencia de muerte, aclamándole con aclamaciones fragorosas, próximos al supremo último trance y por lo mismo ajenos á todo cuanto en rededor suyo pasaba. Así dijeron:

— ¡Buenos días, César! — en clamor estruendoso.

— ¡Salud! — les dijo Claudio.

— ¿Salud ha dicho? — preguntaron los unos á los otros después de haber oído tal palabra.

— ¡Sí, sí! Ha dicho salud.

— ¡Pues entonces — exclamaron algunos corifeos, — nos ha perdonado!

— ¡Sí, sí! Os ha perdonado — dijeron á gritos los grupos que circuían en el espectáculo á Séneca y á Lucano.

— ¡Perdonados! ¡perdonados! — gritaron los cuitadísimos con alegría que no se puede comprender sino por quienes, hallándose al borde obscuro del sepulcro, recobran la luz y la vida.

— ¡Echemos nuestras armas! — dijeron algunos de los condenados, desasiéndose de las que llevaban.

— ¡Echémoslas!

Y apenas lo habían dicho cuando lo habían hecho, rodando sus armas por el suelo.

— ¿Cómo? ¿Qué pasa? ¿Los ha perdonado? ¿Los ha perdonado? ¿Los ha perdonado? — preguntábanse unos á otros con suma extrañeza los plebeyos romanos, cual si no viesen lo que sucedía y necesitaran confirmarlo por aquellos que se hallaban cerca, más confiados en las ajenas voces que en los propios ojos.

— ¡Sí, sí! — decían los más.

— ¡Abrcémonos! — exclamaban los gladiadores casi redivivos tras haber estado tan cerca de la muerte.

Y se abrazaban unos á otros con transportes de júbilo, muy gozosos de haber escapado á la triste necesidad de matarse sin aborrecerse y cumpliendo superiores mandatos imperiales.

— ¡Cómo! ¿Con que no se matan? — preguntaban los de un lado á los de otro.

— No se matan — decían muchos.

— ¿Y para eso nos han llamado y reunido? — vociferaban en voz alta los más empeñados en presenciar la fiesta.

— ¡No les tengamos compasión! ¡Azucémoslos, azucémoslos!

— ¡Al combate, al combate! — gritaban muchísimos en tono feroz y á compás.

— ¿Y nos han hecho venir de Roma para esto? — clamaban unos.

— ¡Nos han engañado! — añadían otros.

— ¡Que luchen y mueran! — gritaban los más.

— ¡El César nos ha perdonado! — decían las aparejadas víctimas.

— ¡Y nosotros, que nunca gozamos de tales fiestas, cuando tenemos á la vista una se nos desvanece como un sueño! — exclamaban los campesinos.

— ¡Al combate, al combate! — gritaba el pueblo anheloso, con las narices abiertas en demanda del hedor sanguíneo que despiden estas cruentísimas luchas.

— Si no se matan ellos — dijo Agripina verdaderamente aterrada, — si no se matan ellos en presencia del pueblo, nos mata el pueblo á nosotros, nos mata.

— ¡Degüéllalos! — decía Nerón á Claudio, no obstante hallarse allí cerca su joven esposa Octavia y no lejos su joven querida, la predilecta y feliz Acté.

— ¡Perdónalos! — decía Británico, dirigiéndose á su padre con las manos juntas y los ojos arrasados de lágrimas.

— Si los perdono á ellos, me asesina el pueblo á mí — contestaba Claudio.

— ¡Perdónalos, que bien lo merecen — decía Narciso — por lo mucho que han trabajado y padecido en la colosal empresa!

— Mira, Claudio, ¿puede la traición verse más potente? — preguntaba la implacable Agripina.

— ¿Cómo? — preguntaba Claudio muy distraído de la conversación y muy absorto en aquel tremendo incidente. — ¿Cómo?

— ¿No lo ves? — decíale su mujer.

— No veo nada — respondía él.

— No ves tú aquello que no quieres ver — decíale Agripina.

— Como tú lo echas todo á mala parte — replicaba Claudio, — yo tengo que echarlo todo á buena. Nada malo veo en la natural compasión de Narciso por esos desdichados, que los ha comandado mucho tiempo, y menos todavía en la compasión de Británico, que se interesa por todo el mundo.

— Lo que quieren ellos es que aquí nos maten á ti, á Nerón, á mí, sobre todo, y alzarse con el Imperio.

— No seas malpensada — dijo Claudio.

— Tú serás muy bien hablado; pero so tu silencio, so tu indiferencia, so tu sonrisa, ocúltase un grandísimo malpensado, tan malpensado como yo misma.

— ¡Pronto al combate, á la muerte! — gritaban los espectadores con furor, ahogando los gritos y clamores de aquellos que pedían con anhelo gracia.

— Degüella — decía Nerón á Claudio, — degüella los rebeldes, y ten por cierto que un holocausto de tales víctimas ofrecido á nuestros dioses renovará los tiempos evocados por Homero, en que sobre las aras yacían humanas víctimas aceptas al Olimpo.

— ¡Déjame! — dijole Claudio irritado.

— Con qué despego habla Claudio á Nerón y con qué amor á Británico! ¡Ya es hora de tomar una resolución extrema! — y rechinaba los dientes al decir esto Agripina.

— ¡Gladiadores! — exclamó Claudio, echándose personalmente con arrojo entre las huestes encrespadas como un marino que se arroja al mar alterado. — ¡Gladiadores, no tenéis más remedio que combatir y perecer! Si yo estuviera solo, ya os hallaríais libres y sueltos.

— ¡Viva Claudio! ¡Viva Claudio! ¡Viva Claudio! — gritaban desahoradamente los infelices.

— ¡El pueblo manda en todo nuestro Lacio más que vuestro emperador! ¡El pueblo entero sin excepción os condenó á muerte!

— ¡Muera, muera el pueblo! — gritaban los gladiadores.

— ¡Matadlos, matadlos! — gritaba el pueblo.

— ¡Creedme! ¡Combatid, combatid! — deciales Claudio, yendo de uno á otro grupo y saltando de una en otra barca.

— ¡Combatid! — les decía Narciso, que se lanzaba con el emperador al peligro.

— Mira, Nerón — decía en su desconfiado natural á su hijo la emperatriz, — mira; Narciso manda más que Claudio, vale más que Claudio, puede más que Claudio.

— Pero, madre mía, cuando te presentas tú, lo borras todo en el ánimo de Claudio, como la luna llena borra los astros que se han aprovechado del crepúsculo y sus sombras para brillar un minuto en lo infinito. No estés recelosa.

— ¿Qué fuera de ti, Nerón, qué fuera sin Agripina?

— Ya lo sé. Por lo mismo que tu poder es tan grande, no debes temer á ningún otro ni recelar de nadie.

— ¡Gladiadores! — decía Claudio, — ¡gladiadores, si peleáis, podéis todavía salvaros algunos; si resistís, moriréis todos! Algunas voces siniestras piden que os descabece sin excepción de uno solo si persistís en vuestra insensata resistencia. Cuando la curiosidad insana del pueblo rey esté satisfecha, yo suspenderé la matanza, y los que mueran habrán redimido á todos; pero si decretamos el holocausto á las divinidades, creedme, no escaparéis uno solo.

— ¡Que mueran! — gritaba el pueblo. — ¡Que mueran!

— ¡Obedeced al emperador! Obedeciéndole, os perdéis algunos; desobedeciéndole, os perdéis todos.

— Tras el espectáculo, á los sobrevivientes — decía Claudio — les daré libertad y dinero.

— Pero ¿quiénes serán los sobrevivientes? — se preguntaban con ansiedad los unos á los otros, condenados todos á muerte.

— ¡Obedeced, obedeced! — les decía Narciso, corriendo de grupo en grupo y hablando con todos los corifeos.

— ¡Obedezcamos! — dijeron por fin rendidos á la influencia ejercida sobre sus ánimos por aquellos á quienes consideraban sus dueños.

En pocos momentos el combate se dilató por todas partes. Los mismos que minutos antes no querían pelear, abalanzábanse unos contra otros, como si toda la vida se hubieran aborrecido de muerte y se hubieran buscado para matarse. De pronto reinó un silencio profundísimo. Después el son de las armas estalló como un trueno fragoroso. Tras el son de las armas, al apercibirse para combatir, vino el cruce de las armas comenzando el combate. Siguió á este rumor estridente un resuello parecido al que dan los volcanes cuan-



do estallan las erupciones enormes. Tras los resuellos los quejidos, los estertores tras los quejidos, el último aliento tras los estertores. Con estos ecos horribles se mezclaban imprecaciones de odio y alguna que otra maldición infernal, arrancada por el dolor y por las heridas al corazón en el momento y hora de romperse y separarse las tristes almas de los malheridos cuerpos. Y el cielo brillaba serenísimo, y los montes transfundían sus claros manantiales al valle, y las auras jugueteaban en alegres giros, y los árboles sacudían sus frutas en el suelo como levantaban á lo alto sus aromas, cual si nada en torno suyo sucediese y no se perpetrara un crimen horrendo dentro de sus senos. Pero al fin la Naturaleza estaba indiferente; mas los hombres regocijados. Como si no perteneciesen á la Humanidad aquellos romanos, en su pecho endurecido por la servidumbre no entraba el más humano de todos los afectos; no entraba la compasión. Ni siquiera por egoísmo se acordaban de que hombres eran y podían, como aquellos hombres, encontrarse para su desgracia en una situación semejante á la situación suya. Ni las agonías y la muerte de sus predecesores, ni las desgracias aparejadas por la común humana contingencia sobre sus herederos, les movían á considerarse como maltratados en sus semejantes por aquellos combates y heridos por aquellas heridas. Diríase que se trataba de bestias y no de hombres. Cuando la sangre había teñido el agua, cuando los montones de cadáveres se habían apilado sobre las áureas naves parecidas á carnicerías flotantes, cuando el pueblo se había cansado de tantos horrores apenas creíbles, dió Claudio la señal de que cesara el combate; y cesó el combate, no sin que hubieran perecido la mayor parte de aquellos infelices.

Entonces comenzó el festín que debía concluir la fiesta, comenzó el banquete. Los espectáculos dados por el imperio despedían muchas enseñanzas; y estas enseñanzas conducían á reflexiones acerca del cambio de las ideas y de las cosas, como las que hacían de continuo en sus conversaciones Pola, Persio, Lucano, Séneca, los cuales, en efecto, como Agripina decía con tanto motivo, comenzaban por un poema y concluían por una conspiración. Mientras los incidentes del combate se desarrollaban, como hemos visto, los cuatro disertantes departían acerca de las causas que destruyeron

el régimen republicano y generaron el régimen imperial, objeto continuo de sus conversaciones.

— La usura, como una lepra — exclamaba Lucano, — se había comido hasta el tuétano de la Ciudad Eterna. El dinero, exagerando su poder, se había expuesto á todas las contingencias de una revolución social. La mayor parte de los propietarios se alimentaban de los expropiados. Véanse por aquí las víctimas de las guerras civiles con la escualidez propia del hambre; por allí, los veteranos de Sila completamente arruinados, á pesar de haber á todo el mundo empobrecido; por allá, los nobles triturados en su fortuna y venidos á la mendicidad entre las facciones desencadenadas y combatientes; dentro de la ciudad, mil mártires de todos los principios heridos por todos los desastres; en torno de la ciudad las tribus de italiotas demacradas y miserables; por los desfiladeros, el pastor salvaje y nómada que cuida rebaños sin dueño y acecha al viandante para secuestrarlo, formando verdadera nube de bandidos; y allá, en lo más hondo y más terrible de los abismos sociales, el gladiador, cazado como una bestia feroz, adscrito como un cliente necesario á todos los jefes de facción y dispuesto á matar sin saber por qué ni á quién, pues hartó le constaba como él solamente debía pensar en morir divirtiendo los ocios del pueblo romano é inmolándose á sus menores caprichos. Saturnino, tribuno, había hecho lo mismo que los Gracos, proponer la ley agraria para ocurrir á tantos males. Pero Mario, en su inexperiencia política, le dejó inmolar tristemente por mano de los caballeros. La cólera de sus enemigos le persiguió allende la muerte, y guardar el busto suyo fué considerado como un delito de lesa Roma. Naturalmente, las injusticias de los ricos engendraron las violencias de los pobres. Todos los arruinados buscaron una personificación, y esta personificación se llamó Catilina. Naturaleza de combate, no busquéis en ella la conciencia, buscad la fuerza. Vida manchada por todos los vicios, no busquéis en él sino todos los reptiles que anidan en todas las ruinas. Empobrecido, parte por una fatalidad inevitable, parte por sus desórdenes personales, cayó en el desprecio universal, y este desprecio le precipitó en la irreparable infamia. Todos los infames le siguieron, y como todos los infames le siguieron, acabaron por generar en torno suyo una leyenda tal de horrores, que ha trascendido á la historia

y ha llenado todos los tiempos. Beberíase mucho vino en sus nocturnas orgías: las gentes, sin embargo, aseguraban á una que dentro de humano cráneo, en aquellos conciliábulos misteriosísimos, se bebía, danzando, mucha sangre. Los propietarios le veían ya despojándolos de su hacienda, los logreros de sus rentas. El senador se lo figuraba invadiendo el Senado y la mayor parte de las gentes quemando por sus cuatro extremos la ciudad. Quién decía que los conjurados asesinaban por no perder la costumbre del asesinato; quién que había Catilina por sí mismo degollado, para obtener la mano de una dama, la cual no quería hijastros, á su propio hijo. El terror puso á Cicerón en el Consulado. Este cónsul elocuentísimo no creyó escudo bastante fuerte su elocuencia ni arma de harto alcance, y se ciñó una coraza y armó á todos sus partidarios. Catilina, perseguido y acosado, se fué diciendo que alimentaban contra él un incendio; mas que de seguro extinguiríalo él bajo escombros. Cicerón, á quien había faltado ánimo para enconar la guerra, lo recibió prestado por su esposa Terencia. Los partidarios de Catilina fueron estrangulados todos en las gemonías romanas. Terencia demostró una vez más cómo pierde la mujer sus virtudes cuando se adscribe á una fracción cualquiera y entra en los torbellinos de la política y de la guerra. Catilina se refugió en Etruria, y allí le buscaron las legiones de Roma. Cayó vencido, pero cayó combatiendo. Aunque sólo pudo armar la cuarta parte de sus partidarios, con ellos alcanzó la honra difícil de una heroica muerte. Cicerón se creyó un héroe por su fácil victoria, é hizo decir á la poesía que desde aquel entonces las armas, hasta en la guerra, se habían visto sustituidas por las togas. Un rebujo del partido de Catilina fué Clodio, y digna esposa de Clodio fué Fulvia.

— Muchas mujeres — dijo Pola — pertenecieron á la facción de Catilina; todas aquellas que se habían precipitado en el vicio. Las matronas faltas de hermosura juvenil y constreñidas á ganarse amantes por dinero, las muy á la moda y lujosas que gastaran en cosméticos sus fortunas, las de vida libre y reputación mala tocando en la prostitución, constituyeron junto á la torpe legión de aviesos demagogos otra legión femenil no menos disipada, no menos guerrera, no menos cruel, no menos vengativa. Por tanto, aquellas mujeres instigaban á sus correligionarios y cofrades para que per-

siguiesen terriblemente y con crueldad, no solamente las ideas y las pasiones públicas á sus ideas y á sus pasiones opuestas, sino también los hechos particulares y privados, más en la vida y más en la jurisdicción de una mujer. Fulvia estaba entre todas ellas, y como estaba entre

todas ellas, tenía naturalmente adquirido un odio á Cicerón, llamado por los caballeros á la defensa de Roma contra Catilina. En la noche siniestra del castigo dado á los catilinaros, inmolidos con una indiferencia semejante á la que usa y emplea el carnicero en sus matanzas, Fulvia sufrió mucho, no solamente viendo perdidas las esperanzas que suelen librarse á la exaltación y victoria de un partido, sino viendo soberbias y orgullosas las matronas romanas en coro y en concierto subir á las alturas de sus casas

con luminarias de regocijo en las manos para celebrar el triunfo de Cicerón. Desde aquel día data la inquina de tan hermosa mujer contra el retórico de los Rostros. En los conciliábulos catilinaros debió conocer á Clodio Fulvia.

— Me parece que sí — exclamó Persio, — terciando en la conver-

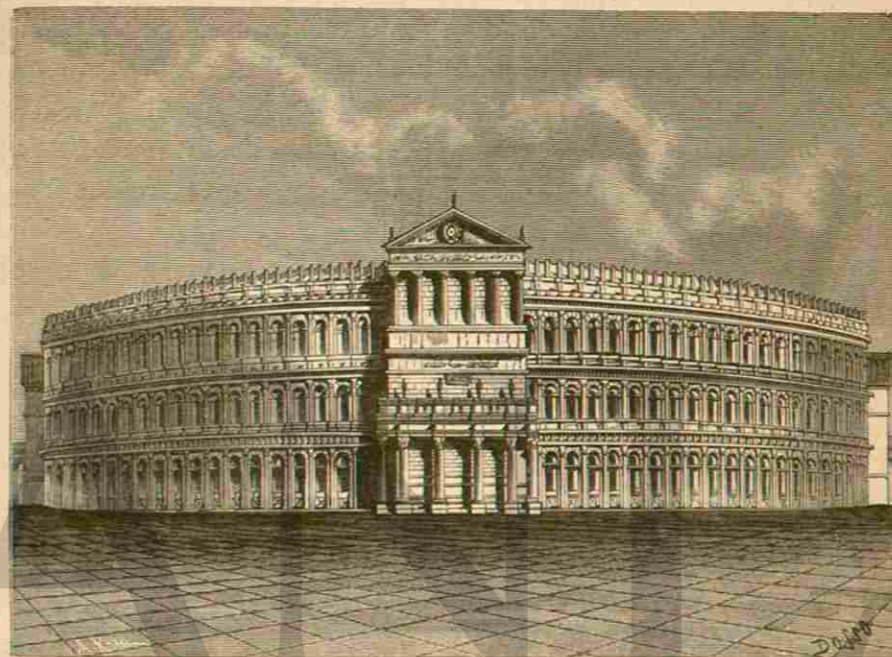


Cicerón

sación. Este Clodio no pertenecía ciertamente á la plebe, ni mucho menos estaba, como el jefe de su partido, Catilina, pobre y arruinado. Ilustre nombre le distinguía entre los demagogos y rica fortuna le daba medios sobradísimos de allegarlos y tenerlos completamente á su merced y arbitrio. Había, pues, aborrecimiento político en Clodio á Cicerón, que representaba los mayores enemigos de la demagogía, los caballeros ó burgueses. Pero había más que odio aún político, había odio particular. Su hermana Clodia se prendó perdidamente de Cicerón, y quiso que la reconocieran y la llamaran su esposa. Sabido esto por la mujer de Cicerón, Terencia, movió á su esposo contra los Clodios, y cayó el tribuno entre las redes múltiples de los compromisos naturales en su situación y de las supersticiones anticiceronianas que las mujeres de su partido le imbuían, consagró un odio implacable al gran orador. Cicerón, que recibía como buen orador en sus nervios todas las impresiones del mundo exterior y que no estaba muy acostumbrado á callárselas, arremetía contra Clodio por sus ideas y también por sus mujeres. Imaginaos la cólera de Fulvia y Clodia, tan susceptibles y nerviosas como todas las mujeres, al verse por la lengua del orador mordidas en su corazón. Eran dos furias de cólera y de venganza. La vanidad propia de Cicerón, que no quería reconocer superioridades ni privilegios de ningún género en los dos gobernadores romanos por aquella sazón, en los dos que le habían sustituido tras su consulado, en César y en Pompeyo, generó el odio de ambos al orador y les llevó á soltarle sin piedad la persona de Clodio como se suelta el perro y el halcón contra la caza. Quisieron erigirlo tribuno del pueblo; mas era patricio, y el tribunado perteneció siempre á la clase plebeya. En tal apuro hicieronle adoptar por un plebeyo. Clodio acusó á Cicerón. El objeto de sus acusaciones insidiosas no era tanto la defensa de leyes más ó menos respetadas entonces como la perdición del cónsul su enemigo. En efecto, la ley semproniana daba garantías al ciudadano para que no fuese cosa fácil inmolarse impunemente con crueldad en aquellos cambios de la política y en aquellos flujos y reflujos de las pasiones. Cicerón, arrastrado por el vértigo de la defensa contra Catilina y los suyos, había hecho matar á varios hijos de Roma sin más autoridad que una vaga y simple autorización del Senado. Clodio se creyó en el

caso de acusarlo y de perderlo. Su acusación alcanzó tales efectos, que Cicerón, la inteligencia y la palabra de Roma, se vió por fuerza obligado á dejar la ciudad y á partirse triste, proscrito.

— La mayor anarquía reinaba en las costumbres — dijo Lucano, corroborando lo que aseguraba su amigo Persio. — Pompeyo habíase propuesto gobernar á Roma sin soldados y con leones. Así lo digo

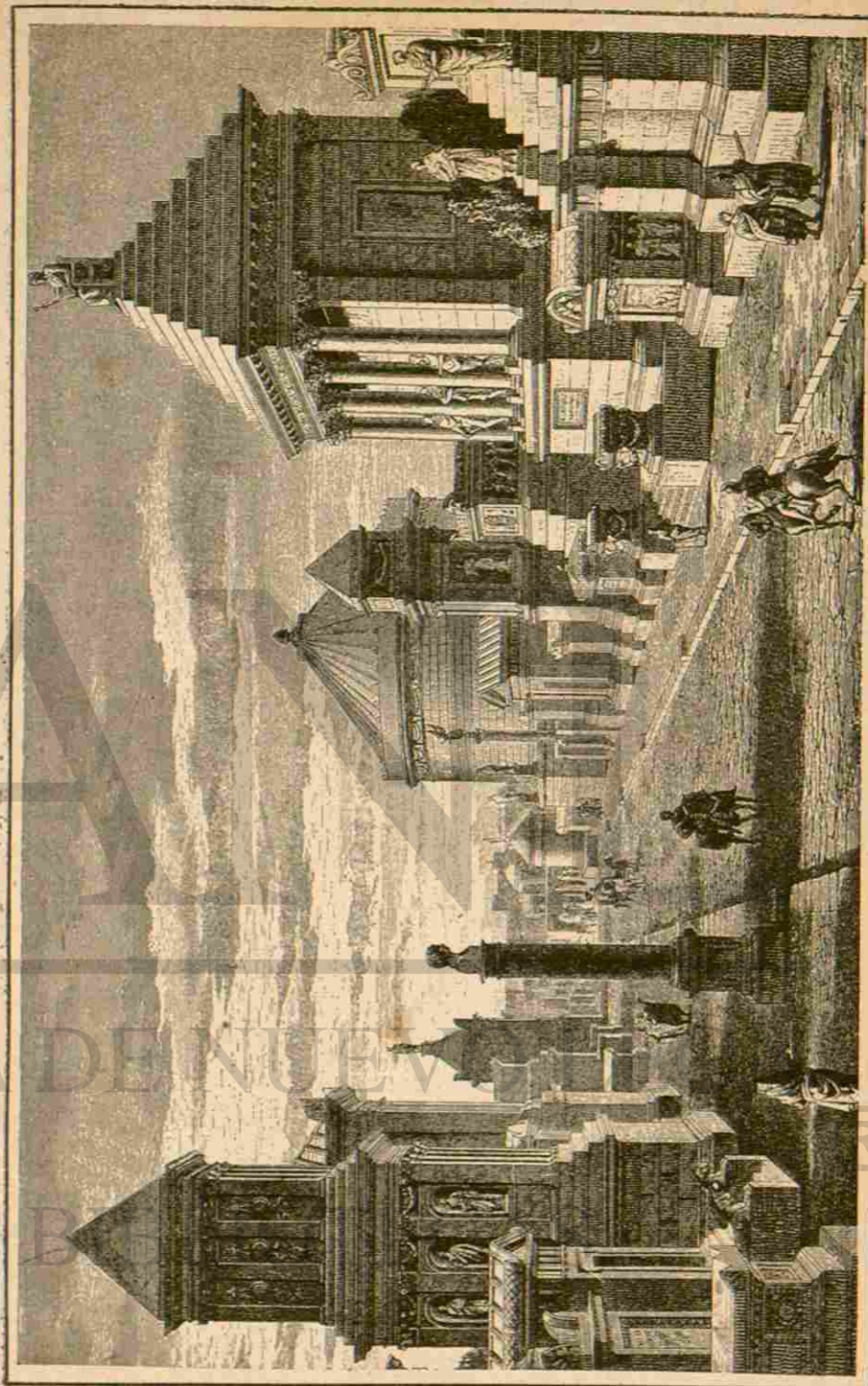


Teatro de Pompeyo

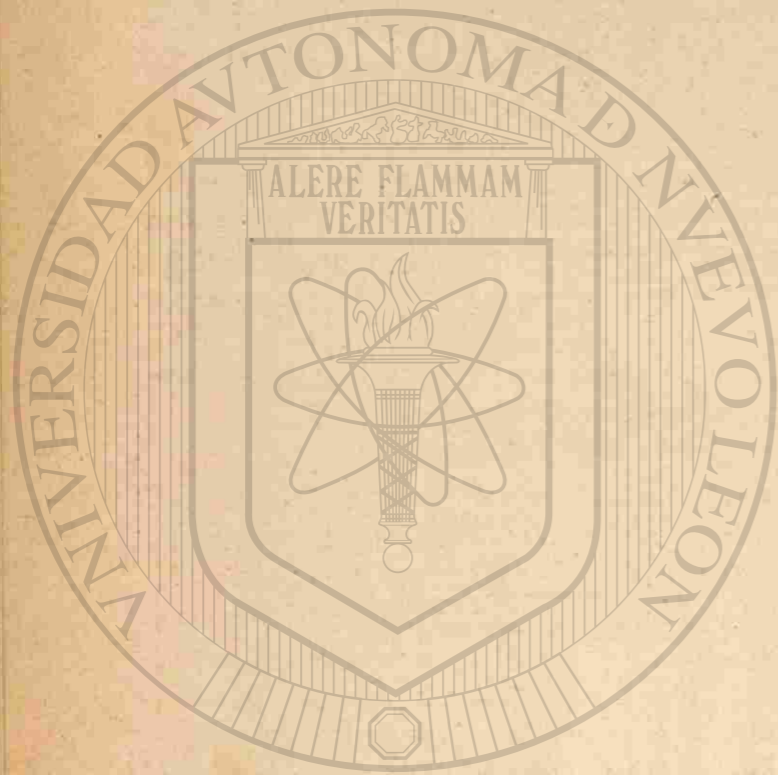
al comienzo de mi *Farsalia*. En su estrechez de miras creía que le bastaba para licenciar muchos veteranos traer muchas fieras. El pueblo deliraba viendo en el circo los leones africanos con las gudejas doradas, y ofrecía en cambio aplausos al general, pero pidiéndole que no le molestase de ningún modo en sus gustos y le dejara vivir á su grado. El gran Pompeyo, como se llamaba él á sí mismo soberbiamente, podía dominar en los últimos límites de los dominios romanos, pero no en las calles de Roma. Hervían por todas ellas las pasiones más anárquicas. Los circos, los teatros henchíanse de gentes ociosas, acostumbradas á los regocijos y á los espectáculos. Entre los coros, entre los címbalos, entre los actores, en medio de las fiestas más orgiásticas, deslizábanse demagogos siniestros

con aire amenazador, la barba y la cabellera en desorden, la voz siniestra, seguidos por gréculos y por judíos que los acompañaban á todas partes y se ofrecían á morir, y sobre todo á matar, por ellos. Inmediatamente que se formaba una facción de tal género, formábase otra contraria y opuesta. Ellos habían de luchar por todo y por todos: por la política, por la moda, por los actores, por los cónsules, por los poetas, por los retóricos. El caso era combatir sin saber á quién y sin saber por qué. La calumnia, el secuestro, el incendio, el asesinato, el exterminio entraban como factores principales en este desorden universal. Clodio había dado pan y circo á la ciudad, impedido á la magistratura su tradicional privilegio de interrumpir los comicios con señales religiosas, limitado el derecho de los censores contra los ciudadanos de malas costumbres, reunido una especie de milicia peor que la milicia de Catilina en torno suyo, tolerado á las muchedumbres el derecho de reunirse y asociarse por las encrucijadas al aire libre, propuesto el privilegio de ciudadanía para los libertos y aun para los esclavos y ofrecido prerrogativas á los reyes extraños, como si la demagogia fuese una religión y el demagogo un dios.

— Acompañábasele mucho en todo esto Fulvia y Clodia — dijo Pola sosteniendo lo dicho por Lucano. — Ellas tenían salones políticos y literarios. En las largas filas de sepulcros, levantados paralelamente á los sendos bordes de la vía Apia, paseaban las hermosuras del tiempo y se distinguían en estos paseos las mujeres de Clodio. El afecto cariñoso á sus hermanas en éste había llegado á extremos tales, que lo acusaban las gentes de incesto. Fulvia y Clodia parecían unas verdaderas bacantes. Sus excursiones á la vecina riente Albano, donde se levantaba el templo de Diana nemorense, á orillas del lago Nemi, constituían una especie de procesión entre religiosa y mundana, capaz de recordar las antiguas festividades babilónicas. Colgaban de las ramas exvotos recordatorios de sus voluptuosidades. Encendían por las noches antorchas sacras, destinadas á poner en fuga los pájaros nocturnos, y convertían la pradera en lechos de su prostitución, inventando toda suerte de refinamientos para excitar las sensaciones y recrudescer los placeres. No había extravagancia que aquellas mujeres no idearan ni aventura que aquellas mujeres no corrieran. Un día, seguramente para di-



Calle de los sepulcros en la vía Apia (Roma antigua)



vertirlas y demostrarlas adónde podían llegar las calaveradas, propúsose Clodio nada menos que profanar el tálamo de un pontífice máximo como Julio César, penetrando en la parte de habitación reservada por el rito á su mujer y defendida por las leyes con apercebimientos cuyo criminal olvido llevaba en sí aparejadas penas horribles. Celebrábase la fiesta consagrada por los romanos en varios días á la buena diosa. Esta festividad litúrgica no podía celebrarse jamás en los ritos tradicionales sino por mujeres. Tomábanse, para que los cánones religiosos no quedaran incumplimentados, las mayores precauciones en todas partes y con especialidad en casa de los pontífices. A mayor abundamiento, César, el pontífice máximo á la sazón, como ya hemos recordado, tenía junto á la mujer propia la madre de ésta, la suegra, que velaba por el honor de su hija con profunda vigilancia. Imposible saltar las vallas de una liturgia tan rigurosa, desobedecer el imperio de una voluntad como la voluntad cesárea, burlar la vigilancia de una suegra que nunca se dormía. Pues á todo se atrevió Clodio. Disfrazado con el traje de una tañedora de cítara, entró hasta el gineceo prohibido á los profanos. Por su mal, bien pronto lo reconocieron. Al reconocerlo, el pudor y la fe de las mujeres, heridas al desacato, armaron un verdadero escándalo, cual si hubiese ardido el palacio pontificio. La suegra de César, en su ira de vieja devota, quiso arrancar los ojos al fementido joven, que osaba profanar el santuario de un pontífice y desconocer el imperio de las leyes religiosas. Clodio tuvo que refugiarse, aturdido, en el cuarto de una esclava. Enterada Roma, todos los adictos á las viejas tradiciones pidieron la pena de tan criminal audacia; mas todos los innovadores se rieron del hecho y celebraron la calaverada. El tribunal se reunió, sin embargo, á juzgarlo, y Clodio, para eximirse á la pena, tuvo que darles parte de su fortuna y aun hay quien dice que parte de sus mujeres. A tal estado de corrupción llegó Roma en estos tristísimos tiempos.

— Tal aventurero — añadió Séneca — protegían los dos amos de la ciudad. A sus caprichos, á sus venganzas, ¡parece imposible!, sacrificaron el mismo Cicerón. Pero Clodio, inquieto, después de haber conseguido su ruidosísima victoria sobre aquel gran orador de la República, se atrevió á mayores y se indispuso con Pompeyo. El

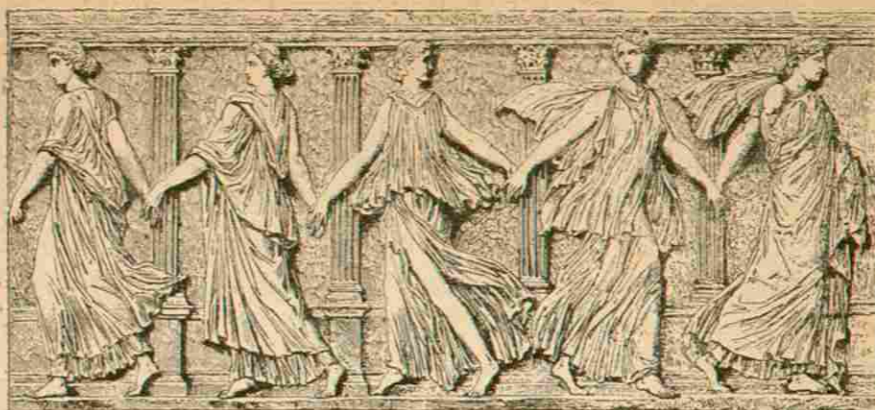
demagogo romano caricaturaba los gestos, los dichos, los actos de César. Y como éste mezclara de continuo las cuestiones exteriores de Roma con las cuestiones interiores, hacía lo mismo Clodio. Tomó, pues, á empeño la libertad de un rey armenio, cautivo en la prisión mamertina. Nególa Pompeyo, y desde tal punto no quiso perdonarlo Clodio. Así le armó al general toda clase de tumultos. Habíase por tal suerte dilatado la demagogia en Roma, que cada hogar de los grandes ciudadanos parecía una sitiada fortaleza y cada jardín un campo de continuos combates. No se respetaba ni la misma casa de Catón el austero, tenida por todos como sacro santuario del honor y del nombre romano. Mil veces se veían en la necesidad imprescindible de reunir sus clientes y sus esclavos contra los esclavos y los clientes de Clodio. Imaginaos en el ajuar de las calles romanas, teñidas con el reverbeo siniestro de todas las cóleras por las pasiones de una demagogia sin freno, cuánto haría Clodio en daño de Pompeyo. Hay quien dice que intentó matarlo. Pompeyo no ideó desquite mayor que traerse á Roma Cicerón. Y efectivamente, la presencia del orador, odioso á su persona y á toda su familia, desconcertaba la demagogia de Clodio, tantas veces herida por las frases fulminantes que lanzaba la tribuna de los Rostros. Fulvia y Clodia, dos musas del demagogo, su mujer la una, su hermana la otra, soplaban nuevas y más encendidas cóleras con sus labios de rosa en aquel espíritu de grandes tempestades. A Clodio no se le ocurrió por el pronto más que burlarse de Cicerón y de Pompeyo en el teatro. Cicerón volvió, pues, y su presencia irritó más y más á las dos mujeres, por ende al demagogo. Necesitó un general como Pompeyo suscitar á su enemigo un aventurero como el que ha pasado á la historia, por virtud de la elocuencia ciceroniana, con el célebre nombre de Milón. Éste reunió gréculos de los que manejaban con destreza el puñal, judíos de los que servían para espiar y corromper á todo el mundo, libertos verdaderamente libertinos, esclavos tracios de una fuerza inmensa, gladiadores tan fáciles en morir como en matar, y todos se congregaron á una contra Clodio y le persiguieron de muerte. La rudeza y crueldad, propias de las guerras civiles, consentían que un hombre como Cicerón señalase á su amigo el pecho de su enemigo y aun mezclara los arúspices y los auspicios en estas viles ven-

ganzas. El gran orador llegó á decir que Clodio era una víctima destinada en designios superiores al puñal de Milón. En efecto, encontráronse una tarde los dos rivales en la vía Apia y se arremetieron sin piedad. El combate parecía una fiesta de gladiadores, según lo contemplaban desde sus literas las damas y desde sus monumentos y sepulcros tendidos en aquellos sublimes sitios la indiferente plebe. Clodio salió herido de la refriega é intentó huir al golpe último y á la muerte segura. Mas, dispersos los que le acompañaban y sostenían, Milón expidió varios de sus bravos á perseguirlo y rematarlo. En efecto, sin piedad alguna le cosieron á puñaladas y le dejaron exánime sobre aquel ensangrentado suelo. Fulvia se lanzó desalada sobre su cuerpo en cuanto supo la noticia de su muerte. Jamás el dolor tuvo gritos tan agudos ni palabras tan horribles. Aquella mujer parecía una imagen de la venganza. Destrozado el traje, descompuesta la faz, espumosos los labios, relampagueantes los ojos, destrenzada la cabellera, ya besaba el frío cadáver, ya metía las manos en los surcos de sus hondas heridas para rociar con aquella sangre, como con agua litúrgica, sus partidarios é impelerlos al desquite; ya golpeaba la tierra pidiendo tener un mismo sepulcro junto al hombre con quien había tenido un mismo tálamo; ya pronunciaba terribles arengas inspiradas por la rabia más ciega é impulsoras del más vergonzoso desquite. Por tal suerte irritó al pueblo su irritación, que las turbas, movidas á la presencia suya, encendieron teas y quemaron el Senado. Pero Fulvia juró por los manes de Claudio que había de pagárselas irremisiblemente Cicerón. Y éste, conociendo la inquina que Fulvia le profesaba, mantúvola con frases terribles y alusiones sangrientas toda la vida, sin presentir cómo debía traerle al cabo la muerte.

Cuando estaban los filósofos y poetas en tal conversación anunciáronles que comenzaba el banquete y tuvieron que dejarla, sin advertir cómo iba labrando una enemiga terrible á Nerón, y tras la enemiga terrible á Nerón un acto político cuyas consecuencias habían de resultar igualmente funestas para todos. Parece imposible que pudiera surgir de unos festejos tan hermosos aquella terrible serie de calamidades, adversas á los que disponían en tal sazón del mundo y que tan alto se encaramaban para precipitarse de cabeza desde las alturas á lo profundo, puesto que nin-

guno de los grandes actores de estas tragedias debía morir de muerte natural en su lecho, destinados todos á morir de muerte violentísima, segados, como por el cierzo de marzo las tempranas flores, segados por las ideas que despertaban ellos mismos y presos en las trampas por ellos mismos tendidas. Conforme se dirigían al sitio del festín, magnas antorchas de bien olientes resinas iluminaban todas aquellas vías, y tritones de plata maciza, movidos por internas maquinarias, levantaban sus cuerpos y despedían aguas perfumadísimas. La tienda imperial, toda de sedas y púrpuras asiáticas; las mesas, maravillosamente puestas; los lechos del festín, sustentados por pies de marfil y oro; los vasos murrinos, las músicas deliciosas, la lluvia de perfumes, las danzas andaluzas, los coros helénicos daban realces de tal género á la fiesta campestre bajo una serenísima noche y entre los efluvios del campo florido y las irradiaciones del cielo estrellado, que parecían la felicidad y el placer confundidos en aquel momento, como llegan á confundirse pocas veces en las realidades tristísimas del mundo. Pero de pronto un contrafuerte de los que retenían las aguas se rompe y cede, inundando de tal manera el sitio de la fiesta, que Claudio y Agripina estaban á punto de ahogarse, no sin que la emperatriz gritase con furor entre ahogo y trago:

— ¡La conspiración de Narciso!



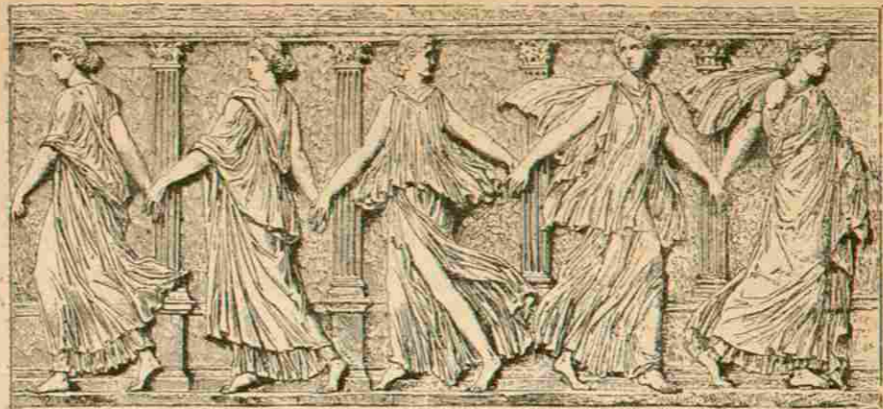
## CAPÍTULO XI

### LA ÚLTIMA VICTORIA DE AGRIPINA

Así como se rompieron los diques tras cuya resistencia las aguas reposaban, viniéndose de golpe y porrazo éstas sobre los emperadores y príncipes, rompiéronse los respetos mutuos de unos y otros en aquella corte desgarrada por pasiones contrarias; y se dijeron sus principales personajes cosas que se hubieran callado en el ordinario y corriente discurso de sus vidas. Revolviéronse contra Británico Nerón, y contra Nerón Británico; contra Claudio Séneca, y contra Séneca también Claudio; el republicanísimo Lucano contra la tiranía de todos, y esta tiranía, en sus diversas personificaciones, contra el cantor de la república y de la libertad; Persio contra las costumbres reinantes como buen satírico, y los senadores y los magistrados y los destinados á representar la pública moral contra Persio; pareciéndose aquel inundado espacio á un juicio universal, en que cada uno se apresuraba, temeroso de muerte próxima e irremediable, á decir cuanto callara en vida. Naturalmente, los dos que con mayor intensidad se aborrecían en aquellas espirales de odios eran Agripina y Narciso; por lo cual fueron también los dos que más dardos se dirigieran y con más terrible crueldad se maltrataran. La emperatriz volvió ambas manos y ambos ojos á su marido con aquella magistral acción, tan propia de sus maravillosas condiciones teatrales, para pedirle, delatando con el gesto á

guno de los grandes actores de estas tragedias debía morir de muerte natural en su lecho, destinados todos á morir de muerte violentísima, segados, como por el cierzo de marzo las tempranas flores, segados por las ideas que despertaban ellos mismos y presos en las trampas por ellos mismos tendidas. Conforme se dirigían al sitio del festín, magnas antorchas de bien olientes resinas iluminaban todas aquellas vías, y tritones de plata maciza, movidos por internas maquinarias, levantaban sus cuerpos y despedían aguas perfumadísimas. La tienda imperial, toda de sedas y púrpuras asiáticas; las mesas, maravillosamente puestas; los lechos del festín, sustentados por pies de marfil y oro; los vasos murrinos, las músicas deliciosas, la lluvia de perfumes, las danzas andaluzas, los coros helénicos daban realces de tal género á la fiesta campestre bajo una serenísima noche y entre los efluvios del campo florido y las irradiaciones del cielo estrellado, que parecían la felicidad y el placer confundidos en aquel momento, como llegan á confundirse pocas veces en las realidades tristísimas del mundo. Pero de pronto un contrafuerte de los que retenían las aguas se rompe y cede, inundando de tal manera el sitio de la fiesta, que Claudio y Agripina estaban á punto de ahogarse, no sin que la emperatriz gritase con furor entre ahogo y trago:

— ¡La conspiración de Narciso!



## CAPÍTULO XI

### LA ÚLTIMA VICTORIA DE AGRIPINA

Así como se rompieron los diques tras cuya resistencia las aguas reposaban, viniéndose de golpe y porrazo éstas sobre los emperadores y príncipes, rompiéronse los respetos mutuos de unos y otros en aquella corte desgarrada por pasiones contrarias; y se dijeron sus principales personajes cosas que se hubieran callado en el ordinario y corriente discurso de sus vidas. Revolviéronse contra Británico Nerón, y contra Nerón Británico; contra Claudio Séneca, y contra Séneca también Claudio; el republicanísimo Lucano contra la tiranía de todos, y esta tiranía, en sus diversas personificaciones, contra el cantor de la república y de la libertad; Persio contra las costumbres reinantes como buen satírico, y los senadores y los magistrados y los destinados á representar la pública moral contra Persio; pareciéndose aquel inundado espacio á un juicio universal, en que cada uno se apresuraba, temeroso de muerte próxima e irremediable, á decir cuanto callara en vida. Naturalmente, los dos que con mayor intensidad se aborrecían en aquellas espirales de odios eran Agripina y Narciso; por lo cual fueron también los dos que más dardos se dirigieran y con más terrible crueldad se maltrataran. La emperatriz volvió ambas manos y ambos ojos á su marido con aquella magistral acción, tan propia de sus maravillosas condiciones teatrales, para pedirle, delatando con el gesto á



Narciso, la fulminación inmediata de una pena terrible y pronta sobre quien los había puesto, no sólo en trance de muerte hasta empujarlos al borde obscurísimo de la noche eterna, sino en situación ridícula y risible ante un pueblo fácil á cambiar de respetos, y cuando el respeto le faltaba, más fácil todavía en desasirse de la debida obediencia. Con su genio de conspiradora, unido al genio de imperante y mandona, aquel prototipo de la mujer política verdadero llegó á comprender cómo se resolvía su entera suerte y su destino en aquel supremo instante decisivo de lo porvenir. Si Claudio perdonaba el desaguado de Narciso, demostración era de que había en el obscuro fondo de su alma perpleja una complicidad con el redomado liberto en la obra de proclamar á Británico; si Claudio se mostraba en ira un minuto al nivel de su mujer, aprovecharía el momento crítico para deshacerse del enemigo poderoso con cuyas maniobras tropezaba en todos sus proyectos. A la continua poseída por la obsesión tenaz del deseo de mando, y de mando absoluto, y de mando público; inasequible mientras viviera Claudio, que proyectaba sobre la diadema de Agripina sombra espesa con su diadema superior y más sólida, únicamente podía tentarse á toda su majestad en la tutela de su hijo Nerón y asumir de todas veras el poder. Así culebreó con la celeridad que un relámpago por su mente la idea siniestra de matar á Claudio en el caso de que Claudio no matase á Narciso, cansada de combatir allí donde únicamente debía reinar, en las cumbres del trono. Y mientras todos los demás comentaban el suceso después de haberse cada cual por su parte salvado como á los dioses les plugo, dijo Agripina:

— Claudio, esto no puede por más tiempo tolerarse.

— ¿Qué? — preguntó Claudio.

— La burla que hace de nosotros Narciso.

— ¿Cómo burla? — preguntó éste con ceño ya de verdadero desacato á la emperatriz.

— ¡Mujer, mujer, ten paciencia! — dijo Claudio balbuciente, pues temblaba siempre que oponía observación de cualquier género á las exigencias de su mujer.

— ¿Paciencia? ¡Imposible más! Hémosle tolerado que se arrogara la dirección de todos estos trabajos y que robase á mansalva los

caudales destinados á su conclusión y perfeccionamiento por tu munificencia. Y ahora, visto el robo por la fragilidad de las resistencias, más fingidas que ciertas; inundado el campo con devastador diluvio en vez de bonificado por el regular y pródigo riego; en peligro de muerte tu persona con la mía, y aún más que todo eso, en completo ridículo, expuestos á salir mañana en la sátira de un Persio cualquiera ó en la comedia de cualquier farsante mojado como gallinas, aún lo excusas y lo perdonas y lo defiendes, cuando debieras haberle lanzado una centella de tu poder olímpico, la cual de golpe lo tendiera exánime á tus divinas plantas.

— ¡Deslenguada, infame, prostituta! — le dijo el herido liberto al oír las palabras de Agripina, roto ya el freno á la retenida lengua y resuelto á una especie de violento suicidio. — Has desamado á Claudio más que Mesalina; vives por consentimiento de aquellos que debieron haberte castigado sin piedad; y te quejas todavía; y te vuelves, silbando y coleando como una serpiente, contra tu pródigo esposo y contra mí, que debí matarte sin piedad, como maté á Mesalina sin tanto motivo, para defenderle y para salvarle. Mesalina estuvo casada en público y solemne matrimonio, la cuitadísima, con Silano; pero tú lo estás en matrimonio secreto y traidor con Vitelio: Mesalina quiso siempre á los hijos del emperador, sus propios hijos; tú solamente quieres matarlos para coronar á Nerón. Aquella mereció una muerte; tú mereces en verdad mil muertes, si los dioses y los emperadores, que pudieran exterminarte de una mirada, no se hubieran empeñado en sostenerte aquí para su perdición y su deshonra.

Imaginaos lo que pasaría en el ánimo de los espectadores, más sorprendidos que por la inundación, por aquella tempestad horrible de injurias, que lanzaba cada cual de los primeros personajes del imperio á la cabeza respectiva de su sendo rival en arranque de odio semejante á la demencia. Nadie quería dar crédito ni á sus ojos espantados ni á sus orejas aturdidas. Parecía aquella escena un cuento inverosímil representado por actores encargados de fingir y vejar á personajes ausentes. Por mucho menos la muerte se había presentado en incidencias tales como aquella y el verdugo ejercido su ministerio siniestro. Ver insultada por tal modo á la emperatriz Agripina, sin que hubiera, en el acto de pronunciar la

menor palabra, muerto el atrevido, parecían á todos cosa de tal género, que pasaban del asombro á la extrañeza, como si estuvieran soñando entre los estremecimientos de una horrible pesadilla. Los filósofos, como Séneca, sacaban de aquel acto ideas de instrucción y enseñanza para ellos y para sus discípulos; en cambio los poetas, como Lucano y Persio, veían el lado trágico de la escena, y se creían en los transportes de sus emociones como espectadores de horrible tragedia. Nerón estuvo á punto de lanzarse sobre Narciso por haberle faltado así á su madre; Británico á punto de lanzarse sobre Nerón para defender al liberto, único en Roma de quien recibiese amistosos afectos en su extraño cautiverio; mas á unos y otros les contuvo la natural timidez y el respeto mismo á las personas que de tal suerte se ultrajaban entre sí cual si estuvieran solas, no considerando cómo caían sobre las propias sienes los golpes asestados á las sienes de los demás. Y como siempre que contienden los poderosos suscitan y forman partidos con las gentes de escalera abajo, contendían los espectadores, al par que los potentados, por un impulso tan legítimo como el cumplimiento de las obligaciones que cada cual creía tener con sus respectivos jefes y superiores á quienes bien ó mal de su grado estaban adscritos. Como los imitadores del genio suelen exagerar sus defectos, los partidarios de un potentado suelen tener más pasión y menos razón que este mismo en la defensa de sus personas y de sus intereses. Así es que armaban aquelarre infernal, de un lado los partidarios de Agripina y Nerón, de otro lado los partidarios de Claudio y Británico. Parecía una guerra civil, según las pasiones desencadenadas entre todos y las injurias llovidas de unos sobre otros. Nadie se entendía: Británico y Nerón aterrados; Persio y Lucano nerviosos; reflexivo Séneca y con la cabeza inclinada sobre su ancho pecho; Vitelio amenazador; como una estatua de furia que aguarda su desquite rígida la emperatriz; Narciso conformado con el suicidio que había decidido á sabiendas por no poder sufrir más tiempo aquella vida; Claudio, absorbido en sí, á todo indiferente, sin que por sus ojos pasase ni un vislumbre de idea, sin que por sus músculos se advirtiese la sacudida de una emoción cualquiera, como ajeno y extraño á todo cuanto en derredor suyo sucedía. Después que gritaron y patalearon mucho unos y otros, pegándose á man-

salva estos, hiriéndose aquellos, irritados todos, cual si los ultrajes tonantes en los aires y dirigidos á las más altas cumbres cayesen hasta sobre los más bajos valles, una especie de silencio subsiguio, más que á la reflexión, al cansancio. Tras los primeros transportes Agripina reflexionó un tanto y comprendió cómo en aquel combate desigual podía ella romperse y quedar incólume su contrario, cual un precioso vaso de fino cristal en choque brusco y violento con una piedra. Se cruzó de brazos y dijo á su esposo:

— ¡Claudio, véngame!

Claudio se hizo el sordo y Agripina repitió su intimación.

— ¡Véngame, Claudio!

Volvió el emperador á su silencio y á su demanda la emperatriz, quedando todo lo mismo, ella cada vez más rígida, Narciso cada vez más espantado, Claudio cada vez más recluso en sí propio. Al ver tal estado de soñolencia en el emperador, la emperatriz comprendió cuánto tenía de fingida la increíble actitud suya y el frío aspecto, así como cuánto de favorable á Británico y á sus proyectos del entronizamiento suyo sustentado por Narciso. Muy observadora la emperatriz, no pasaba cosa en la conciencia y en el pensamiento de su marido que no adivinara ella, como no propendía la voluntad imperial á ningún cambio en lo más íntimo y secreto de las intenciones sin que adivinase la decidida inclinación. Pasaba un momento solemne. Jamás Narciso con todo su valor se hubiese atrevido á insultarla, si no estuviera destronada ya en el ánimo de su esposo. Por consecuencia éste había decretado, según ella, su muerte; y no le quedaba otra salida en el deseo de vivir, que matar y matar pronto. Pero, bien fuera para enterarse más y más de todo aquello que le aguardaba, bien para impeler el ánimo de su marido á proceder como deseaba ella que procediese, saltó hacia él, y cogiéndolo de un brazo, lo sacudió con fuerte sacudida y le dijo:

— ¡Véngame, véngame!

— ¿Cómo quieres que te venga?

— ¿Y preguntas eso? — dijo Agripina en respuesta congruente con la fingida indiferencia de su marido.

— Pues ¿no he de preguntártelo cuando estoy resuelto á hacer tu voluntad?

— No desmientas con los labios lo que á voces con el corazón estás diciendo, Claudio. Tú sabes mil modos de vengarme y de vengarte. No fuiste impecable, como no fuiste infalible. Cuando tus pasiones te impusieron cualquier venganza, te has vengado como cada hijo de vecino, sin reparar en los medios.

— Hay dos castigos supremos, Agripina.

— Uno de ambos, de los capitales uno, pido que caiga sobre quien, habiéndome insultado á mí, emperatriz, acaba de cometer un delito de lesa majestad, un delito verdaderamente irreparable.

— Hay la muerte y el destierro — dijo Claudio.

— Cierto.

— Y no quieres, á pesar de haber dado al crimen de Narciso la calificación de irreparable, que trae aparejada la muerte, no quieres muera quien, persiguiendo y castigando á Mesalina, te granjeó el Imperio.

— ¡Claudio! — murmuró Agripina rechinando los dientes — ¡Claudio, Claudio! — como quien avisa de un peligro, tanto más visible á los ojos de aquella protervísima esposa, cuanto que lo extendía sobre la frente del marido su propia personal voluntad.

— Le aplicaremos el destierro — dijo Claudio como quitándose de encima un peso al soltar su perplejidad.

— ¿De veras? — preguntó Agripina delirante de alegría.

— ¿Cómo? — exclamó trémulo Narciso. — Prefiero que me mates con tu propia mano y en este mismo instante á que des un signo cualquiera de desagrado. Sin tu sombra, no vivo ni un minuto.

— Pues ya estás desterrado — dijo para sí Vitelio, frotándose las manos y seguro de que iba el destierro á ser un comienzo de disfavor en el César hacia su liberto y un momento de venganza propia.

— Mira cómo rueda la fortuna y jamás te ufanes de sus cambiantes favores — dijo Séneca dirigiéndose á Persio y á Lucano.

— ¡Padre, padre, padre mío! — exclamó Británico poniéndose de rodillas y juntando las manos en actitud verdadera de súplica, — excusa las palabras de Narciso y olvídalo todo y perdónalo todo, pues harto ha redimido con sus dolores sus culpas.

— ¡Claudio, no condenar á Narciso es tanto como condenarme á mí! — dijo Agripina.

— Lo destierro — volvió á decir Claudio con resolución, promoviendo un grito de alegría en Agripina, un grito de dolor en Británico, un grito de asombro en todos.

— ¡Nerón! — exclamó Agripina llevando el amado hijo á Claudio — ¡Nerón! Adora con fervoroso culto á Claudio que ha condenado á nuestro mayorenemigo al destierro.

— Sí — dijo Claudio, — al destierro temporal en los baños de Saluces, sito en las campiñas de Campania, tan parecidas á los Eliseos Campos, que le han recetado los médicos para el estómago, y de donde no podrá volver sino después de haber conseguido el recobro completo de su preciosísima salud.

Imaginaos cómo se quedarían de heridos los neronianos viendo convertida la pena de Narciso en premio, y cómo de gozosos los narcisistas viendo sumada con la distinción al redomado liberto una broma pesadísima y de mal género á sus perseguidores y enemigos puestos en ridículo. Súbitamente los mismos que se habían poco á poco apartado del favorito, pues ningún ser tan cobarde como un cortesano de la fortuna y de la victoria, se volvieron hacia él cambiadísimos y trocaron el vil despego en solicitud egoísta, holgándose á grito herido del favor y de la privanza de tan feliz esclavo. El asombro de los poetas y del filósofo no tenía límites. Así, mientras éste, Séneca, continuaba cavilando sobre la inconsistencia de las cosas humanas y diciendo aforismos de ideas semejantes á juegos de palabras, Lucano y Persio, más acostumbrados á mirar la exterioridad y relieve de los hechos, es decir, su externa parte, su forma, según las emociones de una sensibilidad artística muy aparejada para lo estético, maravillábanse de que hubiera podido Claudio preparar, sin traicionarse á sí mismo, un golpe como aquél y descargarlo con seguridad tan certera sobre la frente de Agripina. Ésta, por su parte, conocía y apreciaba todo lo sucedido. A su penetración profunda no podía ocultarse que desde aquel momento estaba perdida. La burla del socarrón de Claudio enceberraba tristemente, bajo su aspecto de chanza inocentísima, nada menos que una sentencia de muerte inmediata. No haría él nada personalmente con seguridad contra su esposa, por incapaz de persistencia en una resolución después de tomada deliberadamente; pero la entregaría en manos del redomado liberto, quien se pres-

taba muy gustoso á ejercer el ministerio de verdugo en ella, como lo ejerció en Mesalina. No podía de modo ninguno aseverarlo; pero en su concepto estaba ya, entre los propósitos y entre los pensamientos de Claudio, el antes preferido Nerón, ahora desheredado, y el desheredado Británico, repuesto en la herencia, y quizás designado al trono en testamento ya escrito. Delante de tal situación, una mujer vulgar hubiera demostrado su derrota con un rasgo cualquiera de terrible y exaltadísima desesperación, el cual, sin granjearle género ninguno de ventaja, delataríala á tanto enemigo como en desgracia definitiva y sin recurso de ningún género, blanco de todos los dardos, conforme al valor que suelen cobrar los cobardes contra todos aquellos á quienes creen perdidos. Hay mucha diferencia entre el declarar y no declarar una derrota. Confesarse vencida, equivalía en el fondo á serlo y á estarlo ya por completo y sin remedio. No vaciló Agripina en el partido que debía tomar. Allá, en su interior, condenó la persona de su marido á muerte. Ya condenado, designó como verdugos á los médicos que más privaban y valían en el concepto de Claudio y que más le asistieran en todas sus enfermedades. Ya designados los verdugos, como instrumento de muerte escogió el veneno, un veneno sutil, capaz de penetrar por los poros del cuerpo de su enemigo, ora disueltas sus partículas en el agua que bebiera, ó condimentando los manjares de que se nutriese, ó infundiéndose por todas las membranas de su piel, por todas las fibras de sus carnes. La emperatriz era como Cleopatra; lo sabía todo y estaba en todo. Retórica, historiadora, estadista, maga, hechicera, poníase al cabo de los conocimientos romanos con facilidad y de todos ellos se valía cuando los necesitaba. Tomada tal resolución definitiva, y arreglado tal plan de proceder y de conducta, lo que verdaderamente había menester era ganar tiempo y salir de aquel trance lo menos magullada y maltrecha que fuera posible. Así arregló y compuso la fisonomía suya. Después de compuesta, pasándose ambas manos por la cara, como quien tiene mucho que lavarse, destelló de sus ojos cambiantes la más tenue y suave luz que pudo, así como dibujó en sus labios la más agradable y placentera sonrisa. Claudio había decretado un destierro de burlas; ella lo convertiría en destierro de veras. Mientras Narciso estuviera en Roma y en palacio,

las asechanzas podían imposibilitarse al desvelo de aquel celoso perro fiel, siempre despierto y siempre vigilante, que ladraba sin descanso y mordía con rabia de continuo á los enemigos de su amo y señor. Inmediatamente vió la emperatriz cuál salida le quedaba, matar á Claudio; é inmediatamente que vió tal salida, pensó con profunda reflexión en aprovechar para encontrarla y obtenerla el providencial apartamiento de Narciso, dispuesto por el imprevisor y ciego Claudio. Así fingió convenir en el acto con la disposición de su esposo respecto de Narciso, trocando la burla del redomado en propia satisfacción; y estrechó á Británico entre sus brazos, hasta colmarlo de besos; y arregló y dispuso todo lo conveniente para que parecieran éste y Nerón dos príncipes hermanos ante la concurrencia congregada en aquel sitio; y ofreció su hombro al pobre Claudio, balbuciente, vacilante, débil, cojo, ciego, para que marchase lo más erguido posible y volviera tal tarde á la Ciudad Eterna, desvanecidas todas las sombras y ahuyentadas todas las tormentas, como más unido que antes con su mujer muy plácida.

Nunca manifestara tanto la emperatriz como aquel día su naturaleza felina. Por lo mismo que debía sacar las uñas, ocultábalas como si las hubieran de raíz cortado las manifiestas resoluciones supremas del emperador en pro de su liberto y de su hijo. ¡Con qué solicitud filial fué conduciéndolo y guiándolo hasta su litera de viaje! Antígona de aquel Edipo cojo, cuán tierna solicitud la suya y cuánto desvelo por el anciano. Para que nada sospechase alabábase, porque ninguna cadencia y dejó tan gratos á su oído como las loas y alabanzas, el cuidado puesto en surtir así de ideas como de aguas á Roma y en restaurar las viejas instituciones dentro del Pomerio y fuera las viejas ciudades. Después de haberse tanto enfurecido con el redomado director de las obras del Fucino por los lances terribles de la inundación y los peligros á que había estado expuesto el imperial esposo, cuya vida prefiriera siempre á la propia, según aseguraba ella, encareció lo gigantesco del proyecto y las titánicas moles que parecían puestas por Encelados arrogantisimos en su perfección y en su acabamiento. Obras como esa perpetuarían su nombre, yendo entre los genios divinos á la historia y desde la historia elevándose á ser dios tras su muerte, que aún tardaría un siglo. Y si por casualidad sobreviviera ella en este

mundo á su marido, cosa que le parecía imposible, pues el golpe de la muerte debía herirlos á los dos de una vez; aunque tras sus funerales le quedase una semana de viudez, y esta semana la consumiera en agonías predecesoras del viaje último, en que debía seguirlo, si no pudiese acompañarlo, estaba resuelta de antiguo á ser la sacerdotisa del templo consagrado por la gratitud romana en devoción suya y á vivir en las aras aquellas, vestal única de su culto, atizando el fuego sacro encendido ante sus maravillosos altares. Y en esta operación litúrgica, ¡cuáles memorias irían á sus mentes! ¡Cómo el recuerdo le dibujaría las inquietudes y las angustias pasadas por su amor! ¡Cuán de bulto y de relieve pondría su felicidad cuando supo haber la elección de Claudio recaído en su persona, por la cual elección inmerecida se metamorfoseó en verdadera diosa como prometida para mujer y compañera de un dios. Y luego los abrazos, los besos, las caricias, los transportes de amor que la transferían del mundo este á otro en su lecho nupcial, semejante al divino lecho de Júpiter y Juno en las cumbres del Olimpo, devolveríanle todo el vigor de las pasiones juveniles y daríanle fuerzas para caer en sus brazos, como la noche de sus bodas, allá en otro mundo mejor. Y luego que había con estas eróticas imágenes despertado en el ánimo de Claudio deseos que sólo ella podía satisfacer, y en cuya satisfacción acaso encontraría medios de sujetarlo más y tenerlo cogido y dispuesto á la suprema inmolación que apercibía y aparejaba, volvíase desde las sensualidades del amor á las cumbres de una grande y alta política para serenar su ánimo, prestándole seguridad y confianza, en las cuales birlar aquella diadema del mundo á los hijos de Mesalina, y ceñírsela ella, poniéndola, sólo nominal y aparentemente, sobre la cabeza de Nerón. Así le alabó á Claudio las virtudes múltiples de su familia. Hizo de Octavia el más cumplido elogio. Y se desbordó su elocuencia encontrándose frente á frente de Británico en aquella enumeración de los príncipes cesáreos. Cuantos dones pueden las musas prestar, habíanselos prestado al joven príncipe, según Agripina. Una le había dado la memoria, otra la poesía, esta la inclinación á convertir sus ojos hacia el cielo, aquella el don de la palabra, otra la iluminación del pensamiento, y todas alguna gracia por cuya virtud hubiera naturalmente reinado aunque no fuese hijo de césares coronados y he-

redero en línea directa del divino Augusto. Pero como quiera que la carga de reinar demasiado pesada resulte para las espaldas de un joven solo, ella, madre por el amor de Británico, cual madre por la naturaleza de Nerón, habíalos asociado uno á otro, como César se asoció con Antonio, como Augusto con Livia, para que impusiesen los dos príncipes una monarquía semejante á la monarquía de Lacedemonia, donde había dos reyes. Entre las personas de distinto sexo el matrimonio es de las almas y de los cuerpos; mas entre las personas del mismo sexo hay matrimonios de las almas, tan estrechos de suyo, que se completan aquéllas y forman como un solo y mismo espíritu. Con todas sus ventajas, Británico es más romano que Nerón y Nerón más heleno que Británico. Y por más heleno, éste reúne á las facultades casi divinas de un artista excelso el heroísmo nativo de los griegos, y al heroísmo nativo de los griegos una consumada ciencia política, parte proveniente de sus personalísimas facultades y parte proveniente de sus profundos estudios y de su consumada experiencia. Por manera que se proponía ella industrial á los dos en el gobierno y sus misterios, para que, reinando juntos, como los reyes de la vieja Esparta, fuese Británico el Camilo y el Paulo Emilio de la Roma histórica en el trono, al par que Nerón fuese por su parte allí también, junto á su hermano, Alcibiades y Pericles en una sola pieza, instituyendo la religión de Claudio, que hiciera un verdadero dios de éste y transmitiese la liturgia de su rito y el culto de su nombre á cien generaciones.

Llegados á Roma y á su palacio, en cuanto Agripina conoció que había conseguido con todos cuantos recursos le sugiriera su fértil imaginación calmar el ánimo de Claudio y obtener en esta calma el necesario respiro á la ejecución de sus proyectos, citó para su cuarto á Vitelio y á Nerón bajo el pensamiento concretísimo y la intención resuelta de comunicarles cuanto proyectaba y tenerlos unidos de tal manera por completo á la causa y á la suerte suyas. Eran las altas horas de la noche cuando Agripina, muy segura de que dormía profundamente su esposo, abandonaba la cámara nupcial é iba en busca de su propia cámara, donde debía tener la entrevista indispensable con sus sendos cómplices. Vitelio y Nerón la esperaban á una con paciencia, muy acostumbrados á estas largas y esperas connaturales en las relaciones dia-

rias con la mujer que personificaba el Imperio y lo mantenía como una canéfora sobre su frente. Hablaron mucho el senador y el príncipe sobre tema tan socorrido como el dique allá en las aguas del Fucino; pero no decidieron en el fondo cosa ninguna, ni á partido alguno se inclinaron, connaturalizados con que hablase Agripina, quien realmente, de antiguo, ejercía sobre las inteligencias de uno y otro el ministerio de oráculo y sobre sus voluntades el oficio de motor. En efecto, así que Agripina se presentó, la interrogaron curiosísimos con la vista y abrieron los oídos para no perder ni uno de sus gestos ni una de sus palabras. Agripina, libre ya del fingimiento á que la sujetara su conversación forzosa con Claudio, entró en la cámara, donde recobraba su libertad, ligera como una tigre y rugiente como una leona, relampagueando iras en que tronaban todos los odios juntos y despidiendo resuellos en que parecían mezclarse maullidos con sollozos. Así, después de haber dado por la estancia dos ó tres vueltas, meneando la cabeza y abriendo las narices, como una hiena caída en hoyo profundo que husmeara y buscara la necesaria fuga, derribóse de un golpe sobre amplios y altos cojines, cubriéndose de nuevo la faz con sus manos para no ver el abismo adonde la empujaban su ambición y su codicia. No hay para qué decir cómo ninguno de aquellos dos personajes que la esperaban se atrevió á decirle una palabra, en la seguridad que tenían de ser cada cual un poco de viento en aquellos huracanes de tantas pasiones y un poco de difuso éter en aquel cruentísimo cometa. Por fin, Agripina rompió el silencio y dijo con amargura:

—¿Lo hubierais creído?  
 —¿Qué?—preguntaron uno y otro.  
 —¿Hubierais creído la infamia de Claudio?  
 —No—dijo de prisa Nerón.  
 —¡Cálmate, cálmate!—añadió Vitelio, más acostumbrado que Nerón al ejercicio peligroso de dirigir observaciones y dar consejos á la omnipotente Agripina.

—¿Todavía te parezco poco serena? En verdad, Vitelio, debo decirte que si llego á oír la sugestión de mi naturaleza íntima y á dejarme llevar del ímpetu de mi voluntad ciega, despedazo al emperador, al siervo, al príncipe, á todo el mundo, con la en-

cendida furia de una Medea pisada y herida en sus más caras pasiones.

—Yo te digo también lo que Vitelio—se atrevió á decir Nerón,—yo te ruego la debida calma.

—Al aconsejármela uno y otro me demuestra que no echasteis de ver bien todo cuanto allí pasaba y que no supisteis haceros cargo de la terrible afrenta infligida en raptó de cólera terrible por el deslenguado liberto á su sacratísima persona.

—Ya nos hicimos cargo—dijo Vitelio.

—¡Y tanto!—añadió Nerón.

—No, no, porque de haberos hecho cargo, de haber medido la enormidad del desacato, de haber estado en mí, como debierais, ¡oh!, cegarais cual cegué yo de cólera y rabia.

—Considera bien, Agripina, considera bien como debiste dominarte, y que al estar dominada por ti misma, cumpliste con el más rudimentario de tus deberes y realizaste una obra de verdadera prudencia.

—Me reprimí en aquel momento para dejar más tarde todo su vuelo á mi temeridad.

—Sea en buenhora—dijo Vitelio.—Así ahora le abrirás las alas; en el roto lago las replegaste con suma voluntad.

—En buenhora—repitió Nerón, como si fuera eco amortiguadísimo de Vitelio.

—¿Y qué has pensado?—preguntó á la emperatriz Vitelio.

—Una cosa muy grave—respondió ésta.

—Dila—exclamó Nerón.

—Dejadme recapacitar un poco.

—Recapacita cuanto te plazca.

—No cuanto me plazca, un poco, un poco, pues quien da primero da dos veces, y no consentiré de ninguna manera que nadie se nos adelante ahora y nos aventaje nadie.

—Di, pues—murmuró Nerón.

—Digo que Narciso no se insolentara como se insolentó, no procediera como procedió, no dijera lo que dijo, si, confidente y ministro y privado de Claudio, no hubiera descubierto en éste la resolución firme de perdernos. Repítese la historia de Mesalina. El redomado siervo se ofrece con peligro de su vida y de su honor al

triste papel de libertar al marido de la carga de su esposa. Y antes de que la tempestad se acerque á mi horizonte y el rayo amenace mi cabeza, relampagueó iras en aquellas palabras audaces que cayeron sobre mi corazón. Vitelio, estás condenado á muerte; Nerón, estás condenado á muerte; como yo, Agripina, también estoy á muerte condenada. En consecuencia, no hay más remedio que matar á quien ha resuelto matarnos, y matar pronto, y matar con certero golpe, y matar sin detenerse ante ningún obstáculo, sin experimentar ningún remordimiento, con la frialdad glacial del destino, con la fuerza mecánica del fenómeno natural, sin estremecernos, sin avergonzarnos, sin decirnos á nosotros mismos una palabra de reconvencción, cortando el hilo de las vidas que nos molestan, cual pudiese cortarlo cualquiera Parca en su oficio con sus afiladas tijeras, movidas en los abismos cubiertos por un silencio eterno.

— Pero — dijo Vitelio, mirando á un lado y otro, temerosísimo de que pudieran atisbar y sorprender el pensamiento de Agripina, que, madurado y no cumplido, podía conducir á la muerte, mientras cumplido con felicidad conducía de seguro al Imperio, — pero dime si has tomado todas las necesarias precauciones para evitar el ser descubierta y has reunido todos los instrumentos necesarios á la consumación del hecho apercibido, pues un marro pudiera perderte y contigo perdernos á todos.

— No me falta ningún requisito de los indispensables á la consecución de fines como el que nos proponemos y buscamos. He tendido en torno de Claudio una tela de araña, que no podrá romper aunque quiera. Yo sé dónde se hallan todos los medios de combate y exterminio en la Ciudad Eterna. Yo he bajado desde sus cumbres á sus cloacas. Yo he recorrido desde las salas de las sesiones de su Senado hasta las mancebías de sus innumerables prostituciones, si no en persona, en la persona de mis gentes y de mis esbirros.

— Cierto — murmuró Nerón, asombrado de la grande diligencia con que su madre mandaba en Roma y del don aquel de ubicuidad que le permitía estar á un mismo tiempo en todas partes.

— No hay para qué maravillarse de cuanto Agripina dice, pues nada le está en Roma cerrado á quien ejerce un cargo como el cargo de emperador, y aquí Claudio no fué nunca más que un dueño

nominal de la ciudad; el dueño efectivo fué siempre tu madre, ¡oh Nerón!

— Te diré, Vitelio; de no serlo yo, fuéranlo en verdad los libertos — dijo Agripina. — En el espacio que medió entre la viudez de Claudio y su casamiento conmigo, Roma estuvo á merced y arbitrio de los siervos. El emperador, dado únicamente al ejercicio de retórico y al ejercicio de abogado, gustando tanto de administrar justicia, que á veces imbécilmente se hacía juez y parte y defensor en una misma causa, dejaba el gobierno á su familia de siervos, y en la ergástula eran generados y nacidos los señores del mundo, amos y dueños del señor absoluto de la tierra. Cuando salí de mi boda emperatriz, encontréme con todos los poderes públicos y todos los cargos antiguos en tales manos, y tuve que arrogármelos, y me los arrogué, no para distribuirlos entre mis gentes, para ejercerlos yo sola, enteramente sola. Bien lo sabe Vitelio.

— Y entre los cargos que te arrogaste, ninguno tan importante como el cargo de censor, por el cual estás á un mismo tiempo en todas partes y conoces la Ciudad Eterna en sus más profundos repliegues.

— Comparábase — dijo Agripina — á los generales en el campo los censores en la ciudad. Aquéllos mantenían la disciplina en los ejércitos, y mantenían éstos la disciplina en los hábitos y en las costumbres. El grandioso edificio de la gloria romana, que frisa con el cielo, puede venirse á tierra no descansando en las amplias bases de una rigurosa moralidad pública y privada. Pues el ministerio de ocurrir y proveer á ella corresponde por antiguo derecho al censor. El hogar con el Estado se confundían entre nosotros siempre, y por ende, la moral con el derecho. Si hay un pródigo derrochador de su fortuna, un celibatario que habiendo recibido vida de otros la guarda sin transmitirla á nadie, un mal casado, un pendenciero, un conspirador contra las honras ajenas, un patricio demasiado ligero, un borracho, un epicúreo entre tantas gentes, el censor le castiga con severidad, tomando el vicio naturaleza y categoría de verdadero crimen. El censor Postumio constriñó á dos celibatarios célebres para que llevasen al tesoro público los ahorros allegados por su particular egoísmo. El censor Valerio Máximo borró á un patricio de las listas senatoriales por

haber repudiado á su esposa, y Catón á otro patricio por haber señalado la ejecución de un reo á la hora designada por su querida. La censura castigó á Rufino por su lujo asiático, á Durario por su irreverente lenguaje, á varios caballeros por su pereza en un sitio, á Metelo por no haber cumplido juramentos prestados, á muchos otros por actos más bien contrarios á las leyes morales que á las leyes positivas.

— Y aunque tú ejerzas ese cargo por delegación y tras el nombre de tu marido — dijo Vitelio, — él emperador y tú emperatriz, en la República sucedió lo mismo; en la República fué censor Sempronio, el padre de los Gracos, pero se ejerció aquel alto cargo por su mujer Cornelia, quien llegó á ser así real gobernadora de los romanos y á convertirse por tanto en alma del partido plebeyo, como te has convertido tú, Agripina, en alma del Imperio cesáreo.

— Y que lo sea por toda una eternidad — añadió Nerón, bajando con reverencia la cabeza ante su madre, como pudiera bajarla un sacerdote ante la presencia y la vista de todo un Dios.

— Pues bien — continuó diciendo Agripina: — cuando me arrogué la censura, conocí cosas preciosísimas.

— ¡Ya lo creo! — dijo Vitelio.

— Entre varias cosas, alcancé á entender que se contaba como medio de gobierno el veneno y como ministros de la justicia imperial ¡ah! los envenenadores.

— Aprende, Nerón, aprende á reinar — dijo el senador volviéndose al príncipe. — No pierdas estas lecciones, pues que habrán de aprovecharte mucho en lo porvenir. Por esta idea de que precisa tener como medio de gobierno el veneno y por los muchos envenenadores entre nosotros existentes, explícanse las muchas muertes misteriosas y súbitas con que tropezáis á cada paso en los anales de Roma, y la desaparición de tantas gentes que parecen idas de nosotros en alas de alguna nube y tragadas por algún bostezo de la tierra.

— Aprendo — dijo Nerón, — aprendo en esa tristísima experiencia.

— Lo más extraordinario del caso es que no hay en Roma envenenadores únicamente; hay envenenadoras también, sobre todo una que todavía existe, poderosa entre nosotros, aunque oculta.

— Cuéntame todo eso, que me interesará mucho — dijo Nerón á su madre.

— ¡Vaya si puede interesarte! — añadió Vitelio.

— Hubo un día en que quiso Claudio limpiar á Roma de magos y hechiceros y brujos — dijo Agripina.

— Cosa tan difícil — añadió Vitelio — como limpiar el campo de insectos.

— Decretó, pues, que salieran — dijo Agripina.

— Y con efecto, salieron — dijo Vitelio. — Yo me acuerdo de cuantos vinieron á echarse bajo mi litera, cuando yo paseaba por la vía Apia varias tardes, pidiéndome que intercediera con Claudio y con sus favoritos para que se quedasen.

— Y no se quedaron — dijo Agripina.

— Ya eso es harina de otro costal — dijo Vitelio.

— ¿Cómo? — preguntó Agripina.

— Se fueron los titulados nigrománticos; pero se quedaron los reales y verdaderos, es decir, los que usaban de la quiromancia y astrología en el palacio de los césares.

— ¡Ya lo creo! — dijo Nerón.

— Como que para echarlos á todos sin excepción, fuera preciso echar al emperador, astrólogo por excelencia, del Imperio.

— Es tan exacto lo dicho por ti, Vitelio, que ahora mismo las insanias y manías de Claudio contra nosotros provienen de augurios y presagios múltiples.

— Mucho me han hablado, muchísimo de tales presagios — observó Nerón.

— Como que no se murmura de otra cosa entre los romanos — añadió Vitelio, corroborando la observación del príncipe.

— Dicen para creerse amenazados hijo y padre por mí, Británico y Claudio, dicen á una los dos que ha caído un rayo en el panteón de nuestros mayores, el cual ha desjuntado varias piedras; que se ha cubierto de abejas rabiosas con sus aguijones aguzados el Capitolio; que ha nacido extraña trucha con garras de buitre; que se han vuelto de espaldas á los sacerdotes las efigies de los dioses; que se han oído misteriosos rumores en la caverna de Cumas; que han venido al mundo varios niños con tres cabezas; que las águilas de oro se han desprendido del pabellón de las legiones y rodado por tierra.



- ¿Tales cosas dicen? — preguntó Vitelio.
- Tales cosas.
- ¡Vamos, precisa reirse á carcajadas!
- No tanto, Vitelio, no tanto.
- ¡Cómo! ¿Crees tú, Agripina, en esas cosas?
- Te diré.
- Pues de mí sé decirte que pertenezco al sentir de Marco Tulio, quien ¡oh! no acertaba cómo, al verse los augures romanos tras los auspicios y los arúspices, no se reían unos de otros en sus respectivas barbas mutuamente.
- Pues mira, no debes decirle á Nerón tales cosas — dijo Agripina, reconviendo al escéptico senador dulcemente.
- ¿Crees que sirve de algo dar asenso á la mentira?
- Pues ¿no he de creerlo, Vitelio?
- ¡Vaya, vaya! Eso está bien para decirlo entre las gentes, y aquí estamos solos. Detesto la superstición.
- Entonces no eres romano.
- Tiene razón mi madre — añadió Nerón: — en supersticiones y sólo en supersticiones hoy se funda la Ciudad Eterna. Si las arrancas, teme haber desarraigado con ellas las raíces mismas del romano Imperio.
- Parece que hiperbolizáis un poco — dijo Vitelio.
- Yo tengo que decirte una cosa — observó Agripina. — No hay en el mundo quien haya dado una prueba tan patente como yo de menospreciar los augurios.
- ¡Ya lo creo! — dijo Vitelio.
- Tú no sabes lo que un agorero me anunció á mí.
- Ya lo sé — dijo Vitelio.
- Voy á decírtelo, Nerón.
- ¿Vas á decírselo? — preguntó Vitelio.
- Pues un agorero me dijo que ganaría el Imperio para ti.
- Estás en vísperas de cumplir la profecía.
- Pero añadió el agorero que, en cuanto yo te diera el Imperio á ti, me darías tú á mí...
- La vida entera — exclamó el príncipe.
- No, la muerte — dijo con muy ronca voz Agripina.
- ¡Madre, madre mía, no creáis tal! Si hubiera yo tenido á mi

alcance tal astrólogo, hiciera lo que hizo nuestro ilustre tío Tiberio con otro que le comunicaba iguales majaderías: lo matara sin piedad. No está unido el fruto á la flor y la flor á la rama y la rama al tronco y el tronco á la raíz y la raíz á la tierra como yo estoy unido á una madre de quien jamás podría separarme, jamás, y menos por un acto de mi voluntad y por una obra de mis manos. Cuando me llevabas en tu seno, madre, de seguro no estaría tan identificado contigo mi ser como ahora lo está. Nutríasme de tu sangre propia entonces, ahora me alimentas de tus ideas; hacíasme un cuerpo entonces, y ahora me haces un alma; dábame la vida, me das ahora tú algo superior á la vida, me das una corona. El más humilde gusanillo no dista de Júpiter como yo disto de ti. La molécula que sacudes de tu manto no es menor ante ti que este hijo de tus entrañas. Dispón, pues, de mi vida; ordena mi desgracia y ruina; haz aquello que te parezca; pues creado este hijo tuyo por tu amor, puedes aniquilarlo, poseyendo, como has de poseer sobre él siempre, por haberle dado la vida, el derecho á darle también la muerte. Todos los hijos deben mucho á sus padres; mas no conozco quien les deba lo que yo te debo, no lo conozco. Así es que, si por acaso pudieras experimentar algún recelo, por arbitrario que fuera, y me creyeses capaz de darte la muerte, después de haberme dado tú á mí la vida, pronto puedes conjurar esas aprensiones, muy pronto; haz una señal y cogeré de mi cinto la espada, sí, aquí está y me la clavaré sin vacilación en las entrañas, completamente seguro de que será de gratitud á ti el postrer latido de este mi joven corazón, así como se fijarán en tus ojos mis ojos al despedir la mirada postrera en su anhelo de recoger tu imagen y pasar con ella, cual paso con mi amor, á la eternidad.

— ¡Te creo, hijo mío! — exclamó Agripina, levantando con sus propias manos al hijo, que se revolcaba en el suelo. — Te creo y no tienes para qué persuadirme á creerte con tus hiperbólicos encarecimientos. En esta hora suprema discurso y arbitro un crimen extraordinario, el cual ha de forjarte una corona eternal. Muchas veces he dado golpes análogos á este que doy ahora, sin decírtelo y noticiártelo. Imposible que ahora me callase. Voy á forzar el destino. Me adelanto al propósito y al pensamiento de los dioses que te quieren emperador, valiéndome de la muerte. Ya verás ese

hombre que ha puesto Roma en la cumbre de su Capitolio como un dios, tendido á mis plantas como un cerdo.

— ¡Gracias, madre mía, gracias! — decía el príncipe besando con efusión las manos de su madre. — Gracias también á los dioses, quienes, sin haberlo yo merecido, ni hecho servicio ninguno en obtención de tamaña merced, quisieron escogermé por obra de su gracia y de su elección para hijo tuyo en sus misteriosos designios.

— Decías antes — añadió Agripina — y decías bien, que te había hecho más favor conservándote la vida en esta Roma de muerte que dándotela; más favor que prestándote por un acto de mi amor el ser, prestándote por cien crímenes el trono. Mira lo que hago por ti. Claudio es marido y padre mío á un mismo tiempo. Queiriéndome como una hija, me tomó por imposiciones de caprichos míos por mujer. Jurisconsulto y abogado, ministerios preferidos entre sus ocupaciones imperiales, no dudó un punto en quebrantar todas las leyes romanas y todas las tradiciones jurídicas, casándose conmigo, la hija de su hermano. Háblame la razón de Estado empobrecido; él enriqueció mi peculio. Háblanme desterrado de Roma; él me volvió á la patria. En cuanto fui su mujer, hízome la emperatriz del universo, no con honores y distinciones nominales, con un poder efectivo y permanente. Sin embargo, voy á pagarle todos estos beneficios asesinandolo para que tú reines. Por ti voy á cometer el crimen mayor que habrán visto los tiempos. Y no creas, no, en la conseja de que hay criminales muy gustosos del crimen. Han puesto los dioses tanta suma de bien allá en el seno de la naturaleza humana, que no puede cometerse crimen alguno sin sentir, antes de cometerlo, una grande repugnancia; después de cometido, un grande remordimiento. Por ti unicamente, por ti, Nerón, inmolo á Claudio. Si después de tal atrocidad, cometida con plena conciencia y firme deliberación, aún resultas despegado de tu madre y con tu madre ingrato, serás en la historia el monstruo mayor y más desalmado que habrán visto los tiempos.

— ¡Madre mía, te repito que deseches tales pensamientos nefastos, nacidos de una perplejidad no justificada por ninguno de mis actos! El desagradecimiento es imposible de todo punto en mí, dadas las propensiones impuestas por tu sangre y por tu educación á mi naturaleza.

— Nerón, voy á decirte la verdad: te temo por lo mismo que invocas para serenarme; recuerda, y explicarás todas mis sospechas, que eres hijo de Agripina.

— ¡Cuál reconvencción! — dijo el príncipe, cubriéndose la cara con sus dos manos, como si á la evocación de tal calidad suya se viese despeñado ya por todos los crímenes y hundido en todos los remordimientos.

— Pero dime — se le ocurrió decir á Vitelio para poner á tan penoso coloquio término, — dime qué clase de muerte has escogido para tu esposo, pues el proponerse matar es cosa prontísima y el matar cosa por todo extremo difícil.

— Escogí el veneno.

— ¡Bien hecho!

— Como sus efectos se conocen de antemano, y el tiempo de la muerte se calcula con exactitud, y puede medirse todo el espacio mediante desde la propinación de las substancias corrosivas al último estertor de la terrible agonía, dígame con verdad que un veneno me parece la mejor medicina para curar por siempre de sus demencias á Claudio.

— ¿Tomarás todas las necesarias precauciones? — dijo Vitelio.

— No tienes para qué recomendármelas.

— Hablabas antes, Agripina, de la expulsión fulminada por Claudio sobre los astrólogos, y añadías á ese respecto algo particular que se quedó sin decir en las incidencias del diálogo.

— ¡Justamente! Decía cómo, al salir los astrólogos, se quedó la mayor astróloga, quiromántica, envenenadora conocida, se quedó Locusta.

— ¡Locusta! — dijo Nerón estremeciéndose.

— Con razón te estremeces, hijo mío, á este nombre.

— ¡Locusta! ¡Qué horror! — volvió á decir el príncipe.

— Horror muy grande — dijo Agripina.

— ¡Sí! ¡Sí! — balbuceó Vitelio.

— Diríase, al verla, que veías la Musa del sepulcro. Parece una Parca del Averno venida para destruir el mundo. La muerte le ha confiado su segur. De sus diez dedos penden diez hilos que tejen telas de araña, en que va prendiendo, cual pobres moscas, las almas. Todos cuantos zumos pueden matar, tiénelos ella en su

laboratorio de sustancias destructoras. Esculapio sana; ella destruye y aniquila. Debieron expulsarla cuando expulsaron á los demás quiromantas y astrólogos. No lo hicieron porque la razón de Estado creyó necesario conservarla como se conservan los esclavos y los verdugos. Mil veces la salud preciosa del Imperio pide que alguien muera por modo misteriosísimo, desapareciendo cual en espesísima nube por manera sobrenatural y extraña. Entonces hay que apelar á Locusta. Guardáronla en los calabozos como se guarda el tigre feroz en las jaulas. Allí está produciendo sus venenos para difundirlos por las venas de quien pueda necesitarlos.

—Y abundo en tu sentido— exclamó Vitelio, —abundo en tu sentido. Creo como tú que Claudio los necesita. Después de todo cuanto aquí ha sucedido, el predominio de Narciso en la voluntad imperial es cosa vista, y el predominio de Narciso, tienes razón, Agripina, la tienes completa, equivale á una sentencia de muerte fulminada sobre nuestras frentes. Vamos á defendernos, y para defendernos consultaremos á la terrible Locusta. Yo te acompaño cual siempre te acompañara en todos los trances más terribles de tu vida, por lo que irá mi nombre junto con tu nombre imperial y egregio en todos los anales de la historia. ¡Vamos resueltos, vamos de prisa, vamos aprovechando esta noche, avanzada ya, vamos á buscar el filtro que ha de matar á Claudio y coronar á Nerón!

—Mira, Vitelio, heme resistido mucho á este acto; pero una larga serie de repetidos hechos me ha demostrado la necesidad imprescindible de arrestarnos á todo y apechugar con el envenenamiento de Claudio. Hace pocos días tornaba el emperador de sus audiencias, donde había condenado con severidad á una mujer adúltera con escándalo. Como no sé quién lo felicitara, díjole: «No puedo con el adulterio. Si me han tocado esposas adúlteras en suerte, ¿qué hacer? Las habré tenido, pero también las habré castigado.»

—¡En verdad, Agripina, terribles y amenazadoras palabras!

—Pues no paran aquí los augurios á que debemos asirnos para conocer lo resuelto por Claudio allá en los abismos de su alma.

—Continúa, madre, continúa— decía Nerón impaciente por saber todos los motivos determinantes de aquel terrible acto próximo á consumarse.

—Salía, en la víspera de nuestra última excursión, del Palacio, cuando por casualidad tropieza de manos á boca con Británico. Bien sabéis el arte que pongo yo en impedir tales entrevistas. Pero encontráronse por una casualidad irremediable. Verlo y echarse Claudio en brazos de su hijo fué obra de un minuto. Terrible sollozo, semejante al mugido de un buey acosado, partió del pecho de fragua que le conoces; y diluvio de amargas lágrimas cayó de sus ojos en el regazo de su criatura. Y como no acierte á decir cosa exenta de cierto pedanteo, entre los espasmos de dolor deslizó este verso de Homero: «Cerrará la herida el mismo que la hiciera.»

—Tienes razón. Mal síntoma.

—Pues ¿y querer que se ciña Británico la toga viril antes de tiempo?

—Como has hecho eso tú misma conmigo, no debes extrañarlo.

—Por lo mismo que sé la causa de haber hecho yo tal cosa, ni desconozco ni desestimo ni desprecio las razones impulsoras á determinar lo para que proceda, cual procede Claudio, en contra nuestra. Pero si las desconociese ú olvidase, reconocería el móvil por sus labios caído en mis orejas. Yo le oí declarar el propósito.

—¿Qué dijo?—preguntó Nerón.

—Pues dijo que con eso tendrían los romanos un verdadero César.

—No se puede remitir á más tarde, no, la hora suprema de su muerte. ¡Pronto, pronto, pronto!

—Yo conozco por su manera de proceder instintiva las crisis en que toma cualquiera suprema resolución. Antes no hacía otra cosa que á roso y belloso expedir nombramientos de magistrados. Ahora, en este mes último, así lo mates no designará uno, porque diz haber de todos sus pensamientos y de todos sus propósitos necesidad incontrastable para tomar fuerzas y decidir un asunto supremo.

—Así no debes dudar de que ha escrito su testamento.

—No lo dudo.

—¿Ha designado, en sentir tuyo, como heredero de tanto Imperio á Británico?

—Lo ha designado.

—Pues entonces dispón de mí para tu empresa—dijo Vitelio.

- ¡Manos á la obra! — exclamó Agripina  
— Retírate, Nerón.

En efecto se retiró el príncipe, no sin haber extremado las caricias á su madre, como pedía lo extraordinario del caso y lo supremo del momento.

— ¡A Locusta! — dijo Vitelio.

— ¡A Locusta! — repitió Agripina.

— ¡Vamos!

— Yo sé los caminos cubiertos que conducen al subterráneo suyo.

— ¡Marchemos!

— No habemos necesidad alguna de guía y conductor.

— ¡Justo!

— Yo iré diciéndote nuestro camino y tú lo esclarecerás con una antorcha.

— ¡Sí, vamos los dos solos! No tenemos necesidad ni de guardias que nos sigan, ni de siervos que nos precedan. Cuanto menos gente participe de nuestros actos, más en secreto habrán de quedar sus móviles determinantes y más ignorados sus horribles efectos. Vamos con precipitación, que la mañana puede impedirnos el paso, y un día malogrado perdernos sin remedio. ¡Vamos, vamos, vamos!

— Pero aguarda un momento.

— ¿Vacilas?

— No vacilo.

— ¿Qué te detiene?

— Una idea.....

— ¿Cuál?

— Que no hacemos nada con tener una envenenadora.

— ¿Qué más necesitas?

— Necesito un médico.

— ¿De veras?

— Quiero dar aires de remedio á la muerte.

— Y lo es para nosotros.

— ¡Y tanto!

— Pero si lo divulgas mucho, puedes topar con una revelación del secreto.

— Así como cuento con Locusta para componer la mixtura del veneno, cuento con un médico para propinarlo, Vitelio.

— No lo dudo: á matar están los médicos dispuestos siempre. ¿Y quién es?

— Xenofonte.

— ¿Xenofonte? — preguntó con asombro Vitelio.

— En persona.

— Pues debe á Claudio muchos favores.

— ¡Qué quieres! Así es el mundo.

— Recuerdo que necesitando de la justicia romana una merced para su patria.....

— ¿Para Rodas?

— Para Rodas; Claudio, emperador y todo, se presentó ante los tribunales é informó en pro de los rodios, alcanzando una suprema favorable sentencia.

— Claudio es viejo, Nerón joven. El tiempo destruye al uno, y al otro lo prospera. Mientras Claudio decrece, Nerón crece con los años. Y todos cuantos han ejercido grande influjo se van á una con los poderosos jóvenes, en el temor de no ser de nadie ya servidos por no servir ellos á nadie. Dispondremos como queramos de Xenofonte.

— Vaya en gracia.

— Partámonos.

— Partámonos.

— Cosa terrible habérselas con maga semejante.

— ¡Y tan terrible!

— La creo capaz de petrificarnos.

— Tanto como eso no; pero sí de darnos mal de ojo.

— ¡Ya lo creo!

— Tomemos las disposiciones indispensables á la conjetura de cualquier maleficio. ®

— Voy á ponerme, Vitelio, mi collar de ámbar en forma de media luna.

— Parece bien el amuleto, Agripina.

— Coge tú el clavo de hierro que ahuyenta y conjura todo peligro.

— Lo cojo.

— Póngome al dedo del corazón un anillo de Serapis. Toma tú otro.

— Tráelo.

— Ahí está.

— ¡Perfectamentel

— Con ese dios asiático, grabado en la piedra ónix de una sortija, ¡fuera miedo!

— Maldigamos á Locusta.

— Maldigámosla.

— Maldita sea Locusta — dijo Agripina.

— Maldita sea Locusta — repitió Vitelio.

— Y sabe mucho.

— ¡Ya lo creo!

— Sabe dañar los bienes del vecino de quien se ampara en su ciencia. Como que una vez tenía yo muchos ratones en mi campo; le pedí la fórmula de conjurarlos, diómela, y se pasaron al campo colindante con el mío, al campo del vecino.

— ¿Qué más sabe?

— Sabe dañar á los enemigos de aquellos que la pagan, quitándoles desde la razón hasta la vida.

— Por esos medios nos libertará de Claudio.

— Sabe dar bebedizos para que te amen aquellos seres por quienes desees ser amado.

— ¡Excelente poder!

— Sabe resucitar los muertos y traerte á la vista y á la conversación los espíritus.

— ¿De veras?

— Sabe, por último, hacer oro.

— Y si sabe hacer oro, ¿cómo no habrá ya comprado el mundo?

— Toquemos un díptico de bronce para preservarnos de sus maleficios nosotros y dirigirlos contra los demás.

— Toquémoslo.

— Alza ese ladrillo.

— ¿Para qué?

— Para poner esta barba de lobo.

— ¡Agripina!

— Y esta muñequita de cera.

— ¿Con cuál fin?

— Con el fin de adivinar si nos engaña ó no. ¿Lo comprendes?

— Haré aquello que tú digas. Yo te sigo ciegamente, y te obedezco sin pestañear, y te creo sobrenatural, y te atribuyo el don de los milagros y sé cuán industriada estás en todas las artes y ciencias del mundo.

Agripina y Vitelio emprendieron una caminata subterránea conducente desde la montaña del Palatino á la prisión donde se hallaba recluida Locusta. Pasaron bajo tierra todo el Palatino, y tras el Palatino todo el Foro, en laberinto confuso de calles profundísimas que parecían un dédalo infernal. Como no querían compañeros y como no se podía discurrir por aquellos abismos, sino con el previo asentimiento de Agripina, parecían dos seres sobrenaturales pertenecientes á otros círculos de la vida que los naturales y efectivos. Temperatura igual, aire pesadísimo y rarificado, humedad siniestra extendían por doquier en el triste silencio y en la desolada soledad sombras de verdadera muerte. Sin embargo, Vitelio y Agripina, como buenos conocedores del sitio, lo recorrían á una con grande seguridad, sin retroceder y sin pararse, como quien sabe perfectamente adónde y por dónde va. En el ángulo formado por el encuentro de la vía del Foro de Marte con la vía del Cliro del Asilo se detuvieron, y removiendo una gran piedra, en cuya remoción parecían tener sobrenaturales fuerzas, entraron dentro de un abismo tapizado por enormes piedras ciclópeas. Ningún escrúpulo, ni miedo, ni recelo habíalos detenido en aquel viaje; ante ningún obstáculo, ni de los materiales ni de los morales, se habían parado. Una escalera enorme, con gradas colosales, conducía desde aquel ingreso gigantesco al sitio requerido y buscado en la extraña peregrinación. Las aves nocturnas rozaban la frente de Agripina, muy serena de suyo, no obstante lo siniestro de aquel contacto, espantoso en aquella hora y en aquel sitio. Por algunos agujeros fosforeaban los ojos de las lechuzas, que parecían como los fuegos fatuos producidos por fríos huesos humanos. Las paredes ennegrecidas y compuestas de una piedra de Alba gris, que parecían como petrificaciones de sombras, hubieran aumentado el terror, si aquellos dos seres, que no temían á su propia conciencia, pudieran temer algo en este mundo. Vivía Locusta en dos calabozos seme-

jantes á jaulas de fieras. Muy altos y muy amplios podía moverse á su antojo y congregar allí cuantos objetos creyera necesarios á su fin y cuantas substancias causaban, ora la demencia, ora la muerte. Realmente, al entrar allí buscabais el Caronte que os había en su barca trasladado y conducido, pues no semejaba región del planeta nuestro aquel abismo, sino vestibulo del infierno donde han puesto el mal y los malvados todas las teogonías.

Por fin Locusta surgió. Todo era extraño en aquella mujer. Parecía cambiante y varia como si pasase por continua transformación. Ya tomaba el aire de una mendiga, ya el aire de una reina. Disminuíase la retina en sus ojos hasta parecer el punto que tienen las lechuzas ó la línea que tienen las gatas, y de pronto se aumentaba como la retina celestial de una diosa. Sus labios andaban en concordancia y congruencia con los ojos. Así formaban ora frases parecidas á las vulgaridades más corrientes, ora ideas de una sublimidad increíble. Lo más extraño en ella era lo penetrada que aparecía de su oficio maravilloso y de su ministerio sobrenatural. Creíase dotada por los cielos con el don de los milagros. Contaba que podía con un abrir y cerrar de ojos petrificaros y convertiros de ser libre y vivo en vuestra propia estatua. El encantamiento y la hechicería en ella se realizaban como la cosa más natural del mundo si la oíais. Sabía matar, pero también devolver la vida. Lo mismo hundía en el sepulcro una persona, que del sepulcro la evocaba después de podrida y olvidada. Una túnica de lino blanco, pintada con pajarracos y ramajes extraños, la vestía; un cinturón rojo bordado de oro le apretaba la túnica fuertemente al talle; caía de sus hombros á sus pies por las espaldas un manto de gasa negro sembrado de argénteas estrellas, y la coronaba una diadema de azabaches muy estriados que parecían despedir misteriosas chispas en sus relucientes reverbeos. Su pecho se alzaba y se bajaba en guisa de fuelle que á la continua soplase, como que le atribuía ella en sus pretensiones al soplo suyo la virtud sobrenatural de arrancar un astro al cielo y sumergirlo en el orco. Así los conocimientos astrológicos y las cosas celestiales constituían el principal distintivo de su inteligencia. Y la prueba de ello tenía en que atizaba las lámparas de su laboratorio con igual cuidado que una vestal el fuego sacro de su templo. Aunque

una mano mortal haya encendido esa llama, declábase á sí misma ella, ¿dejará de ser como una parte del fuego celestial que arde allá en el sol y en los astros, teniendo como éstos un origen divino? Su lámpara lucía perpetuamente, y en las manos llevaba una lamparilla inextinguible que completaba sus collares de amuletos y sus anillos de magia y sus bordaduras de sortilegios. Nadie sabía su procedencia de cierto. Creeríaisla unas veces natural de Caldea, otras de Tesalia, siempre de una región célebre por hechicerías, encantamientos y quiro-mancias. Ella escamoteaba un cadáver en medio de cualquier funeral. Como los montañeses tesalios, tenían los ciudadanos de Roma que asegurar sus muertos, si no querían verlos perturbados en el sueño eterno por los conjuros de Locusta. Como que había en Egipto aprendido el arte de adivinar; y tan profetisa como evocadora cual si tuviese á su arbitrio vida y muerte, no sólo mataba, como hemos dicho, sabía resucitar los muertos y juntaba de nuevo en este mundo los espíritus y los cuerpos separados por toda una eternidad. Así conjuraba para que le auxiliasen á sus brujerías el silencio de las noches, el misterio de Coptos, el arcano de Menfis, la crecida del Nilo, el sistro de Faros. Con darle un mechón de vuestros cabellos adivinábaos todo lo pasado y os decía las buenas ó las malas venturas de vuestro porvenir. Debíais guardaros de ella, porque á su gusto y voluntad podía metamorfosearos en ave, haciendo pluma el vello, y convertiros en planta, sacando ramajes de vuestros músculos. Así, lo mismo amenazaba con sus conjuros al sol que cubría de almas los aires cual si fueran moscas, y lo mismo conseguía que oyeráis lamentos de muerte ó címbalos de regocijo en vuestras orejas. Tal era la mujer de quien iban Agripina y Vitelio á requerir un veneno. Misteriosa ella en sí misma, la superstición había con sus sombras acrecentado en torno suyo el misterio y unido á lo que sus esfuerzos propios le granjeaban de más extraño milagros y fábulas de toda inverosimilitud, connaturales á los tiempos en que las fala-



Lámpara

cias reemplazan á las creencias. Necesítase un esfuerzo verdaderamente sobrehumano para trasladarse á un siglo como el siglo de Nerón y comprender por este traslado en alas de vuestra fantasía el papel que representaba Locusta, erigida en verdadera institución al conjuro de las ideas romanas. Pero la hipnosis, el magnetismo, los desarreglos nerviosos, las intuiciones y adivinanzas harán siempre juego en la vida, mientras que la humanidad no se reduzca de suyo al tiempo presente y quiera por un ciego impulso anticiparse lo porvenir. En el estado moral é intelectual de Roma no satisfacían la previsión lógica y el cálculo de las probabilidades matemático; eso era demasiado lento y reducido: necesitaban hacer lo hecho por Agripina respecto de Locusta. Los poderosos del tiempo lo habían todo sometido abajo; nada más natural que los intentos de dominar en lo alto. Cuando la paz romana les había hecho de todos los hombres sus esclavos, y convirtiendo la tierra en calabozo, no había dejado libertad más que á los seres colocados en el trono, es decir, á la familia imperial, justo era que, viéndose tan segura ésta de todo cuanto á sus pies se dilataba, quisieran asegurarse también de todo cuanto se dilataba sobre sus cabezas. Y así como por los espías, por los esbirros, por los delatores, por los verdugos, se apoderaba de abajo, quería de arriba también apoderarse por los magos, por los hechiceros, por los brujos, por los adivinadores, por los quiromantas. Servirse de la muerte como de un instrumento más de opresión sobre los oprimidos, y conjurarla en todo lo posible, cuando se metía con ellos, con los opresores: he ahí el código de los tiranos que se habían apoderado de Roma, y el conjunto de móviles que determinaba en Agripina y en Vitelio aquel conjunto de hechos extraños hasta rayar en verdaderamente inverosímiles. La emperatriz, la mujer de Claudio, la madre de Nerón, la tutora de Británico, la suegra de Octavia, que presidía junto á su esposo los tribunales y el Senado; que recibía los embajadores y ministros de todas las regiones del planeta; que, después de hallarse con todos los príncipes y señores de la tierra emparentada, descendía en línea recta de todos los dioses helenos y romanos; esta emperatriz casi divina, omnisciente y omnipotente, iba, como cualquier muchachuelo que quiere saber cuanto hace su novia, y como cualquier palurdo que busca su ho-

róscopo en la correlación entre las rayas de sus manos y las estrellas del cielo, á saber de Locusta, primero lo que hacía su esposo á espaldas de la mujer, y luego lo que podría propinar á éste con mayor seguridad y acierto para, desasiéndose de su molesta compañía, colocarlo, como nuevo dios, en las alturas y cumbres del Olimpo.

— Aquí estamos Vitelio y yo — dijo Agripina dirigiéndose á Locusta.

— Sabéis — contestó la embaucadora — que siempre me hallo á vuestras órdenes y que os obedezco cual pudiera el puñal obedecer al brazo y el brazo á la voluntad.

— Como que te contamos — dijo Agripina — entre las grandes instituciones sociales y te creemos ejecutora de nuestros más sobrenaturales decretos, de los que regulan la muerte, sí, el eterno y absoluto misterio.

— ¡Cómo en la muerte se muestra, cuanto hay de ceniza en el hombre, baja; y cuanto hay de llama en el hombre, sube!

— ¡Justo! — dijo Agripina, mientras Vitelio escudriñaba todo aquello con espanto. — ¡Justo! Vengo á decirte algo de la muerte y de la inmortalidad.

— La composición trinitaria del hombre — añadió Locusta, mirando vagamente á su interlocutora — me fué mostrada en el templo egipcio de Isis, iluminado por las ideas alejandrinas. Allí supe que todos eran una trinidad, cuerpo, alma, espíritu. Por el cuerpo pertenecemos á la tierra; por el alma pertenecemos á la humanidad; por el espíritu pertenecemos á Dios.

— Ya conozco, Locusta, cuanto sabes del origen y del fin de todas las cosas; ayúdame con todos tus pensamientos y con todos tus filtros á escudriñar lo que hay oculto y á proceder como debo después de lo escudriñado y sabido, á proceder como pidan de mí la salvación de Roma y la salvación de mí misma.

— Te digo que somos trinitarios en el deseo de verte acertar en la consulta que traigas tú y verme á mí acertar en la respuesta. La vida corporal se concentra en el vientre, donde se hallan el hígado y el estómago; la vida sentimental se concentra en el pecho, donde se halla el corazón; la vida espiritual se concentra en el cerebro, donde recibimos las visitas de los dioses.

— Repito que de la muerte y de la inmortalidad vengo á departir contigo.

— El alma sube y el cuerpo baja.

— Yo quiero hacer, Locusta, de un mortal un inmortal.

— Comprendo. No debes decirme nada más. Lo comprendo todo.

Y Locusta levantó los ojos y los brazos al cielo. Después de haber levantado los ojos y los brazos al cielo, derribóse por tierra y empezó á darse golpes con la cabeza en el pavimento y á hacer gesticulaciones como de verdadera epiléptica. Tras esto dió tres soplos en su lámpara, los cuales, en vez de apagar, avivaron su luz. Después de haber dado tres soplos en la lámpara, cogió una pata de ternera é hizo tres círculos en el aire; después de haber hecho con la pata de ternera tres círculos en el aire, se arrodilló tres veces sobre una piedra con letras cabalísticas grabada; después de haberse arrodillado tres veces sobre una piedra con letras cabalísticas grabada, dió tres saltos en el aire que parecían como tres revuelos; después de haber dado estos tres revuelos, pronunció tres palabras mágicas, y después de haber pronunciado estas tres palabras mágicas, se quedó inmóvil y rígida como una verdadera estatua. ¡Parece imposible que gentes tan ajenas á todo escrúpulo como Vitelio y Agripina, pudiesen presenciar todas aquellas farsas sin soltar el trapo á reír y tomarlas á chacota, parece imposible! Pero así eran las gentes y así andaban los ánimos. Vitelio, desde un rincón, miraba todo aquello con terror; y Agripina, en aquellos ejercicios, tomaba como Locusta parte, siguiéndola, cual si también ella ejerciese de maga y quiromántica y teurga. Mas, tras todas estas ceremonias de una endiablada liturgia; interrumpida la inercia que había petrificado á la móvil hechicera por algunos momentos; recobrado el fulgor de los ojos que parecían extintos, y vuelto el pecho á sus resuellos y á sus ronquidos la garganta, preguntó, sacando las frases de una ronquera siniestra y con esfuerzo:

— Antes de hablar, ¿deseas ver algo que te interese?

— Deseo ver unas tablillas que mi esposo ha encerrado, esquivándose de mis miradas, en sus particulares alacenas ocultas.

En cuanto Agripina expresó tal deseo, hizo Locusta que se asentara sobre un almohadón, y sentada ya, la miró de hito en

hito con fijeza, tocándola con una varita de acero la frente, hasta que la emperatriz se quedó en profundo sueño absorta y dormida. Puso Locusta el dedo índice con imperio en sus labios para que Vitelio no se moviese ni hablase, y por un cuarto de hora seguido imperó en aquella misteriosa región un profundísimo silencio. No parecía que la emperatriz durmiese; parecía que hubiese perdido toda vida. Ni la respiración se oía. Ningún movimiento tenía, ninguna señal de vida y ser daba en aquel profundísimo letargo. Locusta miraba con toda serenidad y alternativamente al rostro de Agripina y al reloj de arena colocado sobre una de las mesas. Apenas habían transcurrido quince minutos, cuando dió grande clamor, á cuyo estruendo la dormida se despertó, y se agitó como á la ráfaga de una tempestad el testigo de aquella escena, el senador Vitelio. Apenas despierta, como si estuviese fuera de sí, echó á correr en todas direcciones Agripina, dando vueltas y más vueltas de un lado para otro, como si quisiera buscar á alguien ó algo y de alguien ó de algo huir. Vitelio hubiera querido preguntar la causa de tal carrera; mas Locusta lo retuvo con tanto imperio en su gesto silencioso y le dirigió una intimación muda tan poderosa, que se quedó inmóvil y fijo en su sitio. Después de haber corrido desde un lado á otro la emperatriz y de haber mostrado en sus gestos, ademanes y actitudes una grandísima extrañeza, dejóse caer sobre los almohadones donde había dormido aquel brevísimo espacio, meditando en profunda y reconcentrada meditación.

— Permíteme — dijo Vitelio al cabo de cierto tiempo — que interrumpa y corte tu silencio.

— Estoy aún fuera de mí por causa de lo visto en sueños.

— ¿Qué has visto?

— Pues he visto la confirmación evidentísima de cuanto yo sospechaba.

— ¿Qué sospechabas tú?

— Que tras tanto prometer y jurar Claudio, había desheredado á Nerón y mandado á Británico su corona.

— Y ¿lo podías dudar?

— No puedo ya dudar.

— Desde que no lograste separar de Narciso á tu esposo, preveía yo tal caso.



- En verdad hice todo lo posible para conseguirlo.
- Y no habiéndolo tú alcanzado, tan poderosa en el ánimo de Claudio, nadie lo alcanza.
- Nadie.
- Narciso mató á Mesalina, creyendo reinar en absoluto sobre Claudio, y por ende sobre Roma.
- Pero me interpuse yo, y perdió el omnímodo influjo, aunque guardara y retuviera una grandísima parte.
- Desde aquel día no ha descansado un momento ni un minuto.
- Persiguiéndome como si fuese yo Mesalina, y pugnando por que todo sucediese cual si en realidad no hubiera Mesalina muerto.
- Tienes razón; porque de haber vivido Mesalina, su poder no llegara, no, allende de recabar la corona del mundo á su Británico.
- No ha descansado un punto hasta recabar ese logro.
- Y necesita para proceder así muchas agallas, porque Británico habrá de pensar en el desagravio de su madre algún día, y para desagraviarla, no habrá de hallar otro medio más propio que ofrecer la inmolación de aquel que, no solamente movió el ánimo de Claudio á decretar la muerte de Mesalina, sino que, olvidado éste de su decreto, mató él á la mujer casi perdonada.
- Pues, con eso y con todo, esta es la hora en que, puesto á servicio del hijo de Mesalina, el tal redomado liberto ha conseguido que Claudio declare su heredero á Británico en perjuicio de Nerón.
- Y no hay que divertirse y recrearse con ilusiones mentidas.
- La exaltación de Británico, no sólo significa el marro de todas las esperanzas puestas por nosotros dos en un próximo reinado de Nerón; significa también nuestra muerte inmediata.
- No se contentarían de seguro con desterrarnos á cualquier isla; nos desterrarían al orco.
- Y no estamos para permitir que nos maten á manera de las reses entradas con toda resignación en el matadero.
- No, moriremos luchando á guisa de leones.
- Moriremos matando.
- Y si matamos á tiempo, no moriremos.

- Precisa matar.
- ¡Pues á matar!
- ¡Locusta! - gritó Agripina dirigiéndose á la maga, que se había quedado en un rincón al paño durante todo este coloquio.
- Señora - dijo con toda la humildad Locusta, encogiéndose y acurrucándose, como si quisiera desaparecer ante tanta majestad y grandeza.
- Necesito un veneno sutil que pueda mezclarse á una comida succulenta.
- Lo tendréis.
- Necesito que no haya contraveneno alguno bastante á contristar tal mortífera substancia.
- No lo habrá.
- Necesito que, tomado y absorbido el veneno, ningún remedio contra sus estragos se halle por ningún rincón en el mundo.
- No se hallará.
- Necesito tener yo espacio suficiente á disponer todo lo necesario para que Nerón suceda y herede á Claudio en el espacio que medie de algún modo entre que absorba éste su veneno y reviente, como deseamos, el cuítadísimo.
- Tú no tienes más que mandar, Agripina, y no tengo yo más que obedecerte. Yo soy la retorta en que las substancias corrosivas se mezclan; yo soy el pomo donde se guarda el veneno; yo soy como un ingrediente que penetra en la homicida mixtura: la voluntad, que lo propina, eres tú. Hágase tu voluntad entera.
- Y con estas palabras creyó haber Locusta descargado su conciencia.
- Ya sabes que Claudio tiene fama de comilón.
- Y de bebedor también.
- Ya sabes que se atraca como un cerdo.
- Vamos, se necesita un veneno tal que parezca muerto de indigestión.
- Has adivinado todo mi pensamiento.
- Lo pondré por obra.
- Claudio gusta de las setas como el manjar de los manjares.
- Lo sé.
- Por consecuencia necesario en las setas mezclar tus filtros.

— A las setas no se mezclan de modo alguno con tanta facilidad como á las salsas.

— Pues mézclalo á las salsas.

— Serviráse una cantidad enorme del apetecido manjar en su plato y lo empaparé en el condimento agradable con que siempre lo ha devorado.

— ¡Justamente! No te olvides que precisa contar con tres personas.

— Ya lo sé: con el médico y con el cocinero y con el gustador.

— Sobre todo con este último, llamado así porque cata los platos antes de que los coma el emperador en prueba de que no traen substancia nociva ninguna en sí.

— ¡Perfectamente!

— Y al gustador le ordenaremos deje intactas las setas, que puede probar, desvaneciendo así toda sospecha de Claudio, si la tuviese, y mezcle á la salsa con diligencia y cuidado el veneno.

— Todo eso lo podéis hacer, con tal que pronto lo hagáis.

— En seguida será el festín — dijo la emperatriz.

— Si tardas, estás perdida, porque puede volver Narciso, y vuelto Narciso, no hay medio de hacer nada.

— ¡Ya lo creo!

— Parece la sombra del emperador: por tal modo se pega y se une á él para preservarlo de todo mal y defenderlo en todo evento. No saldría plato á la mesa que dejase de ver y examinar él. No pondrías el veneno en la salsa de las dichas setas sin que hiciese beberse la mitad él por fuerza y con imperio al cocinero, al gustador, á todos los sirvientes. Narciso duerme como un perro á la puerta del cubículo de su amo. Narciso vela y vigila su viejo como una cariñosa madre su chicorro. Narciso se bebe las copas y se traga las viandas cuando teme que puedan contener algo nocivo á Claudio. Porque se ha ido él, hemos llegado hasta el subterráneo este. Si estuviera en la corte y no en los baños, de cada piedra se levantara una voz delatándonos y á cada paso una sombra surgiría que tras de nosotros se echara y dijera en todas partes cómo habíamos venido aquí á preparar un envenenamiento y á matar á cualquier gran personaje. Apresuraos, pues, al arreglo minucioso

de vuestro plan, porque, no terminándolo en seguida, corréis peligro de no consumarlo, quizás de no ponerlo por obra.

— Cuanto deseáis — dijo Locusta — se halla por completo á vuestra disposición. Como hay quien se ha ido á Egipto para estudiar la vida, heme ido yo para estudiar la muerte. Yo tengo una ánfora, que ha guardado el veneno secular, muy semejante de suyo á las que guardan el vino añejo. Y así como hay ánforas de Chipre y de Salerno que basta olerlas para emborracharse, hay ánforas de antiguo veneno que basta olerlas para morir. Una tengo yo.

— No quiero la muerte con tales prisas y precipitaciones. Yo quiero cierta lentitud que me permita prevenir todos los acontecimientos y calcular todas las eventualidades. Nada de respirar ánforas; veneno que penetre por la boca y ofrezca espacio al apercibimiento y arreglo de la sucesión imperial.

— Te digo cuantas clases de venenos poseo para que optes por el más conveniente á tus designios. La Caldea posee un beleño cuya savia reconcentrada en pomo de ámbar y difundida en las venas por la picadura de cierto áureo aguijón, parecido á los aguijones de misteriosísima serpiente, difunde por las venas un vapor el cual os trae profundos sopores y tras ellos la muerte.

— Yo he leído — dijo Agripina — en varias biografías de Cleopatra un conjunto de ponzoñas y venenos que le propusieran para escoger ó elegir su muerte. En los días del mes Epiphi, á la hora en que las aguas del Nilo suben, llevando sobre sus crecidas el flotante simulacro de Isis envuelta en su estrellado manto, después de haber escrito con el dedo pulgar cabalísticas señales en el pecho y haber invocado á las diosas generadoras de toda voluptuosidad, se compone dentro de una cazoleta fundida en oro nubio filtro hecho con hojas de cáñamo y pistilos de verbena, el cual procura un transporte que al fin y á la postre os granjea una verdadera inmortalidad en rápido paso desde nuestro mundo de la eterna muerte al mundo superior de la vida eterna.

— En el Nilo — dijo Locusta — por lo mismo que la inmortalidad se respira en todas partes, la muerte se respira también. Hay flores que la guardan en sus corolas como si fueran un pomo de veneno. Hay serpientes, como la úrea, cuya lengua se agita y esgrime urgándola, para que pique y difunda por los poros de nuestros huesos

y por las fibras de nuestras carnes el perdurable beleño de la muerte. Por eso los ojos de la serpiente son sagrados cual estrellas de la eterna noche, y su cabeza forma un disco tan litúrgico cual pueda serlo cualquier patena de un altar colocada por manos hieráticas al pie de las efigies y de los simulacros del Dios más idolatrado y más obedecido. Y hacen bien prestando culto á todo aquello que procura y trae la muerte. Así como el recién nacido tiene un cordón umbilical visible que lo liga con el seno de su madre, tiene á su vez el recién muerto un frontal cordón invisible que lo liga con el seno de su eternidad. Así como es distinta en el mundo la entrada en cualquier parte si entráis con el pie derecho ó si entráis con el izquierdo, es distinta la entrada en el mundo sobrenatural si entráis por la puerta de tal muerte ó si entráis por la puerta de tal otra muerte. Yo supongo que tú querrás una entrada triunfal de Claudio en la eternidad. Y si la quieres, no pudiendo darle muerte por la respiración, temerosa de que sea demasiado súbita, dásele por la nutrición, que será lenta, pero no sobradamente dolorosa y menos seríalo más de temer y rechazar, á los dioses repulsiva, como tantas otras; pues si lo fuera, podría impedirte que ciñeses á tu marido, como deseas, la corona de una verdadera divinidad en las cumbres altísimas del Olimpo.

—Pues dame—dijo Agripina—el veneno que debe tomar por la boca y que lentamente acabará con él.

—Tómalo—exclamó Locusta entregándole un reducido pomo.

—He oído—añadió Vitelio—cantar el gallo, y fuera peligroso detenernos en este sitio allende la madrugada.

—Todo podría descubrirse—dijo con anhelo Agripina.—Vámonos, vámonos.

Y la emperatriz se iba lentamente, haciendo signos cabalísticos, para que los dioses la libertasen de los maleficios hechos por Locusta que fulminaba ella sobre los demás. En el camino conjuró á Vitelio, rogándole que inmediatamente viese al médico y lo llevase á su presencia, todo antes del próximo amanecer. Urgía realizar el proyecto, á causa de la muy aprovechable ausencia de Narciso. Y había que matar á Claudio, incapacitándolo de advertir el preparado golpe y de huir el bulto por ende. Mientras fué con Vitelio desde los subterráneos, donde vivía presa Locusta y estaba

oculto el horrible laboratorio suyo, á las estancias imperiales; y ya en las estancias imperiales, mientras Vitelio iba en busca de Xenofonte, destinado á triste ayuda de Locusta, la implacable señora del mundo confabulaba en su perversa inteligencia los medios mejores de propinar el veneno á Claudio y escogía uno de aquellos banquetes nocturnos, en que la confusión quitaba espacio á las observaciones y el espíritu con su conciencia se apagaba y extinguía en mares de vino. El hartazgo, la borrachera, el placer, la voluptuosidad, el vicio convidaban al crimen. Un templo, una Escuela, un Senado, los lugares que algún ideal consagra y que subliman el espíritu á los altos pensamientos, de donde provienen las grandes acciones, convidan á la virtud y refrenan todos los malos instintos, sobreponiendo á lo que hay en nosotros de bestial todo aquello que hay en nosotros de divino. Pero en una orgía brota por su propia espontaneidad el crimen como en laguna ponzoñosa la fiebre. Las armonías y las esencias disueltas en los aires; el perfume de tantas cazoletas y el aroma de tantos ramilletes; los juegos de gladiadores desnudos, provocando la voluptuosidad femenil con sus estatuarias actitudes y con sus evocaciones á la muerte que tanta relación tiene con el amor; las danzas de aquellas bailarinas, cuyos cuerpos se cimbrean al compás de los acordes más eróticos y cuyos ojos despedían fuego de las abrasadoras pupilas; el verso sensual de los poetas epicúreos en que la vida con el placer se identifica y á pasar la vida entre besos de rojos labios y tragos de rebosantes copas se convida en seductores hexámetros; la embriaguez universal respirada con facilidad hasta por los poros del cuerpo resultarán siempre naturales cómplices del crimen. Así es que Agripina tenía ya preparado el escenario de su tragedia cuando aparecieron Xenofonte y Vitelio.

—Bien venido seas.

—Bien hallada la emperatriz.

—Te necesito.

—Estoy á tus órdenes.

—Tú podrás comprender cuán urgente debe ser el caso cuando te traigo aquí antes de amanecer.

—Sí, Vitelio me acaba de sosegar, pues creíste presa de una súbita enfermedad, cuando á estas horas me llamabas.

— No he menester que cures á un enfermo, he menester que mates á un sano.

— Estoy á tus órdenes.

— Pues si á mis órdenes te hallas, necesito recordarte las imposiciones con que mi afecto grava de suyo á todos mis amigos.

— Cualesquiera que sean las cargas impuestas por tu soberano imperio á mi humildad y modestia, yo sabré levantarlas sin esfuerzo.

— Son muy terribles.

— Dilas.

— Necesito que me ayudes en una empresa muy temeraria.

— Te ayudaré.

— ¿Tendrás para ello ánimo?

— Agripina, para saber si tendré ó no ánimo precisa que me confíes la empresa.

— Yo necesito acabar con una vida.

— Pues acaba.

— Pero tú has de ser instrumento mío.

— Lo seré.

— ¿Sin vacilar?

— Sin vacilar.

— Bien.

— Ya sabes mis ideas acerca de vuestro poder imperial y de nuestra debida obediencia. Vosotros lo podéis todo, y nosotros tenemos la obligación de servirlos en todo, sin preguntaros las causas y motivos de vuestras determinaciones y actos, no queriendo ni conocerlos ni juzgarlos, en guisa de instrumentos inertes en sí mismos y dóciles á la mano que los emplee y que los esgrima.

— Pues bien, te necesito para...

Y Agripina se detuvo aterrada de su propia obra y balbuceó contra toda su costumbre:

— ¿Para qué?

— Para deshacerme de Claudio.

— ¿De Claudio?— y Xenofonte retrocedió con tal violencia que pudo caerse de espaldas en el brusco retroceso: tan grande salto diera.

— ¿Te has asustado?

— Agripina, ignoro qué te diga.

— ¿No me creías capaz de un acto así? Pues conviene al Imperio; y cuando una cosa cualquiera conviene al Imperio, no me paro yo en barras, no discuto acerca de su justicia y de su bondad; lo hago, y concluído.

— Yo no puedo dudar de que á tus planes convenga la muerte de Claudio, y creo, como lo crees tú, que la muerte de Claudio conviene á la prosperidad y á la salud del Imperio. Tú puedes cuanto te plazca decir sin que lo conteste yo; y hacer cuanto te plazca sin que yo te contraste y te contenga, no digo con oposición cualquiera, con las menores observaciones. Pero...

— Ya está el pero ahí, ese pero que me desatina cuando cualquier orden doy, ese pero incognoscible á los inmortales.

— Pues decía que debieras escoger otro instrumento.

— De ninguno puedo como de ti usar, — dijo Agripina.

— Tengo con el emperador excepcionales obligaciones.

— ¿De veras?

— El bien hecho á Rodas.

— Pero ¿así estás al cabo de lo que aquí sucede?

— ¿Podrás negarme, Agripina, tal categórico aserto mío?

— Pues ¡no he de negártelo!

— ¡Agripina!

— En Roma sin mi permiso nada se hace.

— Verdad.

— Pues, Xenofonte, sé lógico: si en Roma sin mi permiso nada se hace, lo de Rodas nunca se hubiera hecho de no haberlo permitido yo.

— Tienes razón.

— Y si por mí se ha hecho, conmigo estás obligado por el agradecimiento, no con el emperador.

— Tienes razón.

— Y si conmigo estás obligado por el agradecimiento, á mí has de obedecer en toda eventualidad.

— No lo niego.

— Y si has de obedecerme, según acabas de decirme, como un dócil instrumento, sin preguntar por el móvil que te impulsa y por la mano que te esgrime, ¿cómo ahora opones observaciones y ar-

gumentos á una orden mía, tan terminante como que ayudes con tu sabia cooperación á la muerte de Claudio?

Y Agripina se había enfurecido á esta sabia gradación de sus propios argumentos, que su cuerpo, tanto como su palabra, decía dónde iba de seguro á llegar su cólera, si la resistían ó la contrastaban en aquellos críticos y extraordinarios momentos. Con efecto, estremecíase como si la sacudieran mil rayos. Los dientes le rechaban. Le ardían las mejillas. De sus ojos airados relampagueaba culebreos eléctricos terribles como de una tempestad moral. Podían oírse los latidos del corazón y de las sienes muy semejantes á los martillos de sendas fraguas. Y una especie de sanguinolento esputo le asomaba por los labios, como aquellos que los epilépticos escupen cuando los espasmos de su grave mal mueven y agitan sus cuerpos en tan terribles sacudimientos. Por consecuencia no había más que obedecerla, y obedecerla sin chistar, cual obedece un objeto falto de voluntad y de conciencia. Xenofonte supuso que si él no mataba con sus medios científicos á Claudio, Agripina lo mataría de seguro á él; y en estos tiempos de los universales terrores, nadie piensa en otra cosa que en salvarse á sí mismo, y nadie hace más que cuidar de su persona, desarrollando hasta sus últimos extremos los egoísmos á la continua notados en incendios y naufragios, cuando la muerte á muchos amenaza y cada cual sólo piensa en su salvamento y en la conservación de su propia salud y de su propia vida. Pasar de las objeciones á las complacencias podía parecer difícil en otros tiempos y en otros temperamentos; pero en esta edad terrible de la servidumbre del alma y del imperio absoluto de los césares, nada más natural. Tras largo silencio, en que parecía Vitelio una estatua, Xenofonte un mudo reconcentrado en sí mismo, Agripina una fiera cuyos resuellos esparcían por todas partes un espanto terrible, la conversación se urdió de nuevo entre la emperatriz y el médico en tonos diversos de los empleados anteriormente, gracias á las complacencias con que Xenofonte trató de calmar á la exaltadísima señora. Tales fueron en calidad estas complacencias y tantas en número, que Agripina se convenció de la ductilidad extrema del instrumento, é hizo cuanto estuvo en su mano para emplearlo y esgrimirlo con verdadero arte. Muy enseñoreada siempre de sí misma, sabía cambiar de actitud y de gesto

y de tono al menor mandato de su voluntad externa, y convertirse de feroz como una hiena, en juguetona y cariñosísima como una gata. Fortificada en la convicción de que la obedecería el físico de su casa como ella quisiera, excusó lo mismo que mandaba, y lo amortiguó cuanto pudo, como si en el ánimo aquel no cupiese ningún remordimiento, y pudiese presidir á sus actos, cuando de conservar la propia vida se trataba, ningún escrúpulo.

— A la postre — iba diciendo Agripina en tono muy dulce, — no he menester yo que tú me des medio ninguno de acabar con Claudio; tengo yo todos los necesarios á mi disposición y arbitrio.

— ¿Te los has procurado?

— Me los he procurado por medio de Locusta. ¡La envenenadora!

— De nuestros ojos desapareció, cual si la tierra se la hubiese tragado en persona.

— Pues la guardaron los césares para matar misteriosa y calladamente, cual matan en la Naturaleza los elementos destructores, y ahí la tienes matando, como un efluvio mortal, á los mismos que la retuvieron y que la guardaron.

— ¡Bien, bien, bien! — dijo estremeciéndose como á un escalofrío Xenofonte. — ¿Qué quieres, Agripina, en esta obra y en estos momentos? Dímelo con celeridad para disponerlo todo á tu gusto y medida con la presteza que tú desees dar á casos de tal gravedad.

— Pues bien; deseo que veas la cantidad de veneno propinable, á fin de que pueda vivir Claudio veinticuatro horas entre la toma del brebaje y la postrer agonía, suficiente y aun sobrado espacio al arreglo de todos los preparativos del debido logro de mi deseo; que sea el emperador aclamado Nerón y no Británico, pareciendo, á pesar de haber designado á éste su padre, que se cumple la voluntad plenísima de Claudio y el voto libre de las legiones pretorianas y del pueblo rey. Yo quiero que tú estés en el festín cerca de mí con todos los medios indispensables, bien al aceleramiento de la muerte, si yo lo creo necesario, bien á su detención, si la creo yo necesaria también. El plan está pensado con madurez; y para puesto en obra y en acción, únicamente necesita que lo auxilies y lo prospere, Xenofonte, con todos tus recursos.

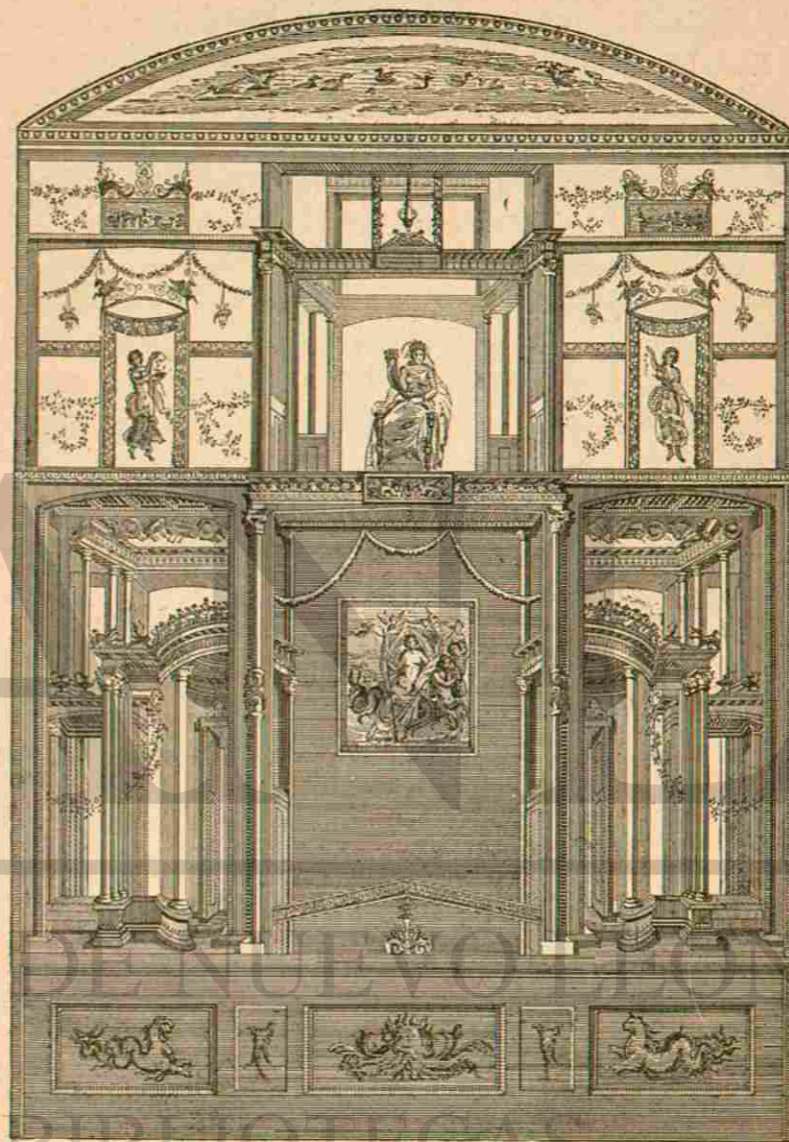
— Hágase tu voluntad — dijo el doctor.

— ¡Pues manos á la obra! — exclamó Vitelio muy callado hasta el momento este.

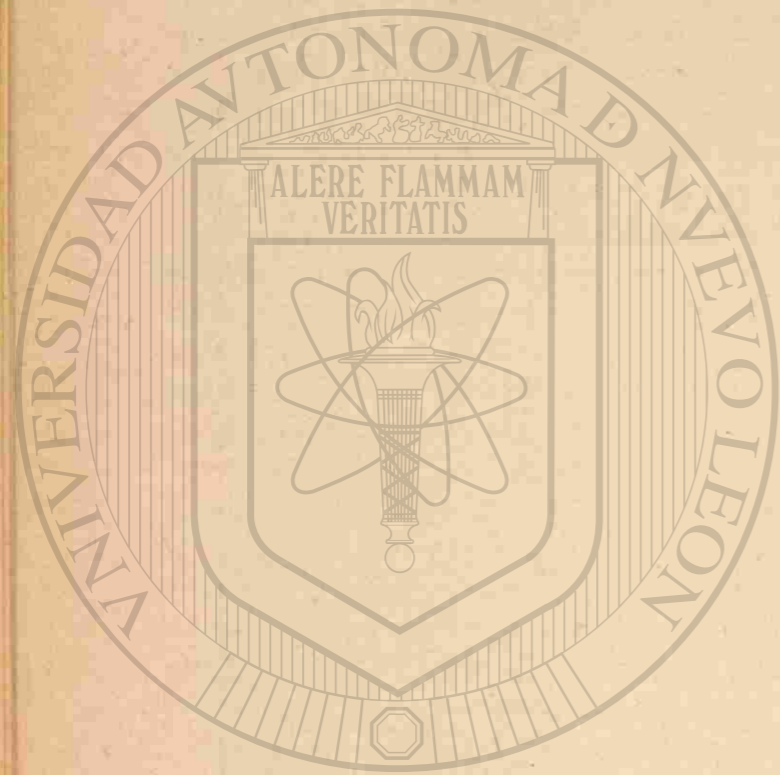
— Manos á la obra — dijo Xenofonte, como si de grado hiciera lo que hacía por fuerza.

— Citarémonos al festín y acabaré con Claudio.

Sabiendo Agripina que Narciso trataba de volver á la Ciudad Eterna pronto, aceleró lo posible la fiesta de antemano proyectada y aperebida para el cumplimiento de su plan. Seiscientas invitaciones se habían expedido y ni una sola marrado. La grande sala del Palatino, que había Livia ornado con frescos de Lydio y que se adelantaba sobre la colina ofreciendo tres pasmosas vistas de Roma, resplandecía en el caer de la tarde y en las primeras sombras proyectadas por el último crepúsculo como un ascua de oro y como una constelación del cielo. No ramilletes, jardines enteros aromaban el aire con olores naturales al par que caían de las techumbres gotas de suaves esencias destiladas con arte admirable y que disueltas en el aire prestaban á las venas un calor y una voluptuosidad verdaderamente orientales. Suaves músicas, generadas por invisibles orquestas, alternaban en matemáticos intervalos con coros parecidos á los muy armoniosos de las antiguas escenas atenienses. Los pavimentos de mosaicos parecidos á pedrería; las paredes multicolores realzadas con pinturas de mérito; las lámparas de plata nutridas con óleos de nardo y los pebetes de oro pendientes como las lámparas del techo y exhalando nubes de asiáticos perfumes á manera de los quemados en el harén y en el templo; los vasos de bronce por los primeros artistas del mundo cincelados, conteniendo montones de nieves apeninas, puestos allí para contrastar con sus evaporaciones el calor; las trípodes de diversos metales ricos y piedras preciosas destinadas á quemar olientes resinas arrancadas á la Judea y al Egipto; aquellos cojines forrados con las telas más preciosas recién venidas de la India y más semejantes que á puestos para comer y beber á lechos para los placeres y el sueño; las mesas de limonero entalladas preciosamente y embutidas con sumos artificios; los vasos murrinos colocados sobre las mesas y centelleando como rubíes y esmeraldas y topacios y perlas enormes; los cráteres de acero que rebosaban viejos vinos extraídos por multitud de jóvenes con cyathas de oro; tantas



Ornamentación de sala romana, según una pintura de Pompeya



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y tantas maravillas, allí sumadas por el gusto de la emperatriz, publicaban así la inteligencia como el poder de ésta y la convertían de consuno en diosa de aquel asiático santuario. Inútil añadir cómo, en tal espectáculo y con semejante concurso, las conversaciones varias se urdirían y los conversadores dirían cuanto les pidiera el gusto, dadas las licencias de hablar que cada cual se tomaba en aquellos desboques de la conversación muchas veces pagados con la vida. El grupo de Séneca, Lucano y Persio nunca se dividía y estaba siempre atento á sus observaciones. El primero, el filósofo, componía en aquella ocasión sus tratados y llevaba la cabeza henchida de pensamientos, que se expresaban en la conversación particular por medio de bien compuestas y bien proporcionadas sentencias; el segundo, el poeta, lo veía todo en cuadros congruentes con la epopeya que tenía en su imaginación, aquella *Farsalia*, sollozo inmenso y luctuosísimo por la República muerta que tantos días de gloria diera en otro tiempo á la Ciudad Eterna; el último lo criticaba todo y á todos criticaba con una grande acerbidad, según á buen satírico cumple. La sátira por completo había roto el concierto entre la naturaleza y el espíritu que constituía como el carácter de la sociedad clásica en los tiempos mejores y más serenos de su vida, verdaderamente armoniosa y tranquila. El disgusto de todo cuanto cada cual descubría en torno suyo convidaba con verdadera invitación apremiante á convertir el gusto á otro mundo mejor, aunque fuese un mundo únicamente ideal. Del seno de tanta descomposición brotaban cuatro protestas con ellas congruentes y tras las que resplandecían cuatro ideales que todo lo esclarecían y todo lo avivaban á la luz y al calor suyos. Tres de las protestas aparecían allí: la protesta política en Lucano, la protesta científica en Séneca, la protesta moral en Persio. Había, como hemos dicho, una cuarta protesta: la protesta religiosa representada por el cristianismo. Esta cuarta, la última en la enumeración que hacemos ahora, la primera en importancia y trascendencia, influirá mucho, cual veremos más tarde y en su oportunidad correspondiente, sobre la conciencia y sobre la voluntad imperiales de Nerón. Más de un representante suyo, más de un cristiano había en aquel festín orgiástico, no por gusto y en ejercicio de su libre albedrío, por la coacción que sobre su persona obraba,

por la coacción violenta que le constreñía con sus impulsos á obedecer en lo externo á las autoridades constituídas y á las leyes coercitivas bajo reserva de obediencia. Pero tal protesta no surgirá en el banquete; bien al revés de las otras restantes, cuya influencia se dejará sentir en todas partes y de todas maneras, muy especialmente ahora, en esta grande asamblea de gentes, entre las cuales había varias muy embargadas por los problemas relativos al pensamiento y al espíritu.

— Vamos, Lucano — dijo Persio á este su amigo. — ¿Has escrito algunos hexámetros acerca de las guerras civiles?

— Vaya si he escrito. Ya sabes que no quiero dejar pasar día ninguno sin poner alguna piedra en estos versos, á los cuales por completo libro el honor y el lustre de mi nombre.

— Haz cuanto puedas, y tú puedes mucho, por infundir en el pueblo romano aquellos dignos odios que merece una calamidad tan grande como la civil discordia.

— Las guerras civiles — dijo Séneca — perdieran á Roma con tal extremo, que los espíritus superiores, como el espíritu de Lucrecio, desconfiaban hasta del ser ó existencia de los dioses y se ponían á cantar la Materia y su fuerza bruta, sin ver luz alguna de una Razón suprema en el cielo, completamente vacío, ni libertad en el hombre, triste víctima del destino. Cada una de las clases sociales tenía sus soluciones y la personificación de estas soluciones; pero todas se malograban y se frustraban en aquellos cambios de las dictaduras á las anarquías, cuya brusquedad, como los excesivos cambios atmosféricos, rompían y destrozaban los más fuertes y los más vigorosos organismos. Sylla representó á los patricios, Mario á los plebeyos, Pompeyo á las clases intermedias entre plebe y aristocracia, Cicerón á todas. Pero ni los trabajos de Sylla por el privilegio, ni los trabajos de Mario por el derecho, ni los trabajos de Pompeyo por un término medio entre ambos extremos, ni los trabajos de Cicerón por la concordia universal prevalecieron. Dos hombres, en verdad, personificaban entonces las dos fases de Roma, la que se iba por el ocaso de aquella sociedad, la que venía por el Oriente. Uno de estos hombres era Catón, otro de estos hombres era César. Catón, disgustado de la realidad viviente, convertía su idea y sus ojos á lo pasado; César, viviendo en contacto con esta

realidad, extraía por la creadora potencia del alma, extraía de todos sus vicios y de todas sus impurezas las fórmulas de lo porvenir. El uno, como lo pasado que se iba, resolvíase por necesidad en abstracciones; el otro, como lo presente y lo porvenir, era todo vida y esperanza de vida.

— Permíteme, Seneca, permíteme á mí, tu discípulo y hasta cierto punto tu hijo, no estar contigo en eso de hallarse con lo porvenir César. Yo, así en poesía como en política, estoy con Pompeyo. Creo que no solamente representaban Pompeyo y Catón lo pasado; creo que representaban lo porvenir también.

— Tienes razón, Lucano — dijo Persio disintiendo en absoluto de Séneca, — no puede representar lo porvenir, según las idealizaciones prestadas por tus pensamientos á los hechos, un partido á cuya cabeza estaba un Antonio, el brazo verdadero de César, el que fundó en último término el poder imperial por su fuerza como aquél por su idea. Yo no conozco dos tipos tan repugnantes como la hombruna y soldadota Fulvia con su marido Antonio.

— Con él casualmente ahora estoy, con él en danza y con su esposa Fulvia. Este Antonio, por lo mismo que había sido toda su vida un pretoriano, se daba sin escrúpulo ni freno á las mujeres. Descendiente se creía del divino Hércules, y en efecto, no supo apartarse ni un momento de su respectiva Onfala. Con ella, por ella, para ella vivió siempre. No importa que haya tomado en su vida tal compañera diversos aspectos. Lo enorme de su dominación queda siempre. Fulvia debió seducirlo y avasallar, no para satisfacción de su amor, para satisfacción de su venganza. Máquina de guerra, ninguna como él podía con sus fuerzas brutales aplastar á Cicerón, el enemigo de aquella mujer. Fulvia se valió de Antonio, como pudiera valerse de una espada, sin más propósito ni más fin que cortar una lengua, la lengua del primer orador latino. La naturaleza del pretoriano y la naturaleza de su dama se completaban grandemente. Fulvia no parecía la mujer, sino el compañero de Antonio. Forzuda como éste, alta, enérgica, cruel, de voz llena, de músculos vigorosísimos, era como un verdadero centurión. Erguidísimo Antonio de cuerpo, robusto de temperamento, sordo y ciego de conciencia, ancho de frente y espaldas, barbudo, muy barbudo, incansable al combate y al placer, merecía



y justificaba su descendencia del divino Hércules. Un milite, un bárbaro, el pretorianismo hecho carne y hueso y sangre: tal era el nuevo esposo de Fulvia. General, se le hallaba más en la cantina que en el pretorio; ciudadano, más en la taberna que, en el comicio. Aquel hombre había de acostarse todas las noches con su mujer y con su espada. El pretoriano le quería porque jugaba con la gente militar á los dados, con la gente militar se reía y trincaba. Ebrio siempre, no perdía el seso nunca si de cosas guerreras se trataba. El cielo habíale concedido un don suyo tan precioso como el don de la elocuencia, ruidosa, fastuosísima, oriental en sus labios. Crecido entre asaltos, despojos, sacos, incendios, matanzas, no conocía el precio de la vida humana ni el valor de la propiedad particular. Él mataba las personas como si fuesen moscas y entregaba los tesoros de otros á quien le parecía como si fueran suyos. Robó mucho, pero también repartió más que robaba. Su odio á Pompeyo provino de haberle pedido el precio de una casa que le vendiera. Dos cualidades tenía, la de retórico y la de actor. Hablaba profusamente, con mucha copia de imágenes. Representaba todos los papeles, pero con la inmensa distancia de sus modelos que hay desde el teatro al mundo. Caricaturaba perfectamente á César, pero no hacía más que caricaturarlo. El dictador le amaba mucho, porque le parecía la fuerza material necesaria para cumplir sus ideas. Cuando entró en Roma tras el triunfo en España, llevólo consigo sobre su carro. Calpurnia, la viuda de César, le dió el testamento y el tesoro de su marido; pero no pudo, no, darle su genio y su espíritu. Hombre tan extraordinario se llamó con razón la espada de Fulvia. Ésta, no solamente sabía esgrimir sus fuerzas en la política, sino en la guerra también. Cien veces combatió á su lado, cien veces compartió sus peligros y cien veces holgóse creyendo suyas las victorias de Antonio. Amazona cruel y bárbara, no conocía las dos más hermosas cualidades que Dios ha puesto en su hermosísimo sexo, el pudor y la piedad. Antonio fué su perro de caza y le llevó las víctimas que demandaban su codicia, su venganza y su lujuria.

Fulvia reinaba sobre Antonio y le impelía con furor á la dominación para el desquite apetecido. Pero Antonio, comprendiendo la complicación en aquel momento de los factores que componían

la suma llamada pueblo rey, no quiso llevarlo todo á la fuerza y dejó una parte de las satisfacciones deseadas al ministerio del tiempo y al poder de las circunstancias. Así adulaba de continuo á los



Lucio Antonio

senadores, en cuyas filas iba de nuevo rehaciéndose con su palabra Cicerón; complacía, en cuanto le era dable, á los pompeyanos; llamaba en torno de sí á los demagogos; y procedía con tino y tacto para ver de predominar sobre todos sus rivales, y cuando ya hubiera predominado, sojuzgar tiránicamente al pueblo. Mas le perdieron dos hechos: primero su largueza, que dispendió los tesoros de César sin provecho para nadie, y después la llegada de Octavio. Era éste

sobrino de César. Pero César, siguiendo las conocidas adopciones romanas, le llamó su hijo. Y un hijo de César, siquier de adopción, parece imposible que tomara forma en Octavio. Ni la muchacha más tímida llegó á su timidez. Apenas contaba diez y ocho años y parecía, por lo débil, por lo enteco, por lo desmedrado, un fruto que no maduraba. Se había pasado la vida en una enfermedad continua. Cojo, ni fuerzas tenía para moverse con desembarazo. Su voz extinta se asemejaba de suyo al resoplido siniestro de un moribundo. Para decir algo á su mujer tenía que escribirlo. Para dirigirse al pueblo hablábale por medio de un héraido. Así que oía un trueno se ocultaba horrorizado bajo sillas y camas. Como todos los cobardes, era cruel. Este hombre debió habérselas con el fuerte Antonio. Pero tenía en su favor que Antonio disipara los tesoros de César. Murmuraban de tal disipación las legiones y no hacía gran cosa el pretoriano para contrastarlas. Mas Fulvia, su demonio, le daba en rostro con tanta debilidad, y entonces el bárbaro, fuera de sí, diezmaba las legiones y sacrificaba los murmuradores en presencia de Fulvia. Esta hiena, que iba oliendo siempre la sangre humana y su hedor, no se contentaba con cabezas de soldados, quería lenguas de oradores, la sublime lengua de Cicerón sobre todo. Pero Antonio no estaba en el caso de tomarlas por la tremenda, y á la hora misma de arribar Octavio y pedirle nada menos que los tesoros de su padre César, Cicerón seguidamente se puso de parte de Octavio, creyéndole bastante fuerte para combatir al pretoriano y bastante sabio para restaurar la República. Cicerón se hizo con su natural facilidad y ligereza octaviano. Al verlo en tal partido, Fulvia le aconsejó la sublevación á su Antonio. Y Antonio, so pretexto de combatir á Décimo por las Galias, partióse de la Ciudad Eterna en busca de legiones con que procurarse á sí mismo la dictadura y á su mujer la venganza. En tal estado Roma, la cabeza de Cicerón estalló y el genio maravilloso de su elocuencia produjo las filípicas enderezadas contra el pretoriano. En tamañas arengas el cargo principal asestado sobre la cabeza de Antonio era su esclavitud bajo una mujer dolosa, cruel, vengativa, sensual, causa quizá de todos sus crímenes. El furor de Fulvia contra Cicerón redoblaba naturalmente á medida que la elocuencia del gran orador se redoblaba contra su Antonio y sobre todo

contra ella. Sesenta y tres años tenía Cicerón cuando pronunció la primera filípica. En ésta no se descubre aún todo cuanto debía estallar en las otras sucesivas, pero ya se adivinaba lo irreconciliable de su odio al pretoriano y su resolución de sostener á Octavio. La parte principal está consagrada con empeño á discurrir sobre las causas de un viaje que intentó á Grecia por sospechas de la dictadura antoniana y por culto á la República y á la libertad de Roma. Pronunció el orador este discurso el 2 de septiembre, y Antonio, irritadísimo, reunió el senado á los pocos días, y allí, sueltos ya todos los frenos, olvidadas todas las consideraciones, movido por su propia rabia sumada con la rabia sugerida por Fulvia, le injurió, le acusó de complicidad con Bruto, de carteos con Casio, de conspiraciones en su contra con los veteranos. Entonces el gran orador produjo la segunda filípica, nunca pronunciada, hecha en sus jardines de Nápoles, y sin embargo, considerada por el universal sentir como la primera entre todas sus arengas y propuesta de modelo al estudio y admiración de la posteridad. Cicerón habla de sus templanzas en la primera filípica, donde trataba con todo respeto á su enemigo, no obstante de haber sacado á pública subasta el palacio de los senadores y establecido leyes no presentadas al pueblo, y abolido los auspicios siendo augur, así como la oposición tribunicia siendo cónsul, y rodeándose de odiosos sicarios, y herido entre los vapores del vino y los espasmos del vicio una familia, templo en otro tiempo de la virtud y del honor. Vil gladiador, grosero, falsario, asesino le llama, y aún le parece muy escasa y muy pálida la sarta horrible de sus crueles adjetivos. Atribúyete con testimonios fehacientes el proyecto de quemar á Roma, destruir la República y degollar todos los ciudadanos. Cicerón se creía de tal modo, tras la ruptura entre Antonio y Octavio, seguro de la República y de la libertad, que defiende la muerte de César, diciendo cómo todas las gentes honradas le habrían inmolado, porque si á unos les faltaron los medios, á otros las resoluciones, á muchos la ocasión, á nadie le faltó la voluntad. En este maravilloso monumento de la palabra humana nos describe al pretoriano en sus relaciones con las mujeres y nos recuerda mil curiosidades interesantísimas. Es de ver Antonio en su carreta gala, precedido, como un dios, de lictores coronados, llevando consigo en abierta y despe-

jada litera una cómica, delante de la cual debían postrarse los ciudadanos más honestos, entre las burlas de una juventud epicúrea, que, borracha, sensual, devorada por todos los vicios, llenaba los aires de dicharachos y de blasfemias. En su horrible ligereza tal hombre no podía ejercer ni siquiera la virtud sino dándole aspecto de aventura. En sus regresos al hogar legítimo, en sus aproximaciones al tálamo que leyes y liturgias consagran, en su comercio y trato con la mujer propia, debe de haber algo de teatral, algo de bufón, algo de ridículo que revela al consumado comediante. Vuelve de la guerra y corre á su casa, como si, en vez de habitarla, quisiera conspirarla.

— Comprendo — dijo Persio, — cuán furiosa Fulvia se pondría con todas estas acusaciones y todos estos cargos tan justos. Tanto como nosotros mézclanse nuestras mujeres en las discordias y en las competencias romanas. Las dinastías de aquellas Egerias, Lucrecias, Virginias, Veturias, que se unieron al nacimiento del patriciado sabino, á la fundación del régimen republicano, al advenimiento de las libertades nuevas y democráticas, á múltiples gloriosísimas obras, continuó en este período y se prolongó hasta los últimos días del imperio, es decir, hasta la consumación completa del romano espíritu y el término de su gloriosa historia. Mario, no contento con haber tomado esposa en la familia de los Julios, llevó siempre á su lado, consultándola en sus apuros, la sacerdotisa siria, que bajo el nombre de Marta, envuelta en púrpura, blandiendo una lanza, por hiedra reluciente siempre ceñida, representaba una especie de oráculo. No hay hombre célebre de aquellos tiempos que no tuviese mujer tan célebre como él á su lado. El mundo atribuye la riña entre Pompeyo y César á la muerte de Julia, hija de éste y de aquél esposa. Cicerón en todo consultaba desde su juventud á Terencia. La mujer de César, Calpurnia, tuvo más previsión dormida que su gran compañero el dictador despierto. Afrania, la mujer de Lúculo, abogaba como un vocero, como un juriscónsul cualquiera en los litigios. Una comediante como Precia gobernó una ciudad como Roma por el amor de Cetego. Cecilia, la esposa de Léntulo, se bebía un millón de sestercios en cualquier orgía de actores, disolviendo perlas en vinagre. Servilia no se contentó con dominar á Catón, su hermano; dominó á César, su amante, de quien

creyó tener á su hijo Bruto. Fulvia pudo antes que Cleopatra sojuzgar al indómito Antonio. Estudiando á Porcia, hija de Catón y esposa de Bruto, se estudia una de las más brillantes fases del genio y del espíritu romano.

— El estado espiritual y social de Roma — dijo Séneca — ofreció nueva ocasión muy pronto á los deseos vivísimos de la impúdica Fulvia. Estudiando las oraciones de Cicerón descúbrense á primera ojeada en ellas cómo la corrupción de su tiempo gangrenaba el pensamiento y el ánimo mismo de un estadista, en quien debían revelarse fuerzas tan espirituales de suyo como la idea y como la palabra, careciendo por completo de fe viva en las virtudes y autoridad de las leyes, tan respetadas antes, ó en la fuerza moral de nuestras instituciones republicanas. En su combate con el pretoriano Antonio, con aquel fundador de la monarquía militar, no contaba el estadista parlamentario y republicano con el pueblo idólatra en otro tiempo de la República, ni con el Senado, dispuesto en otro tiempo á contrastar todas las disminuciones de su poder soberano. El pueblo había querido abrasar con las teas desprendidas del brasero donde ardieran los despojos del dictador la casa de los libertadores, y el Senado había ofrecido á César aras y altares como á Dios, inmolando en ellas algo menos cruento, pero más significativo que las víctimas humanas, los propios poderes y los antiguos derechos. Cicerón, el orador, fiaba, durante su combate con el brutal Antonio, la resurrección de su república y de su libertad nada menos que al hijo de César, á Octavio en persona. Para vencer á su enemigo divinizaba sin medida, en frases encomiásticas propias de cualquier viejo cortesano retórico, á su amigo, hasta ponerlo en los celajes de una increíble apoteosis, y no se le ocurría en su improvisación ciega ninguna de estas dos fáciles contingencias: primera, que Octavio le destruyese á él después de haber destruído al pretoriano infame; segunda, que Octavio se pusiese de acuerdo con Antonio para perderlo á él y perder con él todas las instituciones republicanas, tan molestas á la postre para el esposo de Fulvia como para el hijo de César. Y esta última contingencia, fácil de prever, sobrevino. Mientras Cicerón, al ver que Antonio se iba en correrías continuas de Brindis á Módena, recogiendo allí veteranos contra Octavio y peleando aquí en contra de senatoriales como

Décimo, en quien libraban sus esperanzas muchos respecto de lo futuro, al ver que Octavio le visitaba en sus quintas á él y le requería para que defendiese la vieja tribuna contra el aspirante á la monarquía militar, creyó restaurada la República; y como viera Casio, republicano, en Siria; Bruto, republicano, en Macedonia; Sexto, republicano, en Sicilia; Décimo, republicano, en las Galias Cisalpinas; los senadores volviendo por sus derechos; el pueblo aparentemente resucitado por el relámpago de una tempestad fugaz que lo movía y no lo avivaba, se dió con todo su espíritu y con todo su ánimo y con todas sus fuerzas al restablecimiento del régimen republicano, que tomaba en sus últimos días las apariencias de vida tomadas por casi todos los moribundos poco antes de su extinción total y muerte definitiva é irremediable. Pero al escuchar ó leer Octavio en la segunda filípica de Cicerón todas las frases referentes á su regreso hacia la forma republicana y todos los loores elocuentísimos al acto de Bruto y Casio, le asaltaron escrúpulos y empezó á propender hacia quienes representaban la tiranía y á huir de quienes representaban la libertad. Y en efecto, mientras Cicerón, á los sesenta y cinco años ya, consumía los últimos esplendores de su elocuencia inextinguible, loando á Octavio y á Lépido, estos caudillos, acompañados por sus respectivos partidarios, veteranos y gladiadores, ibanse á una isla fluvial, cerca de Bolonia, y se reconciliaban con el denostado Antonio al par que con su mujer Fulvia, y se repartían el mundo y el ejército romano, alzándose con el gobierno de la república bajo una forma y una denominación como la forma y la denominación de triunvirato. Pocas escenas históricas tan curiosas cual aquella representada por los tres infames histriones Octavio, Antonio y Lépido, al avistarse unos con otros en medio del río. Sus respectivos ingenieros habían fabricado los puentes para el paso, no fuera que descuidos ó traiciones los echaran al agua. Las huestes de cada cual ocupaban las vecinas líneas, ignorando si debían ofenderse ó abrazarse. Cuando pasaban por el puente los jefes, dirigióse cada cual á sus sendos amigos recientes, preguntándoles si llevaban ó no armas ó cortes guardados entre los pliegues de sus túnicas. Por fin pasaron los tres sin recelo y se repartieron la tierra en una solemne conferencia, decidiendo vender los amigos que fueran enemigos de los demás y extirpar definitivamente la libertad

con la República. Y mientras tanto Cicerón fulminaba sus frases contra los antonianos todos, no sólo por enemigos de su causa y de sus ideas, sino por enemigos de Octavio. Especialmente con Fulvia estuvo implacable. No puede llevarse más allá la elocuencia



Octavio

humana, y por lo mismo no puede, no, abrirse una más profunda herida en el alma que doliera con tanta intensidad y provocara la sed natural de una pronta venganza. En la segunda filípica deduce los horrores que caerían sobre Roma con la dominación antoniana del espectáculo dado por el general y su mujer en Brindis, al degollar bajo un techo amigo y hospitalario la gente más valerosa del ejército y la más honrada entre los ciudadanos, gozándose con los estremecimientos de su agonía y recibiendo como una lluvia bené-

fica en sus rostros el salpiqueo de aquella noble y encendida sangre. Tras llamar á Fulvia y Antonio asesinos, los llama también mercaderes, pues dice que salían los privilegios para los reyes y entraban los precios varios de tales dones en las bandejas y en las canastillas de Fulvia. Y no solamente la insulta en su vida de aquellos días, se revuelve contra sus mayores y concluye por cebarse hasta en los huesos de sus muertos. So pretexto de volver por la madre de Octavio, ensañase con el padre de aquella Fulvia, «tan excelente, dice, por lo menos, tan rica y potentada,» con cruel ironía. Cuenta que se llamaba el padre de Fulvia «Bambaleón,» debiendo tan ridículo apodo á la tartamudez de su lengua y á la cordedad de su inteligencia. Por último, en la quinta de sus arengas contra Marco Antonio llama vil mercado á su hogar, y funda su juicio en que su mujer, más afortunada con los pueblos que con los maridos, saca las provincias para los procónsules y los reinos para los reyes en almoneda y subasta. No hay para qué decir cómo todas estas acusaciones habrían emponzoñado el ánimo y el pensamiento de Fulvia, resueltos con resolución indeclinable á procurarse por todos los medios el holocausto á su persona de semejante deslenguado. Y aún estaban tales palabras en los aires cuando ya se habían repartido los triunviros el mundo como tahullas de predio y sus enemigos como cabezas de ganado. ¡Cuán horrible la crueldad concentrada y sistemática de aquellos triunviros! Para borrar sus deudas mataban á los acreedores; para sumar propiedades al propio peculio mataban á los propietarios. Lo más cruel era que, dirigiendo cada cual un partido propio, tenían amigos y deudos, y hasta padres y hermanos en los partidos contrarios. Antonio entregó un tío carnal á Octavio, y Lépido entregó un hermano de padre y madre. Octavio por su parte dió á Cicerón, al orador excelso que había puesto los últimos arreboles de aquella elocuencia maravillosa en torno de sus sienas. Hecho esto, como necesitaban pelear con sus tres enemigos, Bruto, Casio y Sexto, en Oriente, resolvieron unánimes no consentir ningún enemigo en Occidente, degollarlos á todos. ¡Oh! Los historiadores cuentan cómo, al darse las sentencias de proscripción, se abrieron las tumbas cual si bostezaran, se oyeron aullar los perros cual si plañeran con anticipación las agonías de sus amos, se metieron los lobos del Apenino y de la Sabina en

el recinto de la Ciudad Eterna husmeando la carnicería, los cuervos ennegrecieron en grandes bandadas con sus siniestros cuerpos las techumbres del templo de la Concordia. Un adivino etrusco, á quien llamaron para interpretar tamaños presagios, columbró venganzas de tal género, que, reteniendo el aliento para no vivir y verlas, cayó muerto de asfixia en el sitio adscrito á los augurios. Un cierto Pedio llevaba las terribles listas de proscripción consigo, y al saber que habían llegado, las gentes sollozaban por las calles y gemían como los habitantes de las laderas del Etna cuando el volcán amaga con sus devastaciones y sus asolamientos. Cuál intensidad no tomaría el terror, que Pedio, joven, muy joven, murió el día posterior al de su llegada, presa de su fatiga y de su remordimiento. Señaláronse las cabezas que debían caer y se dieron salarios previamente presupuestos á los degolladores. Todas las salidas por donde podían los designados escaparse quedaron cerradas; todos los caminos en aquella inmensa planicie quedaron guardados cual si Roma estuviese asediada por un sitio. Imaginaos el perro que husmea la presa y rasca en la madriguera desasosegado por los efluvios que llegan á su olfato; imaginaos la hiena escarbando en los osarios para machacar entre sus dientes los cadáveres; pues peor aspecto presentaban aún por aquellos días esbirros, sicarios, espías y asesinos.

— Perfectamente has descrito, Séneca — díjole Persio, — el terror difundido en Roma por la exaltación del triunvirato. Ahora descríbenos tú, Lucano, la muerte de Cicerón; pues únicamente ideas de tristeza deben poseernos en estas orgías del Imperio.

— En cuanto supo Cicerón que Octavio le había vendido á Marco Antonio, huyó — dijo Lucano. — Así llegó á la orilla del mar y hasta pudo embarcarse. Favorable brisa le llevó, bajo aquel cielo y sobre aquellas aguas azules, hasta el hermosísimo cabo Circeo, como convidándole á vivir con la intensidad infinita de luz y con la exuberancia increíble de rebosante y extraordinaria vida. Pero la soledad completa, cuando tan habituado estaba en el movimiento de los años á la comunicación pública y privada con todo el mundo, le aterró. La ilusión de que no podían atreverse á tanta grandeza y á tanta gloria como llevaba consigo; el deseo aún de mover al traidor Octavio, como si las entrañas de un tirano á nin-

guna persuasión pura pudieran moverse ni mucho menos rendirse bajo ninguna grandeza intelectual ó moral; hasta los mareos mismos causados por los ayunos de su cuerpo y las tribulaciones de su alma en mar tranquilo y sereno le impelieron al regreso y le granjearon el martirio. Anochecía cuando desembarcó para volverse á la quinta. En aquellos días atravesaban las delaciones, como siniestros fuegos fatuos, todas las campiñas y todas las costas romanas. Plutarco, en su artístico afán de relacionar los hechos humanos con los hechos naturales y la sociedad con el universo, cuenta cómo los buitres, husmeando ya el cadáver de Cicerón, iban al palo de su buque, al techo de su casa, castañeteando en sus picos resonantes muy adversos y muy siniestros augurios. Desesperanzado ya de todo, rendido irremisiblemente al peso de la fatalidad, conforme con acabar como le anunciaran siniestras sombras y terribles amagos, respondió suplicando al destino le prestara indiferencia por todo, á fin de morir tranquilo sobre la tierra por él en otro tiempo salvada y que solamente le ofrecía tristes desengaños. Los domésticos no quisieron oír estas insistentes súplicas; noticiosos de cuanto pasaba en las cercanías, atisbando todos los objetos, oliendo y husmeando todos los presagios, juramentáronse para salvarlo y redimirlo á la sentencia que pesaba sobre su cabeza, llevándolo como quien lleva un objeto inerte y expidiéndolo á Grecia, con lo cual imaginaban guardar su vida, suspensa con majestad no usada sobre los ocasos de su gloria. Pero equivocábanse tristemente. Un proscrito del mundo romano era un proscrito del mundo universal. No había más que Roma en la tierra. Durante aquella noche, devorada en su triste hogar, debió Cicerón revolver allá por su mente, casi encendida en la fiebre, mil extraños proyectos. Ya pensó en irse á casa de Antonio y retarle para que se atreviera con él, como si Antonio, acompañado del diablo de Fulvia, tuviera en su alma conciencia y en su corazón capacidad para ningún movimiento generoso. Luego pensó en irse ante Octavio y allí matarse, como si Octavio no fuera capaz de mirar en su muerte voluntaria el suicidio artístico de cualquier buen actor en el teatro público, y después de muerto apartarlo con el pie para que no le oliese mal. Los sicarios y centuriones iban acercándose á la madriguera. El ojeo de aquella caza de hombres lo exploraba todo y todo lo descubría. La servi-

dumbre del orador no quiso entregarlo. Por honor suyo lo recogió de nuevo, lo metió mal de su grado en litera y lo condujo á la costa. Mientras ellos huían, acercábanse á la puerta los malvados centuriones. Y para que todo resulte aborrecible de suyo en estas trágicas incidencias, dirigía la turba de sicarios un oficial á quien Cicerón había salvado la vida con su elocuencia. Llamaron y no abrieron los pocos servidores allí restantes. Viendo la resistencia, rompieron la puerta y penetraron. Pero no hubo medio de arrancar á la fidelidad religiosa de la gente aquella doméstica el camino de su amo. ¡Ay! La naturaleza humana debía ofrecer otro ejemplo más en esta edad horrorosa de perversión profunda. Un joven liberto, á quien redimiera Quinto de la esclavitud y educara con amor y cuidado Cicerón, señaló á los infames sicarios el camino que tomara su presa. Próximo á la ribera, casi en las arenas ya, á vista del mar, Cicerón advirtió que le seguían, y tras tal advertencia decidióse á morir. Los esclavos bajaron la triste litera del orador en tierra y se pusieron en línea para defenderlo con su cuerpo y ofrecerle todos á una la vida en evitación de su muerte. Mas no quiso el orador combatir ya más tiempo con la fatalidad. Prohibióles toda tentativa de ataque y defensa. Sentado en su litera con serenidad imperturbable levantó el brazo, y poniendo la barba sobre su mano como al meditar en sus largos estudios y reflexiones, miró frente á frente la historia que tenía tras de sí, la eternidad que tenía delante. Después de haber visto con la escudriñadora mirada penetrante del espíritu su fugaz pasado y su perdurable porvenir, tendió á los asesinos el cuello y aguardó el golpe. Aquellas gentes perversas no se contentaron con el asesinato, infligían también las burlas. Así chacotearon mucho, como si estuvieran en vil taberna, delante del armatoste donde agonizaba la mayor gloria romana, y se rieron del traje descompuesto, del rostro sucio, del cabello desgredado que llevaba el orador en su fuga. Inmóvil éste, sin género alguno de impaciencia por morir, pero sin temor á la muerte, opuso estoicas frialdades á los preparativos del suplicio y á las burlas del sicario, como si tuviera cerrados los ojos y los oídos á la vida y abierto el pensamiento lleno de ideas á la inmortalidad. Al acercarse á tanta grandeza el verdugo, varios de sus ayudantes retrocedieron con horror y ocultaron la cara entre las

manos. El oficial se puso por tal manera nervioso, que no acertaba con su obra. El instrumento de su oficio se le caía de las manos. Tres veces puso el filo de la espada en aquel cuello y tres veces lo apartó. Las torturas que infligieron á Cicerón y las ansias que le causaron en su agonía no son para dichas. Mas él no lanzó una queja. La espada se melló en hueso y nervios; convirtiéndose como en una especie de sierra. Al fin y postre, después de muchos esfuerzos, consiguieron degollarlo, y degollado, lo trucidaron como á una bestia en el matadero. Y se repartieron los despojos cual si fuesen aprovechables. Cabeza y manos pasaron á poder del capitán, que debía regalárselos á Fulvia. En efecto, presentados á ésta, reabrió la boca de donde saliera la mayor elocuencia oída por los romanos y picó furiosa con su alfiler de oro la incomparable lengua que había vibrado en los aires las filípicas. Antonio colmó de dinero aquellas manos infames del inmundo esbirro que le trajeran las manos creadoras y divinas del inmortal orador. La cabeza que había resplandecido con tantas ideas, los restos que debían flotar eternos en el naufragio de aquella Roma, cancerada por el despotismo é invadida por los bárbaros en castigo á sus crímenes, ¡ay! la cabeza y los restos permanecieron colgados en la tribuna de los Rostros, á la vista del pueblo, sin que llegaran á conmovér al pueblo: ¡tan bajos y perversos hace á los hombres el conformarse con la tiranía! Arrancaron á Cicerón su lengua y á Roma su libertad; pero le arrancaron el alma. Todo cuanto había nacido en la República fué grande; pero todo cuanto nació en el Imperio, con excepción de las almas valerosas que protestaban contra la tiranía, fué miserable y pequeño. Ya no hubo tribuna, ya no hubo la grande agitación subsiguiente á la libertad; pero tampoco hubo artes, ni ciencias, ni letras, ni heroísmo, ni grandeza, porque todo quedó, todo, marcado con el sello de la decadencia. En cuanto á Fulvia, casada primero con Clodio, muerto á manos de las facciones romanas; casada luego con Curión, vencido en Africa por Juba; casada luego con el infame Antonio, sufre bien pronto un inesperado castigo. El esposo, hastiado de su imperio, se precipita en brazos de Cleopatra, y el yerno, aquel Octavio que ya se juzgaba dictador absoluto, quiere para sí todo el Imperio. Fulvia entonces, para impeler de nuevo su marido al tálamo y á la casa, para deponer á Augusto del

trono y del altar, emperador y dios, ciñe un casco, blande una espada y se pone al frente de unos veteranos, consiguiendo tan sólo morir de fiebre y desesperación en Sicione.

— Muy bien — dijo Séneca, — muy bien describiste, Lucano, esa hermosa muerte del gran orador latino. En todas partes, á cualquier instante de la vida, el hombre debe contemplar lo próximo y lo necesario de la muerte. Pero en parte ninguna le cumple tanto esto como entre los placeres y sus desvarios, que parecen prestarle de suyo dos ideas contradictorias: ó bien que la vida en este mundo es perpetua, ó bien que la muerte se confunde y se identifica con la nada. La vida no es perpetua; nacemos para morir. La muerte no se identifica con la nada; más bien es un seguro comienzo de otra vida mejor. Yo voy á las bodas con tristeza porque sé cómo el amor sólo engendra mortales; y voy con interior satisfacción á los entierros, porque sé cómo la muerte sólo engendra inmortales. Nos quejamos de lo breve de nuestra vida y decimos tener tan corto tiempo á nuestra disposición. Pues bien: este corto tiempo de que disponemos, todavía lo malversamos en horas como esta hora de regocijo y de placer. Nos arrojamos al curso del tiempo como el suicida que se arroja en un exceso de fiebre al agua. Nunca entramos dentro de nosotros mismos, ni hacemos examen escrupuloso de conciencia. Si ese grande orador, á quien acabas de referirte, se hubiera encerrado dentro de sí mismo, ¿le sucediera lo que le sucedió para su eterna desgracia propia y eterno luto de la humana historia? Pero, dividido entre los Catilinas y los Clodios, propenso unas veces á Pompeyo y otras á César, amigo un día de sus enemigos y enemigo de sus amigos otro día, sorprendido en el bando de Octavio cuando éste lo entregaba en su ambición al desquite y venganza de Antonio, nunca tuvo en la victoria reposo, ni en la desgracia resignación. Hasta cuando se reclusa en Túsculo, y estaba con su conciencia y con su espíritu cara á cara en la soledad, se decía esclavo, porque realmente lo era de sus compromisos con el mundo externo y de sus ambiciones por la dirección y el gobierno de Roma. La verdadera libertad está en poseer antes que todo y sobre todo nuestro personal é íntimo albedrío.

Cuando Séneca decía estas últimas palabras, un sordo rumor

se levantaba en el concurso, bien significativo de una común emoción en todos los concurrentes. Con efecto, apareció Agripina más bella y deslumbradora que en las otras ocasiones de su presentación solemne ante la corte plena. Su vestido relucía con brillantez mayor que otras veces; sus joyas, aunque más en número de lo habitual en ella, relucían á modo de ciertos astros de extraordinaria magnitud en las noches serenas. Verdaderamente parecía una diosa. Claudio, á su lado, cojeando, vacilante, crasísimo, aparecía como Vulcano junto á Venus. Los dos príncipes, Nerón y Británico, estaban como en la flor de su edad. Sin embargo, por motivos contrarios, parecían los dos tristes. En cambio, la mujer del primero, la buena Octavia, vestida con todo el asiático lujo usual á Roma entonces, tan resignada parecía con todo cuanto pudiera pasar y con todo cuanto pasaba en derredor suyo que la hubierais tomado por indiferente. Sin embargo, los aromas embriagadores y los acentos melódicos esparcidos en el aire, los centelleos de las luces y los centelleos de tantos encendidos ojos, el placer y alegría disueltos en aquel concurso difundieron cierto regocijo en todos los ajenos al secreto de lo preparado, y con especialidad en Claudio, quien por su parte ninguna cosa de malo sospechaba ni temía, como desasido en tal momento de aquel que á la continua pensaba y sentía por su persona propia, como desasido de su vigilante liberto. Sin recelo él, como ella sin escrúpulo, no reinaba sobre la situación y sobre la concurrencia el terror que debía reinar bajo el peso de las innumerables preocupaciones que algunos debieran sentir en el alma, si tuvieran un átomo de remordimiento en el pecho. Pero, ¿cómo Agripina podría tener ningún remordimiento, cuando le faltaba por completo la conciencia? El pobre Claudio saludó á los invitados como en las mejores fiestas de su corte; y tomando una copa de vino, deshojó en ella una rosa, y después de haberla ofrecido, como en los brindis modernos, primero á los dioses, después á la concurrencia, vacióla de un trago. Tras este cumplido comenzó el festín. La cocina romana se lució en aquella fiesta de un modo extraordinario. Toda la química de sus condimentos lució en los guisos aderezados de superior manera. Cuatro robustos marmitones se necesitaban para sobrellevar cada jabalí asado todo entero y relleno de olivas mezcladas con uvas. Las ocas daban ya entonces

sus hígados sabrosísimos, que mezclaban los romanos con mieles, sirviéndolos calientes sobre pámpanos de parra muy frescos. No se hubieran podido contar los pavos reales que allí solían servirse, todos cubiertos con sus brillantes plumajes y ostentando las abiertas colas cual si estuvieran vivos. Los pescados no tenían precio ni número. Claudio gustaba de ellos porque lo excitaban á la bebida. Se habían llevado sus guisos hasta la extravagancia. No había rico romano que comiese las murenas, si no las veía morir á su vista en el mismo festín minutos antes de condimentarlas. Comíase una especie de salmonetes, que se pagaban á ocho mil sestercios, más de mil quinientas pesetas, libra. Los escaros de la mar que circunda el islote conocido con la denominación de Escarpento habían recibido de Claudio un particular cuidado, pues tenían ya en un grande adelanto aquellos pueblos la piscicultura, desdeñada más tarde, cuando en las irrupciones bárbaras y en el feudalismo á las irrupciones consiguiente se perdieron todos los perfiles del antiguo refinamiento clásico. Y no digamos nada de las ostras, pues aparte las puestas en verso por Horacio y muy regaladas, aparte las otras del fecundo Lucrino, habíalas de Circea, que aventajaban en gusto delicado á las muy merecidamente célebres de Bretaña. Los vinos eran más capitosos y más espesos que los nuestros. Así los mezclaban con agua. Horacio cantó la fuente de Bandusia como la más digna de mezclar sus aguas con el buen vino, y celebró como propio de las fiestas que se daban en honor del pacificador Augusto aquel vino que vió la guerra de los Marsios, si es que algún ánfora de él pudo salvarse á la sed rabiosa del soldado que mandaba en sus correrías el rebelde siervo Espartaco. Columela trae la recéta de aguar el vino. En un cántaro que contuviese doce cyathos de líquido, juntábanse nueve de vino y tres de agua. El vino nuevo se ponía, como nuestras cecinas, al humo para darle sabor y condiciones de vino viejo. Por sus mezclas llamaba cratera la vasija donde se unían el agua y el vino. Y por su forma, patera la copilla donde se bebía. Y digo copilla para diferenciarlas de las copas denominadas del dios Hércules, las cuales tenían enormes proporciones. Claudio bebió en esta noche que describimos su vino predilecto, el vino de Sezia, vertiéndolo por medio del instrumento llamado gutalo, propio de las libaciones religiosas, gota á gota, en



una copa formada por un topacio con sumo arte. Así no debe maravillarnos que á los vapores del vino sacudiese las ideas tristes que le habían causado los disgustos entre su familia y el temporal destierro de su liberto favorito. Veía Roma en el horizonte muy conforme con el imperio y á sus pies muy tranquila; todos los suyos, excepción hecha de Narciso, rodeándolo con salud y en alegría; más bella que nunca y más amante su joven mujer Agripina; la corte romana en todo su esplendor; el siervo Haloto á su vera, gustando de todo antes de que lo deyorara él para su tranquilidad; en consecuencia no se veían en sus ojos nubes, ni en sus entrecejos arrugas: el placer lo arrastraba en su fácil curso y lo sumergía en sus voluptuosas ondas. ¿Cómo era posible imaginar que se aprovechase una fiesta, la reunión más numerosa que se había visto en palacio, el espasmo de las grandes alegrías para cometer un tan execrable crimen, acabando con el dios mismo á quien se consagraba la fiesta? Así Claudio había, como hemos dicho, desechado todo recelo y dándose con libertad plenísima en absoluto al placer de una comida y una bebida exageradas como siempre que le tentó la gula.

— Divirtámonos á nuestro sabor — decía, — y olvidemos todos los disgustos. Invoquemos al dios Apolo para que nos asista con todas sus musas y nos aleje todos los pesares. Mezclemos á la sangre de las venas el vino viejo y absorbamos las esencias que caen disueltas de los aires sobre nuestras frentes. Veamos cómo los atletas se untan el cuerpo con los aceites de Minerva para sus actitudes escultóricas, con las cuales recuerdan las estatuas griegas, y oigamos cómo las vírgenes con sus voces melodiosísimas conciertan un coro de suaves cadencias que nos traigan la seguridad plena de un amor eterno. No nos inquietemos pensando en mañana. Los dioses gustan de nuestros inciensos y de nuestros discursos. Ceres nos regala con su pan, y con su vino Baco. Bajo el frondoso follaje maduran las frutas en los huertos, y sobre flexibles tallos se abren las flores en las praderas. El címbalo resuena de montaña en montaña, y la vid cierne su polen fecundísimo, en cuyos átomos van encerradas uvas henchidas de mosto. Ningún deseo está por satisfacer en el corazón. Siempre que sentimos el amor, Venus, á nuestra edad, nos procura el medio de satisfacerlo hasta con em-

pacho. Aunque no tengamos en las sienes el verde mirto de la juventud, tenemos en las manos el vaso rebosante de licor divino y en el pecho un corazón que de amor estalla. Comamos, bebamos y gustemos de todas cuantas dichas hay en el mundo. Regocijémonos dando al pecho la misma paz dada con tanto acierto al Imperio. Que corran las ideas á su antojo por nuestra inteligencia, las pasiones por nuestro sentimiento, el oro en las arcas, el vino en las mesas, el hidromiel en los altares, el verbo en la tribuna, el genio en la poesía, y las ninfas con los cinturones sueltos y las gasas flotantes por nuestros bosques y por nuestros jardines. Paz, paz, paz.

En vano pronunciaba desde alturas tan vertiginosas como el trono palabra tan divina como la palabra paz el emperador Claudio; una fatalidad incontrastable pesaba sobre su frente y lo tenía como aplastado bajo tan inmensa pesadumbre. Mientras á su cándido natural se había sobrepuesto con toda su influencia el placer, penetraba el crimen más y más en el corazón de su esposa. Indiferente, serena, majestuosísima, no quitaba ojo de los instrumentos apercebidos y montados á la perpetración de sus parricidas planes. Había comprado al gustador, quien debía tragarse una seta sin salsa, para satisfacer el ministerio de salvaguardia que desempeñaba, dejando sin gustar el condimento de tal plato, donde iba disuelta con todos sus espantosos estragos la implacable muerte. Jamás conoció el mundo naturaleza tan idónea para el crimen como la naturaleza de Agripina. Cuando se apercibía con tanto tiempo y empeño á descargar un golpe mortal sobre persona como Claudio, con quien la obligaba, si no un amor que no podía imponer al corazón, á pesar de sus deberes y de sus juramentos, una gratitud que debían recordarle á la continua su memoria y su conciencia, no fruncía el ceño, ni daba señal ninguna por la que pudiera inducirse lo supremo del momento y lo grave del crimen. Desde sus alturas había procurado que las setas fuesen las mayores y las más apetitosas posibles; que se presentasen al instante señalado por ella con la implacable frialdad de una Parca cortando con sus tijeras el hilo de una vida. Todas las mixturas hallábanse compuestas ya para el preparado envenenamiento de Claudio; todos los cómplices y encubridores y actores de la maldad en sus puestos respectivos; y Agripina vigilaba el plan aquel sin estremecerse, como si presidiese

cualquiera de las operaciones usuales y corrientes de la vida humana en su mayor inocencia. Venían las setas humeantes, con las setas humeantes la gustosísima salsa; el gustador estaba en su puesto; el siervo encargado de la mezcla terrible acababa su operación; el médico se preparaba con un poco de dolor y escrúpulo al cumplimiento del terrible ministerio que le habían asignado, y Agripina contaba con fuerzas bastantes para dirigirse á su esposo y decirle:

- No comas tanto, que pueden hacerte daño los manjares.
- ¡Ca! — dijo Claudio atracándose.
- Reserva un poco de apetito para las setas.
- ¿Tenemos setas?
- ¡Vaya si las tenemos!
- ¡Qué gusto!
- No puede darse un festín en palacio sin ellas.
- ¡Pues ya lo creo!
- Como que constituyen tu plato favorito.
- Lo confieso, ningún manjar tan sabroso á mi paladar y tan acepto á mi estómago.
- Por eso he ordenado que te las sirvieran.
- Incomparable mujer eres, Agripina: así dispones un senado-consulto como un buen guiso, y así mandas una legión de pretorianos como una compañía de pinches.
- Todo en servicio tuyo y en servicio del Imperio.
- Lo sé; y como lo sé, obligado y agradecido te quedo á cuanto haces por mí.
- Quererte con todo mi corazón, servirte con todas mis fuerzas.
- Y con estas minucias conoce uno el cariño de los demás indudablemente.
- ¿Cómo podría olvidar cuánto te gustan las setas?
- Mi madre tuvo antojo continuo de tal manjar durante los meses que me llevó en su vientre.
- Me lo has dicho.
- Así no debes maravillarte si te pido setas en el día y en la hora misma de mi muerte.
- Ya sabes que para obedecerte nací yo, y que obediente me hallarás á tu lado toda la vida.
- Gracias, Agripina, gracias — dijo el incauto á la hipócrita.

— Pero no comas así — añadió ésta, — que puede hacerte daño y echarás de menos las ganas en cuanto vengan otros platos.

— ¡Qué quieres! Me llaman á una glotón. Y eso nunca lo perdonaré. Cualquier historiador que lo dijese mentiría. Y no tenemos dominio sobre la historia. Suéltale un lebril á los historiadores, cuando te has muerto, y todo el mundo se goza en darte un puntapié, por lo mismo que ha debido en vida idolatrar tu persona. Pero ni soy comilón yo, ni mucho menos bebedor; soy así algo excesivo en comer y beber, pero no glotón, pero no borracho. Déjame, pues, comer á mis anchas, Agripina. Por mucho que coma, no me faltará apetito para echarme un plato como el gustosísimo de las setas entre pecho y espalda.

— Con efecto, aquí están las apetecidas y gustadas setas, aquí están, Claudio. Que de salud te sirvan. Que buen provecho te hagan. ¿Vas á comer todo ese plato? ¡Cuántas! Las hay superiores. No recuerdo haberlas visto tales en mi vida. Con cuidado, con cuidado. No vayas á tener indigestión. Mira que son indigestas.

Mientras Agripina decía tales cosas, Claudio se atracaba de setas sin tasa. Mojábalas con placer en el condimento y se las engullía sin mascarlas casi. El gustador estaba de pie á su lado indiferente, mientras el siervo, que acababa de servir el aderezado moje, corría, como quien huye de sí mismo, á la cocina, echando al suelo salsera con plato y cubriéndose la cara con dos manos como para no verse á sí mismo por lo feo que se veía en su conciencia. No habían pasado por las tragaderas del emperador los primeros bocados del guiso, cuando lanzó un grito, resonante por su intensidad y por su estridor en toda la sala; y tras el grito dejó caer la mitad superior del cuerpo sobre la mesa, estremeciéndose, falto de sentido, con la cara demudada, los puños crispados, al empuje de una horrorosa epilepsia. Los circunstantes, que habían sido invitados á una fiesta y no á un entierro, pusiéronse de pie con la uniformidad que á una muchedumbre descompuesta da el instinto simio, nativo en la naturaleza humana, de contagiosa imitación, preguntando unánimes qué pasaba. El primer cuidado de Agripina, como buena esposa, fué llamar al médico; y no acababa de llamarlo, cuando aparecía ya por allí el buen Xenofonte muy solícito. Llamado el médico, apresuróse la emperatriz á calmar las impacien-

cias del concurso, diciendo que tenía el emperador un ligero vértigo, causado por los vapores del vino y por la rareza del aire. No debieron creer en la levedad del mal de su padre Octavia y Británico, pues echados de hinojos á sus plantas, lo cubrían de caricias, lo llamaban á voces, llenando de funerales alaridos y de sollozos espantables todo el recinto, cargado todavía con los ecos del voluptuoso festín. Nerón estaba de pie junto á su madre, frío y erguido, apercibiéndose al imperio y al trono, como un atleta griego, pronto á desvestirse y á tomar carrera en los juegos olímpicos. Agripina fingía el dolor, como ella supo fingirlo todo en la vida, con suma naturalidad, pero apresurándose á separar de allí el cuerpo inerte y á preparar lo necesario para que ocupara inmediatamente su hijo el vacío por él hecho sobre la cima de Roma. En cuanto pudo sacó del salón aquel, tan lleno de gentes, el cuerpo de su esposo, quien aún se agitaba y estremecía con los sacudimientos precursores de la muerte, y mandó tenderlo en su propio lecho nupcial, donde había encontrado su mortaja el infeliz y cuitadísimo. ¡Cuál imperio sobre sí aquella mujer necesitaba para perpetrar un crimen tan espantable con calma! llorar con apariencias de verdad los resultados horribles del crimen por ella cometido, la triste agonía de Claudio, y prepararlo todo y apercibirlo todo á fin de que no fuera el crimen inútil y aquel por quien se perpetraba recogiese los frutos sembrados por la nativa perseverancia de su madre, acerada en las alturas del trono. Mientras el concurso murmuraba, y la servidumbre gemía, y Octavia con Británico lloraban, y departían cual si nada sucediera Séneca y Persio y Lucano filosóficamente, y los guardias del pretorio corrían de un lado para otro, y los cortesanos presentaban parias al supuesto sucesor inmediato que sonreía plácido, susurraba estas palabras Agripina, para sí, viendo llevar entre seis ú ocho esclavos los restos inertes de Claudio á la cama:

—¡He triunfado! ¡Emperador es Nerón!

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FIN DEL TOMO SEGUNDO

## ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO

	Páginas
CAPITULO PRIMERO. — Los dos hermanos. . . . .	5
CAPITULO II. — El ideal y la realidad. . . . .	29
CAPITULO III. — La retórica de Nerón. . . . .	51
CAPITULO IV. — Elocuencia, poética, música neronianas. . . . .	75
CAPITULO V. — La oración de un suicida. . . . .	111
CAPITULO VI. — Amor sin matrimonio y matrimonio sin amor. . . . .	139
CAPITULO VII. — Corona y yugo. . . . .	165
CAPITULO VIII. — Ginocología romana. . . . .	182
CAPITULO IX. — La <i>Farsalia</i> de Lucano. . . . .	215
CAPITULO X. — Las fiestas imperiales frente á los recuerdos republicanos. . . . .	238
CAPITULO XI. — La última victoria de Agripina.. . . .	265

ADVERTENCIA. — El cromo que representa una PÁTERA DE ORO MACIZO (de la época de los emperadores) debe colocarse enfrente de la portada. ®



CONVENIO DEION

D AUTÓNOMA DE NU

ON GENERAL DE BIBLIC